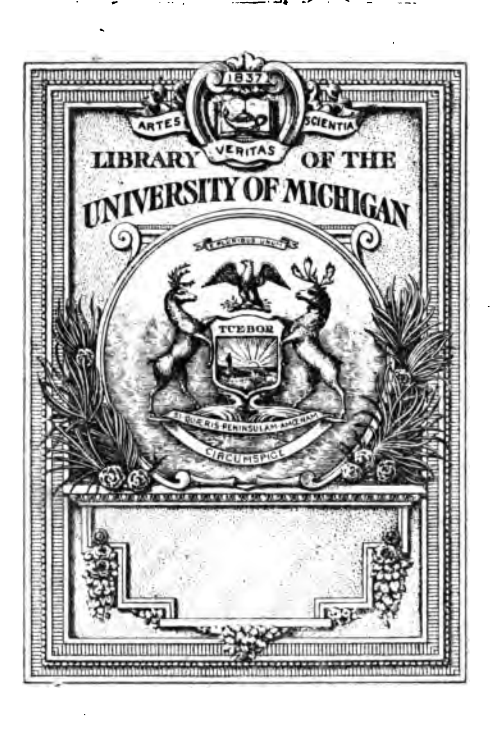

1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

TOMO III

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.

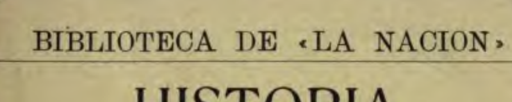
Máxima de San Martín

TERCERA EDICIÓN

TOMO TERCERO



BUENOS AIRES
1903



BIBLIOTECA DE «LA NACION»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

TERCERA EDICIÓN

TOMO TERCERO



BUENOS AIRES

1903

VOLU 87 MEN

CAPITULO XVIII

Maipú

1818

El ejército realista después de Cancharrayada.—Apertura de la campaña de Maipú.—Combate de vanguardia.—El ejército realista atraviesa el río de Maipo.—Su marcha estratégica.—Teatro de las operaciones.—Planes y maniobras de San Martín.—Batalla de Maipú.—Derrota del ejército realista y sus resultados.—Error de San Martín después de Maipú.—Importancia americana de la batalla de Maipú.—El virrey del Perú se pone á la defensiva.—Osorio se sostiene en el sur de Chile.—Se reabren las hostilidades al sur del Maule.—Combate del Parral y de Quirihue.—Ataque de Chillán.—El coronel Lantaño.—Desmantelamiento de Talcahuano.—Consecuencias inmediatas de la batalla de Maipú.

I

La sorpresa de Cancharrayada, como sucede en los encuentros nocturnos, no fué decisiva y la dispersión fué tan considerable de una parte como de otra. Esto explica por qué el ala izquierda y la reserva patriota no fueron activamente perseguidas y que la columna de Las Heras, no obstante haber sido sentida, efectuase su retirada débilmente hostilizada, teniendo ambas que salvar el serio obstáculo del río Lircay. Al amanecer del día 20, todo era confusión en el campo de los vencedores, y sólo se veía reunido el batallón de Arequipa, mandado por su comandante José Ramón Rodil, destinado á ser el último que mantuviese enarbolada la bandera española en el continente americano.

El general en jefe del ejército español, al recorrer el campo de la acción y estimar los despojos ópimos de la victoria á que no había concurrido, pudo cerciorarse, al mismo tiempo, de que en muertos y heridos le tocaba la peor parte. Como 400 cadáveres estaban tendidos en el campo, y de ellos, incluso 15 oficiales, más de la mitad eran realistas. La retirada de Las Heras, lo dejaba lleno de cuidados y le impedía medir la importancia de las respectivas fuerzas organizadas. Por otra parte, su caballería, muy inferior en número y calidad, estaba fatigadísima y muy mal montada. A pesar de esto, todo le aconsejaba seguir adelante para recoger los frutos de la victoria, y cediendo al primer impulso, vadeó el Lircay y avanzó hasta Pangue. Desde este punto, desprendió al mando de Ordóñez una columna de dos batallones, dos escuadrones y tres piezas de artillería de montaña, regresando con el resto á Talca para reorganizar su ejército. Cuando Ordóñez llegó á Quechereguas, el 21, Las Heras, que le llevaba una jornada ganada, había cruzado el Lontué. De allí para adelante era necesario prepararse una campaña formal, y en estos preparativos se pasaron cuatro días. El 24 pudo por fin Osorio ponerse en marcha con el grueso de su ejército á incorporarse á su vanguardia en Quechereguas en el siguiente día, cuando el Ejército Unido, rehecho en número de 4.000 hombres, se replegaba sobre Santiago para esperarle. La nueva campaña estaba abierta.

Desde Quechereguas empezó el general español á dudar de la importancia de su victoria. El ejército independiente había desaparecido de su frente, pero sabía que una columna, que componía la mitad de él, habíase retirado hecha del campo de batalla. No pudo dar alcance á ningún grupo importante, y sus partidas avanzadas apenas consiguieron tomar algunos dis-

persos aislados. El país estaba desierto, los caminos inundados por el desborde de las acequias que los patriotas habían roto al retirarse, y nadie le suministraba noticias de la posición del enemigo. Venciendo dificultades y marchando á ciegas, llegó el 26 á orillas de Teno, y sólo el 28 alcanzó á San Fernando, que encontró abandonado y exhausto de recursos de movilidad. Desde este punto empezó á tentar el terreno, y al efecto, hizo adelantar un destacamento de 200 hombres de caballería, cuya avanzada encontróse el día 30 en la Requinoa con otra de 60 granaderos á caballo de la vanguardia patriota de Rancagua que cubría la margen derecha de Cachapoal. La avanzada realista se puso en retirada; pero el capitán Miguel Cajaraville (argentino), que mandaban los granaderos, la persiguió hasta su reserva, á la que cargó valientemente acuchillándola y matándole 30 hombres, y entre ellos uno de sus jefes, cuya casaca fué remitida como trofeo al cuartel general. Este encuentro fué la primera noticia que tuvieron los realistas de que hallarían enemigo con quien pelear.

El 31 de marzo el ejército realista, fuerte de 5.500 hombres, atravesó el río Cachapoal, límite de la antigua conquista quichúa sobre los araucanos. Osorio mandó explorar el terreno de vanguardia, midiendo más cautelosamente sus marchas, por manera que sólo el 2 de abril á la tarde pudo alcanzar la margen izquierda del Maipo. En la mañana del 3 cruzó este río por el vado Lonquén, apartándose diez kilómetros al oeste del camino central que llevaba, y acampó sobre su margen derecha en una antigua hacienda de los Jesuítas denominada la Calera. Su plan de campaña era dominar por su frente el camino de Melipilla á Santiago, extenderse por su izquierda por el que de la Calera conduce á Valparaíso, amagando la capital

por sudoeste, y con este propósito avanzó hasta la hacienda de «Espejo», donde es estableció en la misma noche, reconcentrando allí sus bagajes.

El general realista, vacilante como siempre, al saber que tenía á su frente en actitud de pelea al ejército que consideraba anonadado en Cancharrayada, reunió una junta de guerra el día 4, y propuso la retirada á Valparaíso; á la sazón bloqueado por la escuadra española, con el objeto de establecer una nueva base de operaciones que ofreciese mejores probabilidades de buen éxito. Sus principales jefes, y á su cabeza Ordóñez y Primo de Rivera, se opusieron enérgicamente; y quedó decidido que la batalla se empeñaría al siguiente día. La distancia que mediaba entre los ejércitos beligerantes no alcanzaba á cuatro kilómetros.

II

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones, es una llanura, limitada al este por el río Mapocho que divide la ciudad de Santiago; al norte, por la serranía que la separa del valle de Aconcagua; y al sur, por el Maipo que le da su nombre. Hacia el oeste se levanta una serie de lomadas y algunos montículos que corren de oriente á poniente, y se destacan en monótonas líneas prolongadas en el horizonte, rompiendo la uniformidad del paisaje algunos grupos de arbustos espinosos en un campo cubierto de pastos naturales, y en lontananza, las montañas que circundan el valle y le dan su perspectiva. Al sur de Santiago se prolonga por el espacio como de diez kilómetros, en la dirección antes indicada, una lomada baja, de naturaleza caliza, que por su aspecto lleva el nombre de Loma Blanca. Sobre la meseta de esta lomada evolucio-

naba el ejército patriota. En su extremidad oeste y á su frente, se alza otra lomada más alta, que forma un triángulo, cuyo vértice sudoeste se apoya en la hacienda de Espejo, antes mencionada, conduciendo á ella un callejón en declive como de veinte metros de ancho y trescientos de largo, cortado por una ancha acequia en su fondo, y limitado á derecha é izquierda por viñas y potreros que cierran altos tapiales. Esta era la posición que ocupaba el ejército realista. Las dos lomadas están divididas por una depresión plana del terreno ú hondonada longitudinal como de un kilómetro en su parte más ancha y doscientos cincuenta metros en la más angosta. Al este del vértice, ó puntilla de las lomas del sur, se extiende un grupo de cerrillos aislados, y entre ellos uno más elevado, en forma de mamelón, que hace sistema con el triángulo ocupado por los realistas. El vértice este de esta posición, que era su parte más elevada, se destacaba como un baluarte, y hacía frente á un triángulo truncado fronterizo de la Loma Blanca, que lo flanqueaba por una parte y lo enfilaba por otra. En este campo iba á decidirse la suerte de la independencia sudamericana.

El general San Martín, situado en la extremidad este de la Loma Blanca, á diez kilómetros de Santiago, dominaba en su conjunción los tres caminos que comunican con los pasos de Maipo y amagaba el de Valparaíso, asegurándose una retirada, a la vez que cubría la capital por sus dos únicos puntos vulnerables, la cual, para mayor garantía, hizo atrincherar, guarneciéndola con 1.000 milicianos y un batallón bajo la dirección de O'Higgins, á quien su herida impedía asistir al campo de batalla. Su plan era atacar al enemigo sobre la marcha, sin darle tiempo á combinaciones, si se presentaba por los caminos del frente; correrse por su flanco derecho, si tomaba el de la Cale-

ra, é interceptarle el de Valparaíso, maniobrando á todo evento con seguridad sobre la meseta de la loma, en terreno ventajoso para dar y recibir la batalla. Al efecto, dividió su ejército en tres grandes cuerpos formados en dos líneas: el primero á órdenes de Las Heras, cubriendo el ala derecha; el segundo á las de Alvarado á la izquierda; y un tercero en reserva en segunda línea á cargo del coronel H. de la Quintana.

Confió á Balcarce el mando general de la infantería, reservándose el de la caballería y de la reserva. El primer cuerpo lo formaban los batallones número 11 de Las Heras (argentino), los Cazadores de Coquimbo, comandante Isaac Thompson (chileno); los Infantes de la Patria, comandante Bustamante, (chileno), el regimiento de caballería argentino Granaderos á caballo, á que se había agregado un escuadrón provisional de artilleros montados del ejército argentino, por no tener piezas que servir, y la artillería chilena compuesta de 8 piezas de campaña á cargo del mayor Blanco Encalada. El segundo cuerpo lo componían: los batallones número 1.° de cazadores, (argentino), de Alvarado; el número 8 de los Andes (argentino), comandante Enrique Martínez; el número 2 de Chile, comandante Cáceres; los Cazadores y Lanceros de Chile (argentinos y chilenos), á órdenes de Freyre y Bueras, con nueve piezas ligeras de artillería chilena á cargo del mayor Borgoño. La reserva constaba: de los batallones número 1.° y número 3 de Chile, comandantes Rivera y López; número 7 de los Andes, (argentino) comandante Conde, y cuatro piezas de batir de á 12, mandadas por De la Plaza, y servidas por los artilleros argentinos que habían perdido su artillería en Cancharrayada.

Contando con el triunfo, el general de los Andes supo infundir á todos su confianza, y en este concep-

to, dió instrucciones detalladas á sus jefes en vísperas de la batalla, á ejemplo de Federico. En ellas disponía que la dotación de municiones de cada soldado sería de cien tiros y seis piedras; que antes de entrar en pelea se les daría una ración de vino ó aguardiente, y los jefes perorarían con denuedo á sus tropas, imponiendo pena de la vida al que se separase de las filas avanzando ó retrocediendo, y advertirían á la vez, de un modo claro y terminante, que, si veían retirarse algún cuerpo, era porque el general en jefe lo mandaba así por astucia, según su plan.

Preveníales: que los batallones de las alas debían siempre formar en columna de ataque, desplegando sólo en caso de necesidad ó con expresa orden suya; y que todo cuerpo de infantería ó caballería cargado al arma blanca, no esperaría la carga á pie firme, y á la distancia de cincuenta pasos debía salir al encuentro á sable ó bayoneta. No se recogería ningún herido durante el fuego, porque decía: «necesitándo»se cuatro hombres para cada herido, se debilitaría la »línea en un momento.»

La enseña del cuartel general sería una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas «la trico»lor de Chile, la bicolor argentina y una encarnada, »gritaran todas las tropas ¡ Viva la patria ! y en segui»da cada cuerpo cargará al arma blanca al enemigo que »tuviese al frente.» Indicaba los uniformes y banderas de los cuerpos del ejército realista, y al referirse al Burgos, agregaba: «A este regimiento se le debe cargar »la mano, por ser la esperanza y apoyo del enemigo.» Recomendaba á los jefes de caballería tomar siempre la ofensiva, por ser ésta la índole del soldado americano, y llevar á su retaguardia un pelotón de veinticinco hombres para sablear á los que volvieran cara y perseguir al enemigo. Por último les decía: «Esta

»batalla va á decidir de la suerte de toda la Améri»ca, y es preferible una muerte honrosa en el campo »del honor á sufrirla por manos de nuestros verdugos. »Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los »jefes del ejército, á los que encargo tengan presente »estas observaciones.»

Tomadas estas disposiciones y dictadas estas prevenciones, formó su ejército en dos líneas: en primera línea las divisiones primera y segunda, con sus respectivas baterías desplegadas á cada uno de los flancos y su caballería escalonada, poniendo la reserva en segunda línea y su artillería de batir al centro de la primera. En este orden permaneció los días 2, 3 y 4 de abril, con una vanguardia volante mandada por Balcarce, en observación de la línea del Maipo. Al tener noticia de que el enemigo vadeaba el río inclinándose hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en la marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma. El fuego de las guerrillas, aproximándose cada vez más, y los repetidos partes, anunciaban que los realistas seguían avanzando. La noche del 4 se pasó así en alarma, rodeando los soldados patriotas grandes fogatas de huañil, que iluminaban todo el campo. San Martín dormía mientras tanto en un molino á la orilla del camino, envuelto en su capote militar.

Al amanecer del día 5 de abril las guerrillas patriotas, al mando de Freyre y Melián, se replegaban, dando parte de que el enemigo avanzaba en masa, en rumbo al camino que empalma con el de Santiago á Valparaíso. San Martín, que lo había previsto por su dirección en el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sino cortarle la retirada sobre Aconcagua, ó efectuar un movimiento de circunvalación in-

terponiéndose entre él y la capital, ó reservarse una retirada más segura en caso de contraste, pues la larga distancia y los ríos que tendría que atravesar, la hacían dificilísima hacia el sur. Lo primero estaba previsto y se neutralizaba por un simple cambio de frente; lo segundo era impracticable, pues tenía que describir un arco, de cuya cuerda era dueño; y lo último, una promesa más de triunfo completo. Para cerciorarse por sus propios ojos de este error estratégico y concertar sus movimientos tácticos, disfrazóse con un poncho y un sombrero de campesino, y acompañado por su inseparable ayudante O'Brien y el ingeniero d'Albe, seguido de una pequeña escolta, se dirigió á gran galope al ángulo truncado de la Loma Blanca, señalado antes. Desde allí pudo observar á la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su anteojo la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas á tambor batiente y banderas desplegadas, al posesionarse de la lomada triangular fronteriza prolongando su izquierda sobre el camino de Valparaíso.—«¡Qué brutos son estos godos!»—exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza á los héroes en los momentos supremos. Y agregó:—«Osorio es más torpe de lo que yo pensaba.»—Dirigiéndose luego á sus acompañantes, les dijo:—«El triunfo de este día es nuestro. El sol por testigo.»—El sol asomaba en aquel momento sobre las nevadas crestas de los Andes. La mañana estaba serena; ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes, y las aves cantaban entre los espinos en florescencia.

III

A las diez y media de la mañana el ejército argentino-chileno rompió una marcha de flanco en dos columnas paralelas, caminando rumbo al oeste por encima de la meseta de la Loma Blanca. En el curso de la marcha ocurrió un episodio, que la historia debe recoger por la expectabilidad de los personajes, y da idea del temple de alma del general en ese momento. A medio camino, presentóse el mariscal Brayer solicitando licencia para pasar á los baños de Colina. San Martín le contestó fríamente:—«Con la misma licen»cia con que el señor general se retiró del campo de »batalla de Talca, puede hacerlo á los baños; pero, »como en el término de media hora vamos á decidir de »la suerte de Chile, y Colina está á trece leguas y el »enemigo á la vista, puede V. S. quedarse, si sus ma»les se lo permiten.»—El mariscal contestó:—«No me »hallo en estado de hacerlo, porque mi antigua heri»da de la pierna no me lo permite.»—San Martín le repuso en tono airado:—«Señor general, el último »tambor del Ejército Unido tiene más honor que V. »S.»—Y volviendo su caballo, dió orden á Balcarce sobre la marcha, hiciese saber al ejército, que el general de veinte años de combates quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo. Después de este incidente, que hizo el efecto de una proclama, el ejército continuó su marcha hasta enfrentar la posición enemiga. Allí desplegó en batalla en dos líneas de masas por batallones, con la artillería de batir al centro de la primera; la volante á sus dos extremos y la caballería cubriendo las dos alas en columnas por escuadro-

nes, situándose la reserva, plegada en columnas paralelas cerradas, á 150 metros á retaguardia.

El general realista, que había ocupado el promedio de la meseta de la loma triangular del sur, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una gruesa columna compuesta de ocho compañías de granaderos y cazadores con cuatro piezas de artillería al mando de Primo de Rivera, que ocupó el mamelón destacado por aquella parte, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, á la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaíso según su idea persistente.

El intervalo entre el mamelón y la puntilla norte del triángulo fué cubierto por Morgado con los escuadrones de dragones de la Frontera. Sobre la loma formó en batalla en la proyección nordoeste-sudoeste, en línea quebrada con el mamelón, pero sin cubrir todos los perfiles de la altura por el nordeste. Colocó los batallones Infante Don Carlos y Arequipa formando división, al mando de Ordóñez; y sobre la izquierda, el Burgos y el Concepción, á órdenes del comandante Lorenzo Morla, con cuatro piezas de artillería adscriptas á cada una de las dos divisiones. La extrema derecha fué cubierta por los Lanceros del Rey y los dragones de Concepción.

En esta disposición se hallaron frente á frente los ejércitos beligerantes al sonar las doce del día, separados únicamente por la angosta hondonada que promedia entre los dos cordones de lomas que ocupaban independientes y realistas. Los dos ejércitos permanecieron por algún tiempo inmóviles, en sus respectivas posiciones, como esperando que el adversario tomase la iniciativa. Todas las probabilidades parecían estar contra el que llevase la ofensiva: tenía que atravesar

un bajo descubierto sufriendo el fuego de la fusilería y el cañón que lo barría, y trepar las alturas del frente para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que desalojar previamente las fuerzas que ocupaban el mamelón avanzado ó recorrer un espacio de mil metros flanqueados por los fuegos de sus cañones. Ambas posiciones eran fuertes, y bien calculadas para la defensiva, y la de los realistas más ventajosa aún. En cuanto á las fuerzas físicas y morales, estaban casi equilibradas, siendo igual la decisión de parte á parte, si bien la de los realistas era numéricamente mayor. Por lo que respecta á las armas, la superioridad de los independientes era incontestable en artillería y caballería en número y también en calidad, y aun cuando éstos tenían nueve batallones de infantería, algunos de ellos no formaban sino 200 hombres, mientras los cuatro gruesos batallones con que contaban los primeros, divididos en ocho compañías, levantaban cerca de mil bayonetas cada uno. Lo único que inclinaba la balanza de las probabilidades, era el peso de las cabezas de los generales; pero ya se había visto como, en Cancharrayada, las más hábiles combinaciones que aseguraban el triunfo, dieron por resultado la derrota. El plan de San Martín no era precisamente el de una batalla de orden oblicuo, y sin embargo, resultó tal por el atrevimiento, el arte consumado y la prudencia con que fué conducida. Fué una inspiración del campo de batalla, sugerida por errores del enemigo y peripecias de la acción en el momento decisivo, y esto realza su mérito como combinación táctica. El mismo San Martín jamás se atribuyó otro, y desdeñando con orgullosa modestia adornarse con laureles prestados, insinúa incidentalmente que al orden oblicuo se debió en parte la victoria, sin

agregar que, más que todo, se debió al uso oportuno que hizo de su reserva, como se verá luego. Los relieves de las respectivas posiciones y las proyecciones de las dos líneas de batalla, eran casi paralelos; pero los realistas habían retirado su derecha formando en el promedio de la loma, sin cubrir sus perfiles, como queda dicho, y de aquí resultaba que la izquierda independiente desbordase la derecha realista en su posición y en su formación, y que teniendo que correr por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, pudiese llevar con ventaja un ataque oblicuo ó de flanco con el apoyo de la reserva. Tal es la síntesis táctica de la batalla de Maipo en sus preliminares.

El general en jefe, que había levantado su enseña en el centro de la primera línea, observando la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las cuatro piezas de batir servidas por los artilleros argentinos, con el objeto de descubrir sus fuegos de artillería y sus planes. Una de las balas mató el caballo del general en jefe español. En el acto, la artillería española contestó ese fuego con el suyo, manteniendo su formación, y suministró á San Martín el dato que necesitaba. Era evidente que Osorio se preparaba á una batalla defensiva, y lo indicaba claramente, además de su formación, la circunstancia de no haber ocupado el perfil de las lomas de su posición, á fin de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería y aprovechar el espacio para dar con ventaja en su oportunidad una carga á la bayoneta con sus gruesos batallones, así que aquéllos hubiesen diezmado los de los independientes. El general San Martín tuvo entonces la intuición de la victoria, que debía decidir de los destinos de la América independiente. Dió audazmente la señal del ataque, mandando levantar en alto la bandera argentina y chilena, y en medio de ellas, la bandera encar-

nada como una llamarada sangrienta. Su ojo penetrante había descubierto el flanco débil del enemigo, que era su derecha. Las «columnas se descolgaron,» según la pintoresca expresión del mismo general en su parte, y «marcharon á la carga, arma al brazo, sobre la línea enemiga,» con entusiasmo, á paso acelerado. La reserva y la artillería permanecieron en su puesto, esperando las órdenes del general.

IV

El movimiento se inició por la derecha ; pero no era éste el verdadero punto de ataque. Su objeto era doble : desalojar la izquierda del enemigo destacada sobre el mamelón y amenazar el frente ó la izquierda, de su centro, concurriendo así al ataque de la izquierda, que tenía que recorrer la menor distancia entre las alturas para cargar sobre el flanco más desguarnecido. Según el éxito de una ú otra ala, la batalla se empeñaría por la derecha ó por la izquierda, interviniendo convenientemente la reserva en sostén de la que llevase la ventaja ó la desventaja : en el primer caso, sería una batalla de frente, cortando la izquierda y desbordando la derecha enemiga, y en el segundo, un verdadero ataque oblicuo de la derecha flanqueando ó tomando por retaguardia Las Heras las columnas realistas, y esto era lo que se proponía San Martín, al aprovechar el error cometido por Osorio, que iba á verse obligado á entrar en combate con todas sus fuerzas alterando su formación. En estas condiciones el secreto de la victoria estaba en el uso oportuno de la reserva.

Las Heras avanzó gallardamente sin disparar un tiro, á la cabeza del número 11 de los Andes, que era el nervio de la infantería del ejército, sostenido por los

dos batallones que formaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de granaderos montados, amenazando la posición del mamelón. La batería de cuatro cañones del mamelón rompió el fuego sobre el número 11 así que éste se presentó á la vista, causándole bastantes estragos en sus filas, pero siguió avanzando con rapidez, seguido por los cazadores de Coquimbo y los Infantes de la Patria de Chile, mientras la artillería de Blanco Encalada, que había quedado en posición sobre la loma, apoyaba el ataque lanzando sus proyectiles por encima de las columnas patriotas que marchaban por el terreno bajo. Primo de Rivera, que comprendió que el propósito de Las Heras era aislarlo de su línea de batalla, lanza á su vez su caballería situada entre el mamelón y la lomada triangular. Morgado carga con ímpetu á la cabeza de los dragones de la Frontera. Las Heras se cierra en masa y espera, dando órdenes á Zapiola que cargue por su derecha con la caballería. Los dos primeros escuadrones de granaderos, á órdenes de los comandantes Manuel Escalada y Manuel Medina, salen al encuentro sable en mano, y hacen volver caras á los jinetes realistas, que reciben en su huída los disparos de la artillería de Blanco Encalada, y se ven obligados á refugiarse tras de su anterior posición. Escalada y Medina son recibidos por los fuegos de fusilería y de metralla del mamelón ; remolinean, pero se rehacen con prontitud ; dejan á su derecha la altura fortificada, y apoyados con firmeza por los dos escuadrones de reserva mandados por Zapiola, siguen adelante en persecución de los derrotados, que se dispersan ó se repliegan en desorden á la división de Morla sobre la loma. Las Heras se establece sólidamente con el número 11 en un cerrillo intermedio, fronterizo al mamelón y al ángulo nordeste del triángulo, en actitud de atacar el ma-

melón y concurrir al ataque de la izquierda. El ala izquierda de los realistas quedaba así aislada, y la izquierda de su centro amagada.

Casi simultáneamente con la carga de los granaderos á la derecha, el ala izquierda trepaba las alturas de la posición realista por el ángulo este, iniciando un movimiento envolvente sin divisar todavía los cuerpos enemigos. Los realistas, apercibidos del error de haber retirado su derecha perdiendo las ventajas que les daba el terreno, ó arrastrados por su ardor, se decidieron á tomar la ofensiva. Ordóñez, á la cabeza de los batallones «Infante don Carlos» y el «Concepción», con dos piezas de artillería, salió atrevidamente al encuentro de los patriotas en dos columnas de ataque paralelas, quien fué seguido muy luego por los batallones «Burgos» y «Arequipa», mandados por Morla, en la misma formación y escalonados por su izquierda. Osorio, que llegó á temer por su derecha y notando que quedaba sin reserva, mandó reconcentrar al centro de la línea la columna de granaderos destacada sobre el mamelón con Primo de Rivera. Ordóñez, al encimar con su división una de las colinas del campo, se encontró á distancia como de cien metros al frente de la de Alvarado, trabándose inmediatamente un combate de fusilería que causó estragos en ambas filas. Por desgracia para los independientes, dos de sus batallones—el número 8 de los Andes y el número 2 de Chile,—que ocupaban en un bajo la zona peligrosa de los fuegos contrarios sufrieron considerables bajas en los primeros momentos: el número 8, compuesto de los negros libertos de Cuyo, mandado por Enrique Martínez, se desordena después de perder la mitad de su fuerza, y se retira en dispersión; el número 2 intenta cargar á la bayoneta para restablecer el combate, y al ejecutar esta operación, se dispersa tam-

bién. Alvarado, que cubría la izquierda con el número 1 de cazadores de los Andes, despliega en batalla y rompe el fuego; pero á su vez se ve obligado á ponerse en retirada para evitar una total derrota. La victoria parecía declararse en aquel costado por las armas españolas.

Ordóñez y Morla, con sus cuatro gruesos batallones escalonados en dos líneas de masas, levantando como 3.500 bayonetas, se lanzan en persecución del ala izquierda independiente casi deshecha, y sus cabezas de columnas descienden impetuosamente los declives de la lomada, con grandes aclamaciones de triunfo. En ese momento la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas ligeras había quedado ocupando el perfil opuesto en la Loma Blanca, rompe sobre los vencedores un vivo fuego á bala rasa, que les hace vacilar; reaccionan éstos inmediatamente, pero al pisar el llano, son recibidos por una lluvia de metralla que rompe sus columnas, haciéndoles retroceder, á pesar de los valerosos esfuerzos de Ordóñez y Morla. Al observar estas peripecias, Las Heras ordena á los «Infantes de la Patria», de Chile, que carguen sobre el flanco de la división de Morla; pero son rechazados y retroceden en algún desorden. Hacía veinte minutos que la lucha se mantenía en este estado incierto, cuando se oyó el toque de carga de la reserva independiente, y vióse á sus columnas moverse á paso acelerado hacia el ángulo este de la posición enemiga.

San Mrtín, que se había mantenido en la altura de la Loma Blanca, en observación de los primeros movimientos de su derecha, dictando con sangre fría sus órdenes según las circunstancias, adelantó con el cuartel general hasta la proximidad de la posición avanzada ocupada por Las Heras, para dirigir de más cerca las operaciones de su línea. Al notar desde este pun-

to el rechazo de su izquierda, dió orden á la reserva que cargase en su protección, dirigiéndose con su escolta al sitio donde iba á decidirse la acción por un último y supremo esfuerzo. El coronel H. de la Quintana, á la cabeza de los batallones número 1.° y 7.° de los Andes, y el número 3 de Chile, descendió la loma, atravesó la hondonada efectuando con sus columnas una marcha oblicua sobre su izquierda, y llegó al ángulo este de la posición enemiga en circunstancias en que las columnas españolas se habían replegado á ella rechazadas por los certeros fuegos de la artillería de Borgoño. A vista de la reserva, los batallones 8 de los Andes y 2 de Chile se rehacen, y sobre la base de los cazadores de los Andes, que no habían perdido del todo su formación, entran en línea mientras Quintana trepa la altura del triángulo un poco á la derecha del punto por donde lo había efectuado antes Alvarado. El ataque oblicuo se iniciaba, y la batalla iba á cambiar de aspecto.

V

Aislada la izquierda realista, privada del apoyo de la caballería que la ligaba con su línea de batalla y debilitada de las compañías de granaderos que por orden de Osorio habían acudido á formar la reserva general, Las Heras se disponía á arrebatar su posición, cuando Primo de Rivera, que la mandaba, emprendió su retirada, dejando abandonados en el mamelón sus cuatro cañones. El número 11 de los Andes y los cazadores de Coquimbo, convergen entonces hacia el centro, persiguiendo activamente las fuerzas de Primo de Rivera, y toman la retaguardia enemiga, mientras el batallón «Infantes de la Patria», de Chile, rehecho, vuelve á concurrir al ataque de la izquierda. La

batalla se concentraba en breve espacio sobre la meseta triangular de la lomada de Espejo, donde iba á decidirse.

Casi simultáneamente, el combate se renovaba con más encarnizamiento por una y otra parte en la extremidad opuesta de la línea. Para despejar el ataque por este lado, San Martín ordena á los Cazadores montados de los Andes y á los Lanceros de Chile, que arrollen la caballería de la derecha enemiga. Bueras y Freyre cumplen bizarramente la orden: llevan una irresistible carga á fondo á los Lanceros del rey y los Dragones de Concepción que salen á su encuentro, los hacen pedazos y los persiguen largo trecho en desbande hasta dispersarlos completamente. Bueras muere en la carga, atravesado de un balazo. Freyre, tomando el mando de todos los escuadrones, trepa la altura y amaga el flanco derecho de Ordóñez. La caballería realista de ambos costados ha desaparecido. El combate final se traba entre la infantería argentino-chilena y la española.

Los tres batallones de la reserva, mandados por Quintana, forman en línea de masas: el 7.° de los Andes más avanzado á la izquierda; el número 3 y número 1.° de Chile al centro y la izquierda, un poco más á retaguardia. Al trepar la altura, encuéntranse casi á quemarropa con las columnas de Ordóñez y Morla, que, ocultas por un pliegue del terreno, oblicuaban en aquel momento sobre su izquierda para hacer frente al nuevo ataque, sin cuidarse de la deshecha división de Alvarado. El «Burgos», que no había entrado en pelea en el primer encuentro, hace flamear su secular bandera, laureada en Bailén, y sus soldados entusiasmados gritan: «Aquí está el «Burgos» »¡ Diez y ocho batallas ganadas! ¡ Ninguna perdida!» La batalla se empeñaba con nuevo ardor á los gritos

de ¡ Viva la patria! ¡ Viva el rey! Independientes y realistas hacen esfuerzos heroicos para alcanzar la victoria. Las distancias se estrechan. Los independientes atacan con impetuosa intrepidez. Los realistas resisten tenazmente, sin retroceder un solo paso. «Con dificul»tad, dice San Martín en su parte, se ha visto un ata»que más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás »se vió una resistencia más vigorosa, más firme y más »tenaz.»

La división de Alvarado, rehecha en gran parte, entra al fuego por el mismo punto por donde había trepado antes la lomada, y concurre al ataque de la reserva, á la vez que Borgoño con ocho piezas marcha al galope á ocupar la puntilla del este. La derecha patriota, con la artillería de Blanco Encalada avanzada, converge al centro y toma la retaguardia de los realistas. La caballería de Freyre, vencedora, amaga su flanco derecho. El «Burgos» agita su bandera, y pelea como un león. El batallón Arequipa, mandado por Rodil, mantenía impávido su posición. Los batallones Infante don Carlos y Concepción, dirigidos personalmente por Ordóñez, se baten con desesperación. En estos momentos, el general en jefe del rey, abandona el campo de batalla y se entrega á la fuga. Ordóñez, el más digno de mandar á los realistas en la victoria y en la derrota, toma la dirección de la formidable columna de la infantería española, é intenta desplegar sus masas; pero el terreno le viene estrecho, y se envuelve en sus propias maniobras. El núm. 7 de los Andes y el número 1.° de Chile cargan á la bayoneta, á los gritos de ¡ Viva la libertad! y la escolta de San Martín, al mando del mayor Angel Pacheco, juntamente con Freyre, cargan sobre su flanco derecho. El Burgos forma cuadro, y rechaza las cargas, aunque con grandes pérdidas. Hacía media hora que dura-

ba el porfiado combate. Los realistas, circundados, sin caballería que los apoye y exhaustos de fatiga, vacilan y empiezan á cejar, pero sin desordenarse. La última esperanza es la reserva de granaderos desprendida de la izquierda, que no pudo llegar á tiempo, y los cazadores de Morgado que, perseguidos de cerca por Las Heras, quedan cortados y se precipitan en fuga sobre el callejón de Espejo. Ordóñez, con sus filas raleadas emprende con serenidad la retirada hacia la hacienda de Espejo, formado en masa compacta San Martín redobla sus órdenes para que la persecución se haga vigorosamente á fin de impedir toda reacción, y condensa su ejército. Ordóñez continúa impávido su movimiento retrógrado, y con sus últimos restos se refugia en la hacienda de Espejo. La batalla estaba decidida por los independientes. San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde á caballo el primer parte de la batalla, y el cirujano Paroissiens lo escribe, con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado: «Acabamos de ganar completa»mente acción. Un pequeño resto huye: nuestra caballe»ría lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre.» Los enemigos del gran capitán sudamericano han dicho que San Martín estaba borracho al escribir este parte. Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con un enérgico sarcasmo: «¡Imbéciles! ¡estaba borracho de gloria!»

En este instante oyéronse grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El director, al saber que la batalla iba á empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta á caballo, y al frente de una parte de la guarnición de Santiago se dirige al teatro de la acción. Al llegar á los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensajero le da la noticia de que el ala

izquierda patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin vacilar, pero al llegar á la loma. tuvo la evidencia del triunfo. Adelantóse á gran galope con su estado mayor, y encuentra á San Martín á inmediaciones de la puntilla sudoeste del triángulo, en momentos en que disponía el último ataque sobre la posición de Espejo: le echa al cuello desde su caballo su brazo izquierdo, y exclama: «¡Gloria al salvador de Chile!» El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del director, prorrumpe: «General: Chile no olvidará jamás su sacrificio pre»sentándose en el campo de batalla con su gloriosa »herida abierta.» Y reunidos ambos, adelantáronse para completar la victoria. Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte.

La batalla no estaba terminada. Ordóñez, sin desmayar, se había posesionado del caserío de Espejo, dispuesto á salvar el honor de sus armas con la resistencia, ó la vida de sus soldados en una retirada protegida por la obscuridad de la noche. Reconcentró allí las compañías de granaderos y cazadores casi intactas, y los restos del Burgos, el Concepción y el Infante don Carlos, habiéndose el Arequipa retirado hecho del campo con su comandante Rodil. El valeroso general español, con una admirable sangre fría, lo dispone todo personalmente con habilidad y decisión. Coloca en el fondo del callejón, tras una ancha acequia frente de un puentecillo, los dos únicos cañones que le quedaban, sostenidos por cuatro compañías de fusileros. Forma el grueso de su infantería sobre una pequeña altura fronteriza á las casas, dando cara á los dos frentes vulnerables; reconcentra en el patio de las casas su reserva, pronta á acudir á todos los puntos amenazados; cubre con destacamentos los callejones laterales, y extiende en contorno, protegidos

por las tapias y emboscados por las viñas, un círculo de cazadores. En esta actitud decidida espera el último ataque.

Las Heras es el primero que, persiguiendo á los cazadores de Morgado, llega á la puntilla sudoeste, fronteriza á la boca alta que domina el callejón de Espejo. Dióse cuenta inmediatamente de la situación, y prudentemente dispuso que el batallón descendiera al llano y se ocultase tras de un pequeño mamelón al oriente del caserío (izquierda española) y esperase la señal de un toque de corneta para coronarlo y romper el fuego. A medida que fueron llegando otros batallones, les señaló sus puestos, y estableció convenientemente la artillería en la parte alta de la puntilla, á fin de cañonear la posición antes de dar el asalto. En esos momentos se presenta el general Balcarce, y ordena imperiosamente que el batallón de Cazadores de Coquimbo ataque sin pérdida de tiempo por el callejón. El comandante Thompson da la señal y penetra resueltamente en columna al desfiladero. Allí es recibido por la metralla de las dos piezas que lo defendían. Pretende avanzar; pero nuevas descargas de fusilería del frente y de los flancos, lo detienen, y al fin le hacen retroceder en derrota, dejando en el sitio 250 cadáveres, salvando con todos sus oficiales heridos. Volvióse entonces al bien calculado plan de Las Heras. Los comandantes Borgoño y Blanco Encalada rompieron el fuego con diez y siete piezas, que en menos de un cuarto de hora desconcertó las resistencias, obligando á los realistas, deshechos por el cañoneo, á refugiarse en las casas y en la viña del fondo. La señal de asalto se da: el número 11, sostenido por dos piquetes del 7.° y 8.° de los Andes, carga por el flanco rompiendo tapias, y pasa á la bayoneta cuanto se le presenta. La batalla estaba

terminada. Los realistas se dispersan en pelotones en las encrucijadas, viñas y potreros adyacentes. En ese momento hace su aparición en la lucha final un regimiento auxiliar de milicias de Aconcagua, que, lazo en mano, se apodera de centenares de prisioneros como de reses en el aprisco. Los vencedores, irritados por el sacrificio del Coquimbo, continuaban matando, cuando se presentó Las Heras, y mandó cesar la inútil carnicería. Pocos momentos después, le entregan sus espadas como prisioneros el heroico general Ordóñez, el jefe de estado mayor Primo de Rivera, el jefe de división Morla, los coroneles de la caballería Morgado y Rodríguez, y con excepción de Rodil, todos los oficiales de la infantería realista, Laprida, Besa, Latorre, Jiménez, Navia, Bagona, y multitud de oficiales. Las Heras alargó ambas manos á Ordóñez y lo saludó como á un compañero de heroísmo, ofreciéndole noblemente su amistad, y amparando con su autoridad á sus compañeros de infortunio.

VI

Los trofeos de esta jornada fueron 12 cañones, 4 banderas, 1.000 muertos contrarios; 1 general, 4 coroneles, 7 tenientes coroneles, 150 oficiales y 2.200 prisioneros de tropa; 3.850 fusiles, 1.200 tercerolas, la caja militar, el equipo y las municiones del ejército vencido. Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sudamericana, fué comprada por los independientes á costa de la pérdida de más de 1.000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los libertos negros de Cuyo, de los cuales quedó más de la mitad en el campo. Más que por sus trofeos, Maipú fué la primer gran batalla americana, histórica y científicamente consi-

derada. Por las correctas marchas estratégicas que la precedieron y por sus hábiles maniobras tácticas sobre el campo de la acción, así como por la acertada combinación y empleo oportuno de las armas, es militarmente un modelo notable si no perfecto, de un ataque paralelo que se convierte en ataque oblicuo, por el uso conveniente de las reservas sobre el flanco más débil del enemigo por su formación y más fuerte por la calidad y número de sus tropas, inspiración que decide la victoria, siendo de notar que San Martín, como Epaminondas, sólo ganó dos grandes batallas, y las dos, por el mismo orden oblicuo inventado por el inmortal general griego. Por su importancia trascendental, sólo pueden equipararse á la batalla de Maipú la de Boyacá, que fué su consecuencia inmediata y la de Ayacucho, que fué su consecuencia ulterior y final; pero sin Maipú no habrían tenido lugar Boyacá ni Ayacucho. Vencidos los independientes en Maipú, Chile se pierde para la causa de la emancipación, y con Chile, probablemente, la revolución argentina, encerrada dentro de sus fronteras amenazadas por dos ejércitos vencedores por sus dos puntos más vulnerables, desde entonces inmunes. Sobre todo, sin Chile no se obtendría el dominio naval del Pacífico, la expedición al Bajo Perú se haría imposible, y Bolívar no hubiera podido converger hacia el sur, aun triunfando en el norte de los ejércitos españoles con que luchaba, y de hacerlo, se habría encontrado con 30.000 hombres que le hicieran frente y el mar cerrado. Además, Maipú quebró para siempre el nervio militar del ejército español en América, y llevó el desánimo á todos los que sostenían la causa del rey desde Méjico hasta el Perú; dando nuevo aliento á los independientes. Chacabuco había sido el desquite de Sipe-Sipe: Maipú fué la

precursora de todas las ventajas sucesivas. Tuvo además el singular mérito de ser ganada por un ejército derrotado é inferior en número, á los quince días de su derrota, ejemplo singular en la historia militar.

Sólo salvaron del campo de batalla el batallón de Arequipa que, mandado por Rodil se retiró en formación dispersándose al pasar el Maule, y los dispersos de caballería. El general en jefe español, atribulado, había abandonado el campo á las tres de la tarde, seguido por su escolta, así que vió que su derecha y centro se replegaban vencidos, sin pensar más que en la seguridad de su persona. Señalada su fuga á San Martín por un poncho blanco que llevaba, desprendió á su ayudante O'Brien con una partida para que lo persiguiese sin descanso. Osorio pudo salvar tomando el camino de la costa, pero dejando en poder de O'Brien su equipaje y toda su correspondencia oficial y reservada. El vencido general llegó á Talcahuano al frente de 14 hombres (14 de abril), y allí se le reunieron como 600 más escapados á la derrota, último resto del ejército vencedor en Cancharrayada. El general San Martín reincidió, como después de Chacabuco, en el error de no activar la persecución sacando de su victoria todos los resultados inmediatos. Se ha dicho en su disculpa que el gobierno chileno se hallaba en la imposibilidad de suministrar prontamente los recursos para la continuación activa de una nueva campaña al sur, siendo lo probable, que ocupado de más vastos planes, sobre todo, del armamento naval que proyectaba para dominar el Pacífico y embargaba toda su atención, descuidó esto completamente, sin darle la debida importancia. Limitóse en los primeros momentos á desprender á Freyre con un destacamento de caballería de línea, y sólo cuando las partidas de milicianos que perse-

guían á los fugitivos empezaron á cometer depredaciones, dió orden al coronel Zapiola para que al frente de 250 granaderos montados se dirigiese al sur y se mantuviera en observación del enemigo sobre la línea del Maule, acantonándose en Talca. La victoria era tan grande, que daba para todo hasta para cometer y corregir errores. Por su parte, Zapiola desempeñó su cometido con inteligencia y actividad. Desarmó las guerrillas irregulares que deshonraban la causa de la independencia, creándole resistencia en el sur del país. Extrajo todo el material de guerra de los depósitos de Talca, que los enemigos en su fuga habían arrojado al río Maule. Estableció un servicio de vigilancia y de espionaje sobre la línea del Maule y el territorio dominado por el enemigo al sur del Ñuble, y por último, dió organización á las milicias de la localidad, preparándose á tomar la ofensiva parcial. Era todo cuanto podía hacerse con tan escasos elementos.

Osorio aprovechó el respiro que le daba el vencedor para allegar algunos elementos militares y sostenerse en Concepción y Talcahuano, tomando por línea de defensa el Ñuble. Reunió las guarniciones de la frontera de Arauco y ordenó al coronel Sánchez que se mantuviese firme en Chillán, consiguiendo á mediados de mayo contar con una fuerza organizada de 1.200 hombres; pero con sólo 600 fusiles. En esta actitud pidió nuevas instrucciones y auxilios al Perú. El virrey Pezuela había dado por perdido definitivamente á Chile después de Maipú, y sólo pensaba en proveer á la defensa de su territorio amenazado. A la primer noticia de la derrota, convocó en Lima una junta de corporaciones, y en una arenga que les dirigió, dió á la batalla la importancia continental que tenía, y que da testimonio de la profunda impresión

que ella causó en los ánimos de los realistas en América. «Nuestros cálculos ulteriores, dijo, deben partir »del segurísimo concepto de que los enemigos, siem»pre activos, atrevidos y emprendedores, no desper»diciarán momento para poner en ejecución cuales»quiera planes agresivos, cuyo éxito favorable les fa»cilitarán sus recientes ventajas. Estos planes no son »otros que de apresurarse á mandar una expedición »á estas dilatadas costas para introducir el desorden »y la revolución en los pueblos, y propagarla de unos »en otros hasta lograr hacer sucumbir á esta misma »capital (Lima), objeto de sus perpetuas miras, por »cuanto de su inagotable seno han salido desde el »principio de la revolución, y para todos los puntos »contaminados, las disposiciones y medios contra los »cuales tantas veces han escollado sus obstinados es»fuerzos. Me consta que tales han sido sus aspira»ciones en todos tiempos, y me hallo cerciorado de »que se agitan actualmente con el más extraordinario »empeño por realizar cuanto antes este su favorito »proyectos. Para prometerse un próspero suceso en »sus tentativas, sé que cuentan con algunos adictos á »sus ideas, que ocultos, existen en los pueblos más »fieles; y cuentan con mayor fundamento con la pron»ta concurrencia de la numerosa esclavatura que hay »aquí, deseosa de libertad, así como lo han practica»do en Buenos Aires. Sé también que, para realizar »lo proyectado, han comprado dos navíos, que su in»tención era batir nuestra escuadra, y en seguida, he»chos dueños de la mar, mandar con mayor desahogo »sus expediciones de desembarco á los puntos de la »costa. Las providencias defensivas del gobierno han »debido abrazar por tanto dos distintos medios de re»sistencia.» Fué tal el pavor que la derrota de Maipú produjo en el Perú, que Pezuela, para aquietar los

temores de las tropas del país reunidas en los alrededores de Lima, entre las cuales se anunciaba una nueva expedición á Chile, vióse obligado á dirigirles una proclama aquietándolas: «Ha llegado á mi no»ticia que muchos de vosotros venís disgustados, cre»yendo que habéis de marchar para Chile á incorpo»raros al ejército del rey, que allí ha quedado. Yo os »aseguro que el objeto de vuestra venida á la capital, »no es otro que mantener la tranquilidad pública.» El orgulloso virrey, vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y en Sipe-Sipe tres años antes, al ponerse á la estricta defensiva, solicitaba en los términos más angustiosos prontos auxilios del virrey Sámaco y de Morillo en Venezuela y Nueva Granada. «El tenor »de las comunicaciones ha reagravado la dolorosa im»presión del fatal suceso (de Maipú), resistiéndose la »imaginación á convencerse cómo pudo suceder que un »ejército completamente dispersado en un punto se »rehiciese á los quince días en otro, ochenta y más »leguas distante, en disposición de batir á sus vence»dores, que no dejaron de perseguirlos de muy cerca »por el mismo hecho del corto número de días que »medió entre ambas acciones. Pero es demasiadamen»te cierto el final del funesto resultado, y que Osorio, »después de perdido todo, habiendo emprendido su re»tirada con mil hombres, únicos del ejército que pu»dieron salvarse, pudo llegar á Concepción con sólo »catorce, por haber sido muertos ó dispersados por la »caballería enemiga que los persiguió acuchillando en »tan larga distancia. Por de pronto, mis incesantes »fatigas tienen por objeto la colectación é instrucción »de los reclutas destinados á la defensa de la capital »y costas del distrito para resistir á cualquier agre»sión marítima, cuya diligencia presenta no pocas »dificultades. Reitero, pues, mi súplica sobre cuanto

»pedí en mi último oficio, persuadiéndose de que mis »apuros han llegado hasta el grado sumo.» El virrey de Nueva Granada le contestaba: «La fatal derrota »que han sufrido las tropas del rey, nuestro señor, »cerca de Santiago de Chile, pone á aquel virreinato »(del Perú), y á todo este continente por la parte del »sur en consternación y peligro,» y junto con estas palabras le enviaba el batallón Numancia, fuerte de 1.200 plazas que á la sazón se hallaba en Popayán, refuerzo que, á la vez que debilitaba á los realistas en este punto, facilitaba la invasión de Bolívar á Nueva Granada. Era un nuevo contingente á la causa de la independencia americana, como más adelante se verá. El general Morillo, que al frente de una expedición peninsular de diez mil hombres, había arribado á Costa Firme, á la sazón extenuada en Venezuela, al conocer los detalles de la batalla de Maipú, pronunciaba palabras melancólicas que hacían presentir la derrota fatal: «El desgraciado suceso de las armas »de S. M. cerca de Santiago de Chile me llena del más »amargo pesar. Yo entiendo que el ejército del rey »victorioso en Lircay con 5.000 hombres sobre 10.000 »enemigos, habría sido batido igualmente contando »con 55.000, por las mismas tropas y los mismos jefes »que lo han destruído en el llano de Maipú.» Así, el plan de campaña continental, cuya intuición tuvo San Martín en 1814, en Tucumán, era al fin comprendido en todas sus consecuencias por el enemigo, que al anuncio de su segunda etapa, ya no se consideraba seguro ni en la tierra ni en los mares, y presentía su total derrota en toda la extensión de la América meridional. Jamás una concepción militar tuvo tan decisiva influencia moral en los acontecimientos, hiriendo de pavor al adversario con sólo su amago, aun antes de experimentar de cerca sus efectos finales. Son es-

tas concepciones de largo alcance, metódicamente ejecutadas, las que caracterizan el verdadero genio militar.

VII

Aun bajo la impresión desalentadora que produjo la batalla de Maipú en las filas realistas, en toda la extensión del continente americano, el virrey Pezuela, á no haber perdido la serenidad, debió fomentar eficazmente la guerra en el sur de Chile, como un medio de retardar la invasión que temía, sobre todo, teniendo la preponderancia marítima del Pacífico, y estaba á la espera de una expedición de 2.500 hombres que había salido de España con tal objeto. Lejos de esto, no pensó sino en reconcentrarse en el Perú, abandonar definitivamente á Chile como teatro de la guerra y activar la guerra ofensiva por el Alto Perú donde contaba con un ejército de 9.000 hombres, que por ese camino no encontraría sino derrotas. A pesar de esto, Osorio se sostenía, ayudado por la opinión del país, como antes se había sostenido Ordóñez después de Chacabuco, aunque no con la misma energía. Alentado por la inacción de los independientes y sabedor de la corta fuerza situada en Talca á órdenes de Zapiola, se resolvió á tomar la ofensiva parcial. Un grueso destacamento de milicias al mando del capitán Manuel Bulnes, chileno, partidario del rey, atravesó el Ñuble, y en la mañana del 21 de mayo sorprendió al pueblo del Parral al norte de este río, pasando á cuchillo gran parte de su guarnición local. Casi simultáneamente, otro destacamento cruzaba el río Itata y ocupaba el puerto de Quirihue, extendiendo sus correrías hasta Cauquenes

en la misma zona, con el objeto de proporcionarse víveres, y haciendo grandes estragos en la comarca.

Al tener noticia Zapiola de estas intrusiones, desprendió una columna de 200 hombres de caballería, entre granaderos y milicianos, á órdenes del valiente capitán Cajaraville, con orden de recuperar á todo trance la posición del Parral. Cajaraville marchó durante cinco noches por caminos extraviados, ocultando su movimiento, y en la madrugada del 27 de mayo estaba sobre el pueblo. Dividió su fuerza en dos grupos: hizo ocupar todas las bocacalles con los milicianos á cargo del capitán Domingo Urrutia para cortar toda retirada, y por la retaguardia atacó personalmente al punto, á la cabeza de los granaderos. Avanzó el cuartel, puso en fuga á su guarnición, y obligó al resto á encerrarse en las casas circunvecinas, donde la rindió á sangre y fuego, tomando 70 prisioneros, y entre ellos varios oficiales y un coronel, y exterminando el resto. El otro destacamento realista que había cruzado el Itata, fué atacado en Quirihue el 21 de mayo por el teniente de granaderos Juan Esteban Rodríguez, obligándolo á refugiarse en la población, donde lo rindió por completo y le tomó 36 prisioneros, entre ellos un teniente coronel y 17 fusiles, con la sola pérdida de un muerto y un herido. Estos dos pequeños triunfos bastaron para quebrar por el momento las últimas fuerzas morales de los realistas en el sur de Chile, y la línea del Ñuble quedó inmune.

Reforzado Zapiola con el total de los granaderos montados, el batallón de Cazadores de Coquimbo y dos piezas de artillería, decidió tomar la ofensiva, teniendo por objetivo á Chillán. Al efecto, desprendió de nuevo al capitán Cajaraville con 100 granaderos á caballo, una compañía de infantería montada del Co-

quimbo y 150 milicianos, con orden de reunir todas las guerrillas volantes de ultra-Maule. El destacamento independiente atravesó el Ñuble el 21 de julio y el 31 avanzó en tres columnas sobre Chillán. Mandaba este punto el coronel Clemente Lantaño, oficial distinguido, de inteligencia y valor, muy conocedor de la localidad, que hace su aparición en la escena, y que estaba destinado, como Elorreaga y Sánchez, á alcanzar renombre manteniendo en el sur de Chile la bandera del rey. Tenía á sus órdenes como 500 hombres de infantería y caballería, y al anuncio de la irrupción, salió á su encuentro al frente de un escuadrón de dragones. Al avistarse ambas fuerzas, Cajaraville le intimó rendición. El jefe realista contestó que no era de caballeros rendirse sin pelear, y se replegó sobre la plaza en buen orden. El oficial patriota avanzó hasta la ciudad en el orden que llevaba, y arrastrado por su ardor, más bien que aconsejado por la prudencia militar, atacó simultáneamente por tres bocacalles con guerrillas de infantería sostenidas por piquetes de granaderos montados; asaltó las trincheras y llegó hasta el recinto de la plaza principal, donde sus defensores se resistieron con ventaja posesionados de los fuertes edificios que la dominan, sosteniéndose el fuego por una y otra parte hasta entrada la noche. Estaba escrito que Chillán sería siempre funesto á las armas independientes. Cajaraville se vió obligado á desistir de su tan valeroso como impremeditado ataque, y emprendió su retirada á San Carlos con 14 prisioneros, dejando tres muertos en el campo, y llevando 23 heridos. Esta ventaja reanimó un tanto el abatido espíritu de los realistas; pero les hizo comprender lo peligroso de su situación.

Osorio, desmoralizado por su derrota, sin esperan-

zas de recibir auxilios, y temeroso de ser atacado en la primavera por el ejército chileno-argentino, resolvió retirarse al Perú. El 25 de agosto reunió una junta de guerra en Talcahuano, y ante ella manifestó que las instrucciones del virrey Pezuela le prevenían evacuar el territorio con sus fuerzas de línea en el caso que los independientes preparasen una expedición contra el Perú, dejando en el sur de Chile tan sólo las tropas nativas para mantener la guerra de partidarios. Todos opinaron por la retirada; pero, poseídos de tanto temor como incertidumbre, dejaron la responsabilidad de la resolución al general en jefe. Este, sin ánimo y sin ideas, delegó el mando político y militar en el famoso coronel Juan Francisco Sánchez (5 de septiembre), dejándole 1.600 hombres del país, con 400 fusiles y 100 tercerolas; desmanteló las fortificaciones de Talcahuano, embarcó 35 cañones de posición con gran cantidad de pertrechos de guerra, y al frente de 700 hombres, último resto de la expedición con que había invadido, dióse á la vela al Callao en la mañana del 8 de septiembre. Tales fueron las consecuencias inmediatas de la batalla de Maipú al sur de Chile: luego se dirá cuáles fueron respecto de la América.

CAPITULO XIX

San Martín después de Maipú

1818

Fatalidad histórica.—La tragedia de los Carrera en Mendoza.—Nuevas noticias sobre el proceso de los Carrera.—Perdón tardío.—San Martín y los Carrera.—Rasgo de magnanimidad de San Martín.—San Martín se dirige á Buenos Aires en prosecución de sus planes.—Zañartu enviado de Chile en Buenos Aires.—Agitaciones políticas en Chile.—Chile inicia una reforma constitucional.—Muerte trágica de Manuel Rodríguez.—Honores por la batalla de Maipú.—Arreglos en Buenos Aires para la expedición del Perú.—Se acuerda un empréstito de 500.000 pesos para la expedición.—Incidente entre O'Higgins y Guido.—Influencia internacional de la logia de Lautaro.—Fracasa el empréstito de 500.000 pesos.—Momentos psicológicos de los grandes hombres de acción.—Renuncia terrible de San Martín.—Se hace efectivo el empréstito.—Arbitrio de San Martín para proporcionarse dinero.—Bosquejo del plan de expedición al Perú trazado por San Martín.—Misterios diplomáticos.—Estado de la guerra americana en 1818.—San Martín repasa la cordillera al Occidente.—Nuevo proyecto naval.

I

Por una fatalidad, que tiene su explicación en la lógica brutal de los hechos y en la dureza de la época, la celebración de la batalla de Maipú tuvo dos víctimas inmoladas por la despiadada justicia política de la alianza chileno argentina, que ha proyectado en la historia una sombra siniestra sobre los vencedores. El mismo día en que llegaba á Mendoza el parte de la victoria, eran allí fusilados los dos hermanos Carrera, Luis y Juan José. Estos infortunados

jóvenes, anhelantes de vivir en la patria, aun á costa de la vida como Fóscari, y figurando como actores en un drama de fantásticas conjuraciones contra el destino, que tenían por numen á una mujer de alma intrépida y de imaginación ardiente, hallábanse á la sazón presos en la cárcel de Mendoza por causas que han sido ya citadas. (Véase cap. XV, párrafo VII). El episodio trágico que puso fin á sus días en la flor de la edad, ha sido varias veces narrado con criterio contradictorio y con documentos incompletos, por los historiadores chilenos y argentinos, aunque acordes en su crónica, y al proyectar sobre su fondo tenebroso una nueva luz con severa imparcialidad, nos guiaremos por los documentos inéditos de que estamos en posesión, para fijar el fallo equitativo de la conciencia histórica.

La causa de los dos hermanos Carrera habíase seguido en Mendoza y en Santiago de Chile de un modo tan irregular como excéntrico. Acusado y convicto D. Luis de haber violado la valija del correo de Cuyo; sindicado D. Juan José de haber dado muerte á un niño postillón que le acompañaba, y que murió á su lado en la soledad de la pampa, en medio de una tempestad, sin más testigos que él; y procesados ambos por conato de conspiración contra Chile en territorio argentino, y en Chile por «delito de alta traición,» la causa revestía un carácter internacional, criminal y político á la vez, y tramitábase simultáneamente sin acuerdo entre dos jurisdicciones extrañas, interviniendo en ella por accidente el gobierno argentino, y de una manera indirecta la autoridad moral y militar de San Martín. El gobernador de Cuyo, Luzuriaga, al poner los presos á disposición del gobierno argentino, apresuróse á comunicarlo al general, diciéndole: «Satisfecho V. E. de mi vigilancia,

»puede reposar sobre las medidas que he tomado para »que los agentes de la rebelión no contaminen la for- »ma de nuestro sistema en esta provincia. V. E., por »su parte, sabrá consultar los medios para prevenir »los ataques en ese estado» (Chile). Iniciadas las causas por los respectivos gobiernos, el de Buenos Aires dirigióse á San Martín en estos términos: «Me orde- »na el gobierno avise á V. E. recomendándole las »más celosas y activas providencias en asunto tan im- »portante, á fin de que no queden impunes atentados »tan execrables, como dignos del castigo más ejem- »plar.» El general del Ejército Unido, en su carácter de tal, ofició al gobernador de Cuyo ordenándole que, «á los efectos de la causa que por disposición del go- »bierno de Chile se seguía á los Carrera, en la conju- »ración tramada por ellos, debían éstos permanecer »presos en Mendoza,» y terminaba con esta prevención: «La seguridad, la vigilancia, el cuidado sumo »que debe tenerse con Juan José Carrera, famoso »criminal, y con su hermano D. Luis, quedan al eficaz »celo de V. S., en tanto que el arresto de sus perso- »nas es la garantía de la quietud y del actual y futu- »ro engrandecimiento de este país.» Y en carta privada recomendábale: «tratase con toda consideración á Luis Carrera,» por quien tenía simpatías. El gobierno de Chile, remitiendo copia del proceso al gobernador de Mendoza, dirigió á éste carta de ruego, á fin de tomar las confesiones á los reos y notificarles nombraran defensores que debían apersonarse en Santiago de Chile en el término de veinte días, con apercibimiento de proceder en rebeldía, y comunicando esta providencia al director Pueyrredón, solicitó se le diese conocimiento de lo actuado bajo la jurisdicción argentina.

Pendiente el exhorto internacional, que era el nu-

do de la cuestión jurídica, aun cuando de las actuaciones se diese por el gobernador de Cuyo conocimiento testimoniado al gobierno de Chile, el sumario de Mendoza marchó lentamente sin sujeción á ninguna regla, y el proceso de Chile sólo estuvo terminado á principios de 1818. En este estado, y no abierta aún la acusación fiscal, el gobierno de Chile lo pasó al general del Ejército Unido, para que lo formalizase, mandando convocar el consejo de guerra que debía entender en él. San Martín contestó que la notoria enemistad con los Carrera y la prevención de los jefes del ejército contra ellos darían á la sentencia el carácter de una imposición de su influencia, y por lo tanto, pedía que él y ellos fuesen eximidos de este compromiso, «que dejaría su honor en descubierto.» El director substituto, Cruz, accedió á esta excusación, «encontrándola justa,» y en este estado quedó la causa. Pero al mismo tiempo escribía San Martín á Luzuriaga: «Redoble su vigilancia por la seguridad de »los Carrera, pues se me repiten los avisos de que se »trata de promover su fuga.» Se ha dicho con este motivo que San Martín representó en esta ocasión un doble papel, propio de su genio astuto y reservado, y que á la vez que todo lo dirigía y avivaba las odiosidades hacia los perseguidos, excusaba dar su nombre ó comprometer su representación oficial. Indudablemente, el retraimiento de San Martín implicaba en sus terminos generales una condenación tácita de los acusados, cuando era el verdadero árbitro de la situación, y por otra parte, no ocultaba que consideraba á los Carrera, no sólo incompatibles con la paz pública, sino también criminales; pero su proceder era correcto como general aliado, y se inclinaba, por temperamento y por sistema, más á la moderación que al rigor, como lo prueba el hecho de paralizarse el

proceso después de su excusación. En realidad, el proceso no probaba nada, y el mismo San Martín, había interpuesto su poderosa influencia para hacer poner en libertad á los complicados, pues, cuando más, podía deducirse de él un conato informe de conspiración contra el orden interno. Fundado en esto, y con motivo de la declaratoria de la independencia de Chile, el defensor de los Carrera solicitó el indulto de sus protegidos con sentidas palabras: «En el gran día »en que el estado de Chile rompe las cadenas de un »millón de ciudadanos, y consuela los manes de mi»llares que forman las generaciones de tres siglos de »esclavitud, no es dable consentir la aflicción y los »tormentos de dos ilustres chilenos que, cualesquiera »que fueran los errores que se les supongan, no pue»de negárseles la gloria de haber emprendido y pro»tegido á toda costa la obra de su redención. Al di»solver los antiguos vínculos y formar un nuevo esta»do social, con cuyo carácter se presenta Chile al uni»verso, parece consiguiente queden extinguidos y ol»vidados los errores políticos de la anterior sociedad, »que ya no existe. Jamás se ha instalado un nuevo »pacto social y una nueva forma de gobierno sin pro»clamar una amnistía general de cuanto puede perju»dicar al estado público de la sociedad regenerada.» Esta súplica no fué atendida. El alma enconada de O'Higgins se resistía al perdón, como se ha visto. A la política militar de San Martín convenía mantener en seguridad á los dos procesados, como rehenes de la quietud de su turbulento hermano mayor, dejando al tiempo que la conciliación por que había abogado antes (véase cap. XV, párrafo III), se abriese camino, cuando dejasen de ser un peligro para la consolidación del orden de cosas que sostenía, que era una

de las bases de su plan de emancipación continental.

Mientras esto pasaba en Chile y en Mendoza, la fiel hermana de los perseguidos, que condensaba el espíritu de la familia, no cesaba de hacer en Buenos Aires gestiones en favor de sus hermanos, denunciando sus padecimientos en la prisión, y reclamaba para ellos el amparo de las leyes, tocándole promover, bien aconsejada por su corazón, el punto que constituía el fondo jurídico de la cuestión de forma, cual era el carácter territorial de la causa que se invocaba Chile sin derecho, en menoscabo de la soberanía argentina. Desesperanzada de obtener gracia del gobierno de Chile, se dirigió al gobierno argentino pidiendo justicia, pues contaba encontrar en él más clemencia que en el de su propio país. Así, con motivo de la gestión del gobierno chileno para procesar á sus hermanos bajo su jurisdicción, exponía: «No dudo por un »momento del asilo que hoy los escuda, y aunque sin »otra representación que la que me da la misma na»turaleza, expondré que es de extrañar que el gobier»no de Chile quiera hacer valer un fiat que, estando »en oposición con los principios sostenidos por las na»ciones más cultas del orbe, mancharía la dignidad »del gobierno de las Provincias Unidas. Sería de de»sear que en toda la extensión del globo no hubiese »ningún lugar fuera de la dependencia de las leyes, y »que, al modo que la sombra sigue al cuerpo, su »fuerza persiguiese al culpado. Sin embargo, todas las »naciones, rindiendo el debido homenaje á la humani»dad, no han creído deber ventajoso el volverse re»cíprocamente sus criminales, por no constarles que »todas las leyes fuesen conformes á la razón y las pe»nas no traspasarían la medida de los delitos, lasti»mando la arbitrariedad de los jueces los derechos

»del inocente oprimido. No podrá decirse que los Ca»rrera se han substraído á la protección del gobierno »de Buenos Aires. Ellos fueron aprehendidos en el »territorio de las Provincias Unidas, y si el haber sa»lido de la capital sin pasaportes se conceptúa deli»to, su conocimiento corresponde exclusivamente á su »jurisdicción; y el conato de alejarse de su territorio »no es motivo suficiente para entregarlos á manos de »sus mortales enemigos.»

La argumentación era irrefutable, y los intérpretes de la ley tenían necesariamente que ser consultados. Sometido el exhorto del gobierno de Chile al fiscal de la suprema cámara de justicia, éste se pronunció abiertamente contra su pretensión de avocarse la causa: «Aunque por el estado informe del expediente, »dice, correspondería se agregasen los antecedentes »que han motivado la prisión de los Carrera, traslú»cese en él lo bastante que su fundamento lo deri»va de los principios de conjuración contra las auto»ridades del estado de Chile, y no puede dudarse de »que es un asunto que conviene se ventile en la ca»pital con la presencia personal de los reos, sin hacer »lugar á la toma de las confesiones que solicita el »gobierno de Chile, pues son un acto de dependencia »y jurisdicción que en modo alguno se le debe permi»tir ejerza en el territorio de las Provincias Unidas »del Río de la Plata.» Consultado el asesor de gobierno, Dr. Valle, afirmó en términos más explícitos aún: «Pretender que se tome confesión á los Carrera y se »les notifique nombren apoderados para sus defensas, »con calidad de presentarse ante el gobierno de Chile »y apercibimiento de proceder en rebeldía á la reso»lución definitiva y ejecución, no puede permitirse, »porque recibir la confesión al reo es un acto de la ju»risdicción que el juez ejerce sobre él por habérsele

»sujetado de algún modo, y los Carrera no han cometido delito en el estado de Chile.»

El gobierno argentino, perplejo ante su responsabilidad nacional, sus deberes políticos para con el aliado, y sus sentimientos que lo inclinaban á la lenidad, se abstuvo de resolver el punto en cuestión, y limitóse á encargar al gobernador de Cuyo aliviara la prisión de los dos hermanos. Luzuriaga contestó que había tenido con ellos todas las consideraciones, pero que no le era posible relevarlos de la prisión, pues de otro modo no podría responder de sus personas, cuando estaban encausados por crímenes comunes, y le constaba se hacían trabajos para favorecer su fuga. En estas tramitaciones de mera forma pasáronse los últimos meses de 1817 y los primeros días de 1818, quedando la causa pendiente ante las dos jurisdicciones, y de hecho, bajo la de Chile en su parte principal, aunque sin definirse el punto esencial de la competencia. La vida de los Carrera parecía garantida, pero la fatalidad hacía su camino aun á despecho de los mismos que eran árbitros de las víctimas predestinadas.

II

Pendiente el proceso y adormecida su prosecución á ambos lados de la cordillera, límite de las dos jurisdicciones en conflicto, D. Luis, de acuerdo con algunos soldados milicianos de la guardia que lo custodiaba, imaginó fraguar una revolución en Mendoza, con el propósito de apoderarse del mando de la provincia de Cuyo, armar en ella un cuerpo de ejército, negociar en esta actitud un arreglo con O'Higgins y San Martín, y en caso de negativa de éstos, hacer una expedición al sur de Chile en alianza de los indios de

Arauco y hacer por su cuenta la guerra á espaldas del ejército realista con la bandera de «la patria vieja» caída en 1814. La conjuración disipada era el sueño de una mujer : el proyecto de revolución era un delirio del cautiverio. Denunciado su intento por uno de sus cómplices en vísperas de su ejecución (25 de febrero de 1818), se abrió un nuevo proceso á los dos hermanos como perturbadores del orden público. Juan José, amilanado, renegó á su hermano, negando tener participación en el plan y suministró nuevos cargos contra los conspiradores. Luis, despechado, ó movido por su nativa generosidad, lo confesó todo, bajo la promesa del perdón de sus cómplices, echando sobre sí, toda la responsabilidad. Esto sucedía en los primeros días de marzo : el 29 del mismo llegaba á Mendoza la noticia del contraste de Cancharrayada. Lleno de zozobra el gobernador, pidió autorización al gobierno para despachar á la capital los reos con su causa. Era la salvación de los Carrera. Por desgracia para ellos, llegaba en esos momentos á Mendoza entre los fugitivos del campo de batalla, poseído de los pavores de la derrota, el Dr. Monteagudo, auditor del ejército de Chile. Este personaje, cuya figura aparece en todas las hecatombes de la revolución, terrorista por temperamento y por sistema, era el genio fatídico que iba á decidir con su influencia de revolucionario y jurisconsulto de la suerte de los presos. El 6 de abril un número considerable de dispersos del ejército difundía el pánico en la provincia de Cuyo. Todos consideraban posible y aun probable, una nueva derrota del ejército unido, y preveían una emigración de chilenos como la anterior, que se dividiría en dos bandos, poniendo uno de ellos á su cabeza á los caudillos chilenos. La numerosa cantidad de desterrados de ultracordillera y de prisioneros y confinados españoles,

que empezaba á agitarse, aumentaba estas alarmas, á lo que se agregaba el anuncio de una expedición que Osorio preparaba al sur de Mendoza. La guerra civil que asomaba en el litoral y las campañas inundadas por el bandalaje, eran otros tantos peligros que perturbaban los ánimos. La municipalidad de Mendoza, haciéndose el órgano de estos terrores, requirió del gobernador, en nombre del pueblo, la inmediata terminación de la causa de los Carrera, señalándolos como víctimas propiciatorias de la paz pública, para prevenir un nuevo revés de las armas independientes. En vano el defensor de los reos, el Dr. Manuel Vásquez de Novoa (chileno), hablando por boca de la ley, alegaba que los simples conatos «no debe haber pena »ninguna aun cuando fuesen sucedidos con tal que »non maten á otro» (marzo 29). El fiscal de la causa (con carácter militar para mayor confusión), sordo como la opinión apasionada, invocando los padres de la iglesia, los historiadores romanos, los juristas antiguos y modernos, los filósofos desde Platón hasta de la Mirándola, el caballo de Troya y los libros Sagrados, pedía «el último suplicio para los Carrera» (4 de abril), por el crimen de alta traición contra la seguridad de los dos estados. Luzuriaga se asesoró de una junta de tres letrados, de la que formaba parte Monteagudo, los que unánimemente opinaron que el gobernador, «en tan terrible y extraordinario »conflicto, estaba autorizado, no sólo para concluir su»mariamente la causa, sino para proceder á la ejecu»ción de la sentencia, sin previa consulta á la supe»rioridad por ser el peligro inminente,» lo que presuponía una sentencia de muerte, (abril 7). Todo se conjuraba para amontonar maldiciones sobre las cabezas de los infortunados hermanos. El gobernador, «estrechado por los peligros públicos,» según sus propias

palabras, pidió á los letrados formulasen la sentencia según el mérito del proceso, y éstos fulminaron su fallo condenatario en virtud «de las circunstancias ex»traordinarias, no obstante no haberse consultado en »favor de los reos los medios ordinarios que pudieran »disminuir el rigor de la ley.» El dictamen, convertido en fallo definitivo y sin remisión, fué firmado el 8 de abril á las 3 de la tarde. A las 5 del mismo día, los dos hermanos Carrera eran fusilados. Media hora después llegaba con la noticia de la victoria en Maipú el sargento mayor de granaderos á caballo, Mariano Escalada, hermano político del general vencedor. Las campanas de la ciudad se echaron al vuelo al mismo tiempo que los cadáveres de las dos víctimas eran sepultados haciendo más odioso el estéril y cruento sacrificio.

La fatalidad perseguía á las víctimas inmolatorias, aun después de muertas. Por una ironía de su destino, veinticuatro horas después de la ejecución (9 de abril), el director supremo de las Provincias Unidas firmaba un decreto, en que sin pronunciarse aún respecto de la cuestión pendiente sobre competencia jurisdiccional, ordenaba al gobernador de Cuyo «conti»nuar la causa de los Carrera, ínterin se le remitían »las facultades convenientes para proceder conforme »á las circunstancias.» Dos días después, la joven viuda de Juan José Carrera, Ana María Cotapos, imploraba de San Martín la vida de su muerto esposo, al que había consagrado una profunda y tierna pasión. El vencedor de Maipú, conmovido, puso en sus manos una carta para O'Higgins, accediendo á sus ruegos. «Excelentísimo señor: Si los cortos servicios que ten»go rendidos á Chile merecen alguna consideración, »los interpongo para suplicar se sobresea en la causa »que se sigue á los señores Carrera. Estos sujetos po-

»drán tal vez ser algún día útiles á la patria, y V. E. »tendrá la satisfacción de haber empleado su clemen»cia uniéndola en beneficio público.—José de San »Martín.» O'Higgins, siempre airado, concedió la gracia pedida, pero con reservas, haciendo al general responsable ante el futuro de los peligros á que exponía al país con su poderosa interposición, y le contestó en una nota oficial, que los historiadores chilenos no han conocido: «Excelentísimo señor: La respeta»ble mediación de V. E. aplicada en favor de los Ca»rrera, no puede dejar de producir en toda su exten»sión los efectos que V. E. se propone, y aun cuando la »patria peligrase por la existencia de estos hombres, »V. E. en quien descansa la salvación de este estado, »sabrá conciliar su peligro con el objeto de su preten»sión. — Santiago, 10 de abril de 1818. — Bernardo »O'Higgins.—Excelentísimo señor general en jefe de »los Ejércitos Unidos.» Al día siguiente el director de Chile dirigía al gobernador de Cuyo un oficio, en que, desistiendo de toda acción contra los Carrera por su delito contra la seguridad del estado, le recomendaba aplicase toda la indulgencia conciliable con los progresos de la revolución, expresando que «no había »podido resistir ni al poderoso influjo del general San »Martín, ni á las circunstancias en que se hacía esta »súplica, no considerando el gobierno justo que el »placer universal de la victoria no les alcanzase.»

La solemnidad de la nota de O'Higgins, que ha permanecido inédita por más de setenta años, esparce una nueva luz sobre el fondo obscuro de este cuadro melancólico, y muestra que, al conceder la gracia, se violentaba y la reducía á términos condicionales, haciendo responsable á San Martín de sus consecuencias ante la historia. Por no haberla conocido, algunos historiadores han llegado á insinuar que el general y

el director no procedieron de buena fe; pero en presencia de ese documento todas las dudas se disipan, y vese que el perdón fué solicitado y otorgado con la profunda convicción de que iba á surtir sus efectos. Nada absolutamente autoriza, ni aun á sospechar siquiera, que estos hombres ilustres representasen en tal ocasión con palabras tan solemnes, una farsa indigna, haciendo vana ostentación de sensibilidad, cuando ni uno ni otro excusaban manifestar sus sentimientos respecto de los agraciados. El general San Martín, en un proyecto de manifiesto sobre este incidente, que también ha permanecido inédito, declara: «Después de la jornada de Maipo, interpuse an»te el gobierno de Chile todo mi valer á favor de los »Carrera, y conseguí gracia. Mas, ya fué tarde.» Y en una exposición, igualmente inédita, contestando á cargos que D. José Miguel le hacía en una correspondencia, afirma: «No he mandado ejecutar á sus hermanos.» Y para que no se piense que lo hace para rehuir responsabilidades, agrega á renglón seguido: «Yo he »sido árbitro de la vida de sus hermanos, y le ase»guro que, así como era un general auxiliar, si hubie»se nacido en Chile, hubiera ahorrado al gobernador »de Mendoza el trabajo de haberlos ejecutado; y aun »cuando repito no haber tenido la menor parte en la »ejecución, si me hubiese hallado de gobernador de »Mendoza, mucho antes habría tenido lugar.» Esta terrible declaración, en cierto modo póstuma, confrontada en la solemne nota de O'Higgins, y que el general conservó entre sus papeles para que la posteridad la leyese, derrama una luz plena sobre el papel que ambos representaron en este drama sombrío, abdicando de sus sentimientos en nombre de la victoria, cuando sus adversarios no eran ya un peligro para la causa á que se habían consagrado, sin retroceder an-

te la responsabilidad de sacrificios en caso necesario.

Un historiador chileno asevera que O'Higgins mandó pagar al padre de los Carrera la cuenta de las costas del proceso seguido á sus hijos, pasada con tal objeto por Luzuriaga, y que en ella figuraba esta partida: «Diligencias de presenciar la sentencia y eje»cución de ella y otras intimaciones... 4 pesos.»

III

Al día siguiente (domingo 12 de abril) de obtener el tardío perdón de los Carrera, que sus enemigos convertirían en un nuevo capítulo de acusación, San Martín se apeaba de su caballo á inmediaciones de un rancho, en un pintoresco sitio á diez kilómetros de Santiago, denominado «El Salto», para consumar silenciosamente uno de aquellos actos de magnanimidad que son reveladores de una naturaleza superior. Como se dijo antes, la cartera que contenía la correspondencia secreta del general Osorio, había sido tomada por O'Brien en la persecución de Maipú, quien la entregó cerrada. Allí estaban las pruebas escritas de la traición de muchos chilenos que, aterrados por el desastre de Cancharrayada, habían abierto comunicaciones con el enemigo triunfante, declarándose entusiastas realistas. Este fué el único botín de la victoria que el generalísimo se reservó, y que á nadie comunicó. Otro hombre menos sagaz, como lo observa un historiador, habría convertido cada uno de esos papeles en un auto-cabeza de proceso contra sus autores, llenando las cárceles de patriotas bien intencionados, cuyo único delito era la pusilanimidad. El taciturno vencedor sentóse al pie de un árbol solitario, y leyó, una por una, todas las cartas. En seguida pidió que hiciesen una fogata á sus pies, y quemó todos

aquellos testimonios acusadores, que, convertidos en cenizas, se llevó el viento del generoso olvido. Al consumar este acto, hallábase sentado en una tosca silla de madera, que fué en tal ocasión el trono de la magnanimidad modesta del que, al trabajar por la libertad de un continente, perdonaba ante su conciencia á los que habían dudado de su genio. Fué único testigo de esta escena su fiel ayudante de campo, á quien ordenó imperiosamente guardara silencio sobre lo que había visto ó podido leer. Un día después (13 de abril), se puso en marcha hacia Buenos Aires, para buscar en el Río de la Plata, como después de Chacabuco, los medios de asegurar la dominación del mar Pacífico y realizar la expedición al Perú. El lunes 11 de mayo, á las 6 de la mañana, estaba en su hogar al lado de su esposa, substrayéndose por segunda vez á la entrada triunfal que se le había preparado, y que el director le rogara aceptase. La «Gaceta» decía con este motivo: «No puede caber la pequeñez de solicitar »los honores del triunfo en el que ha tenido la gloria »de merecerlos.»

Hacía pocos días que el generalísimo de los Andes se encontraba en Buenos Aires ocupado en allegar recursos para su grande empresa, cuando recibió una breve carta de O'Higgins, en que, después de hablarle de los aprestos de armamentos navales que ocupaban la atención preferente de ambos, dábale noticia, como por incidencia y en términos indiferentes, de una tragedia más lúgubre que la de Mendoza que había tenido lugar en Chile. «Rodríguez—le decía,— »ha muerto en el camino de ésta á Valparaíso, reci»biendo un pistoletazo del oficial que lo conducía, por »haberlo querido asesinar, según consta del proceso »que me ha remitido el comandante de cazadores de »los Andes, Alvarado.» Precisamente en el mismo día

en que Rodríguez moría, San Martín, sabedor de algunos alborotos que aquél había promovido escribía á O'Higgins, implorando alguna clemencia en favor de su antiguo emisario y precursor de la reconquista de Chile, por quien siempre tuvo simpatías, como antes lo había hecho en favor de los Carrera. La ausencia de San Martín del teatro del suceso, los acontecimientos que lo provocaron, posteriores á su partida de Santiago, y estas dos misivas que se cruzaban en el camino por una ironía del destino, no han impedido que se le haya hecho responsable del sacrificio de Rodríguez, incluyéndolo en el catálogo de sus víctimas. He aquí lo que había sucedido:

La victoria de Maipú, al asegurar la independencia chilena consolidando su orden interno, despertó en el pueblo un espíritu de oposición que estaba latente, y que revestía un doble carácter. Los ciudadanos más moderados limitaban sus aspiraciones á una regularización administrativa, y cuando más, pedían una constitución cualquiera que pusiese coto á la dictadura omnímoda de un solo hombre. Los más exaltados creían que había llegado el tiempo de iniciar una reforma radical, y exigir en nombre del pueblo que tomasen participación en el Gobierno nuevas influencias. Formaban entre éstos todos los antiguos carrerinos, los que por espíritu de exagerado patriotismo local eran enemigos de la alianza chilenoargentina y de la influencia del general San Martín. Rodríguez era uno de ellos, y aspiraba á ser el caudillo de la reacción. Su base era el escuadrón Húsares de la Muerte, cuerpo irregular, compuesto de hombres en su totalidad desafectos á la situación, y según su jefe lo propalaba, estaba destinado á imponer respeto á los mandones de la patria ya libre de españoles. O'Higgins mandó disolver el cuerpo, que era un prin-

cipio de desmoralización en la disciplina del ejército y un foco de conspiración armada, que pretendía erigirse en entidad políticomilitar. Rodríguez pretendió resistir la orden de disolución y la entrega del armamento por él acopiado, pero hubo de ceder ante la actitud firme del director. Fué entonces cuando empezó á acentuarse la agitación oposicionista que despertó el triunfo de Maipú. Rodríguez, guerrillero audaz y tribuno demagógico, con diploma de abogado y charreteras de coronel, era una mezcla confusa de militar montonero, político de aventuras y letrado populachero, con los vicios y cualidades de una naturaleza desequilibrada, poseído de un patriotismo indígena sin juicio y sin previsión, que sólo se inspiraba en las simpatías por el partido carrerino y en su odio á la alianza argentina, cuyos propósitos, á haber prevalecido, habrían dado por resultado una derrota más desastrosa que la de los Carrera en 1814. Con estos instintos y un temperamento de conspirador consuetudinario, lanzóse en el movimiento agitador, al que imprimió el carácter desordenado de su genio alborotador.

El cabildo de Santiago, que tan principal papel representara en los comienzos de la revolución, se hizo el órgano de los deseos cívicos de los ciudadanos, pensando quizá reconquistar la posición de asamblea deliberante que había perdido. Al efecto, recabó del director con arreglo á la ley municipal, la convocatoria de un cabildo abierto ó asamblea de vecinos notables, pera explorar la opinión y buscar los arbitrios que reclamaban las circunstancias. Reunióse el 17 de abril, tres días después de la partida de San Martín para Buenos Aires. Asistieron en mayoría los desafectos al Gobierno, y á su cabeza Rodríguez como tribuno, exigiendo que el cabildo asumiera el carácter de

representación nacional mientras se convocaba un congreso y que se le concediese la facultad de nombrar los ministros de estado, con excepción del de la guerra, con el aditamento que se obligara á los gobernantes á condescender con los votos del pueblo. Así se acordó. El plan de Rodríguez era imponer á O'Higgins por medio de una pueblada. El director recibió de mal talante estas exigencias, amonestando severamente á los cabildantes por haber encabezado un alboroto escandaloso, y sabedor de que Rodríguez se hallaba en el patio del palacio á la cabeza de un grupo de sus parciales, alentándolos para que apoyasen al cabildo, lo mandó prender por un edecán, y todo quedó aquietado.

Queriendo empero O'Higgins dar una satisfacción á los anhelos legítimos de la opinión, aun cuando comprendiese que el país necesitaba todavía de un Gobierno fuerte y vigoroso, investido de facultades latas para dominar la situación revolucionaria, expidió un decreto (18 de mayo) en que, después de declarar que no quería «exponer por más tiempo la suerte »del estado al alcance de su solo juicio, y resistiendo »sus principios la continuación de un poder con fa»cultades indefinidas, nombraba una comisión de siete »ciudadanos ilustrados para que le presentasen un »proyecto de constitución provisional, mientras las »circunstancias permitían la reunión de un congreso »nacional, que dictase «una constitución estable que »arreglara los poderes, señalase los límites de cada »autoridad y estableciese de un modo sólido los de»rechos de los ciudadanos.» En consecuencia, promulgóse una constitución, que fué sometida al voto de los propietarios é industriales y padres de familia, por la cual, sin innovar en cuanto á la existencia del Gobierno establecido con sus amplias facultades, ni fijar-

le término, se deslindaban los tres poderes, y mientras no se convocase el congreso, un senado de cinco miembros, elegidos por el director, desempeñaría las funciones legislativas con atribuciones suficientes para velar por el fiel cumplimiento de la constitución y reformarla en caso necesario. El decreto que inició esta reforma, que era una promesa de normalización, ó por lo menos, de moderación en el ejercicio del poder, fué manchado con la sangre de una víctima inmolada contra toda justicia y toda ley. Esta víctima fué Rodríguez.

La trágica muerte de Rodríguez es una leyenda, que ha sido contada con numerosas variantes en sus detalles, pero de cuyo fondo sombrío se desprende uniformemente la luz siniestra de un asesinato alevoso. Detenido en el cuartel de cazadores de los Andes, que mardaba Alvarado, su custodia fué encomendada al teniente Manuel Navarro del mismo cuerpo, español de nacimiento. Al día siguiente del arresto, con orden de marcha el batallón, fué llamado Navarro por Alvarado, á quien encontró en compañía de Monteagudo, y le intimaron que lo hacían responsable de la seguridad del preso, informándole de que se trataba de darle escape. A las diez de la misma noche fué vuelto á llamar Navarro por Alvarado y Monteagudo, y ambos le significaron sigilosamente, según él, que el Gobierno se interesaba en «la exterminación de Rodríguez» por la tranquilidad pública y la existencia del ejército. En la mañana del 23 de mayo salió el batallón de cazadores de Santiago, llevando preso á Rodríguez, para ser juzgado militarmente en Quillota por perturbador del orden público. En el camino, uno de los oficiales se acercó al preso, y le ofreció un cigarro de papel, con estas palabras escritas con lápiz: «Huya, que le conviene.» En la tarde del 24 acampó

la columna al margen de un arroyo, á medio camino entre Santiago á Quillota. El piquete que custodiaba á Rodríguez, se situó á dos cuadras más adelante, en la boca de una quebrada que lleva el nombre de Til-til, desde entonces tristemente famoso. El preso estaba desasosegado, como presintiendo su fatal destino. Al obscurecer, el teniente Navarro, con un cabo y dos soldados armados de carabinas, se internaba en la quebrada de Til-til en compañía de Rodríguez, y á poco andar, á inmediaciones de unos molinos que se alzaban al lado del camino, sonaba un pistoletazo. «¡Ya murió Rodríguez!» exclamaron algunos oficiales que desde el campamento oyeron el disparo. Al día siguiente, su cadáver fué encontrado á la sombra de unos maitenes, cubierto de piedras y ramas, con una herida en el cuello y ultimado por una cuchillada en la cabeza. Díjose que el preso había intentado fugarse, haciendo armas contra sus guardianes, y así se hizo constar en un sumario fraguado al efecto. El silencio se hizo en torno de la víctima y los victimarios. Así murió Manuel Rodríguez, á la edad de treinta y dos años, y alcanzó la inmortalidad del mártir que sus meritorios servicios no le habrían dado, aun prolongando por largo tiempo su vida.

San Martín, ajeno á este crimen, lo deploró como un error, aunque lo aceptó como un hecho que suprimía un obstáculo, que había procurado apartar de su camino sin violencia. Los hombres de acción poseídos de una idea, que persiguen un objetivo fijo y representan una fuerza histórica continua, aunque sean magnánimos, no tienen tiempo para ser sentimentales ni para detenerse en su camino por las desgracias individuales que directa ó indirectamente causan: son como las fuerzas de la naturaleza, que obedecen á su

ley, sin cuidarse de si un hombre se ahoga en la oleada tempestuosa que levantan ó si es devorado por los fuegos que encienden.

IV

En medio de estas escenas trágicas, que hacen recordar la fatalidad antigua, se levantaba armonioso en las orillas del Plata un coro de poetas que entonaba el himno triunfal de la batalla de Maipú, haciéndose oir en él las voces de Luca, que había cantado el triunfo de Chacabuco; de López, el inspirado autor del himno nacional; de Lafinur, que producía su más hermoso canto; de Fray Cayetano Rodríguez, el maestro de Moreno, numen de la revolución de mayo y el inspirador del congreso de Tucumán, que declaró la independencia argentina bajo los auspicios de San Martín, y de Juan Cruz Varela, el más joven de todos, que se revelaba como un genio poético; todos ensalzaban al dos veces vencedor.

En Maypo se labró doble corona.
Que con esfuerzo doble,
Con arduo empeño, con valor osado,

Esta glorificación poética era la expresión del sentimiento popular de que los poderes públicos se hacían órgano. Todas las municipalidades de la república le dirigían sus felicitaciones. El gobierno le enviaba el despacho de brigadier, que él devolvía, consecuente con su promesa de no recibir ascensos, y retirarse á la vida privada después de terminar su obra de emancipación americana. El director supremo, que se había presentado personalmente ante el congreso para felicitar al pueblo por el triunfo de Maipú, sometía á la representación nacional la renuncia del vencedor, y el congreso decretaba que se le tributase un voto de

gracias á nombre de la nación con presencia de todas las autoridades del estado, y que, para pepetuar tan glorioso hecho, «se abriese una lámina, en cuyo cen»tro resaltara el retrato del general San Martín, te»niendo á cada lado un genio: el de la libertad al la»do derecho y el de la victoria al izquierdo, sostenien»do una corona de laurel levantada sobre el retrato; »á su pie, las banderas de Chile y de las Provincias »Unidas del Río de la Plata, y con esta inscripción »en su contorno: La gratitud nacional al general en »jefe y ejército vencedor en Chacabuco y Maypo,» con el cuadro de estas batallas en la parte más visible de la lámina. El 17 de mayo, presentes el director y todas las corporaciones, en medio de un inmenso pueblo que lo aclamaba con entusiasmo, el héroe de Chacabuco y Maipú se presentó ante el congreso, el cual, por la primera y última vez en los fastos parlamentarios de la nación argentina, le dió las gracias «por sus »servicios que con tanto honor del nombre america»no merecía.» Puesto de pie, el modesto general contestó, en medio de grandes aplausos, que la victoria se debía á sus compañeros de armas; que él no había sido sino el órgano del ejército de los Andes, y que renovaba su juramento de salvar la patria ó de morir en la demanda.

Pero San Martín no había venido á Buenos Aires para recibir honores, sino para trabajar por la emancipación de todo el continente americano, que era la idea fija que lo llevara de Tucumán á Cuyo y de Cuyo á Chile, con el Perú por objetivo. Para ello necesitaba formar una escuadra que dominase el mar Pacífico, y retemplar los resortes del ejército expedicionario. Todo el mes de junio lo empleó en conferenciar con los miembros de la Logia sobre este punto, objeto principal de su viaje. En los primeros días de julio reunié-

ronse en la pintoresca quinta de Pueyrredón, en San Isidro, á veinte kilómetros de Buenos Aires, el general, los ministros de estado y los miembros más influyentes de la logia lautarina. El asunto que se trató, fué: los recursos con que el gobierno argentino debía concurrir «á la concertada expedición al Perú.» Quedó arreglado por unanimidad, que se acordarían 500.000 $ al ejército de los Andes, los que se obtendrían por medio de un empréstito, aun cuando el director manifestó creer imposible poderse reunir tal cantidad, sin por esto hacer oposición al proyecto, en que entraba de lleno, no faltando algunos consejeros que asegurasen que hasta un millón de pesos podría proporcionarse; pero el general se dió por satisfecho con los 500.000. Arreglado este punto, San Martín se ausentó de incógnito como había entrado. Ya no volvería vivo á la capital del Plata, sino una vez más, para ser silbado en sus calles después de realizar su grande empresa.

Con estos grandes intereses cruzábase, como telaraña entre gruesos cables tendidos, un incidente de carácter cuasi diplomático, de que nos hemos ocupado antes fuera de su orden cronológico y que por referirse á la alianza argentino-chilena, tiene su valor histórico, pues da mucha luz sobre el modo cómo cultivaban confidencialmente los dos gobiernos sus relaciones internacionales. Como antes se explicó (capítulo XV, párrafo VI), el enviado argentino en Santiago, por un exceso de argentinismo, se mezclaba por demás en las cosas internas de Chile, lastimando el orgullo nacional. O'Higgins, aunque manso, era altivo, y considerando deprimida su autoridad ante su país, escribió á San Martín quejándose de Guido, y á Pueyrredón pidiendo su inmediata separación, «por »no ser conciliable la permanencia del diputado ar-

»gentino en Chile con su puesto de director.» El gobierno argentino se apresuró á dar satisfacción al director chileno en homenaje á los intereses de la alianza, y Guido fué destituído, ordenándose se pusiera inmediatamente en viaje para Buenos Aires. San Martín, siempre prudente, y en el deseo de salvar á Guido, se encargó de arreglar amigablemente esta diferencia, haciendo intervenir á la Logia y calmando á O'Higgins. Este le contestó noblemente: «Es tan co»mún equivocarse un hombre en cuanto á la opinión »y genial de la vida ajena, como es débil y variable »la juventud exaltada y sin tino. He escrito á Guido »dándomele sólo por entendido en pequeñeces, que »en cuanto á lo principal, es mayor mal su esclareci»miento que el disimulo. Con los antecedentes y car»tas de Buenos Aires, revisado todo en O-O (sesión de »la Logia), se acordó por el bien de la paz cortar »nuestras diferencias. Yo admití gustoso la recon»ciliación sellando este negocio con un olvido eterno, »sin recelo de que por esto se vuelva á alterar la bue»na armonía entre los amigos.»

Para estrechar esta unión y cooperar á los trabajos políticomilitares, Chile, de acuerdo con San Martín, nombró en calidad de agente diplomático en Buenos Aires á D. Miguel Zañartu, acreditado á la vez ante el gobierno argentino y ante la Logia de Lautaro que dirigía la política de ambos países, y de la que era miembro. El enviado chileno, al presentar sus credenciales (2 de agosto de 1818), manifestó que «adop»taba el lenguaje del reconocimiento como ministro »de un gobierno libre y feliz, que, en unión con los »sentimientos de su pueblo, bendecía con él la mano »bienhechora que había introducido en su seno la »prosperidad, la abundancia y la paz.» El director le contestó: «Las únicas tropas aliadas que han pisado

»nuestro territorio han sido las de Chile. Las Pro»vincias Unidas del Río de la Plata han tenido á su »vez la gloria de acreditar su gratitud.» El diario oficial, al comentar este acto, de mera forma, al parecer, le daba largo alcance, señalándolo como una nebulosa, anuncio de un nuevo astro de primera magnitud: «Este suceso, mirado con el telescopio del »tiempo, tendrá mayor tamaño del que por ahora se »pueda alcanzar.»

Al mismo tiempo que esta nubecilla se disipaba en el occidente de los Andes, una complicación más grave amenazaba al oriente hacer fracasar los planes concertados de la alianza argentinochilena. Al llegar San Martín á Mendoza (fines de julio de 1818), recibió cartas confidenciales de Pueyrredón y comunicaciones oficiales del Gobierno argentino, en que le anunciaban que el empréstito de los 500.000 pesos era irrealizable, y no debía contar con este recurso para su proyectada empresa. «La grandeza de los planes que ha conce»bido V. E. en bien de la causa común—decíale oficial»mente el director,—tan dignos de los auspicios de »este gobierno, me decidieron, por falta de otros arbi»trios, á calcular sobre los capitales en circulación »del comercio de esta capital, para que introdujesen »en arcas hasta la suma de 500.000 $, con que debía »auxiliarse á V. E. según lo resuelto. Me es sensible »anunciarle que, al hacer realizable el entero, han re»sultado ineficaces las providencias dictadas; de suer»te que ha sido forzoso moderar la cuota, y bien pue»de afirmarse que el empréstito de los 500.000 $, ape»nas se hará axequible en una tercera parte. Estas y »las anteriores causas deben persuadir del conflicto á »que me reducen las actuales circunstancias, deben »persuadir á V. E. que hay un fundado motivo para »suspender todo cálculo que se apoye en la existencia

»de los expresados fondos: en esta virtud he resuelto »prevenir á V. E., en precaución de todo comprometi- »miento, que absolutamente omita el giro de letras »contra tesorería. Mas, repose V. E. en la esperanza »de que, por cuantos medios me sea posible, íntima- »mente persuadido de las empresas que sabiamente »medita, continuaré en la reunión de todo género de »artículos y dinero que me proporcionen los desaho- »gos.» Pueyrredón comentaba confidencialmente la palabra oficial: «Ya habrá visto lo que le digo sobre »los 500.000 $: no hay remedio, no se sacan de aquí »aunque se llenen las cárceles de capitalistas.» Este era el desahucio del dominio naval del Pacífico, de la expedición al Perú y del complemento de la emancipación sudamericana.

V

Aquí se repite en la vida de San Martín otro momento desesperado, en que, con la victoria en la cabeza y la consciencia del éxito, tropieza con la falta de recursos materiales para realizar sus designios. (Véase cap. XI, párrafo IV). El tenía la seguridad de herir mortalmente al enemigo en su centro, y la visión clara, como en 1816, de dar la libertad á la América del Sur, y en ese momento le faltaba el empréstito con que contaba.

Después de cuatro años de trabajos, de operaciones admirables por su exactitud geométrica y victorias nunca vistas ni soñadas en el Nuevo Mundo, contaba de seguro que el plan á que había consagrado su vida iba á realizarse, y en ese momento todo le falla por la carencia de un montón de oro. Pero 500.000 $ plata era entonces una cantidad fabulosa para las pobres y nacientes repúblicas sudamericanas.

San Martín no vaciló entre abdicar su misión redentora ó forzar la mano de los que negaban el oro necesario para realizar su gran empresa continental. Al aviso de no ser posible suministrarle el medio millón de pesos ofrecido, contestó oficialmente, señalando con una aterradora concisión las consecuencias inmediatas en estos términos: «Creo de mi deber exponer que, si el Ejército de los Andes no es socorrido, no solamente no podrá emprender operación alguna, sino que está muy expuesto á su disolución.» Y en seguida formuló su renuncia, con una melancolía que refleja el estado de su alma en ese momento: «Resuelto á hacer el sacrificio de mi vida, marchaba »á encargarme del Ejército Unido, no obstante que el »facultativo don Guillermo Colisberry, que también »me asistió de mi enfermedad en el Tucumán, me »asegura que mi existencia no alcanzará á seis meses; »sin embargo, lo arrostraba todo en el supuesto de »que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego »se sirva admitirme la renuncia que hago del expresado mando. Mis débiles servicios estarán en todo »tiempo prontos para la patria en cualquier peligro »que se halle.»

La terrible dimisión se leyó en la Logia de Buenos Aires, y sus miembros, sorprendidos, acusaron al gobierno de fría apatía por no haber cumplido el compromiso contraído con su acuerdo. El enviado chileno Zañartu, manifestó que los sacrificios que hacía su gobierno, debían nivelarse con los del argentino en una empresa de utilidad común. O'Higgins, profundamente impresionado, escribió á San Martín: «¡Cuando me preparaba á estrecharlo en mis brazos, recibo »la amargura de su resignación! San Martín es el »héroe destinado para la salvación de la América del

»Sur y no puede renunciar la preferencia que la Pro»videncia eterna le señala.» El gobierno quedó aterrado. Aquello era la disolución. La alianza argentino-chilena fallaba; el ejército de los Andes se deshacía; la causa del rey triunfaba en el Alto y Bajo Perú, y dominando la escuadra española en el mar Pacífico, Chile quedaba en peligro y la revolución de las Provincias Unidas aislada y amenazada por el norte; la gran fuerza eficiente de la época desaparecía y con ella la esperanza de generalizar la emancipación sudamericana en el hemisferio sur. Ante esta perspectiva y la tremenda responsabilidad que asumía, el gobierno, sobrecogido, reaccionó inmediatamente, y sacando fuerzas de flaqueza, se apresuró á hacer efectivo el solemne compromiso contraído para con la América. Como lo ha dicho un chileno y lo repite un peruano, con este motivo, «San Martín no tenía otro pensa»miento, otro anhelo, otro trabajo, que el de la orga»nización de una expedición contra Lima, sin cuya »caída él juzgaba con alto y acertado juicio, que jamás »la América española podría conquistar su indepen»dencia. Chile no era para él ni un descenlace ni una »conquista; era simplemente una ruta militar que le »era preciso seguir hasta golpear las puertas del po»deroso virreinato que tenía en jaque á los indepen»dientes por todas sus fronteras. Todo lo que él pedía »eran soldados, armas y buques, sin querer por nada »en el mundo apartar sus ojos á otra parte, fijos en »las almenas de la ciudad de los reyes, en cuyo re»cinto trazaba ya con su vista de águila la sepultura »del coloniaje. No fué un hombre, ni un político, ni »un conquistador; fué una misión alta, incontrasta»ble, terrible á veces, sublime otras, que él llenó; y »es sólo bajo ese aspecto providencial como la historia »deberá hacerse cargo de su grande nombre y de su

»gran carrera, llena de una unidad tan admirable en »el decenio cabal que duró su papel histórico de li»bertador.»

Quince días después de su renuncia (16 de septiembre), el gobierno le escribía, que «á costa de nuevos »sacrificios se habían dictado providencias muy efi»caces para facilitar el buen suceso del plan combi»nado, presintiendo un resultado feliz, y que por lo »tanto podía girar desde luego contra la tesorería ge»neral hasta el lleno de la suma convenida.» Pueyrredón, por su parte, decía confidencialmente: «¡Có»mo se quedaría usted cuando recibió mi comunica»ción sobre suspensión de libramientos! No sé cómo »no me he vuelto loco cuando vi cumplirse los tres »plazos dados para el empréstito, y que no había en»trado la sexta parte en caja. Mi espíritu tocaba ya »en el término de la desesperación, porque preveía el »trastorno que debían padecer nuestras operaciones »militares; pero yo encontré el remedio en mi misma »desesperación, y hoy puedo asegurar á usted que se »hará efectivo el empréstito. Por lo demás, dejémonos »ahora de renuncias, que, si fué disculpable la de »usted por las circunstancias, no lo es ya: y porque »también juro á usted por mi vida, que si llegase us»ted á obstinarse en pedirla, en el acto haré yo lo mis»mo. Hemos de salir con honra del empeño, ayudán»donos recíprocamente. Aliento, pues, mi amigo: cuen»te usted con todos los recursos que pueden propor»cionarse de aquí.» De este modo, el general de los Andes, empeñado en su idea, sacudía con una hoja de papel la pasajera inercia de los suyos, retemplaba el fuerte espíritu de Pueyrredón, comprometía á Chile y aseguraba la expedición al Perú, salvando así la revolución sudamericana en peligro de paralizarse ó retrogradar. Bien se ha dicho por eso, que fué una misión

incontrastable la que se había impuesto, y que impuso á pueblos y gobiernos.

San Martín, como hombre de acción deliberada, no se paraba en medios, á fin de allegar recursos para sus fines. Provisto de la autorización de girar contra el tesoro general, encontró inmediatamente la mina de donde había de sacar los primeros dineros que le prometían. Acababa de llegar á Mendoza el correo de Chile con caudales de particulares con destino al comercio de Buenos Aires. Dando por razón que los caminos del tránsito eran inseguros—lo que era exacto, —y que se facilitaba la doble operación haciéndoles llegar por medio de letras de crédito, se apoderó de ellos, y giró por su importe contra el gobierno. Pueyrredón recibió este libramiento como un escopetazo, pero hizo honor á su compromiso. «Me ha puesto us»ted—decíale con este motivo,—en las mayores an»gustias con las libranzas que ha dado por los cauda»les de los correos que ha detenido. Ha sido preciso »pagarlas á la vista, porque de otro modo padecía el »crédito de usted, el mío y el de la administración »toda; y para ello, gradúe cómo me habré visto para »hacer de modo que fuesen todos los accionistas pa»gados antes que se despachase el correo. He barrido »al Cabildo, consulado, aduana y cuanto había con al»gún dinero ajeno. Si viene otra, hago bancarrota y »nos fundimos.» Simultáneamente el gobierno le remitía primeramente 11.200 $ y con posterioridad 100.000 $ en libranzas avisándole haber cubierto sus giros por 12.000 $; y su comisionado en Buenos Aires para recibirlos, le anunciaba que sería conductor de 27.500 $ más. De este modo hacía ingresar en la caja del ejército la cantidad de cerca de 200.000 $, lo bastante para dar impulso á sus planes por el momento, cuando el empréstito proyectado había ya producido

300.000 $. La situación estaba salvada, merced á la firmeza de propósitos de San Martín, y á la consumada habilidad con que supo manejar este complicado negocio financiero políticomilitar, que tradicionalmente se designa por antonomasia con la denominación de «empréstito de 500.000 $», y sobre el cual por la primera vez se hace la luz.

VI

Al llegar á Mendoza, el ánimo de San Martín era atravesar los Andes en pleno invierno, á fin de activar los preparativos de la proyectada expedición, contando con los recursos, y lo intentó por dos veces (en julio y agosto), pero, rechazado por las nieves, exclamaba con impaciencia: «De todos modos meto el dien»te á la cordillera, para que pronto salgamos de apu»ros y hagamos los aprestos que son necesarios.» Para alimentar su actividad en la espera, ocupóse en construir el armazón del plan de campaña que tenía en su cabeza, á la manera que Miguel Angel empezaba por bosquejar el esqueleto de sus gigantes que después vestiría de carne, poniendo de pie la estatua humana. Según su plan, la expedición al Perú—una vez dominado el mar Pacífico, — debía componerse de 6.100 hombres, además de las tripulaciones de los buques, á saber: 5.400 infantes, 400 artilleros con 24 piezas de campaña, 200 de caballería y 100 zapadores y un cuadro de oficiales y clases para formar un batallón peruano. Llevaría además 8 lanchas cañoneras para proteger su desembarco, un tren de 6 cañones de batir, 2 morteros de plaza, y 2 obuses de 9 pulgadas con los elementos necesarios de sitio—teniendo en mira la fortificación del Callao,—con herramientas de zapa,

sacos de tierra para trincheras, fajinas incendiarias, antorchas y escalas de asalto, granadas de mano, con más un puente de maromas para atravesar los ríos de la sierra del Perú. Por complemento de armamento, 3.000 fusiles con fornituras par organizar un nuevo ejército en el país que se proponía revolucionar, y 1.000 carabinas, 1.600 lanzas enastadas, y 500 sables para armar las partidas de paisanos que se levantasen en él. Como de costumbre, ningún detalle estaba olvidado, desde los útiles de maestranza, los víveres y las ambulancias para los soldados, hasta las sopandas para suspender los caballos durante la navegación, con sus herraduras y sus clavos y los cohetes de señales. Como último complemento: 200.000 $ en dinero para la caja militar. Más tarde hubo de reducir este plan por falta de recursos, limitándolo á 4.000 hombres—igual número al del ejército con que atravesó los Andes, y con que realizó por fin su invasión al Perú,—en lo que se ve la previsión y la economía con que calculaba matemáticamente las fuerzas con relación á las resistencias, para producir resultados eficientes en los límites de lo indispensable. Esos 2.100 hombres más, calculados en aquella época como necesarios para producir el efecto buscado, habrían suprimido cuatro años quizá en la lucha por la independencia, y ahorrado probablemente Ayacucho; pero los 4.000 bastarían al fin para preparar la victoria final.

Teniendo presente que, antes de emprender ninguna operación ofensiva sobre el Perú era necesario terminar la campaña del sur de Chile, donde los españoles aún se mantenían en Concepción y en la frontera de Arauco, escribía en tal sentido á O'Higgins: «6.000 »caballos deben estar prontos: si ese estado no se halla »en disposición de comprarlos, lo verificaremos de los »500.000 $ que deben venir de Buenos Aires, siempre

»que esta erogación no haga falta para las ulteriores »operaciones que tenemos que emprender.» Pueyrredón, instruído de esta compra, la apoyaba en términos calurosos: «Excelentemente dispuesta la compra de »los 6.000 caballos: con esta arma seremos invenci»bles.» Mientras el general de los Andes arreglaba sus planes, el gobierno argentino, cooperando á su empeño de dominar el Pacífico, le anunciaba que dos bergantines de 18 cañones armados en guerra en el puerto de Buenos Aires, uno por cuenta de Chile y otro por cuento de las Provincias Unidas, iban á reforzar la escuadra chilena. El fracaso del empréstito de 500.000 $ paralizó momentáneamente estos trabajos. Arreglado este punto según queda explicado, otro incidente de carácter fantástico vino á interrumpirlos de nuevo, disipando inútilmente el tiempo y las fuerzas morales que valían más que el dinero.

En los primeros días de octubre recibió San Martín una carta enigmática de Pueyrredón, en que le hablaba de un nuevo teatro que se abría á los negocios públicos, que haría variar ó suspender las principales disposiciones respecto de la expedición, señalándole en esta emergencia un gran papel al general, para terminar de un solo golpe mágico la guerra, asegurar para siempre la independencia y obligar á los portugueses á evacuar el territorio de la Banda Oriental que ocupaban. La explicación de esta carta le fué dada por un emisario secreto que simultáneamente llegó á Mendoza con el encargo de darle su clave. Era éste el doctor Julián Alvarez, redactor de la «Gaceta Oficial,» empleado en el ministerio de gobierno, secretario de la Logia de Lautaro y confidente de todos los secretos de estado del aquel tiempo, que guardaba con discreción hasta los últimos años. Alvarez, á la vez del encargo de dar explicaciones verbales sobre el

nuevo plan anunciado en términos tan pomposos, era portador de comunicaciones secretas para el gobierno de Chile, que por mano de San Martín debían serle entregadas, propiciándolas con su influencia.

El plan de Pueyrredón reposaba sobre una quimera. Hombre impresionable y de poca penetración en los complicados negocios políticos, había exagerado el alcance de las noticias favorables que á la sazón le comunicaron sus agentes diplomáticos, el doctor Manuel García en Río de Janeiro, y Rivadavia en Europa, y los consejeros públicos y secretos participaron de sus ilusiones. Halagado con la esperanza de contar con el apoyo de la Francia, por las promesas vagas del gabinete del Brasil, por aberturas en el sentido de una transacción insinuada por el embajador español en Londres latamente interpretada; por la neutralidad del gobierno y las simpatías del pueblo británico que podía convertirse en protección eficaz; por la actitud al parecer benévola de la diplomacia rusa y las buenas disposiciones de los Estados Unidos en favor de la independencia; y por la importancia de los intereses del comercio y la paz universal comprometidos en la lucha entre España y sus colonias complicados por la cuestión del Portugal en ambos hemisferios, creyóse posible una intervención ó un acuerdo de las grandes potencias europeas, que resolviese de hecho, según sus autores, la cuestión de la guerra, desarmando á la España y pacificando á las colonias revolucionarias. Según el plan, un monarca constitucional propiciado por las potencias, resolvía desde luego la cuestión de la independencia americana ante el mundo, salvaba la libertad ante la ley, y daba estabilidad al orden interno dominando la anarquía. Un acuerdo así garantido y sostenido, con el consentimiento firme y voluntario de la España, resolvía la

cuestión territorial del Río de la Plata, incluyendo en los límites de la flamanté monarquía las provincias perdidas del Alto Perú, al territorio de la Banda Oriental ocupado por las armas, á Chile si entraba en la combinación y tal vez al Bajo Perú. Se pensaba que en todo caso bastaba que una sola de las grandes potencias prohijase este plan para que produjera algunos efectos, y á poco andar, aun suponiendo que no se realizase la negociación, se paralizaba la acción militar de España, deteniendo las expediciones que se encontraban prontas á salir de la Península con destino á América.

Este grandioso plan, si bien no carecía de intención y objetivos, dadas las circunstancias y el modo cómo lo encaraban los contemporáneos, era tan débil en sus fundamentos como errado en política. En estos proyectos de diplomacia universal que pretendían amalgamar los intereses de dos mundos, todo se había tomado en cuenta, menos la marcha de los acontecimientos y el país sobre que debía operarse, reduciéndose en último resultado, á una intervención extraña para establecer un orden de cosas que era rechazado por el país, á fin de obtener una victoria sin sangre: «victor sine sanguine», según la divisa de Monk, cuyo papel se asignaba á San Martín en cierto modo. Era que, á medida que la democracia se difundía y se constituía por instinto como hecho genial en la masa de la población, la idea monárquica como solución teórica se difundía en las esferas superiores del gobierno, en presencia de los peligros exteriores que amenazaban á la revolución y de los desórdenes internos que la trabajaban, produciéndose así dos corrientes superpuestas, una en la región de los hechos y de la razón pública, la otra en la región de las nubes que se perdían en el vacío, como se ha explicado ya en

este mismo libro. (Véase cap. XI, párrafo V). Así, el congreso compuesto de los hombres más eminentes de la revolución, cuya mayoría era monarquista, dictó instrucciones al efecto de buscar un príncipe europeo sostenido por algunas de las potencias de primer orden, que asegurando la independencia de la América, fundase la monarquía constitucional en el Río de la Plata, con cargo de someter todo á su deliberación. La Logia nombró para realizar el milagro al doctor don Valentín Gómez, más literato que político, y el director, alucinado, escribió á San Martín: «Muy con»veniente es la presencia de usted en Chile, para dar »impulso á las cosas; pero debe quedar usted expedito »dentro de dos, ó dos y medio meses, para venir á »completar los deseos de los amigos (de la Logia, para »ser el campeón de la nueva monarquía), para com»pletar y asegurar para siempre la independencia y »el descanso de las Provincias Unidas, pues son in»calculables los bienes que disfrutará nuestro país »por un medio tan lisonjero.» San Martín, monarquista de oportunismo como Pueyrredón, no obstante sus instintos republicanos que lo llevaban á fundar una república democrática toda vez que alcanzaba una victoria militar, aceptó la idea como acción cooperativa de su empresa, que no por eso perdió un instante de vista, pues tenía en ella más fe que en la diplomacia. En tal sentido se dirigió al gobierno de Chile y á O'Higgins confidencialmente: «Por mi ofi»cio verá usted la comisión dada á Gómez, para que »se presente ante el congreso de los soberanos y demás »naciones, á fin de establecer nuestra independencia. »La representación de ambos estados (Chile y las Pro»vincias Unidas) debe ser de gran peso en el citado »congreso.» Defiriendo á la indicación de San Martín, el director de Chile nombró á su ministro Irisarri en

calidad de agente diplomático en Inglaterra, provisto de las competentes instrucciones para representarlo indirectamente ante el congreso de soberanos, que se decía iba á tratar la cuestión de la independencia americana.

VII

Estos artificios diplomáticos y estos sueños monarquistas se producían en el momento supremo en que las dos grandes masas guerreras de la revolución sudamericana, convergían hacia el centro del continente para unificar su acción, y obtener las victorias que debían forzar la mano á la diplomacia de los soberanos europeos, haciendo triunfar ante el mundo la causa de la república. El paso de los Andes y la batalla de Chacabuco habían empezado á inclinar la balanza de la lucha de la revolución americana: la batalla de Maipú le dió la preponderancia, y su consecuencia inmediata debía ser el dominio del Pacífico y la rendición del Perú. Esto por lo que respecta al sur, cuyas armas eran llevadas por el ejército argentinochileno. Por la parte opuesta, la revolución del norte estaba encerrada en los límites de Venezuela, donde Bolívar luchaba heroicamente con Morillo. El libertador del norte realizaría á su vez la gran operación de San Martín, pasaría los Andes ecuatoriales, daría en Bocayá un año después otra batalla americana como la de Maipú, y conquistaría la Nueva Granada, acercándose al Pacífico, en marcha también hacia el Perú como el libertador del sur. Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata eran ya invencibles y sus fronteras inmunes. La revolución armada del norte obtendría por su parte idénticos resultados en Venezuela, Nue-

va Granada y Quito. La lucha quedaba así circunscripta á un solo punto central del continente. De este modo, la guerra se simplificaba y sistemaba, y los realistas, vencidos en los dos extremos, se reconcentraban vencidos en su último baluarte colonial para capitular allí. Mientras estas grandes evoluciones estratégicas se preparaban y llegaba el momento de la batalla final, los realistas sólo ocupaban el Bajo y Alto Perú al sur, y Quito y Nueva Granada al norte, haciendo el último esfuerzo para mantenerse en Venezuela de donde iban á ser expulsados. Comparando este prospecto guerrero con el prospecto diplomático-monarquista de que hemos dado cuenta, vese que San Martín tenía razón en fiarse más en la espada que en la diplomacia, cuyo concurso aceptaba en teoría, pero perseverando siempre en la prosecución de sus vastos planes.

La España, triunfante en Europa, merced á su valerosa resistencia contra Napoleón y á la alianza inglesa, había agotado sus fuerzas en atender á la insurrección americana, y sus intereses políticos, acordes hasta cierto punto en el Viejo Mundo con su vecino el Portugal y con su aliado británico, estaban en abierta oposición en el Nuevo Mundo, hallándose profundamente trabajada por una lucha intestina entre el absolutismo imperante y el liberalismo comprimido, que por efecto de los triunfos de los independientes americanos, debía hacer al fin estallido y poner punto final á las expediciones de tropas de la Península. Durante los ocho años de guerra que iban corridos, la España había enviado á la América diez y seis expediciones armadas, que sumaban un total de 42.126 soldados con un costo de 1.500.000.000 de reales, ó sean 75.000.000 de pesos fuertes. De estas tropas, veteranas todas ellas, vencedoras de las armas

napoleónicas en la península, unas habían capitulado en Montevideo, otras fueron completamente destruídas en Chacabuco y Maipú ó diezmadas en sus malogradas tentativas de invasión sobre el norte argentino.

La expedición de 10.000 hombres al mando de Morillo con destino á Costa Firme en 1815, fué el último y más gigantesco esfuerzo que hizo la metrópoli para equilibrar la lucha. Esta expedición, que en un principio era destinada al Río de la Plata, cambió de destino, y en la época á que hemos llegado, sus últimos restos se agotaban en vanos esfuerzos para contrarrestar la insurrección colombiana. Sin embargo, la España contaba todavía en América con 100.000 soldados de línea y de milicias, desde Méjico al Perú, y se preparaba á organizar una nueva expedición de 20.000 hombres contra el Río de la Plata antes de darse por vencida. Por el momento alistaba en Cádiz una expedición de 3.000 hombres con destino á Chile y al Perú, sin tener todavía noticia del desastre de Maipú. Luego se verá cuál fué su suerte.

Tal era el estado de la guerra americana en los últimos meses de 1818, en momentos en que, por una parte, la diplomacia capitulaba con la monarquía, y San Martín y Bolívar se preparaban para herir de muerte el poder colonial en el Perú, después de anonadarlo al sur y al norte del continente.

En prosecución de estos grandes propósitos, San Martín terminaba su misteriosa campaña unipersonal de 1818, atravesando por la quinta vez los Andes. El 29 de octubre se apeaba de su mula de viaje á la puerta del palacio de los obispos de Santiago, lleno de grandes esperanzas, substrayéndose como de costumbre á las ovaciones que le había preparado el pueblo.

Allí lo alcanzaron las últimas cartas de Pueyrredón, que le aseguraban el próximo dominio del Pacífico. Este voto acababa de ser cumplido: las naves independientes dominaban los mares americanos, desde Buenos Aires hasta el Callao.

CAPITULO XX

La escuadra chilena. — Primeras campañas navales del Pacífico.

1818

Las previsiones del genio.—Chile considerado como país marítimo. —Origen de la escuadra chilena.—El « Pueyrredón ».—« La Lautaro ». —La escuadra española en el Pacífico.—Primer combate naval. —El capitán O'Brien.—Se levanta el bloqueo de Valparaíso.— Prosecución de los armamentos navales de Chile.—Se refuerza con un navío de línea.—El San Martín.—Se anuncia una nueva expedición marítima de España.—Sublevación de La Trinidad.— La escuadra sale á la mar.—La bahía de Talcahuano.—Toma de la fragata « María Isabel ».—Apresamiento del convoy español.—Refuerzos que recibe la escuadra chilena.—Honores á los vencedores.—La O'Higgins.—La escuadra chilena domina el mar Pacífico.—Llegada de lord Cochrane á Chile.—Blanco Encalada y Cochrane.

I

Las previsiones del genio estaban cumplidas: el camino marítimo del Perú estaba abierto á las armas independientes. En 1814, San Martín estudiaba en Tucumán los caminos militares de la ıevolución, y buscando cuál era el que debía conducir sus armas hasta la capital del Bajo Perú, para herir de muerte el poder español en América, tuvo la primera intuición de su gran plan de campaña continental, que formuló en términos generales: «Mi secreto es: pasar á »Chile, acabar allí con los godos, y aliando las fuerzas, »pasar por mar á tomar á Lima.» En la época en que enunciaba como posible esta complicada operación,

las escuadras españolas dominaban los mares americanos desde California hasta el golfo de Méjico, y la marina chilena sólo estaba representada por las balsas de pescadores de los Chonos y Chilotes que cruzaban los solitarios canales de sus archipiélagos, ó por la barca costanera que no se atrevía á perder de vista su punto de partida. Dos años después (1816), precisando su idea, bosquejaba su plan de campaña continental: «Chile, por su situación geográfica y por »la natural valentía de sus habitantes, es el pueblo »capaz de fijar la suerte de la revolución. Es el fomen»to del marinaje del Pacífico. En este concepto nada »interesa más que ocuparlo. Lograda esta grande em»presa, el Perú será libre. Desde allí irán mejor las le»giones de nuestros guerreros. Lima sucumbirá.» Una vez ocupado Chile, su objetivo inmediato es el Perú, su camino el mar, y su vehículo una escuadra: «Na»da debemos reparar en lo que se ha hecho, sino ade»lantar el Ejército Unido sus empresas. Es preciso »llevar nuestras armas al Perú. Esto supuesto, se ha»ce necesario combinar los términos y preparar el »éxito de la empresa. Lo primero es moverse con se»guridad, y no puede hacerse sin una fuerza naval »que domine el mar Pacífico.» Estas previsiones se fundaban, como todos sus planes concretos, en la observación del territorio que debía ser teatro de la doble guerra, terrestre y marítima.

La estrecha y prolongada faja que forma el territorio chileno al pie de los Andes, con su cordillera marítima bañada por las olas del mar, da la idea de un gran malecón continental dibujado por la naturaleza. Un escritor humorístico ha descrito gráficamente esta configuración, diciendo que sus habitantes tienen que asirse á las montañas para no caer en el mar. Así, el mar es la dilatación del territorio chileno, y esta cir-

cunstancia tiende á difundir el genio nacional en los espacios marítimos, obedeciendo al instinto y á la necesidad. Desde el desierto de Atacama hasta el estrecho de Magallanes, su litoral acantilado y sinuoso es una serie no interrumpida de caletas, golfos, ensenadas y radas de fácil acceso, en que se abren magníficas bahías, verdaderos estuarios, dentro de los cuales se encierran varios puertos. Las islas de Juan Fernández, inmortalizadas por las aventuras de Robinsón, son sus centinelas avanzadas en el Océano. Sus archipiélagos, ramales marinos de la cordillera en parte sumergida, son miembros integrantes y articulados de su configuración territorial. Una corriente polar, á la manera de un inmenso río encajonado en masas de agua inmóviles, fluye eternamente de sur á norte en el paralelismo de sus costas, facilitando sus comunicaciones marítimas con la América meridional.

Como el país no tiene navegación interior y algunas de sus zonas están obstruídas por obstáculos naturales, el mar es el camino usual de sus habitantes para comunicarse entre sí. En sus litorales se forman desde temprano marineros vigorosos y valientes, capaces de afrontar las tempestades del grande Océano, sin arredrarse ante los peligros de la guerra. En los bosques de Arauco se alzan gigantescos el pino y el roble. En sus valles crecen el cáñamo y el lino. En las entrañas de la tierra se encuentran el cobre, el hierro y el carbón de piedra. Poseía astilleros donde se habían construído con maderas de la tierra, hasta navíos y fragatas. Era, pues, un país esencialmente marítimo, con elementos de construcción propios, con atracciones hacia la mar y con la materia prima de un personal de marina militar, á que sólo faltaba un material adecuado para llegar á ser relativamente una

potencia naval. Era, como lo decía San Martín en su enérgico lenguaje, «una posición geográfica con predis»posiciones nativas en sus habitantes, para fijar los »destinos de la revolución, como fomento del marina»je del Pacífico.»

En el plan trazado por San Martín en 1816 para la reconquista de Chile, debía operar simultáneamente con el ejército de tierra que atravesase los Andes, una expedición marítima que dominara las costas del territorio conquistado, y así lo consignó posteriormente Guido en la Memoria, en que condensó las ideas formuladas con anterioridad por el general. (Véase capítulo XI, párrafo III. Oportunamente deberán zarpar de las playas de Buenos Aires (decía en febrero de 1816) dos buques de consideración y porte, armados por cuenta del Estado, y sujetos á órdenes del general en jefe, los que, cruzando las costas de Chile, contengan el escape de los enemigos. Las dificultades del erario no permitieron por entonces atender esta exigencia, y como lo observa el autor de la citada Memoria, la falta del concurso naval «impidió terminar »la guerra con el triunfo de Chacabuco, ocupando los »puertos por donde se salvó un buen número de ven»cidos,» como lo había previsto el general. Dos años se necesitaron para completar el plan concebido en todas sus partes por el que lo ejecutó, y con esta idea fija había pasado y repasado dos veces la cordillera, después de Chacabuco y Maipú, como se explicó antes, con el objeto de crear la escuadra independiente del Pacífico. Sin ella, el triunfo de la independencia sudamericana era imposible.

II

El primer buque en que se enarboló la bandera que debía imperar en las aguas del Pacífico, fué el bergantín español Aguila, de 220 toneladas. Después de la batalla de Chacabuco habíase dispuesto que los castillos del puerto de Valparaíso mantuviesen izada la bandera española. El Aguila engañado por esta estratagema, penetró al puerto, y fué apresado. Armado en guerra con 16 cañones y tripulado con gente de mar, confióse su mando al teniente del ejército de los Andes Raymundo Morris, irlandés de nacimiento. Bautizóse con el nombre de El Pueyrredón, en honor del director supremo de las Provincias Unidas que decretara la expedición á Chile, impulsándola con todo su poder. Su primera campaña naval, fué el rescate de los patriotas chilenos confinados en la isla de Juan Fernández por Osorio y Marcó, que hacía cuatro años sufrían duro cautiverio. Entre los primeros rescatados, contábase el futuro almirante de la escuadra chilena, que debía darle la primer victoria naval.

El enviado argentino D. Tomás Guido, penetrado de la importancia de complementar el plan de San Martín, tal como lo había explanado él mismo en su celebrada Memoria, no cesaba de hacer gestiones cerca del gobierno de Chile, á fin de que diera impulso al armamento naval. Por su inteligencia y el ardoroso empeño que mostraba, fué comisionado por el director O'Higgins para adquirir un buque de fuerza superior, que diera respetabilidad á la naciente marina, poniéndose á su disposición una gruesa suma de dinero. Al efecto, trasladóse á Valparaiso, donde se hallaba la fragata Windham de la compañía de las In-

dias orientales, de 800 toneladas, con 44 cañones, que por instigaciones del comisionado en Londres, Alvarez Condarco, habíase dirigido á las costas chilenas para negociar su venta. El erario se hallaba en la imposibilidad de cubrir el importe total. Guido consiguió asociar á la empresa á los comerciantes de Valparaíso, interesados en que se levantase el bloqueo que mantenía la escuadra española en el Pacífico, los cuales contribuyeron con 25.000 pesos, contratando el gobierno su compra en 180.000, pagando al contado 130.000 pesos. Esto sucedía á los pocos días de Cancharrayada y en vísperas de la batalla de Maipú (marzo 30 de 1818). El vencedor, receloso del éxito de la próxima batalla, exigió la garantía del gobierno argentino por el saldo pagadero en Buenos Aires en el término de cuatro meses. Guido contrajo el compromiso á nombre de su gobierno, autorizado por San Martín, quien, contando con la victoria, le decía: «Dada la importancia de esta empresa y la seguridad que ofrece la respetabilidad del ejército combinado, no dudo preste desde luego la garantía pretendida en el concepto de que el buen resultado influya en la suerte de ambas repúblicas.» El Windham tomó el nombre de Lautaro, el famoso guerrero americano inmortalizado por Ercilla, en honor de la poderosa Logia lautarina, que había consolidado la alianza argentino-chilena, y gobernaba secretamente la política de ambos países.

Obtenida la victoria de Maipú, el director O'Higgins decidió que era llegado el momento de utilizar la fuerza naval organizada, y ordenó que la Lautaro, y el Aguila, se hiciesen á la mar en busca del crucero español que bloqueaba á Valparaíso. Dominaban á la sazón las aguas del Pacífico, desde el Perú hasta el Cabo de Hornos, las fragatas de primer orden Esme-

ralda y Venganza, de 44 cañones cada una; las corbetas mercantes armadas en guerra con 18 cañones, la Milagro, la San Juan Bautista y la Begoña; las fragatas inferiores, la Gobernadora con 16 cañones, y la Comercio, la Presidenta, la Castilla y la Bigarrera, con 12 cada una; las corbetas la Resolución y la Sebastiana, de 34, y la Veloz, con 22, y por último, el bergantín Pezuela, de 18, y algunos otros buques menores con 37 cañones, sumando un total de 17 buques con 331 cañones. Esta poderosa escuadra debía ser reforzada por la María Isabel, hermosa fragata de 44, convoyando once transportes (dos de ellos armados en guerra, con 22 cañones), que conducían un refuerzo de 2.500 hombres, que en esos momentos debía zarpar de Cádiz con dirección á Chile. El bloqueo de Valparaíso era mantenido por la Esmeralda, la Venganza y el Pezuela.

La Lautaro fué tripulada con 100 marineros de todas nacionalidades recogidos en los buques del puerto, y 250 chilenos, entre soldados, lancheros y pescadores, mandando la infantería de marina el capitán Guillermo Miller, del ejército de los Andes, de nacionalidad inglesa, destinado á alcanzar nombradía. El mando de la Lautaro y de la expedición fué confiado al capitán Jorge O'Brien, que se había distinguido en servicio de la marina inglesa, y como segundo jefe, el teniente José Argent Turner. Los oficiales eran en su totalidad ingleses ó norteamericanos, que no hablaban una palabra en español, de manera que, á excepción de Míller, no había uno solo que pudiese dar una voz de mando á los chilenos que componían la mayoría de la gente de guerra. «Sin embargo, dice el mismo Miller, diez horas después de su salida se batió, »y bien, la fragata Lautaro.»

III

Las tres naves españolas que mantenían el bloqueo, volteјeaban incesantemente á inmediaciones de Valparaíso, hostilizando á los buques neutrales que salían ó entraban al puerto. A veces se acercaban á tierra, y hacían algunos disparos de cañón, y luego se hacían mar afuera perdiéndose de vista. En los últimos días de abril, el comandante de la Esmeralda Luís Coig, que mandaba el bloqueo, dispuso que la Venganza se dirigiese al Callao conduciendo los enfermos de escorbuto que tenía á su bordo. Fué este el momento elegido para el ataque. Aprovechando una fresca ventolina del norte, en circunstancias en que los buques bloqueadores estaban fuera de la vista, la Lautaro y el Aguila, modificada su pintura externa y su arboladura de manera de asemejarse á los buques de guerra ingleses, levaron anclas el domingo 26 de abril, dos horas después de mediodía, mostrando tanto ardor los tripulantes chilenos, que para alcanzarlos, muchos de ellos se arrojaron á nado á la mar. Al amanecer del 27, la Lautaro con rumbo al sur encontróse con la Esmeralda que navegaba en vuelta de tierra á pocas millas de Valparaíso, hallándose el Pezuela distanciado algunas millas al norte. La nave chilena, con bandera inglesa enarbolada, aproximóse á la fragata española, la que hubo de tomarla por un buque de guerra británico, y la esperó en facha, afirmando su bandera. En esta disposición, ganóle la cuarta de popa de barlovento, arrió la bandera inglesa, izó la chilena, metióle el bauprés y le rompió el aparejo de mesana recibiendo una andanada de todo el costado enemigo de sotavento, á que contestó con otra

de sus baterías de estribor. El capitán O'Brien, arrastrado por su ardor, saltó al abordaje seguido por treinta ó cuarenta hombres, sostenido por el fuego de fusilería del castillo de popa y de las cofas de la Lautaro y se posesionó del puente de la Esmeralda, arriando su bandera. La tripulación española, sorprendida, hizo una descarga y huyó al entrepuente, continuando empero el fuego con trabucos y pistolas por las bocaescotillas, que causaron algunos estragos en los asaltantes. Una bala hirió mortalmente á O'Brien, y al morir, su último grito fué: «¡No hay que abandonar»la, muchachos! La fragata es nuestra!»

Durante el combate, un golpe de mar separó las dos fragatas que los asaltantes no habían tenido la precaución de amarrar. El teniente Turner, considerando tomada la Esmeralda, cuya bandera había visto arriar, desprendió un bote con diez y ocho hombres para reforzar el ataque, y se dirigió sobre el Pezuela, que al solo amago arrió su bandera en señal de rendición. El comandante Coig, que en el intervalo había armado su gente para reconquistar el puente perdido, aprovechó este momento, y atacó decididamente á los asaltantes, los que desalentados por la muerte de O'Brien, hicieron débil resistencia, hasta que, reducidos á muy corto número, se arrojaron al mar. La Lautaro volvió entonces sobre la Esmeralda, con el objeto de abordarla otra vez más, pero limitóse á cañonearla con sus miras de proa. La Esmeralda, con uno de sus costados en esqueleto y la cámara de popa incendiados, se puso en fuga, juntamente con el Pezuela que enarboló de nuevo su bandera, y merced á su marcha superior, pudieron los dos buques españoles evadirse, dirigiéndose á Talcahuano, á reparar sus averías. De regreso, la flotilla independiente apresó en la tarde del 27 un bergantín español, cuyo valor cubrió con exceso

los costos de la Lautaro. La fragata chilena entró al puerto con la bandera á media asta y las vergas á la funerala, en señal de duelo por la muerte de su heroico comandante. Aun cuando la empresa no tuvo el éxito esperado, el triunfo era suyo, y dió por resultado hacer levantar el bloqueo de Valparaíso, intimidando á los marinos españoles.

El gobierno rescató las acciones de los comerciantes de Valparaíso en la compra de la Lautaro, y la convirtió en buque de guerra del Estado; tripulándolo con 200 marineros extranjeros, 100 grumetes chilenos, y una guarnición de infantería y artillería de marina sacada del ejército, confió su mando al capitán inglés Juan Higginson. En seguida (julio de 1818), adquirió la corbeta Coquimbo, de 20 cañones, armada en corso en los Estados Unidos, cuyo mando dió al capitán Francisco Díaz, español, de la artillería del ejército de los Andes y le puso el nombre de Chacabuco en memoria de la batalla que libertara á Chile. Poco después llegaba á Valparaíso el bergantín Columbus, de 16 cañones, mandado por un distinguido oficial de marina norteamericano, Carlos Guillermo Wooster, quien ofreció en venta su buque á la par de sus servicios, que fueron aceptados, y entró á representar la nacionalidad chilena con el nombre de el Araucano. Por último (en agosto de 1818), fué comprado en 140.000 pesos el navío Cumberland, el buque de más poder que hubiese surcado los mares sudamericanos, contratado en Londres por Alvarez Condarco para ser pagado en Chile, al cual se dió el nombre de San Martín en glorificación del libertador, poniéndolo bajo las órdenes del capitán inglés Guillermo Wilkinson. La escuadra chilena estaba creada como por encanto, y podía competir con la española en el Pacífico. La revolución americana se dilataba en el mar del sur des-

pués de terminar su primera campaña terrestre, para ir á llevar la independencia á otras regiones con arreglo al plan preconcebido de San Martín.

El mando de estas fuerzas navales fué encomendado al teniente coronel de artillería, Manuel Blanco Encalada (conocido también por Blanco Cicerón) á quien hemos visto figurar en las dos derrotas de Cancharrayada, distinguirse en Maipú y ser rescatado del cautiverio de la isla de Juan Fernández por la primera nave chilena armada en guerra. Era Blanco hijo de Buenos Aires, y de madre chilena, pero chileno por elección, que había alcanzado el grado de alférez de navío en la armada española, y contaba á la sazón 28 años de edad. El joven almirante de la naciente escuadra correspondió á las esperanzas en él depositadas.

IV

En 1818 la guerra marítima y terrestre de la España y sus colonias insurreccionadas se había circunscripto á dos centros terrestres y á dos mares: al norte, en Venezuela, Nueva Granada y Quito, con el mar Caribe por base de operaciones: al sur, en el Alto y Bajo Perú, con el Pacífico por teatro de las operaciones marítimas. La metrópoli, después de realizada la gran expedición de Morillo sobre Costa Firme, comprendió el error de no haberla dirigido al Río de la Plata en 1815, como se pensó en un principio. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Los portugueses habíanse apoderado de la plaza fuerte de Montevideo, punto de apoyo indispensable de toda expedición para contar con probabilidades de éxito, y sus ocupantes, de acuerdo secretamente con el gobierno argentino, estaban comprometidos á no permitir á los españoles poner el pie en su territorio. Empero, no renun-

ciaban éstos al propósito primitivo, y mientras tanto, se empeñaban en reforzar al Perú con buques de guerra y tropas de línea, á fin de reconquistar á Chile, en circunstancias en que la noticia de la derrota de Maipú no había llegado aún á la península.

El 21 de mayo—antes de cumplirse un mes de la batalla de Maipú,—una expedición española de once transportes—dos de ellos armados en guerra,—y convoyados por la fragata María Isabel, de 50 cañones, zarpaba del puerto de Cádiz con destino al Pacífico, conduciendo dos batallones del regimiento Cantabria con 1.600 hombres, un regimiento de caballería de 300 plazas y 180 artilleros y zapadores, en todo 2.080 hombres y un cargamento de 8.000 fusiles. Mandaba la expedición marítima el capitán Dionisio Capaz, y la tropa, el teniente coronel Fausto del Hoyo. Su primer contratiempo fué tener que dejar uno de los transportes en Tenerife, por su mal estado, y repartir la gente en los demás buques. Al salir de las Canarias, el convoy se fraccionó á los 5 grados latitud norte, á causa de los vientos. Para mayor desgracia suya, el 25 de julio llegó á Buenos Aires con 56 días de navegación el bergantín inglés Lady Waren, conductor de avisos oportunos de los agentes secretos del gobierno argentino en Cádiz, cuyo capitán dió noticia de haber dejado la expedición en los días 21 al 25 de julio á los dos grados de latitud norte, comprobando su informe con la exhibición de su diario de viaje. En consecuencia, el gobierno argentino dispuso la salida de los bergantines el Lucy y el Intrépido, armados con diez y ocho cañones cada uno en el puerto de Buenos Aires, el primero con la bandera chilena y el segundo con la argentina, con órdenes de correr las costas del sur, doblar el Cabo de Hornos é incorporarse á la escuadra chilena. Simultáneamente,

se previno á San Martín por la vía terrestre, que «in»vitase al gobierno de Chile á echar á la mar toda su »escuadra á fin de salir al encuentro de la expedición.»

Un mes después (el 26 de agosto de 1818), arribaba al puerto de la Ensenada de Barragán una fragata con 180 hombres de tropa y 500 fusiles. Era la Trinidad, uno de los transportes de la expedición española. Habíase separado del convoy á los cinco grados norte, y á esta altura se sublevó la tropa que conducía encabezada por dos sargentos y un cabo, que desde Cádiz venían complotados al efecto. A pesar de la resistencia que hicieron los oficiales apoyados por una parte de la tripulación y tropa, que amenazaron dar fuego á la santabárbara, los sublevados se hicieron dueños del buque, fusilaron á los oficiales y dieron orden al capitán de poner la proa á Buenos Aires. Por este medio, el gobierno argentino tomó conocimiento del plan de señales y punto de reunión del convoy, que se apresuró á transmitir á Chile. La expedición española estaba perdida, y para establecer definitivamente el predominio de la marina independiente en el Pacífico, llegaba al mismo tiempo á Buenos Aires la fragata Horacio, de 36 cañones, comprada en los Estados Unidos por Aguirre en cumplimiento de su comisión, debiendo seguirla en breve otra de igual porte con el nombre de Curacio.

V

El 19 de octubre á las 9 de la mañana zarpaban del puerto de Valparaíso: el navío San Martín, con 60 cañones, capitán Wilkinson, en el cual el vicealmirante había enarbolado su insignia; la fragata Lautaro, con 46 cañones, capitán Wooster; corbeta Chacabuco, con 20 cañones, capitán Díaz; bergantín Araucano, con 16

cañones, teniente Morris. La escuadra chilena así organizada, contaba 142 cañones y estaba tripulada por 1.100 hombres, chilenos en gran parte, y el resto marineros extranjeros reclutados en Valparaíso. Los oficiales eran en casi su totalidad ingleses ó norteamericanos. Un viento fresco sudoeste henchía sus velas, y el castillo de la ciudad y la población agrupada en la playa contestaba sus saludos con sus cañones y sus aclamaciones. El director O'Higgins, que se había trasladado á Valparaíso para activar la salida de la expedición, tomaba en aquel momento el camino de Santiago, y al subir las montañas que dominan la ciudad y distinguir á la distancia los cuatro buques con bandera chilena que se hacían á la mar, exclamó: «Cuatro buques dieron á la España el continente ame»ricano: esos cuatro buques se lo quitarán.»

Al perder de vista la tierra, Blanco Encalada abrió el pliego reservado de instrucciones que se le había entregado, y encontró que se le prevenía ir á estacionarse en la isla de Mocha por donde necesariamente debía pasar el convoy español, según las noticias transmitidas desde Buenos Aires. La escuadra tomó rumbo al sur. Los marinos chilenos, que en casi su totalidad pisaban por primera vez la tabla de un buque, se adiestraban durante la travesía en las maniobras y en el ejercicio de cañón. Miller, que formaba parte de la expedición, dice de ellos: «Los soldados de marina »y los marineros cholos, descubrieron las cualidades »que constituyen un buen soldado ó marino, pues »eran subordinados, y pronto probaron que eran va»lientes. Manifestaban deseos de que se les instruyese »y aprendían con prontitud. Sólo faltaba que sus ofi»ciales cumpliesen bien con sus deberes para ser ca»paces de todo.» Un viento recio que sopló por el espacio de dos días, separó á la Chacabuco. El 26 de oc-

tubre descubrióse la isla de Santa María, señalada como uno de los puntos de reunión del convoy. Desde allí fué despachado el Araucano, para reconocer la bahía de Talcahuano, que demora 62 kilómetros al norte.

La escuadra navegaba con bandera española. Un bote de la costa engañado por esta circunstancia, dirigióse á ella y puso en manos del almirante las instrucciones que el jefe del convoy dejara allí para los transportes que se fueran reuniendo. Por este conducto se confirmaron las noticias que se tenían por un buque balienero. La María Isabel había tocado en la isla cinco días antes, acompañada de los transportes Atocha, San Fernando, Especulación y Escorpión y seguido inmediatamente para Talcahuano. El resto del convoy quedó rezagado al doblar el Cabo de Hornos, con sus tripulaciones enfermas y faltas de provisiones. Blanco Encalada, decidióse á ir en busca de la María Isabel, contando tener suficiente tiempo para apoderarse en seguida del resto del convoy. En consecuencia enderezó la proa á Talcahuano, diciendo: «Es »necesario que la marina chilena señale con gloria »la época de su nacimiento.» El 27 por la noche, llegó á la boca del puerto, con el San Martín y la Lautaro y allí supo que sólo la María Isabel se encontraba dentro de la bahía. Los otros transportes habían seguido al Callao, después de desembarcar unos 800 hombres. El 28 por la mañana sopló una fresca brisa del norte, y los dos buques patriotas penetraron á la gran bahía, una de las más espaciosas del litoral de Chile. Con más de once kilómetros en su mayor extensión y ocho kilómetros de ancho, encierra dentro de su perímetro cuatro puertos y tres caletas. Uno de los puertos, como en otro capítulo se indica, responde á lo que propiamente se llama Talcahuano, situado sobre la pe-

nínsula que cierra la bahía por la parte del sur. La isla Quiriquina, alta y boscosa, de cinco y medio kilómetros de largo y medio de ancho, cierra la entrada dejando á derecha é izquierda de sus extremidades dos bocas practicables para penetrar á su interior. La entrada del norte mide cinco kilómetros y se denomina la Boca Grande: la llamada Boca Chica al sur, mide dos kilómetros.

Al doblar la punta sur de la Quiriquina, los independientes pudieron ver en el puerto á la fragata española anclada bajo la protección de las baterías de tierra guarnecidas por una fuerza respetable. La María Isabel, inmediatamente de divisar los dos buques patriotas, afianzó su bandera con un cañonazo sin bala, como pidiendo la suya á los chilenos. El San Martín contestó con otro cañonazo sin bala al izar la bandera inglesa, y siguió navegando con el propósito de abordarla. Reunidos los dos buques, dirigiéronse sobre la María Isabel, y á tiro de fusil izaron la bandera chilena, cuya ascensión saludaron con entusiasmo los tripulantes. La fragata española, que había permanecido por algún tiempo indecisa, bien que apercibida al combate, disparó un cañonazo á bala que fué inmediatamente seguido por una andanada de todo su costado de babor. El San Martín contestó el fuego con todos sus cañones de estribor y echó el ancla á tiro de pistola del enemigo. La fragata española, desesperando desde ese momento del éxito del combate, picó sus amarras y fué á encallar en tierra. Una parte de la tripulación se salvó en las embarcaciones menores, y el resto permaneció haciendo fuego desde el alcázar de popa para impedir el abordaje. Los buques independientes concentraron sobre ella todos sus fuegos de artillería, contrarrestando á la vez las baterías de tierra, hasta obligarla á arriar su bandera. Pocos mo-

mentos después era abordada por dos lanchas tripuladas con 50 marineros al mando de los tenientes Guillermo Santiago Compton y Nataniel Bélez, tomando 70 prisioneros del regimiento de Cantabria con cinco oficiales, que no tuvieron tiempo de echarse al agua como lo hicieron otros.

Las tropas realistas parapetadas por las tapias de la población de Talcahuano, continuaron hostilizando la fragata capturada. Para desalojarlas y asegurar su presa, el vicealmirante dispuso el desembarco de dos compañías de soldados de marina, que se posesionaban de una garganta inmediata, con el objeto de interceptar los refuerzos que de Concepción podían venir á la península. El coronel Sánchez, reforzado con las tropas que acababan de desembarcar, avanzó á la cabeza de 1.600 hombres, obligando á la infantería patriota á reembarcarse con algunas pérdidas. Todos volvieron á ocupar las posiciones que precedieron al combate, pero fueron vanos los esfuerzos que se hicieron para poner á flote la María Isabel. El viento y la marea, favorables para la entrada, eran desfavorables para la operación. Prosiguiéronse empero los trabajos bajo la protección del San Martín y la Lautaro, sufriendo siempre el fuego de las fuerzas que guarnecían la costa. Llegó la noche sin que por una ni otra parte hubiera podido adelantarse nada. El combate cesó por el momento sobreviniendo una copiosa lluvia; pero independientes y realistas empezaron á tomar nuevas disposiciones para continuarlo al día siguiente.

Los realistas tenían en Talcahuano, además del castillo de San Agustín que defendía la entrada, cuatro piezas de artillería traídas de Concepción. Con ellas establecieron dos baterías de costa, cruzando sus fuegos al frente de la fragata encallada, á medio

tiro de fusil. El vicealmirante Blanco Encalada, por su parte, echó un anclote por la popa de la Lautaro y lo fijó en tierra, colocándose en actitud de apagar los fuegos del castillo y de las baterías improvisadas. Durante toda la noche, continuóse en el empeño de poner á flote la fragata, permaneciendo todos sobre las armas. Amaneció el día 29. Independientes y realistas ocupaban sus respectivos puestos apercibidos al combate. Rompióse el fuego por una y otra parte, casi á tiro de pistola. Muy luego reconoció el almirante chileno la superioridad de su artillería y renovó con más vigor su ataque, consiguiendo apagar los fuegos de algunas baterías de tierra. En lo más recio del fuego levantóse una brisa del sur, que barrió repentinamente las nubes de humo que obscurecían la bahía. El viento de la fortuna que había henchido las velas chilenas favoreciendo su entrada, sopló en sentido contrario favoreciendo su salida.

Eran las once de la mañana, y el éxito del combate, que dependía de un casco inerte, permanecía aún indeciso. Por algún tiempo creyóse que sería indispensable abandonar la presa, incendiándola. La brisa del sur que continuaba soplando, fué transformándose poco á poco en fresca ventolina. Apercibido de ello Wilkinson, mandó soltar las armas de combate. Toda la tripulación como movida por un resorte, acudió al timón, trepó á las vergas, cazó las velas, se asió al cabrestante, y concentrando todos sus esfuerzos sobre un calabrote que á prevención se había colocado á popa de la fragata, ésta se puso gallardamente á flote y tomó arrancada. La operación se hizo con tal rapidez, que los realistas sorprendidos no acertaron ya á continuar el combate. Mientras tanto, los marinos chilenos celebraban su triunfo con un entusiasta «¡ Viva la patria !» que los marinos ingleses acompañaban con

estruendosos «¡ Hurras !» La escuadra chilena celebró su primer triunfo con una salva de 21 cañonazos, y abandonó la bahía de Talcahuano, reforzada con una fragata más, que en honor del que la había fundado prediciéndole la victoria, tomó el nombre de la O'Higgins.

VI

Los cuatro buques de la escuadra chilena reuniéronse en la isla de Santa María, donde se incorporaron á ellos el bergantín argentino «El Intrépido» (conocido también con el nombre de «Maipú») comandante Tomás Carter, y el «Galvarino», capitán Martín Jorge Guise y Juan Spry, experimentados marinos de la armada británica. La escuadra constaba á la sazón de nueve buques de fuerza, incluso la «María Isabel, con 234 cañones.

Sucesivamente fueron cayendo en poder de los independientes los demás transportes de la expedición hasta el número de cinco, tomando á su bordo como 700 prisioneros. Así terminó esta expedición en la que España agotó sus últimas fuerzas para reconquistar sus colonias insurreccionadas, y que por mucho tiempo tuvo en alarma á toda la América del Sur. De los once transportes, uno quedó abandonado en Canarias, según se dijo antes; otro se entregó en Buenos Aires; cinco fueron apresados, incluso la fragata que los convoyaba, y los cuatro restantes escaparon con 800 hombres, habiendo sucumbido durante la travesía una cuarta parte de la tripulación devorada por el escorbuto. Fué un golpe de muerte para la metrópoli. Desde ese día las naves españolas perdieron para siempre el dominio del Pacífico, y el camino de la expedición al Perú, calculado cuatro años antes por San Martín, quedó franqueado por la marina chilena cuya

influencia en los destinos de la revolución americana había adivinado el genio observador y paciente del grande hombre de guerra.

A los 38 días de haber zarpado de Valparaíso las cuatro naves que iban á conquistar el dominio del Pacífico, trece velas republicanas formaban en línea bajo los fuegos del castillo que las saludaba en medio de las aclamaciones de un pueblo que tributaba al vicealmirante Blanco Encalada y á sus compañeros las ovaciones del triunfador. El gobierno, en premio de esta gloriosa campaña naval, decretó un parche de honor color verde mar, con un tridente en su centro orlado de palma y laurel, y en su contorno esta leyenda: «Su primer ensayo dió á Chile el dominio del Pacífico.»

Para coronar esta victoria, pocos días después (28 de noviembre de 1818), fondeaba en Valparaíso un buque que traía á su bordo uno de los primeros marinos de la Gran Bretaña, destinado á acrecentar su fabulosa fama en el Nuevo Mundo con beneficio para la libertad humana. Llamábase Thomas Alejandro Cochrane. Su nombre había resonado en todos los mares, vinculado á extraordinarias hazañas. Natural de Escocia, con título de alta nobleza y miembro del parlamento inglés, formaba en las filas de la oposición radical. Complicado en operaciones bursátiles de carácter dudoso, fué enjuiciado y condenado á ser expuesto en la picota y expulso de la cámara de los comunes á que pertenecía. No obstante que el pueblo cubriera por suscripción la multa que se le impuso, y el condado que representaba lo reeligiese, el altivo prócer prefirió la expatriación y las aventuras heroicas, y decidióse á ofrecer sus servicios á la causa de la independencia sudamericana, aceptando las ofertas que le fueron hechas por Alvarez Condarco y Alvarez

Jonte, agentes de Chile y de San Martín en Londres. Al ausentarse de la patria, hizo una ruidosa manifestación de sus principios radicales en política, en medio de grandes aplausos populares. Con motivo de un banquete de protesta y despedida que le fué ofrecido, levantó su copa rebosando de amargura, y dijo á sus conciudadanos: «El parlamento debe ser reformado »por el pueblo: él no se reformará jamás dentro de »sí mismo. En las grandes poblaciones como Londres »se cambiarán algunos nombres, pero su carácter será »siempre el mismo. La única esperanza que le queda »á la patria es que la extravagancia y opresivas me»didas del gobierno llevarán á tal punto la miseria »y la degradación, que ya el pueblo no podrá sufrir »más. Reuníos y comunicaos vuestros sentimientos, »y no presentéis peticiones. Dicen que estoy arruina»do: no estoy arruinado en el ánimo, pues resisto á »la opresión. Voy á ausentarme de la patria, pero no »siento dejar á los que edifican iglesias con el dinero »que quitan á otros: no siento dejar á los propagandis»tas religiosos, porque sé que son unos bribones: no »siento dejar á los inventores de nuevos impuestos, »porque son una plaga del país que sólo sirve para ser »destruída como los insectos dañinos: no á los espías »del gobierno, ni á los que cortan los pescuezos de »los ingleses para justificar las providencias opreso»ras. Lo que siento es dejar á la patria en que yacen »las cenizas de mis abuelos, que pelearon por la liber»tad del pueblo inglés, y dejarla oprimida y robada »por hombres sin misericordia y sin prudencia. Aun»que me aparto de la patria, no me aparto de la li»bertad. Si llegaseis á necesitar de mis servicios y »condenaseis á los opresores de la patria al mismo des»tino que sufre un tirano ilustre (Napoleón), volveré »al momento y los conduciré á Santa Helena.» Esta

resolución generosa y esta arenga amarga, da idea del temple de alma, del carácter y del temperamento de este nuevo personaje que entra en escena, apasionado y extremado en todo, así en el heroísmo como en el odio y el amor, y cuyo retrato completaremos cuando lo veamos entrar en acción.

El vicealmirante chileno, sin infatuarse por su reciente triunfo, se inclinó modestamente ante el héroe británico, y reconociéndolo más capaz que él para llevar á cabo la empresa por él iniciada, renunció el mando de la escuadra: «El respeto que me inspira »la incontestable superioridad de este ilustre marino, »me hace cederle gustoso mi puesto, y proseguir bajo »sus órdenes la obra comenzada.» Cochrane fué nombrado jefe de la escuadra chilena con el grado de vicealmirante, y al reconocer la nobleza del proceder de Blanco Encalada, consignó más tarde en sus Memorias este recuerdo: «El almirante Blanco me cedió con »generosidad patriótica su puesto, aun cuando la he»roica acción que acababa de ejecutar le diese derecho »para conservarlo; siendo además tan franco, que, en »persona, anunció á la tripulación de los buques el »cambio que se había efectuado.» Blanco Encalada era casado con una de las más hermosas mujeres de Chile, y la esposa de Cochrane, que lo acompañaba, era un tipo simpático de la belleza británica, que fué otra de las grandes pasiones del héroe. Las dos jóvenes esposas fueron en aquella época las estrellas de la sociedad chilena, mientras los dos almirantes sostenían con honor en los mares la estrella de la república naciente, que brillaba con su pabellón al tope de los mástiles de la escuadra dominadora del Pacífico.

CAPITULO XXI

El repaso de los Andes

1818-1819

Soluciones y complicaciones en 1818 y 1819.—Campaña final del sur de Chile.— Los realistas evacuan Concepción y Chillán.—Combate del Bío-Bío.—Los realistas se encierran en Valdivia.—La conjuración de Carrera, llamada de los franceses.—Proceso y ejecución de los conspiradores.—Síntomas de reacción chilena con relación á la política americana de San Martín.—San Martín y O'Higgins prometen la libertad del Perú.—Pacto de alianza argentino-chilena para libertar al Perú.—La reacción chilena se acentúa.—Actitud que asume San Martín.—Invención del repaso de los Andes.—Carácter dramático de este episodio.—Narración documentada de la idea del repaso de los Andes.—Correspondencia secreta de San Martín con el gobierno argentino y el de Chile.—Concentración del ejército de los Andes en Curimón.—San Martín repasa los Andes.—Repaso de parte del ejército de los Andes.—Los hilos ocultos de una trama histórica.—Coincidencia y peripecias.—Intervención de la logia de Lautaro en el repaso de los Andes.—La doble retirada de los ejércitos del Norte y de los Andes.—Belgrano y San Martín en esta emergencia.—Ordenes y contraórdenes para el repaso de los Andes.—Conflictos del gobierno de Chile.—Notable carta de Guido.—La lógica del acaso.—El repaso de los Andes y la guerra civil.—Correspondencia de San Martín con los caudillos de la guerra civil.—Mediación de Chile en la guerra civil argentina.—Posición falsa de San Martín en la mediación chilena.—Nuevas complicaciones del repaso.—Notables cartas de Pueyrredón á San Martín.—Retiro de Pueyrredón del gobierno y juicio acerca de su administración.—La conjuración de los prisioneros españoles en San Luis.—El capitán Carretero.—Matanza de los prisioneros.—Las maniobras secretas de San Martín durante el repaso.—Chile se decide á llevar la guerra al Perú.—La logia de Lautaro invita á San Martín á transponer otra vez los Andes.—Acuerdos para realizar la expedición al Perú.—Nuevo prospecto.

I

Los años de 1818 y 1819, fueron años de soluciones para Chile y para la América, de complicaciones internas para la República Argentina y de crisis para la propaganda de la revolución por medio de las armas redentoras. La indepedencia de Chile, reconquistada en Chacabuco, asegurada en Maipú y garantida por

el dominio del mar Pacífico, consolidóse definitivamente con la feliz terminación de su guerra del sur, cuya prolongación era como un hierro de un dardo roto clavado en el pie del vencedor, que le impedía moverse. Al mismo tiempo que así se dilataba la insurrección austral de la América en la tierra y en los mares, la del norte atravesaba á su vez los Andes ecuatoriales y se extendía hasta Nueva Granada, estrechando el círculo de resistencia de los realistas. Simultánea ó sucesivamente con estos faustos sucesos, que se desenvolvían obedeciendo á la fuerza inicial de la revolución argentina y á la idea guerrera de un grande hombre, el horizonte del Río de la Plata se nublaba y la guerra civil recrudecía en su litoral; obscuras conjuraciones de los emigrados chilenos en Buenos Aires y Montevideo, que hacían entrever planes de asesinato contra los primeros hombres de la situación, se descubrían, y un sordo rumor de desconfianza hacíase sentir al occidente de los Andes; la política chilena reaccionaba contra la política americana de San Martín, tendiendo al quietismo, y San Martín luchaba á uno y otro lado de los Andes con obstáculos al parecer insuperables para el desenvolvimiento de sus planes, que había creído próximos á realizarse. Esta situación tan próspera como confusa, complicóse con el anuncio de una poderosa expedición española de 20.000 hombres, que hizo oscilar por un momento la balanza del destino, antes que el peligro se disipase por sí mismo. En medio de estas varias emergencias, el grande hombre de guerra que domina el movimiento colectivo de la época por la fijeza de sus ideas y la penetrante claridad de su golpe de vista, se presentará bajo una faz nueva y original, y envuelto en una tempestad política, organizará su última empresa libertadora, precursora del triunfo final.

El sur de Chile fué siempre el talón vulnerable de la insurrección chilena, así por la predisposición de sus habitantes en favor de los realistas, como por el apoyo que le prestaban las plazas de Valdivia y Chiloé con sus comunicaciones marítimas libres, por donde podían recibir todo género de auxilios para volver á invadir el país. Chillán y Talcahuano fueron los baluartes de los realistas, y Concepción el centro de la reacción. El doble error de no emprender con vigor la campaña final del sur, después de Chacabuco y Maipú tuvo por consecuencia la reacción de Ordóñez, el rechazo de Talcahuano fueron los baluartes de los realistas, Cancharrayada y el punto de apoyo encontrado por la última expedición española, que reforzara con 800 peninsulares el ejército de Sánchez, compuesto de tropas criollas que mantenían alzada la bandera del rey en el sur del Ñuble. Aunque esta guerra crónica no fuese una amenaza seria para la existencia de Chile, basta que una parte importante del territorio poblado estuviese ocupado por el enemigo para hacer imposible, ó por lo menos peligrosa, toda expedición lejana. San Martín lo comprendía así, según se ha visto, y su primer conato al reasumir la dirección de la guerra, fué activar la campaña del sur, á fin de pacificar la república y quedar en aptitud de realizar la expedición al Perú. Al efecto, el coronel Zapiola, á quien dejamos antes con su reserva en Talca y en el Parral sobre el río Perquilauquén (cap. XVII, párrafo VII), fué reforzado con el batallón núm. 3 de Chile (septiembre 1818), con orden de abrir operaciones. Zapiola atravesó el Ñuble y avanzó hasta Chillán; pero, considerándose sin las fuerzas y elementos suficientes para abrir una campaña formal, recibió instucciones para reconcentrarse en el Parral. Decidióse entonces la formación de un ejército de operacio-

nes del sur, compuesto de tropas argentinas y chilenas, bajo las inmediatas órdenes del general Balcarce (noviembre de 1813).

El ejército del sur se compuso de los granaderos á caballo, los cazadores de infantería de los Andes, los batallones núm. 1.° y 3.° de Coquimbo y los montados de Chile, con 8 piezas de artillería de montaña, que sumaban 3.400 hombres. Freyre, nombrado intendente de la provincia de Concepción y jefe de la vanguardia en reemplazo de Zapiola, se encontró en la misma situación de éste y conservó la misma actitud en el Parral. Al frente de 1.600 hombres, exageróse la fuerza enemiga que computaba en 2.000 hombres y pidió ser reforzado con dos batallones para emprender operaciones, dando por razón que el plan de Sánchez era dejarlos avanzar de Chillán adelante, resistir por el frente en puntos fortificados de antemano, y desprender á Lantaño por la retaguardia de los independientes para sublevar la provincia con montoneras y aislarlos de los recursos de la capital. Mientras llegaban los elementos necesarios para abrir la campaña, San Martín se dirigió á Sánchez por intermedio de Freyre, haciéndole proposiciones pacíficas en términos honrosos: «Nada honra más á un general que conservar »su serenidad en los peligros y arrostrarlos cuando »hay probabilidad de vencer; pero nada eclipsa su »nombre como el derramar inútilmente la sangre de »sus semejantes. Sea cual fuese el sistema de guerra »que V. S. se proponga en esa provincia, yo voy á caer »sobre ella y á terminar la guerra. No es mi ánimo »comprometerlo por la fuerza de los ejércitos á un »partido indecoroso, sino evitar las calamidades que »devastan á Chile. Fije V. S. las proposiciones que le »sean honrosas.» El jefe español contestóle tercamente que: «en adelante no admitiría parlamentarios en

»sus avanzadas, por considerarlos exploradores ile-»gales de la guerra; y que, si de buena fe deseaba »entablar una transacción recíprocamente ventajosa, »se dirigiese al virrey del Perú de quien dependía, es-»tando él resuelto á defender hasta el último trance »las armas del rey en la fidelísima provincia de Con-»cepción.»

En los últimos días de diciembre púsose al fin en movimiento Freyre, reforzado con los dos batallones pedidos. El 24 atravesó el Ñuble el coronel Manuel Escalada al frente de sus granaderos á caballo, y llegó á Chillán en circunstancias en que el enemigo evacuaba la plaza, alcanzando una partida al mando del capitán Cajaraville á picar su retaguardia, matándole 30 hombres, tomándole 20 prisioneros y cantidad de armas y municiones. Freyre se mantuvo estacionado en Chillán hasta los primeros días de enero de 1819, en que llegó Balcarce, con la reserva y se abrió la campaña. Balcarce con el grueso de las fuerzas, marchó á ocupar la línea de fuertes del Bío-Bío, mientras Freyre dirigióse con una pequeña división por los caminos de la costa á posesionarse de Concepción. Pero era ya tarde para alcanzar todos los resultados que una campaña rápida y mejor combinada habría dado, aun cuando se consiguiese el objeto inmediato de conquistar la provincia de Concepción, obligando á los realistas á refugiarse en los confines desiertos de la frontera de Arauco. El testarudo Sánchez, al frente de sus 1.600 hombres, acobardados por los últimos reveses, aunque engrosados por los restos de la expedición de la María Isabel que habían introducido en su ejército un elemento de perturbación que enervaba su mando, no se consideraba seguro en las posiciones que ocupaba, y previendo que sería atacado por fuerzas superiores, evacuó el 14 de noviembre á Concep-

ción y Talcahuano y replegóse á los Angeles entre el río Laja y nacientes del Bío-Bío. Ejecutábase este difícil y peligroso movimiento de flanco á tiempo que Freyre avanzaba sobre Chillán, así es que, cuando Balcarce se dirigió hacia el Este para cerrar el paso á Sánchez, éste ya estaba en salvo con su retirada franca hacia al sur, de manera que, el plan con que se abrió la campaña se limitó á una marcha de frente con retardo, sin más perspectiva que alcanzar por acaso la retaguardia enemiga, como sucedió.

A mediados de enero de 1819 movióse Balcarce de Chillán y avanzó hasta las márgenes del río Laja, que vadeó sin dificultad, obligando á la división de Lantaño, que defendía su paso, á replegarse á los Angeles, donde le tomó algunos prisioneros. Sánchez, que con 800 hombres, resto de su ejército, ocupaba este punto, retiróse precipitadamente á las orillas del Bío-Bío. La operación principal estaba frustrada. El general patriota, con la esperanza de darle alcance, desprendió el regimiento de granaderos con Escalada, á fin de que lo persiguiera en su retirada, y lo entretuviese mientras el resto del ejército le seguía de cerca (18 enero). Escalada avanzó cinco kilómetros hacia el Bío-Bío sin ver un solo enemigo, pero una avanzada de 60 granaderos al mando del teniente Benjamín Viel (oficial francés del ejército de Napoleón), encontró á su margen norte un escuadrón de 80 hombres, al que destrozó completamente, dando noticia de que los realistas atravesaban el río, operación que Escalada no podía impedir con sus escuadrones, por lo que permaneció en inacción á la espera de la infantería. El 19 á mediodía se le reunió el coronel Alvarado con el batallón de cazadores de los Andes, quien tomó el mando de la división, y resolvió atacar inmediatamente. Al efecto, dispuso que la caballería marchase por el

camino de su derecha que era más descubierto, mientras él seguía por la izquierda al través de un espeso bosque con la infantería y una pieza de artillería, con intentó de dominar el paso. Pero ya Sánchez estaba con el grueso de su fuerza al sur del Bío-Bío, donde estableció una batería de tres cañones sostenida por una línea de infantería para proteger el paso de su retaguardia. A la llegada de Alvarado, sólo algunas partidas rezagadas de infantería y un escuadrón de caballería quedaban en la orilla norte, que fueron rendidos á discreción, sableados por los granaderos: el resto cruzaba el río á nado ó en lanchas y balsas, que fueron cañoneadas con acierto por el teniente Félix Olavarría con su única pieza, que echó á pique algunas de ellas, tomando como 70 prisioneros y cinco cañones. El combate de artillería trabóse de orilla á orilla. El capitán Eustaquio Brueys, hijo del célebre almirante francés del mismo nombre, se lanzó al agua á caballo al frente de su compañía, pero al llegar á una isleta intermedia en que se habían refugiado algunos fugitivos, fué mortalmente herido por una bala de cañón, como su padre en Aboukir, y sus soldados se retiraron salvándolo moribundo.

A fines de enero, el ejército expedicionario atravesó el Bío-Bío en balsas preparadas de antemano, que, descendiendo la corriente del río Huaquí, reuniéronse en el punto de combate, y se posesionó de la fortaleza de Nacimiento, donde se tomaron algunos dispersos y siete cañones. Sánchez, con su ejército en esqueleto, cruzó la Araucania y se encerró definitivamente en la plaza de Valdivia. Balcarce dió por terminada la campaña y retiróse á Santiago con las tropas argentinas y con la muerte latente en el corazón: el que alcanzó el primer laurel de la revolución argentina y el último de las campañas libertadoras de

Chile, tenía sus días contados. Así terminó la que se ha llamado la campaña final del sur de Chile, que, mejor conducida, pudo haber dado mejores resultados. No fué, empero, la última, pues la lucha á muerte de partidarios indios y bandoleros se prolongaría por tres años más en aquel teatro de continuo guerrear desde la época de la conquista. Pero para los efectos de la independencia de Chile y de la América, la campaña estaba terminada, pues cuadraba el territorio que la república ocuparía por medio siglo más, y permitía disponer de los recursos del país pacificado para realizar la expedición libertadora del Perú, y esto era lo que buscaba San Martín. Lo que quedaba por hacer era una guerra de mera policía.

II

Hallábase San Martín de regreso en Chile, cuando recibió una carta de Pueyrredón sobre una conjuración contra su vida: «De oficio le impongo del afortu»nado descubrimiento que acabo de hacer de los ase»sinos mandados por D. José Miguel Carrera. Tres »que iban destinados á concluir con usted y con »O'Higgins, salieron de aquí hace nueve días, y tras »los que siguió con toda diligencia una partida con »la orden de seguirlos hasta el mismo Mendoza, y de »traérmelos vivos ó muertos.» Por el correo siguiente escribía otra: «Dije en mi última, había descubierto »una nueva conspiración de José Miguel Carrera con»tra la vida de Vd. y de O'Higgins. La partida que »fué en seguimiento de los que iban en camino para »Chile, ha regresado trayéndolos. Se continúa la cau»sa.» ¿Qué sucedía? ¡Era una nueva complicación del destino fatal de Carrera en pugna con el de San Martín, como si estos dos hombres estuviesen predestinados á pasar á la historia vinculados á conju-

raciones tenebrosas, destierros, cárceles, asesinatos y cadalsos!

Refugiado José Miguel Carrera en Montevideo, después de fugarse de su prisión, según se dijo antes (cap. XV, párrafo III), ocupábase en conspirar contra el orden de cosas establecido en el Plata, sin renunciar á la ambición de reconquistar el poder en Chile, manteniendo una activa correspondencia con sus partidarios. Reunido con Alvear, que perseguía análogos propósitos, buscaron un acuerdo con los caudillos anárquicos de la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe, sublevados contra Buenos Aires, y daban pábulo á la guerra civil con las publicaciones que hacían por medio de la imprenta traída de los Estados Unidos, establecida allí al amparo de la bandera portuguesa. La batalla de Maipú hubo de desarmarlo, haciéndole perder toda esperanza; pero la ejecución de sus hermanos en Mendoza, encendió de nuevo en su pecho las iras de la venganza, y fulminó públicamente con su firma la sentencia de muerte de los que consideraba sus asesinos: «¿En dónde están nues»tros hermanos, nuestros compatriotas Juan José y »Luis Carrera? ¡Ya no existen! ¡Perecieron con la »muerte de los traidores y de los malvados, víctimas »de la tiranía más detestable! Pueyrredón, San Mar»tín y O'Higgins: ved ahí sus bárbaros asesinos. ¡Es»tán decretados los destinos de Chile: una provincia »obscura de la capital del Río de la Plata! ¿Los chi»lenos sucumbirán, cobardes, al despotismo de tres »asesinos? ¡Que mueran los tiranos para que la patria »sea libre é independiente! Ya no tiene Chile otros »enemigos que esos viles opresores.» Y en un manifiesto que publicó poco después, agregaba: «El ul»traje hecho en la sangre de los Carrera á la nación »entera, agitará vuestra justa indignación, y la fa-

»milia y sus amigos que lloran hoy sobre sus sepul»cros, bendecirán un sacrificio que afirme para siempre »la independencia de la patria sobre las cenizas de sus »bárbaros opresores.» Confidencialmente escribía á su hermana doña Javiera: «Voy á moverme, á vengarte y á vengarme.»

Poseído de estos tumultuosos sentimientos de ambición y de venganza, pasaba Carrera las sombrías horas del destierro, cuando por este mismo tiempo entabló relación con un emigrado francés, que le fué presentado por el mariscal Brayer, refugiado también allí. Llamábase Carlos Robert, oriundo de una familia distinguida de Bretaña, y se titulaba coronel y había sido prefecto del departamento de la Nievre durante la dominación napoleónica. Era un hombre de espíritu cultivado, pero desequilibrado; de carácter inquieto, con ideas visionarias y escaso de dinero. Rivadavia, que lo conoció en Europa, recomendólo al gobierno argentino, y en Buenos Aires publicó el primer periódico en lengua francesa, que sólo duró seis números. Mal avenido con su suerte y procurando mejorar de fortuna, unióse á algunos compatriotas para trasladarse al Brasil, y en Montevideo se encontró con Carrera, con quien simpatizó ardientemente. Los compañeros de Robert, franceses todos ellos, eran un Juan Lagresse, hombre reposado, que vino al Plata con el propósito de fundar una colonia agrícola; un ingeniero llamado Narciso Parchappe, que ha dejado su nombre vinculado á la geografía argentina; Agustín Dragumette, dueño de una goleta que traficaba en el río, y Marcos Mercher, antiguo oficial del ejército de Napoleón, á quienes se agregó un tal Young, que decía haber sido uno de los más señalados jefes de la resistencia después de Waterloo. Robert entró de lleno en los planes de Carrera, y éste, siempre dis-

puesto á esperarlo todo de las aventuras y creer en los aventureros, lo constituyó en su principal agente de conspiración en Buenos Aires y en Chile. Cuáles fueron esos planes, es un punto que faltan documentos para determinar; pero de los conocidos se deduce que no podían ser otros que una revolución en Buenos Aires en combinación con los caudillos en guerra contra el gobierno argentino y un golpe de mano en Chile, apoyados por sus partidarios. Aun cuando tal vez no se decidiese el asesinato de San Martín y O'Higgins, era evidente que su sacrificio no podía menos de entrar en ellos, siquiera como una probabilidad, dados los sentimientos de venganza públicamente manifestados, de que estaba poseído el caudillo chileno.

Los cinco conspiradores reuniéronse en el mes de octubre en Buenos Aires. Robert hospedóse en la casa de doña Javiera, que se convirtió en foco de la conjuración. Robert, Mercher y Young, en compañía de un chileno llamado Mariano Vigil, que regresaba á la patria después de catorce años de ausencia en Europa, partieron con destino á Chile en una tropa de carretas á mediados de noviembre: Lagresse quedó en Buenos Aires en calidad de agente para transmitir la correspondencia de acuerdo con doña Javiera, la que debía mantenerse entre Montevideo, Buenos Aires y Chile, con claves convenidas y por emisarios seguros. Era otro sueño de mujer, sugerido por el espíritu revoltoso de un ambicioso liviano, y servido por visionarios, que, como el de 1817, debía empujar fatalmente nuevas víctimas al cadalso.

La conjuración fué denunciada por uno que estaba en el secreto por confidencias de Robert, el que le había manifestado que el plan era asesinar á O'Higgins y San Martín. Envióse una partida en persecución de los expedicionarios á Chile, la que les dió

alcance á pocas jornadas de camino: Young se resistió, y fué muerto de un pistoletazo por el oficial que la mandaba, según la orden que llevaba. Procedióse en seguida á sorprender la correspondencia, y encontráronse en poder de Dragumette seis claves y nueve cartas de doña Javiera, de Robert, de Lagresse y de otros oficiales, dirigidas todas á Carrera. Robert escribía: «Cien hombres se apoderarían en una noche »de la fortaleza (de Buenos Aires). Si llegamos á »Chile, nuestro encargo será fácil y el resultado pron»to. No se trata sino de deshacerse de dos hombres: »cuando se está decidido, la cosa no es difícil. Creo, »pues, asegurar que muy pronto será Vd. dueño de sus »enemigos y nosotros habremos probado nuestro celo »y nuestra adhesión de la manera menos equívoca.» Con estos elementos empezó á instruirse el proceso. Parchappe y Dragumette fueron considerados como intermediarios inofensivos: Mercher como un auxiliar impremeditado, y Vigil como un compañero casual de viaje de los dos principales conspiradores. Robert y Lagresse fueron sometidos al juicio de una comisión militar, que, con arreglo á una ley del congreso, debía entender en todas las causas de conspiración.

Los dos reos reconocieron sus cartas; pero negaron que su intento fuese perpetrar un asesinato. Lagresse observó respetuosamente que, siendo extranjero y particular, extrañaba ser enjuiciado por una comisión militar y no por un tribunal civil; que en cuanto al delito de conspiración, podría, cuando más, acusársele en rigor de ley de complicidad en un plan en que no tomara participación directa; y en cuanto al crimen de asesinato, no podía cometerlo á 400 leguas de distancia, habiéndose quedado en Buenos Aires. Robert invocó los antecedentes honrosos de su carrera; que de su carta no podía deducirse prueba alguna de he-

cho existente ó de un comienzo de ejecución; que ante una nación que proclamaba la libertad, no podía imputársele á delito el pensamiento, tratándose de opiniones políticas, que podían ser, cuando más, un error; que no creía que el gobierno argentino quisiera encargarse del oficio de ejecutor de las leyes de países vecinos, pues Chile no habia sido declarado provincia argentina; terminando por declarar que, al encargarse gustoso de dar cuenta á Carrera del estado de Chile, era porque su situación le había inspirado la más tierna simpatía, y que, si era un crimen ser amigo de un desgraciado, se confesaba culpable, y se resignaba á la sentencia en la esperanza de que la generación presente y la posteridad serían los jueces de su causa, excusando generosamente á su compañero Lagresse.

El fiscal pidió contra ambos reos la pena capital. El defensor imploró la equidad del tribunal en favor de ellos, como extranjeros proscriptos y refugiados en el territorio, exponiendo que, si bien los crímenes de que estaban acusados eran graves, el proceso no arrojaba sino meros indicios, compensables con la larga prisión y la muerte de Young, que resultaba inocente; y que, por lo tanto, era del honor del gobierno perdonar, y pidió el indulto. El tribunal y el gobierno se mostraron inexorables, y fueron condenados á la pena de horca, que se conmutó en fusilamiento, sin más prueba que la carta de Robert, pues el testimonio del denunciante no se hizo público en el juicio, aunque figuró anónimo en el proceso. Antes de salir para el suplicio escribieron despidiéndose de sus familias (Robert escribió á su madre), protestando que morían inocentes; pidieron comer juntos, y brindaron por la libertad universal. Murieron con entereza el día 3 de abril de 1819, en la plaza del

Retiro, á las 10 de la mañana. Fué otra mancha de sangre como la de los hermanos Carrera en Mendoza, pues, aun probadas las acusaciones, no pasaban de meros conatos y conatos vagos de dos visionarios, que no conocían ni el país ni sus hombres.

Carrera, desde Montevideo, protestó tibiamente y con argumentos de casuísta contra su participación en un complot, que calificó de desatinado, haciendo notar con razón, que «los miserables franceses—como »él los llama,—habían sido asesinados con barbaridad »inaudita por un «tal vez», y por unas cartas que, es»critas á otro que no se llamase José Miguel Carrera, »habrían sido despreciadas, extrañando cuando más »á sus autores como enemigos del partido del gobier»no.» Sean cuales fuesen sus sentimientos respecto de O'Higgins y San Martín y las fulminaciones públicas y privadas contra ellos, del proceso no resulta en realidad ni una tentativa de asesinato; por más que el anhelo de la venganza se anidase en su corazón y pueda suponerse que la muerte de sus dos enemigos le sería grata.

III

Como corrientes opuestas y superpuestas, visibles unas y ocultas otras, simultáneamente con estos acontecimientos empezáronse á sentir secretamente, á fines de 1818 y principios de 1819, los síntomas de una desinteligencia profunda entre el gobierno de Chile y el general San Martín respecto de la política americana de propaganda armada. A su regreso de Mendoza, el general vió que el dominio del mar Pacífico, en vez de facilitar la realización de sus planes, como lo había pensado, enervaba la voluntad del gobierno chileno para cooperar á la empresa del Perú, por la seguridad de no ser invadido como tantas veces lo

fuera, y lo inclinaba al quietismo reconcentrándose en la vida nacional. Pacificado el país y expulsado el enemigo del sur, la desinteligencia se acentuó por las dificultades financieras con que luchaba la administración chilena y el descontento consiguiente del ejército de los Andes, mal atendido en sus sueldos y en sus reemplazos. Este descontento refluía sobre la opinión pública, que consideraba al gobierno de Chile únicamente sostenido por las bayonetas argentinas. San Martín se hizo cargo desde luego de la poca ó ninguna cooperación con que podía contar para llevar adelante la expedición al Perú, según lo convenido con él y con el gobierno argentino, que acababa de hacer grandes sacrificios para procurarse una parte del medio millón de pesos prometido con tal objeto, y tomó una resolución propia de su genio determinado, que debía influir en los destinos de la América. Inventó el repaso de los Andes, reverso de la medalla de su inmortal paso.

No eran ciertamente combatientes lo que faltaba para ejecutar la ardua empresa proyectada. El Ejército Unido constaba á la sazón de cerca de 8.000 hombres (7.850 según los estados), de los cuales 4.000 formaban bajo la bandera argentina, aun cuando casi una mitad de sus soldados fuesen chilenos incorporados en sus filas según convenio internacional, en reemplazo de los muertos é inutilizados en las batallas peleadas en pro de Chile y la América. El general de los Andes, que tenía en sus manos estos elementos bélicos y probado su temple, pulsando los recursos de los dos países á que pertenecían, no era hombre de renunciar á la idea de llevarlos al Perú, que consideraba salvadora, no obstante las dificultades que se oponían á la realización inmediata de sus designios, precisamente en el momento en que los

grandes obstáculos habían sido allanados. Para eso había trabajado cinco años, y para eso solamente quería vivir y mandar. Firme en su propósito, quiso comprometer á ambos gobiernos ante la América, y enarboló la bandera redentora del ejército de los Andes con una proclama: «¡Habitantes del Perú! Los »estados independientes de Chile y de las Provincias »Unidas me mandan entrar en vuestro territorio para »defender la causa de vuestra libertad. Mi anuncio no »es el de un conquistador. La fuerza de las cosas ha »preparado este gran día de vuestra emancipación. »La unión de tres estados independientes acabará de »inspirar á la España el sentimiento de su impotencia. »Los anales del mundo no recuerdan una revolución »más santa en su fin, más necesaria á los hombres. »Lancémonos confiados en el destino que el cielo nos »ha preparado á todos. Cuando se hallen restablecidos »los derechos de la especie humana, perdidos por tan»tas edades para el Perú, yo me felicitaré de poderme »unir á las instituciones que las constituyen, habré »satisfecho el mejor voto de mi corazón, y quedará »concluída la obra más bella de mi vida.» Esta proclama fué confirmada por otra del director O'Higgins, anunciando á los peruanos que «formarían una »nación, cuyo gobierno establecerían ellos mismos co»mo propios legisladores, consultando sus costumbres, »su situación y sus inclinaciones.» Estos documentos fueron difundidos en todas las costas del Pacífico por la escuadra chilena al mando de Cochrane. Desde entonces quedó contraído ante el mundo el compromiso moral de dar libertad al Perú. Por el momento, empero, todo ello no pasaba de palabras y de operaciones marítimas para establecer el dominio del Pacífico.

La diplomacia de los dos gobiernos aliados, movida por San Martín, puso el sello internacional á este

solemne compromiso. En febrero de 1819 el enviado de Chile, Irizarri, en tránsito para Inglaterra, firmó en Buenos Aires un pacto de alianza con el gobierno argentino, «para poner término á la dominación es»pañola en el Perú por medio de una expedición com»binada, costeada por las dos naciones, respondiendo »á los votos manifestados por los habitantes del país »dominado, á fin de establecer por la libre voluntad »de los peruanos el gobierno más análogo á su consti»tución física y moral, garantiendo mutuamente la »independencia del nuevo Estado.» Estas estipulaciones, al dar forma política al pensamiento militar de San Martín, consagraban los principios fundamentales del programa emancipador de la revolución argentina, que, destinados á triunfar como sus armas redentoras, debían constituir la base del nuevo derecho público americano con la misma fórmula consignada en las instrucciones para la reconquista de Chile. (Cap. XII, párrafo VII).

Por este mismo tiempo, los dos grandes centros revolucionarios de la América meridional al sur y al norte se pasaban por la primera vez la palabra y reconocían su solidaridad. El gobierno argentino, al declarar su independencia en 1816, lo comunicó á los gobiernos americanos establecidos, y entre ellos al de Venezuela. Dos años después (junio de 1818), contestaba Bolívar esta comunicación, en su calidad de jefe supremo de Venezuela, calificándola de «paso »adelantado, que daba nueva vida á ambos gobiernos »haciéndolos conocer recíprocamente.» Y agregaba, revelando desde entonces sus tendencias unificadoras: «Una sola debe ser la patria de los americanos, ya »que en todo hemos tenido una perfecta unidad. Cuan»do el triunfo de las armas de Venezuela complete la »obra de su independencia, nos apresuraremos á en-

»tablar el pacto americano, que formando de todas »nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la »América ante el mundo con un respeto de majestad »y grandeza. La América así unida, podrá llamarse »madre de las repúblicas. El Río de la Plata con su »poderoso influjo, cooperará eficazmente á la perfec»ción del edificio político á que hemos dado principio »desde el primer día de nuestra regeneración.» Y asumiendo una representación americana, dirigió una proclama á los habitantes del Río de la Plata: «Vues»tros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros »vuestra gloriosa causa, que desde 1810 ha hecho re»cordar á la América la existencia política: ha visto »con admiración vuestra sabia reforma, vuestra glo»ria militar y vuestra felicidad pública. En todo he»mos sido iguales. Sólo la fatalidad anexa á Vene»zuela la ha hecho sucumbir dos veces, y su tercer pe»ríodo se disputa con encarnizamiento. Ocho años de »combates, de sacrificios y de ruinas han dado á nues»tra patria el derecho de igualarse á la vuestra, aun»que infinitamente más espléndida y dichosa. La sabi»duría del gobierno del Río de la Plata, sus tran»sacciones políticas con las naciones extranjeras y el »poder de sus armas en el fondo del Perú y en la »región de Chile, son ejemplos elocuentes que persua»dirán á los pueblos de América á seguir la noble »senda del honor y la libertad. Venezuela, aunque de »lejos, no os perderá de vista, y cubierta de luto os »ofrece su hermandad; cuando cubierta de laureles »haya extinguido los últimos tiranos de su suelo, en»tonces os convidará á una sola sociedad para que »nuestra divisa sea: «Unidad en la América meridional.»

A fines de 1818 la fama de San Martín, vencedor en Maipú, se extendía al norte del Ecuador, y la de Bolívar, aclamado libertador de Venezuela, llegaba hasta

Chile y el Río de la Plata. O'Higgins, tomando la iniciativa en la formación de una liga guerrera de las colonias insurreccionadas, se dirigió á Bolívar al felicitarle por sus triunfos, y le proponía una alianza de acuerdo con las ideas continentales de San Martín: «La causa que defiende Chile, es la misma »en que se hallan comprometidos Buenos Aires, la »Nueva Granada, Méjico y Venezuela; es la de todo »el continente de Colombia. Las armas de Chile y »Buenos Aires pronto darán libertad al Perú, y la es»cuadra chilena puede franquear las comunicaciones »con Nueva Granada y Venezuela por el Chocó y Pa»namá y ayudar á los patriotas de esos países.»

Cuando estos actos externos se producían, la situación argentinochilena hacía crisis. Casi simultáneamente con la terminación de la campaña del sur con la signatura del tratado de alianza, las declaraciones y proposiciones de O'Higgins al Perú y á Venezuela y la publicación de San Martín á los peruanos, éste iniciaba secretamente su repaso de los Andes, invención sorprendente por la atrevida simplicidad de sus medios y admirable como su famoso paso estratégico por la precisión de sus resultados. Dueño de la fuerza que constituía el nervio del Ejército Unido y sostenedor de la situación política, provisto de la autorización para expedicionar y comprometidos los dos gobiernos en la realización de sus planes militares, él obrará simultáneamente sobre ambos países por medio de presiones poderosas y combinaciones variadas, sin perder de vista su gran objetivo, aun cuando al parecer le diera la espalda. Esta acción duple y el misterio que por muchos años lo ha envuelto, da á sus procederes de aquella época un carácter doble, en que el guerrero, manejando los hilos delicados de una trama complicada, á la vez de dar impulso á las

masas, parece tomar á los hombres como instrumentos de sus designios haciéndoles concurrir á ellos por la gravitación natural de las voluntades opuestas. Y no obstante esto y su aparente doblez á veces, su proceder es siempre tan serio, que á veces llega á ser terrible; así como sus palabras son siempre sinceras y coherentes los propósitos que persigue, convergiendo constantemente á un fin determinado. Es un hecho complejo, que nunca ha sido bien explicado en sus causas y efectos, ligándolo á la historia en la que determinó nuevos rumbos, y provocó una crisis cuyas acciones y reacciones quedaron envueltas en la sombra, conociéndose únicamente sus movimientos ostensibles, que al confundir á los contemporáneos, ha engañado á los historiadores.

Considerado por su faz externa y en sus relaciones con los hombres y las cosas de su tiempo, este interesante episodio es un drama complicado con accidentes de sublime comedia que por momento reviste un carácter trágico. Lleno de peripecias y alternativas con coincidencias singulares, situaciones equívocas y efectos* sorprendentes, rodeado de misterios pavorosos y explicándose de distinto modo cada uno de los actores el papel que desempeñaba, los protagonistas son dos naciones, dos gobiernos, dos ejércitos, dos asociaciones secretas que gobiernan á los gobiernos y á los ejércitos, y un hombre impasible como el destino, que maneja con mano firme los resortes secretos de su potente máquina, variando sus combinaciones según las circunstancias. Guardando su terrible secreto, maniobrará de modo de hacer servir á los dos gobiernos á sus profundas miras, sacando nuevos recursos del territorio para su expedición al Perú, y obligando á Chile á que le suplique llevarla á cabo, poniéndose á su discreción y presentarle allanados

todos los obstáculos que á su ejecución se oponían. Así, el general de los Andes, representando un doble papel, pondrá un pie en Chile y otro en las Provincias Unidas: tendrá dos caras, una para cada gobierno; y, lógico consigo mismo, obrará alternativa y simultáneamente sobre la política de ambos países en prosecución de un propósito, obedeciendo unas veces á repulsiones sistemáticas, y cediendo otras á atracciones patrióticas. Envuelto por acaso en sus propias redes, las desatará sin romperlas, y cuando, por fin, tenga que optar entre dos partidos extremos, las romperá, determinando un nuevo rumbo en la historia, al lanzarse á cumplir su destino en la trayectoria constante de la impulsión inicial de sus designios americanos. La narración documentada de los hechos pondrá en evidencia el carácter complejo de este drama histórico en que intervienen múltiples y variados elementos.

IV

Desde Mendoza había comunicado San Martín al gobierno de Chile y á Balcarce su plan de expedición al Perú, sobre la base de un ejercito de 6.100 hombres, fijando el término de tres meses para el apresto de los pertrechos de guerra que determinaba en una relación adjunta. A su llegada á Santiago nada se había hecho, y todo indicaba que nada serio pensaba hacerse. Entonces, sin confiar á nadie su secreto, y aconsejándose de sí mismo, dió su primer paso en el sentido de provocar la crisis para buscar una solución. Dirigió al gobierno argentino una nota aterradora, haciendo la más triste pintura del estado financiero de Chile. «Me veo en la precisión de manifestar »que el ejército de los Andes, en Chile, está muy pró»ximo á ser disuelto y anonadado por la miseria, de

»la que siempre son consecuencias seguras la desmo»ralización y la relajación de la disciplina. El Estado »de Chile se halla en una positiva bancarrota, en una »destitución absoluta y sin recursos ni en la esperanza. »Tiene empeñadas y aun consumidas sus rentas del »año entrante. En descargo de toda responsabilidad, »y en cumplimiento de mi obligación y de mi honor, »lo hago presente, suplicando quiera considerarse el »conflicto de mi espíritu á la vista de la marcha pro»gresiva que hace el ejército á su ruina, estando yo »hecho cargo de él.» A la vez dirigió otra nota al gobierno de Chile manifestándole que «las necesida»des del Ejército Unido iban subiendo á punto de »producir males de difícil reparación, que traerían »consecuencias graves, pues la existencia de la fuerza »y de la disciplina era incompatible con la falta de »socorro del soldado.»

Después de la doble situación financiera, he aquí el sombrío cuadro que del estado político de Chile presenta el general de los Andes al finalizar el año 1818: «Ya es tiempo de hablar con claridad. La »actual administración de Chile no es respetada ni »amada, y sólo se sostiene por las bayonetas del ejér»cito de los Andes; pero este apoyo desaparecerá por »falta de medios, en razón de que no hay cómo soste»nerlo. Mutación alguna en el gobierno de este país »no puede hacerse, pues no hay hombres capaces de »tomar las riendas del gobierno. Sólo puede mante»nerse el orden y seguir los progresos que las favora»bles coyunturas nos presentan para acabar con el »virrey de Lima, y como los aprestos indispensables »para la expedición al Perú no se fomentan por falta »de recursos, y por lo que veo, creo que serán irrea»lizables, soy de opinión de que, de no ser protegido »pecuniariamente este ejército por las Provincias Uni-

»das, se le mande repasar los Andes.» Y en los primeros días de enero de 1814 recargaba la sombra del cuadro: «El gobierno de Chile en su conducta pública manifiesta una bancarrota total: su administración »es odiosa y aborrecida por todos estos habitantes: la »apatía, el desgreño, la desconfianza, tanto del go»bierno como de sus habitantes con respecto al Ejér»cito de los Andes, es demasiado marcada. En fin, »desde el momento en que la escuadra de este Estado »ha tomado la superioridad en el mar Pacífico, se han »creído que los brazos del Ejército de los Andes no »le son ya necesarios, pues se consideran, y con razón, »libres de todo ataque, y su objeto es aburrirnos con »las miserias con que nos bloquean.» Ultimo toque al sombrío cuadro: «La conducta que observa este go»bierno no es nada adecuada, ni al agradecimiento »que debía tener al Ejército Unido, ni al plan para »atacar al enemigo en Lima. No hay la más remota »esperanza de que se verifique la expedición al Perú. »La conducta de este gobierno está manifiestamente »clara, de que su objeto es, no sólo que no se verifique »la expedición proyectada, sino desprenderse del Ejér»cito de los Andes, poniéndonos en un estado de »desesperación tal, que tengamos que pasar la cordi»llera ó comprometernos á disgustos de la mayor tras»cendencia.»

Exhibida la llaga política y financiera de Chile, dando por irrealizable ó aplazada la expedición al Perú, señalada la causa del mal é indicado su remedio—que era la expedición,—el astuto general, al apuntar la idea del repaso de los Andes, proponía un paliativo, en que, eliminando su persona, hacía más tirante la situación, y bosquejaba los preliminares de una campaña que sólo él podía realizar, porque sólo él podía dar cohesión á sus elementos: «Con-

»cepción necesita de 1.500 hombres en el término de un »año para su tranquilidad; la capital de Santiago, »Coquimbo y Valparaíso, necesitan una guarnición de »2.500 hombres. Sólo puede contarse con 3.000 hombres »disponibles para la expedición. Con esta fuerza no »puede emprenderse ataque formal sobre ningún pun»to del Perú, ni menos sobre Lima: lo más que po»drá hacerse será reducir sus operaciones (previa la »destrucción de la escuadra enemiga), á desembarcos »parciales sobre puertos intermedios, y que este ejér»cito y escuadra vivan sobre la costa del mar Pacífico. »Dispuesto á encargarme de la expedición sobre el »Perú con los auxilios que debían serme facilitados, »lo que no se ha verificado, no creo que mi persona »sea tan interesante, supuesto que el plan proyectado »varía enteramente, la que sólo podría ser útil para »una expedición formal, pero no para la especie de »hostilidades que propongo, y que son las únicas »que pueden adoptarse. El general Balcarce puede »desempeñar mi encargo á satisfacción de ambos go»biernos. El partido que tomo, no es hijo del com»prometimiento público en que me hallo, y aunque »conozco que los ojos de la Europa y de la América »están pendientes sobre mí, y sin duda alguna creerán »que la inacción de las fuerzas que mando, no es »efecto de la falta de auxilios por parte del gobierno »argentino y del de Chile, sabría sacrificar mi repu»tación por la felicidad de mi país; pero me es ab»solutamente imposible continuar en el mando del »ejército sin que mi muerte sea muy próxima.»

Resuelto á definir la situación, perseveró aún en buscar un acuerdo haciendo presión, antes de llegar á un extremo que no deseaba y que consideraba funesto para todos, y en este sentido se dirigió por última vez al gobierno de Chile exigiendo categóricas

explicaciones sobre el cumplimiento de lo acordado. «Soy responsable á la nación chilena de mis opera»ciones, como jefe de su ejército. Los ojos de la Amé»rica ó, por mejor dicho, los del mundo, están pen»dientes sobre la decisión de la presente contienda con »los españoles respecto á la expedición del Perú. To»dos aguardan sus resultados, y saben que el gene»ral San Martín es quien está nombrado para deci»dirla. Ante la causa de la América está mi honor; y »no tendré patria sin él, y no puedo sacrificar don tan »precioso por cuanto existe en la tierra. Tengo dicho »que, para esperar un suceso favorable de la expe»dición, se necesitan 6.100 hombres. Espero se me diga »si el Estado de Chile se halla en disposición de »aprontarme los efectos que tengo pedidos, y en qué »tiempo.» El director O'Higgins contestó esta exposición y este emplazamiento con una larga y prolija explicación, que importaba una negativa disimulada, y podría tomarse como una burla, á no ser la gravedad del documento. En resumidas cuentas, se reducía á decir á San Martín, que en la imposibilidad de verificar la operación con los recursos con que se contaba, y en la necesidad absoluta de hacerlo, no quedaba otro remedio que buscar fuera de Chile 600,000 pesos, y concluía con estas palabras: «Si V. E. puede »proporcionarse esta adquisición, nada habrá enton»ces que este gobierno no allane por su parte para »llevar á cabo una obra cuyo desenlace tiene en sus»penso la suerte de la América.»

Al mismo tiempo que estas notas secretas se cruzaban, fijábanse carteles públicos anunciando la venta de las cinco fragatas tomadas al convoy español, que estaban destinadas para transportes de la expedición, y aun cuando San Martín reclamó contra ello, y se suspendió en consecuencia la enajenación, fueron

completamente despojadas. Desengañado de que nada tenía que esperar ya del gobierno chileno, al menos por el momento, para llevar adelante su obra emancipadora, á la vez que indignado, decidióse á apelar á los medios extremos, á fin de que la situación hiciese crisis, y con tal resolución se dirigió al gobierno argentino en los siguientes términos: «No hay »respeto humano que deba guardarse cuando se trata »de la seguridad y libertad americana. Está visto que »la conducta que observa este gobierno, es no hacer »el menor esfuerzo para que se realice la tan decantada expedición al Perú, no digo de los 6.000 hombres »pedidos, pero ni aun de otro plan que podría realizarse con 3.000. Todo el objeto es que las Provincias »Unidas costeen la expedición. Si se ha de estacionar »el Ejército de los Andes en Chile, es necesario que »el gobierno argentino lo mantenga, pues de lo contrario, se disuelve. La armonía que creo necesaria »á la felicidad de la América, me ha hecho guardar la »mayor moderación, y no recurrir á medidas violentas que comprometiesen á ambos Estados. En atención á lo expuesto, es de necesidad repasar los Andes »sin perder un solo momento.»

Terminada la campaña del sur, escribió reservadamente á Balcarce, se retirase con las fuerzas argentinas en disposición de repasar los Andes. Balcarce le contestó: «Estoy convencido de que hay necesidad »de que dejemos el país, tanto por la imposibilidad »que tiene de mantenernos, como porque cada día »se ha de hacer más pesado el gasto de una fuerza que »ya no necesitan.» Pero á la vez que se manifestaba dispuesto á romper, reanudaba la correspondencia cortada, presentando al gobierno de Chile un nuevo plan, en el que, ratificándose en que «eran necesarios »6.100 hombres para expedicionar con éxito sobre el

»Perú,» explicaba cómo podría ejecutarse y las ventajas económicas y militares que de él resultarían. Y á fin de no quedar inhabilitado para soldar un rompimiento, escribía á su gobierno: «En el caso de que »se decida el repaso de los Andes, es preciso que se »alegue el pretexto de que alguna expedición española »se dispone á invadir á Buenos Aires, pues de ese modo »se concilia todo mejor.»

Todo esto no era sino la distribución de los papeles principales en el drama que iba á representarse, asignando á cada actor su carácter: al gobierno argentino, el de promotor de una medida de que no se daba cuenta; al de Chile, el de agente pasivo de su plan por medio de la presión, y de víctima en el conflicto; á Balcarce, el de ejecutor de la reconcentración del ejército de los Andes; á las dos naciones y á los dos ejércitos, el de coros mudos; reservándose él el de árbitro que, según las circunstancias, podía cambiar las respectivas posiciones, persiguiendo siempre su propósito fijo de expedicionar al Perú. Faltábale ensayar los medios terribles y los artificios ingeniosos, llegar al parecer hasta los últimos extremos, conciliarlo provisionalmente todo, alcanzar el resultado que buscaba brindándosele, deshacer su propia trama y combinar los elementos para llevar á cabo una resolución suprema que decidiría de su destino y en cierto modo del de la América. Son los documentos los que hablan.

V

Preparado así el terreno de maniobras, hizo una consulta «reservadísima», aterradora por su frío laconismo: «En el caso que este Estado (Chile), tra»tase de mudar su administración ¿cuál es la conduc»ta que debo observar? ¿Sostener con la fuerza de los

»Andes á este gobierno, ó mantenerme neutral en las »oscilaciones que puedan ocurrir?» Esta consulta tenía por comentario una carta confidencial suya al director Rondeau, más aterradora por las consecuencias del paso que aconsejaba. «Conozco los males que »van á resultar de la separación del Ejército de este »país, por el desorden que se va á introducir en él. »Si V. E. decide porque marche á las Provincias Uni»das, «estoy seguro de que al mes se ha introducido »la anarquía en todo el reino,» pues lo que los con»tiene son las tropas de las Provincias Unidas.»

Era la ruptura de la alianza argentinochilena en perspectiva, el desmoronamiento de la situación política de Chile y la deposición implícita del gobierno de O'Higgins; era al parecer la destrucción de su propia obra; pero todo ello no pasaba de fintas para dominar moralmente la situación. Mientras tanto se reconcentró el ejército de los Andes en Curimón, en la parte superior del valle de Aconcagua que engarganta con el paso de la cordillera por Uspallata, secuestrándolo de todo contacto con el país. Sin indicarles objetivo determinado, el general saludó á sus viejos soldados con palabras afectuosas: «¡Compañe»ros de los Andes! Habéis regresado al punto de que »salisteis para la reconquista de Chile. Cerca de tres »años de fatigas no han podido abatir vuestro coraje. »La conducta observada y vuestra disciplina no tienen »ejemplo en el mundo. Moderados en la victoria y »constantes en la desgracia, habéis manifestado el »colmo de las virtudes.» En esta actitud expectante, sin provocar desde luego una ruptura, la hacía entrever, dejando empero una puerta entreabierta para el futuro.

A mediados de febrero dirigióse al director O'Higgins «*oficial*mente» y por la vía «reservada» anun-

ciándole que «la guerra civil encendida en las pro»vincias argentinas y el interés que le inspiraban la »suerte y felicidad de la América, lo movían á tras»ladarse á Cuyo, para ponerlo á cubierto del conta»gio de la anarquía, llevando el propósito de mediar » en una contienda que ponía en peligro la causa »común,» y terminaba con estas palabras preñadas de promesas y amenazas: «Tendré la mayor satisfac»ción en volverme á poner á la cabeza del Ejército »Unido, luego que los aprestos para las operaciones »ulteriores que tengo propuestas y están confirmadas, »estén listos.» Públicamente confirmó estas palabras, con una proclama de despedida á los chilenos: «Mi »separación es momentánea: su objeto es el bien ge»neral de la América. Con la unión y el orden hemos »vencido á nuestros enemigos: con ello afirmaremos »la independencia. Conservadlo, y los resultados serán »palpables á la felicidad pública. Os ofrezco volver »á emplear mis trabajos en beneficio vuestro: no soy »capaz de faltar á mi palabra, y bajo esta confianza »debéis estar.»

El director O'Higgins no dió á la intimación encapotada de San Martín toda la trascendencia que tenía, y prestando únicamente atención al incidente de mediar en la guerra civil argentina, le comunicó confidencialmente que, previa consulta á la Logia de Lautaro—que era su consejo áulico secreto,—había acordado nombrar una comisión para que, acercándose á los caudillos anarquistas que hacían guerra al gobierno argentino, mediase en ella á nombre de Chile bajo su dirección. Antes de que llegara á sus manos esta carta, el general habíase dirigido á Mendoza, dejando á Balcarce encargado del mando en jefe del cantón de Curimón, pronto á atravesar los Andes á la primera orden. Hízose seguir por lo prim-

to por 50 cazadores á caballo, 50 artilleros con 8 piezas y 500 fusiles, marcando con esto el movimiento inicial del repaso. Desde Mendoza hizo conocer á O'Higgins su resolución. Este dióse cuenta entonces de la gravedad de la situación, y debe decirse en su honor, que uno de los papeles más simpáticos en lo que este episodio dramático tiene de sublime comedia, es el suyo. El deseaba sinceramente la expedición al Perú y estaba penetrado de su importancia, y únicamente consejos desmoralizadores lo habían hecho flaquear; pero, comprendiendo que su gobierno peligraba sin el apoyo de las bayonetas argentinas, á la vez de reconocer el derecho de las Provincias Unidas para pedir lo que era suyo, daba expansión á sus sentimientos en términos tan angustiosos como nobles, en el supuesto de que una expedición española amenazaba al Río de la Plata: «Terrible cosa es mover el ejército de los Andes á la »otra banda, le decía, y más terribles los riesgos á »que este país queda expuesto: las fracciones se reani»man y el virrey Pezuela intentará una nueva inva»sión. Peligra la libertad chilena restablecida con el »trabajo de usted mismo. Pero, si es indudable la ex»pedición española al Río de la Plata, es justísimo »que todos los esfuerzos se ocupen de salvar al pueblo »de donde recibimos la libertad, y de donde en nuevas »adversidades pueden volver á traerla.» La Logia de Lautaro—verdadero y único gobierno de Chile durante la ocupación argentina,—se ponía en movimiento impelida por el mismo O'Higgins y por Guido, y su decisión fué que se satisficiesen las exigencias de San Martín en el sentido de la inmediata prosecución de la guerra continental. Compuesta esta asociación, mitad de argentinos y mitad de chilenos, representaba la alianza políticomilitar de ambos paí-

ses, y tenía su ramificación en el ejército de los Andes que se hallaba penetrado del pensamiento fijo que su general le inoculara, que era expedicionar al Perú, á cuya empresa estaban ligados todos sus jefes por pasión y por juramento. O'Higgins, al comunicarle que un enviado de la Logia iba á Mendoza á conferenciar con él, le repetia, lleno de zozobra y de generosas expansiones: «Estoy sin tino, no sé lo que »hago, con el repaso de las tropas de los Andes. »Bien me hago cargo de las necesidades de Buenos »Aires y de los riesgos que la amenazan; pero este »Estado queda en un inminente riesgo. Conozco que »Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra gratitud »nos obliga, no sólo á auxiliar esta medida, sino, á »pesar de la pérdida de Chile, á prestar las fuerzas »que tengamos.»

La contestación de San Martín fué ordenar que una división de 1.200 hombres repasase la cordillera y se estacionara en Mendoza. En esta actitud, á caballo sobre los Andes—usando de esta palabra en su rigurosa acepción estratégica,—se colocaba en disposición de servir mejor la causa de la América en uno ú otro teatro, según las circunstancias, y cumplir con sus deberes para con su país llenando á la vez otros objetos que no perdía de vista. En un caso, ejercía presión sobre Chile, obligándolo á decidirse por la inmediata expedición al Perú, ó á renunciar á las ventajas de la alianza argentina. En otro caso, aseguraba su base de operaciones, que eran las provincias de Cuyo, substrayéndolas á la anarquía; influía moralmente sobre la pacificación del país—como sucedió,—al mismo tiempo que remontaba su caballería como lo hizo,—en el territorio que poseía los mejores elementos en esta arma. De todos modos, quedaba habilitado para hacer repasar el resto del

ejército al oriente ó reconcentrarlo al occidente de los Andes, ya para concurrir á contrarrestar la anunciada expedición española en el Plata, ya para acudir al Pacífico á reforzar la expedición al Perú. Los resultados correspondieron á sus cálculos, no sin algunas complicaciones que hubieron de frustrarlos.

VI

Varios hilos multicolores formaban esta complicada trama que se cruzaban en la obscuridad sin enredarse, manejados aisladamente por la mano diestra del silencioso artífice, que llevaba de frente una doble correspondencia oficial y confidencial con los directores O'Higgins y Pueyrredón, con el ministro de la guerra y con Balcarce, y una reservada con el agente argentino en Santiago, Guido, por cuyo intermedio hacía llegar á oídos del gobierno de Chile lo que le convenía, comunicándose indirectamente con las Logias de ambos lados de la cordillera.

De este modo imprimía á cada uno de sus corresponsales la dirección conveniente á los fines que perseguía. Así, á la primera indicación del repaso de los Andes, el gobierno argentino, desprevenido y sin acertar á tomar una resolución, limitóse á manifestarle que «detenía su contestación hasta que con más »reflexivo examen se le comunicase una resolución, »dada la importancia de la proposición, recomendán»dole que mientras tanto no hiciese novedad en el »Ejército Unido.» Pero sucedió que lo que San Martín había imaginado como pretexto, se convertía en realidad, y que la propuesta del repaso coincidía con la amenaza de una expedición española al Río de la Plata. El director Pueyrredón, que en lo que menos pensaba era en retirar el ejército argentino de *Chile, lo autorizó* ante esta nueva emergencia. «En

»otras circunstancias, decíale, habría sido mayor mi »conflicto al ver la pintura que hace de ese país »(Chile) y de su falta de cooperación al sostén del »ejército de los Andes; pero, como no queda duda de »que se prepara una expedición española á nuestras »playas, mi sentimiento ha sido menor en firmar la »orden para la muy pronta retirada de nuestras fuer»zas al oriente de la cordillera.» En este sentido dirigióse el gobierno argentino al de Chile comunicándole «haber resuelto dar de mano á la proyectada em»presa combinada sobre Lima, dejándola para más »favorable oportunidad, y que en vista del peligro in»mediato que amenazaba á las Provincias Unidas dis»ponía el inmediato regreso del ejército de los An»des á territorio argentino después del más serio y »detenido acuerdo, terminando por solicitar sus auxi»lios para la defensa común.»

El director de Chile, por su parte, al recibir la nota de San Martín anunciando su determinación, la puso en conocimiento del senado; pero, obedeciendo á las sugestiones que el general le hacía en su correspondencia privada, pidió autorización para enviar á la provincia de Cuyo un auxilio de 1.500 hombres, á fin de preservar esta provincia de los progresos de la anarquía. El senado se apresuró á dársela, manifestándole que «era de necesidad que las tropas »chilenas traspasasen los Andes, tomando una parte »activa para introducir el orden y restituir la unión, »que debía ser el fundamento de la libertad,» palabras sin sentido y sin alcance práctico, que sólo se explican por las sugestiones secretas de San Martín, como luego se verá. Entretanto, continuaba lentamente el repaso de las tropas, quedando subsistente el campamento de Curimón á cargo de Las Heras— pues Balcarce se retiraba moribundo á Buenos Aires,

—y se pedía á Chile la remisión de diversos pertrechos de guerra para la formación de un nuevo ejército en Mendoza. Guido, aunque poseedor tan sólo de una parte del terrible secreto, lo encaraba ampliamente bajo sus diversos aspectos y coadyuvaba eficazmente en su esfera de acción á los propósitos de San Martín. A mediados de marzo le comunicaba: «Esta noche se reunirán los amigos (la Logia), á »tratar sobre el paso del ejército de los Andes. Si esto »se ha de verificar (para desgracia de este país y de »toda la América), costará doble no estando usted »aquí. El tiempo es tan angustiado que apenas nos »deja partido que tomar.» Tres días después le dirigía una extensa carta, en que con largas vistas y suma habilidad, abogaba ante San Martín por la permanencia del ejército de los Andes, como necesaria á Chile y conveniente á la causa de la independencia, aun en el supuesto de realizarse la expedición española al Plata. «Eche una ojeada á este desgraciado »país, le decía, y considérelo perdido sin remedio. »Pese las desgracias que caerán sobre él y las execra»ciones que merecemos por no haberlas prevenido en »tiempo. Veo perdidas sus fatigas, la sangre de sus »compañeros y los desvelos de sus amigos, después de »los esfuerzos más generosos por la libertad del con»tinente; veo, en fin, que el repaso del ejército de »los Andes prepara peligros para nuestro país y la »ruina general de la América. Perdidos Chile y el »Perú, una consunción lenta basta para concluirnos. »Compárense los bienes que se propone Buenos Aires »aumentando algunos hombres para su defensa con »los precipicios en que cerca á toda la América.» A los dos días, O'Higgins esforzaba oficialmente esta representación, dirigiéndose al gobierno argentino: «La aflicción ha sido general en el momento que ha

»trascendido la noticia de la partida del ejército, lo »que prueba, no sólo que todos ansían que se verifique »la expedición á Lima, como el único medio de ase»gurar la libertad de ambos Estados, sino que no se »mira á los individuos de ese Estado con los celos que »se han hecho creer á V. E.» Bien sabido tenía San Martín todo cuanto Guido le exponía respecto de las consecuencias desastrosas del retiro del ejército de los Andes, además de su eficacia para obligar al gobierno de Chile á decidirse por la expedición al Perú por este medio coercitivo, manteniendo la mitad de él al oriente y la otra mitad al occidente de la cordillera. Así es que, cuando vió que el gobierno argentino asumía la responsabilidad de la medida y la justificaba, que las Logias internacionales se ponían de su parte, y que O'Higgins y Chile se decidían por la expedición, empezó á aflojar los tornillos de su máquina de presión, escribiendo á Pueyrredón y al ministro de la Guerra (25 de marzo 1818), que en vista de las comunicaciones recibidas de ultracordillera, suspendía el repaso del ejército, y que, desde que la amenaza de una expedición española parecía disiparse por sí misma, debían variarse los planes concertados. El general afectaba olvidar que él había sugerido como pretexto la especie de la expedición, que por acaso se convirtiera en causal pasajera.

El acaso, que en esta ocasión coincidía con la lógica de los hechos, vino á dar al laborioso plan de San Martín una influencia inesperada en el sentido de sus propósitos indirectos. Hemos dicho que la guerra civil había recrudecido por esta época en la República Argentina. Los caudillos anarquistas de las provincias del litoral del Plata, coaligados contra el gobierno general, habían obtenido ventajas sobre las tropas nacionales enviadas á combatirlas, y los restos

de su ejército expedicionario se encontraban sitiados en el Rosario por el gobernador de Santa Fe, Estanislao López. El gobierno en tal conflicto había ordenado que acudiese el ejército del norte mandado por Belgrano para sofocar de un golpe la rebelión, antes que San Martín apuntase la idea del repaso de los Andes. En esta situación, el correo que conducía la carta de San Martín á Pueyrredón, con copia de la de Guido y de las comunicaciones de O'Higgins y del Senado de Chile, fué interceptado por las montoneras de Santa Fe. El gobernador López se impuso con sorpresa de tan importantes noticias. Ignorando las verdaderas disposiciones de San Martín, se persuadió de que la marcha del ejército de los Andes tenía por objeto la guerra de Santa Fe, y que iba á verse obligado á hacer frente á tres ejércitos á la vez. Con una sagacidad que le era nativa, se dió cuenta clara de su situación, y adoptó una resolución en armonía con sus instintos de caudillo personal y el sistema gauchipolítico de equilibrio que le era aconsejado por su situación territorial. Comprendiendo que no podía resistir al ejército de Belgrano, que avanzaba en masa sableando sus montoneras, y movido tal vez por los sentimientos de argentino que no había desertado la causa común contra los españoles, se decidió á hacer la paz por sí con independencia de sus aliados en la Banda Oriental, Entre Ríos y Corrientes, para conjurar los peligros que lo amenazaban. La entrega de los pliegos interceptados dió motivo á un acercamiento de los beligerantes domésticos, á que se siguió un armisticio, que por el momento puso término á la guerra civil, aunque no fué sino una tregua pasajera. Así se llenó uno de los objetos que San Martín tuviera en vista al repasar los Andes.

Como se dijo antes, desde Curimón, San Martín había anunciado á O'Higgins su intención de mediar en la guerra civil, á la vez de hacer la intimación de que se ha dado cuenta ya. Contrariado el vencedor de los Andes por el carácter crónico que tomaba la guerra en las Provincias Unidas, perturbando sus vastos planes, todo su anhelo era ponerle término de cualquier modo. Su pasión era la independencia americana, á ella lo posponía todo, y su horror por las luchas intestinas había llegado á convertirse en una manía sistemática. Hallándose en Mendoza fué instruído de la bajada del ejército de Belgrano, que contrariaba por otra parte sus planes combinados sobre el Alto y Bajo Perú. Con anticipación había iniciado á la logia lautarina de Chile por medio de Guido, á que comprometiese al gobierno de ultra-cordillera á fin de que mediara en la guerra civil argentina. El director O'Higgins, obedeciendo á esta impulsión secreta, nombró una comisión con tal objeto, con encargo de que se acercase á D. José Artigas, jefe de los caudillos coaligados contra el gobierno argentino é interpusiese sus buenos oficios, la que fué propiciada por San Martín, como que era el verdadero autor de la idea. El director Pueyrredón, justamente ofendido de que se enviase una misión internacional ante un caudillo rebelde, que hacía una guerra de bandalaje, antes de dirigirse á él, y de que se reconociese por el hecho á las montoneras como beligerantes, á riesgo de ensoberbecerlas más, previno formalmente á los diputados chilenos: que suspendiesen todo paso en el ejercicio de su comisión, y así lo significó á San Martín, reprobando confidencialmente su avanzado proceder. Esto tenía lugar en el mes de marzo, en que el ejército de Belgrano abría sus operaciones sobre las montoneras de Santa Fe.

En su impaciente anhelo por un arreglo inmediato de la contienda doméstica, San Martín se dirigió á Artigas y á D. Estanislao López antes de conocer las disposiciones del director Pueyrredón. Decía á Artigas: que la bajada del ejército del norte, con el cual contaba para operar contra los españoles en el Perú, desbarataba sus planes militares. Hablábale de la expedición española y lo inclinaba á la unión; y á la vez de mostrarse prescindente en la lucha intestina, lo incitaba á recibir la mediación, terminando por declarar: «Mi sable jamás se sacará de la vaina »por opiniones políticas, como éstas no sean en contra »de los españoles y en favor de la independencia.» La carta á López, concebida en el mismo sentido, pero en términos más expresivos, como si adivinara que este caudillo estuviese mejor dispuesto á la paz, le indicaba que no tendría inconveniente en celebrar una conferencia con él para arreglarlo todo patrióticamente.

Estas declaraciones avanzadas de San Martín eran imprudentes y aun ligeras, y sólo pueden ser disculpadas por su preocupación por los grandes intereses americanos, que anteponía á las formas del decoro nacional. La imparcialidad que afectaba era un reproche indirecto á la autoridad suprema de su patria, que sostenía la guerra en nombre del orden social. Su afirmación absoluta de no tomar parte en ninguna guerra civil, además de ser un acto contrario á su carácter militar, importaba debilitar la fuerza moral del gobierno, alejando de sus enemigos la amenaza del ejército de los Andes. Felizmente las cartas fueron detenidas por Belgrano, quien, tan sorprendido como San Martín por la doble retirada, le escribía lleno de resignación: «Si usted se conmovió »con mi bajada, figúrese cuál me habrá sucedido con

»la noticia de que su ejército debía repasar los Andes. »¡Tanto más me admiraba esto, cuanto el director »nada me dice de su movimiento, que va á retardar »la ejecución de los mejores planes, y quién sabe »hasta qué punto puede perjudicar la causa y afirmar »el yugo español! Pero lo dispone quien manda y no »hay más que obedecer.» La trama se complicaba y sus hilos parecían enredarse en las manos del general de los Andes, precisamente en los momentos en que se ocupaba en deshacerla, una vez llenado su objeto.

VII

Como el gobierno argentino no consideraba por entonces inminente el peligro de una expedición española, y, por otra parte, no sabía qué hacer con el ejército de los Andes que iba á gravitar sobre su exhausto tesoro, á la primera insinuación de San Martín de suspender el repaso (25 de marzo de 1819), lo autorizó á dejar en Chile 2.000 hombres (9 de abril de 1819), es decir, la mitad de su fuerza, y así lo comunicó al director O'Higgins en contestación á sus instancias. Esto bastaba por el momento para los fines que se proponía San Martín, manteniéndose en equilibrio con un punto de apoyo sólido y un pie á cada lado de la cordillera, sin perder de vista un instante su gran objetivo: el Perú. Pero las peripecias y complicaciones no habían pasado. Antes de transcurrir ocho días (15 de abril de 1819), el mismo ministro de Guerra que lo autorizaba á suspender parcialmente el repaso, manteniéndose á la expectativa le ordenaba terminantemente y con urgencia, que la parte del ejército que se hallaba en territorio argentino, engrosado con 2.000 reclutas chilenos en reemplazo de los 2.000 hombres de los Andes que debían permanecer en Chile, marchase sin dilación á Tucumán, á hacer frente al

ejército realista del Alto Perú, que según avisos del general Belgrano, se disponía á invadir la frontera del norte. San Martín, conformándose ostensiblemente con esta orden, contestó, tal vez para hacer mayor presión sobre Chile, «que impartía las órdenes más positivas en consecuencia,» y pidió instrucciones respecto al tren de artillería que quedaría en Cuyo. En seguida hizo presente confidencial y oficialmente por la vía reservada, que tal medida importaba la disolución del ejército de los Andes, y elevó su renuncia. A esta fecha las fuerzas reunidas en Mendoza que habían repasado la cordillera, alcanzaban como á 1.200 hombres, permaneciendo al occidente de ella, en Curimón, como 2.200 hombres.

Aturdido Pueyrredón con las idas y venidas de San Martín, con su aparente variación de resoluciones, y las órdenes y contraórdenes que le hacían firmar, obedeciendo al impulso del general de los Andes, tuvo un momento de noble impaciencia y le dirigió una carta que comprendía la historia de este obscuro episodio á la vez que la inalterable fidelidad del director argentino á las grandes ideas del gran general: «Como ese »gobierno ha sido tan vario en sus deliberaciones so»bre la expedición á Lima, me ha puesto también en »la necesidad de variar mis órdenes alternativamen»te por los movimientos de ese ejército. Me dijo usted »que convenía lo hiciese venir: así lo mandé. Se me re»presentó el peligro de Chile, si quedaba abandonado »á sus solas fuerzas; y dispuse quedasen dos mil hom»bres para su guarnición y seguridad. Con pocos días »de intermisión se me repitió con interés que Chile »se había decidido á realizar la empresa, procurando »el dinero necesario: por duplicado fué la orden para »que suspendiesen las tropas su regreso. En este esta»do me dice usted que habían empezado á pasar las

»tropas á esta parte de los Andes. ¿Qué puedo determinar yo con acierto? Si la expedición se ha de realizar y la cordillera lo permite, quisiera que volviesen á Chile los que están de esta parte. No hay más »remedio que hacer la expedición por el Pacífico, ó reunir nuestras fuerzas para entrar de un modo irresistible por el Alto Perú.» Insistiendo sobre estos tópicos le decía 12 días después: «Todo se ha trastornado por las variaciones de Chile, y nos ha agarrado la »cordillera con el ejército dividido. Sabe usted que »su dictamen ha sido siempre la regla de mis deliberaciones en todo lo relativo al ejército de los Andes. »Obre usted con la misma franqueza en adelante. Por »último: supuesto que nuestras empresas sobre Lima »no pueden realizarse hasta la primavera que viene, »sería conveniente diese usted un paseo para conferenciar y allanar lo necesario al sostén, elevación de »fuerzas y mejora de la división que está en Mendoza.»

El director Pueyrredón dirigía estas palabras al general que había ilustrado con sus grandes victorias el período de su administración, en víspera de dejar de ser hombre público. El 19 de junio de 1819 abandonaba el gran escenario y se perdía en su penumbra, circundado por esa sombra que acompaña á los mandatarios que resignan el poder en tiempos difíciles. Sólo insistiremos sobre él en la parte que se relaciona con el asunto de este libro. Fué, como gobernante, el hombre de su partido y el gobernante nacional, representando una autoridad impersonal, por cuanto su base era parlamentaria y su acción estuvo subordinada á un centro áulico directivo, lo que caracteriza políticamente su administración. Armado de un poder dictatorial, contrapesado por una oligarquía inteligente y patriota, sus actos llevaron el sello de la moderación, sin manifestar tendencias á la arbitrariedad ca-

prichosa, y éste es su rasgo moral como magistrado. Sin ser una personalidad marcada, ni tener la potencia propia que domina los acontecimientos y les imprime dirección, fué el representante de los elementos conservadores, que mantuvo el centralismo revolucionario necesario para sostener la lucha por la independencia. En su época y por sus afanes, se fundó la independencia argentina; adquirió respetabilidad exterior la nueva nación; se echaron los cimientos del gobierno parlamentario; se crearon dos grandes ejércitos nacionales que sostuvieron la república sin resabios de pretorianismo; tuvo lugar la valerosa resistencia de Salta en la frontera norte; llevóse á cabo la reconquista de Chile atravesando los Andes; consolidóse la alianza argentino chilena, formulando el plan emancipador de la revolución argentina americanizada; preparóse la expedición al Perú; los laureles de Chacabuco y Maipú orlaron el escudo de las Provincias Unidas, y éstas son las luces, que en contraste con sus sombras, iluminan las páginas de su gloriosa administración, verdaderamente histórica.

VIII

Una sangrienta tragedia que se enlaza con los sucesos de esta época, y que debía tener una estruendosa repercusión en toda la América exacerbando los odios entre independientes y realistas, ocurría en una obscura población de las pampas argentinas á tiempo que el drama del repaso de los Andes empezaba á desenvolverse según el plan de su autor.

Encontrábase San Martín en Curimón, pronto á emprender su viaje á Mendoza, cuando le llegó la noticia de que en la ciudad de San Luis había estallado una conjuración de prisioneros españoles, á que se atribuían vastas ramificaciones en ambos lados de la

cordillera. Alarmado con esta novedad, escribió confidencialmente á O'Higgins: «Ahora más que nunca »se necesita haga usted un esfuerzo para auxiliar á »la provincia de Cuyo. Chile no puede mantenerse en »orden y se contagia, si no acudimos á tiempo. El or- »den interno nos es más interesante que cincuenta ex- »pediciones.» Al llegar á Uspallata lo alcanzaban nuevos detalles sobre este suceso, y volvía á insistir sobre los auxilios pedidos, ordenando que se activase la marcha de la división argentina que debía iniciar el repaso. Su gran interés por el momento era asegurar su base de operaciones y fuente de recursos subsidiarios, y hacer concurrir á Chile á este objeto, dejando para después la prosecución de sus planes sobre el Perú, que posponía al orden interno de los dos países, cuyo concurso eficiente necesitaba para realizarlos. Empero, el hecho no tenía la trascendencia que se le atribuía.

Como se explicó antes (cap. IX, párrafo I), el valle de San Luis en que se asentaba la ciudad de este nombre, es un oasis en medio del desierto, que ligaba las comunicaciones del litoral del Plata con la cordillera de los Andes por el camino de Chile. Hallábanse allí confinados como en una isla mediterránea del Océano petrificado de la pampa argentina, los prisioneros españoles de Chacabuco y Maipú, entre los cuales se contaban el pusilánime Marcó del Pont, y el heroico Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado y Morla, y casi toda la oficialidad del famoso regimiento Burgos. Por recomendaciones expresas de San Martín eran tratados con toda consideración por el teniente gobernador Dupuy, quien deponiendo su ceño adusto, les dispensó las más amistosas atenciones, á punto de corregir con su autoridad la inconveniencia de algunos oficiales nacionales, que en presencia de ellos en-

tonaron una canción patriótica que lastimaba los sentimientos de realistas en la desgracia. Fueron alojados y atendidos generosamente con las comodidades que ofrecía la pobre ciudad cuyana, se les permitió conservar sus ordenanzas de servicio, y gozaban de una relativa libertad sin ser humillados ni molestados por una incómoda vigilancia. Un corto piquete de milicias, mandado por un oficial puntano llamado José Antonio Becerra, componía toda la guarnición de San Luis. El desierto era el centinela que los vigilaba. Ordóñez y Primo de Rivera, que vivían juntos, se entretenían en cultivar un huerto, y lo mismo que sus compañeros de desgracia, mantenían relaciones sociales con las familias de la población, en cuyo seno eran acogidos con simpatía, endulzando su cautiverio las hijas de San Luis, renombradas por su belleza.

Los prisioneros vivían resignados, y aun felices según confesión propia, en medio de suculentos banquetes, bailes, amoríos y tertulias de juego—una de ellas la del teniente gobernador,—cuando llegó á San Luis, confinado como ellos, pero por otras causas, el doctor Bernardo Monteagudo. Ordóñez, Primo de Rivera y Monteagudo, se ligaron por una fría pero cortés relación, y, juntamente con un sobrino de Ordóñez, de edad de diez y siete años, llamado Juan Ruíz Ordóñez, empezaron á frecuentar una casa de familia, atraídos por tres bellas jóvenes, hermanas del alférez de milicias de San Luis, Pedro Pascual Pringles, que llegaría á ser famoso como guerrero. Según la tradición, una de las hermanas encendió una ardiente pasión en Monteagudo á la vez que en Ordóñez ó en su joven sobrino (que era el destinado á poseerla), despertándose en ellos la rivalidad política y amorosa. Coincidieron con esto las alarmas que se difundieron *en todo el* territorio con motivo de la generalización

de la guerra civil, y con un bando que expidió el teniente gobernador (1.º de febrero de 1819), en que se prohibía á los prisioneros salir de noche y visitar las familias, fundándose en que con su trato extraviaban la opinión pública. Esparcióse al mismo tiempo la voz de que iban á ser separados y trasladados á diversos puntos, y desde entonces los prisioneros, exasperados, se ocuparon seriamente de poner en ejecución un plan de sublevación y fuga, que hacía como cuatro meses tenían meditado. Casualmente, al día siguiente del bando, llegaron de Mendoza veinte prisioneros más, con los que, y cincuenta y tres presos y detenidos en la cárcel y el cuartel de la guarnición, con que creían poder contar, consideraron asegurado el golpe. El número total de los conjurados, incluso ordenanzas y paisanos, no pasaba de cuarenta. El plan era prender al teniente gobernador y á Monteagudo, apoderarse de la población y de las armas, proporcionarse cabalgaduras y lanzarse á la pampa, en busca de las montoneras, según unos, pero más probablemente en dirección al sur de Chile, donde la guerra de partidarios volvía á encenderse. Al efecto, apalabraron baquianos, prepararon arreos de monturas, se proporcionaron algunas armas (luego se verá cuáles eran), y listo todo, quedó resuelto que el 8 por la mañana darían el golpe.

El alma de la conjuración era un simple capitán de infantería, llamado Gregorio Carretero, que es la más interesante figura de este trágico episodio. Un historiador español (Torrente) se limita á apellidarlo de valiente, sin dar más noticias acerca de él, y los historiadores americanos no las adelantan. El acaso nos ha hecho descubrir un documento que proyecta una luz nueva y simpática sobre este personaje de alma intrépida, que, á pesar de su inferior graduación, ejer-

cía un predominio moral sobre sus compañeros de infortunio. Carretero había pertenecido al primer batallón del famoso regimiento Burgos, que tanto se distinguió en la guerra de la Península contra los franceses, y en 1817 pasó á América con su cuerpo como capitán de la compañía de granaderos. En España era conocido por el ardor de sus ideas liberales y su odio al rey absoluto, y estaba afiliado á las sociedades secretas que preparaban el levantamiento liberal de España acaecido en el mismo año en que él moriría mártir obscuro de una bandera caída que no amaba. Antes de embarcarse en Cádiz en 1817, él y varios oficiales de su batallón habíanse concertado con uno de los agentes secretos, del gobierno argentino que residía en esa ciudad, y aceptado con entusiasmo bajo juramento la idea de un plan, que tenía por objeto entenderse con los independientes del Río de la Plata, á fin de promover un arreglo pacífico con ellos levantando la bandera liberal en el Perú. Sabido es que cada expedición militar que zarpaba de España, traía este germen liberal cuyo foco estaba en Cádiz y que las sociedades secretas de los constitucionalistas españoles tenían sus ramificaciones en los ejércitos realistas de América, que trabajaban en un sentido análogo á este plan. La expedición á que pertenecía Carretero, de que ya hemos dado cuenta (cap. XVI, párrafo III), arribó al Callao y fué destinada á formar parte del ejército de Osorio que invadió á Chile en 1818, triunfó en Cancharrayada y fué vencida en Maipú, donde cayó prisionero con todo su batallón. Tal era el hombre que, fiado en su ascendiente, concibió el plan de conjuración, comunicándolo únicamente á los más decididos para no comprometer el secreto. Fué tal la reserva, que prescindieron de Marcó del Pont, no obs-

tante su categoría, probablemente por no considerarlo hombre de acción, y á esto debió su salvación.

En la noche del domingo, 7 de febrero, invitó Carretero á sus camaradas á un almuerzo para la madrugada del día siguiente, diciéndoles que era para entretenerse luego en matar bichos en el huerto de su casa. El 8, á las seis de la mañana, estaban reunidos allí unos veinte oficiales de los prisioneros. El jefe de la conjuración los invitó á pasar al huerto, poblado de árboles. Reunidos allí á la sombra de una higuera, les brindó un ligero desayuno de pan y queso y un trago de aguardiente sanjuanino, regalo de otro prisionero español confinado en San Juan. En seguida, desenvainando un puñal y con ademán resuelto y voz imperativa, les dijo: «Pues señores, me »tomo la palabra. Los bichos que vamos á matar, es »que dentro de una hora vamos á ser libres ó á morir. »Todas las medidas están tomadas, y al que se vaya »ó no siga, lo mato.» Y sin esperar respuesta, procedió á distribuir unos diez cuchillos que había comprado en una pulpería á cuatro y seis reales cada uno, ordenando que los que no tuviesen armas agarrasen palos para pelear. Los más valientes prorrumpieron en exclamaciones sordas y los tímidos se sintieron dominados ante la perspectiva de la libertad. Acto continuo procedió á organizar las partidas que debían atacar los diversos puntos de antemano señalados. A un capitán, Felipe La Madrid, con diez hombres, lo destinó para asaltar el cuartel; al capitán Dámaso Salvador, con seis hombres, para posesionarse de la cárcel y dar libertad á los presos; al capitán Ramón Cova, con dos más, para apoderarse de la persona de Monteagudo. Dióles la seña y contraseña convenidas, y después de decirles que el teniente gobernador corría de cuenta suya y de los jefes superiores, fuése á

reunir con Ordóñez, Primo de Rivera y Morla que lo esperaban impacientes con sus ordenanzas armados.

Entre 8 y 9 de la mañana la partida destinada á asaltar el cuartel llegó á sus puertas, y á los gritos de «¿qué es esto? ¿qué es esto?» que era la palabra de orden, desarmaron al centinela, penetraron por sus puertas, trabaron una lucha cuerpo á cuerpo con la guardia, á la que vencieron al fin, apoderándose de sus armas, y ocuparon las puertas de las cuadras. Entre los asaltantes hacíase notar el teniente del batallón de Arequipa, José María Riesco, natural de Chile, quien con un puñal ensangrentado en una mano y una hacha en la otra, se dirigió á la cuadra donde se hallaban los montoneros con que creían poder contar. Al tiempo de llegar á la puerta, salióle al encuentro un hombre de fisonomía hosca, con rasgos acentuados de feroz hermosura, mirada torva, melena poblada y larga barba renegrida, quien, armado de un cabo de lanza lo contuvo. Llamábase Juan Facundo Quiroga, era natural de La Rioja, tenía á la sazón treinta y un años, había sido blandengue de la frontera á órdenes de San Martín en el fuerte de San Carlos, de donde desertara, prestando en seguida algunos servicios al ejército del norte y enrolándose por último en la montonera, por cuya causa se hallaba preso. Tal fué la aparición en la historia del hombre destinado á alcanzar una aterradora celebridad como caudillo en los fastos sangrientos de la guerra civil argentina. Su ejemplo alentó á los presos, que cargaron sobre los asaltantes. Al mismo tiempo que los soldados del cuartel reaccionaban, de todos los puntos de la población acudía multitud de paisanos armados, estrechando en el patio al pequeño grupo, que fué exterminado. Salvóse únicamente Riesco, mal herido. Entre los muertos contábase al intendente del ejérci-

to realista en Chile, Miguel Berrueta, que se había unido al grupo, y cayó peleando con las armas en la mano al lado del capitán La Madrid. El ataque al cuartel estaba frustrado.

La partida destinada á posesionarse de la cárcel, al llegar á la plaza, vió cruzar un hombre á caballo, que, sable en mano, gritaba «¡á las armas!» á cuya voz salían de los ranchos hombres armados que se le reunían. Era el comandante Becerra, cuya sola presencia bastó para dispersarla, siendo muertos por el pueblo los que la componían, con excepción de uno que se había rezagado. Los destinados á prender á Monteagudo no alcanzaron á llegar á su casa y fueron sacrificados aisladamente en distintos puntos, menos uno, el teniente Juan Burguillos, que se reunió á Ordóñez.

Poco antes del asalto del cuartel presentábanse á la puerta del teniente gobernador—que se hallaba situada en una esquina de la plaza,—Carretero, Morgado y Morla, solicitando una audiencia, que les fué concedida en el acto. Al entrar en su despacho, lo encontraron en compañía de su secretario, del capitán de milicia Manuel Rivero, y el Dr. José María Gómez, médico español confinado, de temperamento tan tímido, que por no comprometerse intimando relaciones con sus compatriotas enfermos, les tomaba el pulso sin apearse de su mula (según confesión propia), por lo que había sido reprendido por Dupuy, al recomendarle los asistiese con más cuidado. Después de cambiar saludos, Carretero, sacando un puñal del pecho se precipita sobre Dupuy, quien con un golpe violento le hace saltar el arma de la mano. Atacado por Morgado, hombre corpulento y de fuerza hercúlea, lo rechaza de un puñetazo. Acude Morla, y entre los tres lo derriban al suelo, sin herirlo, lo que prueba que no

querían atentar contra su vida. En ese momento aparecen Ordóñez y Primo de Rivera, seguidos por sus dos ordenanzas que traían al soldado que guardaba la puerta, la que por precaución dejaron cerrada. Pero antes de entrar, habíanse encontrado con el médico Gómez y el capitán Rivero, que salían dando gritos de alarma, recibiendo este último una puñalada que le asestó Burguillos por la espalda. Cuando se creían dueños de la situación y se disponían á imponer al teniente gobernador sus condiciones, oyeron ruidosos golpes y grandes gritos á la puerta de calle: «¡ mueran los godos !» Era el pueblo encabezado por el alférez Pringles, que, después de acabar con las partidas asaltantes en el cuartel y en las calles, venía en auxilio del teniente gobernador. Sintiéndose perdidos los jefes de la conjuración, parlamentaron con Dupuy, y éste, empuñando un sable salió al patio y abrió la puerta. La multitud, enfurecida, precipitóse sobre los jefes conjurados, matando á Ordóñez, Morla y Carretero. Morgado fué muerto por el mismo Dupuy. Primo de Rivera se refugió en el aposento de Dupuy, y encontrando allí una carabina cargada, se hizo saltar el cráneo.

El proceso fué instruído por Monteagudo, avezado á este género de procedimientos, tocándole por la tercera vez desempeñar el papel de juez sangriento. Como en la causa de los Carrera en Mendoza, formuló el dictamen y la sentencia de muerte, aconsejando que se ejecutase sin demora ni previa consulta. Así se hizo. De los 40 conjurados, 24 habían muerto en la refriega. De los 16 que sobrevivieron, algunos de ellos heridos, siete fueron fusilados, presenciando el suplicio ocho que eran meros cómplices pasivos. El único que salvó de esta hecatombe, fué el sobrino de Ordóñez, cuya sentencia se suspendió en consideración á

su corta edad ó tal vez por las influencias tiernas que fueron causa inocente de la catástrofe, sometiéndola á la decisión del general San Martín. Este llegó á San Luis en los primeros días de marzo, llamó á su presencia al joven Ruiz Ordóñez, que le fué presentado con un grillete y una gruesa cadena á la cintura; condolido de su situación, le hizo sentar en una silla, llamó un herrero que le limase los hierros y le perdonó la vida. Después de hacer poner en libertad á Juan Facundo Quiroga, que desde ese día le profesó una entusiasta admiración y afecto, el general regresó á Mendoza, adonde lo llamaban urgentemente las complicadas atenciones del repaso de los Andes.

La matanza de San Luis, bien que justificada por las duras leyes de la guerra, levantó un grito de ira y de venganza en las filas de los ejércitos españoles que peleaban en América. La guerra á muerte entre los partidarios recrudeció en las fronteras de Arauco y en las montañas del Alto Perú. Mantúvose empero en condiciones regulares la que continuaron haciéndose los ejércitos beligerantes, merced á la política humana iniciada por San Martín, que sus victorias hicieron prevalecer.

IX

A su regreso á Mendoza, encontróse, á fines de marzo y principios de abril, con comunicaciones de Guido, de O'Higgins y de la Logia de Lautaro, en que le avisaban que el gobierno y el pueblo de Chile estaban decididos por la expedición, pidiéndole determinase sus condiciones para ponerse al frente de ella como generalísimo y árbitro de la suerte del país y de la América. Guido, que tenía encargo de comunicarle lo que ocurriese cada dos ó tres días, le decía el 19 de marzo: «El director ha pasado ayer una nota al Se-

»nado manifestándole los peligros que amenazan á »Chile, si el ejército de los Andes repasa. Creo que sus »miembros están decididos á una expedición á las cos»tas del Perú aunque sea de 2.000 hombres, siempre »que éstos queden de nuestro ejército. Quieren tam»bién, según hoy se me ha insinuado, que todo corra »por una comisión separada de la secretaría de gue»rra. Algunos se explican ya contra Zenteno (minis»tro de Guerra y Marina), y los más, que la expedi»ción no se ha hecho por la falta de energía del go»bierno. En fin, excepto los pícaros, todos están per»suadidos de que no hay salvación si no se conmueve »el Perú.» Tres días después le decía: «Esta noche »se reunirán los amigos (la Logia de Lautaro), para »decidir qué cuerpos quedan del ejército de los An»des. Yo me veo negro para dar mi opinión sobre es»te punto, porque veo que todos hacen falta. El con»vencimiento de que todo se pierde desastrosamen»te si nuestro ejército repasa, es ya sentimiento gene»ral de todos los que piensan.» O'Higgins, movido por la Logia, le escribía desesperado en esos mismos días: «Anoche se resolvió O-O (signo que significa gran re»unión de la Logia), que D. Manuel Borgoño salga hoy »con toda diligencia á convenir con V. varios puntos »de que dicho amigo le instruirá verbalmente. Asegu»ro que estoy sin tino, no sé lo que hago con el repaso »de las tropas de los Andes. Bien me hago cargo de »las necesidades de Buenos Aires y los riesgos que le »amenazan; pero este Estado queda en inminente »riesgo. Conozco que Buenos Aires pide lo que es su»yo, y nuestra gratitud me obliga, no solamente á »conciliar esta medida, sino, á pesar de la pérdida »que debe esperarse de Chile, prestar las fuerzas que »tengamos.»

A fines de marzo llegó el mayor Borgoño á Mendo-

za en calidad de representante de la Logia, plenamente autorizado por ella para convenir con San Martín todo lo relativo á la realización de la expedición al Perú y aceptar las condiciones que el general impusiera. Borgoño manifestó que el almirante Cochrane había salido con la escuadra chilena en busca de la española, para asegurar el dominio del Pacífico, de lo cual dependía la posibilidad de realizar la expedición, pero que, cualquiera que fuese el resultado de su campaña marítima, la expedición se haría con arreglo á los planes del general. San Martín declaró que se necesitaban de 4 á 6.000 hombres para la empresa; pero que se comprometía á llevarla á cabo hasta con 4.000 hombres solamente (como lo hizo), y además 500.000 pesos, de los cuales él podría proporcionar 200.000 pertenecientes á la parte del empréstito del medio millón realizado por el gobierno argentino con tal objeto. Así quedó convenido, y el generalísimo, para dar una prenda que sellase este pacto, aceptó el grado de brigadier general de Chile, que nuevamente se le brindaba, y que antes rehusara, como rehusó el ofrecido antes por su patria.

Fué en tales circunstancias cuando, entregándose por completo á la gran empresa á que había consagrado su vida, dispuso que su esposa regresase á Buenos Aires, no obstante la inseguridad de los caminos interceptados por las montoneras, acompañándola hasta Río Quinto, donde le dió el eterno adiós, pues ya no volverían á verse más en el mundo. San Martín ya no tenía más esposa que la América: se preparaba á renunciar á la patria, y empezaba por renunciar á la familia. ¡A su regreso á la tierra natal, después de libertar un continente, fundando dos nuevas repúblicas y contribuir á la consolidación de una tercera, encontraría á su esposa muerta, su patria que le volvía la

espalda, y por único premio de su amor y sus fatigas, una hija, que tomaría en brazos para ir al eterno destierro, apostrofado por sus compatriotas como desertor de la bandera que había cubierto de gloria!

A vuelta de correo recibió la ratificación de lo convenido con Borgoño, por medio de una comunicación de la Logia, acordada en sesión solemne, que revela la decisiva influencia de esta misteriosa institución en la dirección de la política argentino-chilena y de los destinos de la América. En ella le decía que, oído el mayor Borgoño, habíase resuelto que el ejército de los Andes permaneciese en Chile, con el fin de realizar la expedición de armas al Perú en número de 5.000 ó más hombres, dentro de dos meses y medio á más tardar, contados desde la fecha del acuerdo. Agregaba que al efecto, el gobierno hacía los preparativos necesarios, empezando por realizar 300.000 pesos en dinero, completar la fuerza de los cuerpos, promover la construcción de útiles de guerra y acopiar víveres, contando para completar medio millón con los 200.000 pesos que por parte del gobierno de Buenos Aires tenía el general recibidos. Por último: «Sobre todo se »aguarda á V. lo más pronto, para que con autori»dad plena se encargue de todos los preparativos en »toda la parte militar, partiendo del principio de que, »cualquiera que fuese el resultado de la escuadra chi»lena, no debe dejarse de la mano la obra interesan»te de la expedición, debiéndose trabajar incesante»mente bajo cualquier aspecto que tomen las cosas.» Juntamente con la misiva de la Logia, le escribía confidencialmente O'Higgins: «Conviene que V. venga »cuanto antes á poner en movimiento todos los resor»tes conducentes á la expedición.» El ministro de Chile, don Joaquín de Echevarría, uno de los más decididos partidarios de la empresa decíale: «Acábese de

»persuadir de que no debemos perder un tiempo tan »precioso. Su presencia es aquí absolutamente nece»saria para poner en movimiento todos los recursos »del país y llevar á cabo la expedición. Véngase, y vi»va persuadido de que sin usted no se puede empren»der nada; y ni aun cuando se pudiera, nunca tendría »tan feliz resultado.» Borgoño, después de darle cuenta del éxito de su misión ante la Logia, le agregaba: «Se ha acordado el nombramiento de una comisión »facultada para hacer el acopio de dinero, víveres y »todo lo necesario, para que quede usted con todo el po»der conducente á facilitar, ejecutar, mandar, conforme »lo exige la celeridad del caso, y hasta se propuso la »creación de un ministerio para los negocios puramen»te de la expedición, á fin de que la complicación de »otros no paralizase, como hasta ahora este interesan»te asunto.» La carta de Guido era más explicativa: «Anoche se acordó unánimemente (en la Logia) que la »expedición al Perú se hiciera con 5.000 hombres, con»viniendo en los puntos siguientes: 1.° Que la comi»sión que hizo la distribución de los 300.000 pesos, fue»se encargada de la recaudación en un término pe»rentorio. 2.° Que el dinero que se recolectase fuera »depositado en la casa de moneda bajo la responsabi»lidad de la comisión, que igualmente sería la depo»sitaria de los víveres, etc. 3.° Que para adelantar los »trabajos de la maestranza, exigiese un empréstito de »los extranjeros, del numerario suficiente para ello, »hipotecando la contribución directa para su pago en »un corto término. 4.° Que se delegase en usted la di»rección para el apresto de la expedición disponiendo »ampliamente cuanto conviniese para ello. Nuestra si»tuación es tal que, si tirando un dado á la fortuna, »no salimos á buscar recursos al Perú, vamos á pere»cer de consunción, y llegará tiempo en que las fuer-

»zas actuales no bastarán ni aun para seguridad de »este país. Todos están convencidos de esta verdad, y »muy especialmente de que sólo San Martín puede »realizar el proyecto. Vamos, pues, á dar la última »mano, y si nos toca perecer, será en actitud más hon»rosa que la de la inacción.»

La invención del paso de los Andes producía los resultados previstos por su astuto inventor. En presencia de ellos, puede decirse que pocas veces un hombre de acción trazó con más segura mano la línea del destino, al amalgamar elementos dispersos y remover obstáculos, ayuntando voluntades que allegaban recursos, y por la sola potencia de su genio individual y de su autoridad moral combinar tan vastos planes, á la vez de dirigir ingeniosas y complicadas maniobras concurrentes cuyo secreto se reservaba. Merced á su decisión, su claridad de vistas y su poderosa influencia puesta al servicio de su causa, los destinos de la revolución sudamericana quedaron fijados desde ese momento: Lima caería, el Perú sería independiente, los últimos restos del poder español en el Nuevo Mundo serían vencidos, y San Martín cumpliría su misión redentora al frente de las armas argentinas y chilenas, según el plan de campaña continental concebido por él cinco años antes y ejecutado ya en sus tres grandes etapas: el paso de los Andes, la reconquista de Chile: el dominio del Pacífico. Quedaba sólo el imperio de los Incas por conquistar y libertar.

Fué entonces cuando San Martín se puso á deshacer pacíficamente la red que tan pacientemente había tejido, cortando los nudos que no pudo desatar, algunos de cuyos hilos hubieron de envolverlo á él mismo. Fué en tal ocasión cuando Pueyrredón, aturdido ó impacientado con sus idas y venidas, le escribió que él lo había hecho y deshecho todo, y que hiciese lo que le

pareciera mejor. Así, con las seguridades recibidas de Chile y con esta autorización del director argentino, dirigióse al ministro de la Guerra y desentendiéndose de los antecedentes le participó que en virtud del armisticio del Rosario había suspendido el repaso del ejército de los Andes, por quedar sin efecto los motivos que lo impulsaron á aconsejar esta resolución. El ministro le repuso: «Cuando el gobierno acordó que »el ejército de los Andes repasase la cordillera, tuvo »en consideración, no la disidencia de Santa Fe y sus »hostilidades, sino otras causas que lo impulsaron á »esta medida, consecuente á las exposiciones de V. E. »en el particular; y sobre todo, los grandes obstácu»los que presentaban irrealizable la expedición pro»yectada sobre Lima; pero, como el gobierno del Es»tado de Chile parece que en el día calcula mejor sus »intereses y se dispone á los esfuerzos y sacrificios que »demanda la expedición, ha acordado quede sin efec»to en la parte que á V. E. pareciese oportuno; es de»cir, que, si en aquélla previno quedasen en Chile »sólo 2.000 hombres del ejército de los Andes, podrá »disponer que todo él se detenga, y aunque los es»cuadrones de cazadores á caballo regresen á aquel Es»tado si también se creyesen necesarios para la expe»dición, quedando igualmente sin efecto la providen»cia relativa al paso de las tropas de Mendoza á Tu»cumán.»

Era necesario hacer esta prolija historia documentada respecto de un suceso que ha sido por largos años un misterio mal interpretado, que por la primera vez se pone en claro, y que tan trascendental influencia tuvo en los destinos de la emancipación sudamericana.

CAPITULO XXII

Cochrane.—El Callao. Valdivia

1819-1820

El dominio del mar Pacífico.—Previsiones de San Martín.—Carácter de Cochrane.—Sus extraordinarias hazañas en Europa.—Su primera campaña naval en el Pacífico.—Descripción de la bahía del Callao.—La escuadra española se encierra en el Callao.—Cochrane ataca por tres veces consecutivas el Callao.—Establece el bloqueo.—Se dirige á los puertos del Norte.—El vicealmirante Blanco abandona el bloqueo del Callao.—Terminación de la primera campaña marítima.—Segunda campaña naval de Cochrane.—Reto á la escuadra española.—Ataca de nuevo por dos veces al Callao.—Desembarco y combate de Pisco.—Extiende su crucero hasta Guayaquil.—Apresa dos fragatas armadas.—Terminación de la campaña naval del Norte.—Cochrane lleva su crucero al sur de Chile.—Descripción de la bahía y fortificación de Valdivia.—Toma de Valdivia.—Ataque malogrado sobre Chiloé.—El camino del mar franco para la expedición al Perú.

I

El dominio del mar Pacífico era condición indispensable de éxito para la expedición al Perú. El mismo San Martín lo había dicho dos años antes, después de Chacabuco. «Sin una fuerza naval que domine el »mar Pacífico, yo no expondré al ejército expedicio»nario á ser desbaratado por dos ó tres buques de gue»rra, que pondrá el Perú en precaución de la inva»sión que es el mayor mal que puede venirle á su »existencia.» La captura de la María Isabel y de los transportes de guerra que convoyaba, había dado preponderancia á la naciente marina chilena, pero no el predominio absoluto del mar y de las costas desde Chiloé hasta Panamá, ni reducido á la impotencia las fuerzas navales españolas en el Pacífico, que podían medirse con ella, aunque con desventaja, y que, se-

gún noticias que se tenían de la Península, iban á ser reforzadas con dos navíos y una fragata. Nombrado Cochrane jefe de la naciente escuadra chilena después de aquel feliz ensayo, recibió por instrucciones afirmar definitivamente ese dominio, destruyendo la escuadra enemiga, si era posible, ó encerrándola en sus puertos, batir en la mar el anunciado refuerzo. El nuevo almirante, al desplegar su insignia en la O'Higgins, «pudo, como los viejos almirantes holan»deses, enarbolar una escoba en lo alto de sus más»tiles.» El barrería el mar Pacífico de naves españolas, que como bandada de pájaros amilanados, se encerrarían en sus puertos para sucumbir en ellos, uno por uno, desde el primero hasta el último.

Era lord Cochrane el tipo ideal del héroe de aventuras extraordinarias. Como el Teseo de Plutarco, el Hércules de la fábula ó el Aquiles épico, diríase que fué el engendro de alguna diosa liviana de la mitología que incorporara su fuego sagrado á la arcilla humana. Alma soberbia que no admitía la superioridad de nadie, ni aun de la asamblea soberana de su patria, como se ha visto (cap. XX, párrafo VI); naturaleza poderosa, ávida de acción y de emociones y presa de apetitos complicados; figura atlética cuya varonil belleza con rasgos de enérgica fealdad realzan luces resplandecientes contrastadas por sombras que las obscurecen; era uno de los primeros entre los héroes de la primer marina del mundo, y fué el primero sin disputa en los fastos navales de la independencia de tres naciones sudamericanas. Pero este genio singular, animado por la potencia individual que domina los acontecimientos dentro de una determinada esfera de acción, no dominó nunca su propio destino, ni fundó escuela siquiera para prolongar su espíritu en su posteridad. Dotado de notables facultades intelectuales y

morales, aunque sin talentos políticos ni método en sus operaciones, llevó á cabo hechos prodigiosos, sin conquistar en la historia esa página comprensiva que da una significación moral y una potencia intelectual á las acciones humanas. Héroe universal, por el dilatado campo de sus hazañas marítimas y por las diversas banderas que en ambos mundos adoptó como suyas, no tuvo patria ni se identificó por el amor con los pueblos que después han levantado estatuas á su fama póstuma. Su patria lo repudió con ira y menosprecio, y él se separó de ella maldiciéndola como á una prostituta. De Chile. del Perú, del Brasil y de Grecia, se alejó con enojo, después de contribuir en primera línea á su independencia, y en su testamento histórico los estigmatizó—no sin alguna razón para ello,—como ingratos, estimando en oro, como una mercancía, el precio de sus trabajos. Gobernado por su carácter impetuoso, por una imaginación ardiente unida á un ingenio fecundo en expedientes, era un héroe de aventuras, más bien que un hombre de guerra metódica, aun cuando todas sus empresas y golpes de mano fueron bien concebidos y perfectamente calculados hasta en sus más minuciosos detalles, aun aquellos que rayaban en lo imposible. Faltóle empero á su grandeza moral una pasión más ideal y desinteresada, un sentimiento más austero del deber, un espíritu más equitativo y un juicio más equilibrado, cualidades sin las que el heroísmo es cuestión de temperamento y el mismo genio una luz intermitente.

Este hombre singular amaba por temperamento el peligro, y su alma intrépida permanecía tranquila en medio de las tempestades ó de los combates. Amaba el oro con sensualidad, y á esto debió el perder su patria natal y enajenarse en vida el amor y la estimación de los que, premiándolo con parsimonia, lo cuen-

tan en el número de los ilustres fundadores de su independencia. Amaba la gloria con imperio, sin admitir émulo y sin elevarse siempre hasta el principio generador que da su carácter moral á las hazañas dignas de memoria por su ejecución y por su significación. Amaba en abstracto la libertad, y su genio y su espada sólo se pusieron al servicio de las grandes causas de su tiempo, combatiendo contra Napoleón y en pro de la Grecia, contra el despotismo turco en Europa y por la emancipación del Nuevo Mundo en sus luchas contra la España y Portugal. Amaba, sobre todo, á su esposa, cuya belleza fascinadora, según algunos contemporáneos, hacía prorrumpir en gritos de entusiasmo á los soldados americanos, cuando pasaba delante de sus filas manejando graciosamente su caballo en traje de amazona.

Una de sus primeras y más señaladas proezas, á la edad de 26 años, fué la captura del «Gamo,» fragata española de 32 cañones con 219 hombres de tripulación, por el bergantín Speedy de 158 toneladas y 14 cañones, que él mandaba con 54 tripulantes. Cerrando alternativamente las vergas de su barquichuelo sobre los aparejos del buque enemigo y tomando distancia para hacer jugar su artillería, se resolvió al fin á abordarla. Dejó el Speedy á cargo del cirujano en el timón, y con el resto de su diminuta tripulación, dividida en dos partidas, condujo personalmente el ataque, y se apoderó de la fragata con la sola pérdida de cuatro muertos y diez y siete heridos, tomando más prisioneros que combatientes tenía á sus órdenes. Sus últimas hazañas en el Viejo Mundo, antes de entrar al servicio de Chile (1806-1809), son memorables. La primera de ellas fué el combate que con un solo buque sostuvo contra una fragata y tres bergantines franceses protegidos por las baterías de la isla de Aix,

obteniendo los honores del triunfo, hecho que según los historiadores difícilmente será igualado y nunca sobrepujado. La segunda fué la destrucción de parte de la escuadra francesa en la misma bahía de Aix (ó de Basques) por medio de tres brulotes cargados con 1.500 barriles de pólvora á que puso fuego por su propia mano. Estas acciones llamaron sobre él la atención de la Europa casi á la par de Nelson, é hicieron estremecer al mismo Napoleón, quien tributó á su audacia la merecida justicia. Durante su crucero por las costas de Francia, envió en una ocasión sus botes tripulados con el objeto de destruir una batería de costa. La expedición regresó al anochecer, declarando el jefe de ella—que había acompañado á Cochrane en sus más temerarias empresas,—que la operación era impracticable. Lard Cochrane lo interpeló con benevolencia en presencia de los tripulantes: «Bien, Jack, ¿«vos» creeis imposible hacer volar la batería?» Veinte voces respondieron al mismo tiempo: «No, mylord, no es imposible; podemos hacerlo si «vos» vais.» Poco después, la expedición, conducida por él en persona, llevando Jack un barril de pólvora al hombro, hacía volar la batería.

Tal era el héroe que en 1819 tomaba el mando de la escuadra de Chile en el Pacífico, y cuyos antecedentes personales hemos dado en otro capítulo. (V. capítulo XX, párrafo VI).

II

A los 20 días de recibirse Cochrane del mando de la escuadra (14 de enero de 1819) zarpó del puerto de Valparaíso con cuatro buques: el navío «San Martín», de 60 cañones, capitán Wilkinson; las fragatas «O'Higgins» (capitana) y «Lautaro», con 48 cañones la primera y 40 la segunda, al mando de los capitanes

Forster y Guise, y 283 hombres cada una, y la corbeta «Chacabuco», capitán Carter, con 109 hombres, sumando un total de 174 cañones y 1.131 tripulantes entre marineros y soldados. El contraalmirante Blanco debía incorporársele en las aguas del Perú con parte de los buques restantes. El 10 de febrero hallábase la escuadra chilena á inmediaciones del puerto del Callao, y se dispuso todo para atacar á la enemiga en su fondeadero, debiendo la «O'Higgins» abordar á la «Esmeralda» y la «Lautaro» á la «Venganza», mientras permanecían los otros dos buques en reserva.

Para que pueda formarse una idea clara de las operaciones que van á seguirse, se hace necesario dar una descripción del teatro de ellas.

El Callao es una de las más espaciosas bahías del mar del sur. Las montañas de la cadena occidental de los Andes, que corre paralela á las costas del Pacífico, forma en lontananza el fondo del paisaje, grandioso, pero triste y desolado en el primer plano, como toda la región marítima del Perú. A su pie, en una planicie baja, está fundada la ciudad del Callao sobre el terreno de aluvión que se conoce con la denominación de «costa.» A poco más de cinco kilómetros de distancia se encuentra la entrada del risueño valle del Rimac en que se asienta la ciudad de Lima, cruzada por el río del mismo nombre que se derrama en el seno de la bahía del Callao, en cuya boca los buques hacen su aguada. Lo que propiamente se llama puerto, es una gran rada cerrada por dos islas. La más grande de estas islas lleva el nombre de San Lorenzo y dista como once kilómetros y medio de la población. Situada al extremo austral de la bahía, prolóngase del sudeste al nordeste en una extensión de otros once kilómetros, rompe la mar tendida, abrigándola de todos los vientos del cuadrante, con excepción de los del

oeste hasta al surnordeste que nunca soplan con fuerza en aquella latitud. Entre la punta sur del Callao (que es la lengua de tierra baja) y la extremidad sur de la isla de San Lorenzo, encuéntrase una pequeña isla que lleva el nombre del Frontón, y entre ésta y la tierra un canal estrecho, algo peligroso, que puede navegarse bordeándolo en cinco brazas de agua, pero que hasta entonces no había sido practicado. Esta entrada, sembrada de escollos, lleva la denominación de Boquerón, para distinguirla de la gran entrada abierta por donde pueden penetrar buques de mayor calado. Por último, al norte de la boca del Rimac existen varias lagunas que rebalsan en el mar y forman un banco de arena que se extiende como dos kilómetros, cuyo bajo se denomina de Bocanegra, que es el nombre de las lagunas.

Las fortificaciones bajo cuyos fuegos se proponía atacar Cochrane la escuadra española, eran las que habían reemplazado á las antiguas murallas de que estaba rodeada la primitiva ciudad, destruída, como Lisboa, por un terremoto en 1746. Tres gigantescos castillos circulares, coronados de altos torreones, y ligados entre sí, cubrían los extremos de las fortificaciones, y entre ellos se extendían las líneas de las baterías del Arsenal de San Joaquín, artilladas con más de 165 piezas de grueso calibre, que barrían con sus fuegos toda la bahía. Bajo la protección de estas formidables fortificaciones estaba anclada la escuadra española compuesta de las fragatas «Esmeralda» y «Venganza», de 44 cañones cada una; la corbeta «Sebastiana» de 34; los bergantines «Pezuela», el «Maipú» y el «Potrillo», de 18 cañones; la goleta «Motezuma» de 7, el pailebote «Aranzazú» de 5, y 26 lanchas cañoneras, además de seis buques mercantes armados en guerra, á saber: la «Resolución» de 36, la «Cleo-

patra» de 28, el «San Fernando» de 26, el «Mocha» de 20, el «Huarmey» y el «San Antonio» con 18 cada uno, formando un total de 350 cañones.

El 28 de febrero al amanecer, que era el día señalado por Cochrane par dar el ataque, una densa niebla cubría la bahía que se disipaba por intervalos á proporción que el sol se elevaba en el horizonte tras de las montañas del oriente. Era precisamente el día elegido por el virrey Pezuela para pasar revista á sus fuerzas navales y ejecutar con ellas un simulacro de combate. El virrey presenció el comienzo del simulacro desde tierra, y poco después se embarcó en el velero bergantín «Maipú» (corsario independiente apresado por los realistas), para presenciarlo más de cerca. A las once de la mañana había cesado el fuego del simulacro, cuando al aproximarse el «Maipú» á la isla de San Lorenzo, descubrió á sotavento, al través de la niebla que comenzaba á elevarse, una hermosa fragata que navegaba en demanda del fondeadero orillando el bajo de Bocanegra, con larga bandera española, las portas cerradas y las velas con ese color obscuro que toman en las largas navegaciones, y que al avistarlo se puso en facha. «¡Buque de España!» gritaron los tripulantes del «Maipú.» El virrey pidió al comandante del bergantín se acercase á la fragata, pero éste le contestó que le estaba prohibido reconocer ningún buque teniendo la primera autoridad del reino á su bordo, y que además, perdería la línea de barlovento, de manera que ni á las cinco de la tarde podría ganar el fondeadero. El virrey desistió, y salvóse así de caer prisionero de Cochrane. La fragata avistada era la «O'Higgins», antes «María Isabel», capitana de la escuadra chilena.

La niebla había separado los buques independientes. Atraídos por el cañoneo del simulacro, encontrá-

ronse á eso de las dos de la tarde reunidos á la entrada de la bahía, sobre la cabeza norte de la isla de San Lorenzo, pero algo distanciados unos de otros. La «O'Higgins», que era la más velera y llevaba la delantera, penetró al puerto, y apresó una lancha cañonera del enemigo tripulada por 20 hombres que había quedado retrasada. Sin esperar las demás embarcaciones, la capitana chilena avanzó sola, seguida de cerca por la «Lautaro», y con el arrojo más temerario»—dice un historiador español, testigo presencial,—se puso dentro del tiro de cañón de las baterías; á favor de la niebla. A la distancia como de novecientos metros, echó un anclote por la popa, izó la bandera chilena (hasta entonces llevaba bandera norteamericana), y rompió el fuego sobre los buques y castillos españoles, que fué vigorosamente contestado por ellos. En esos momentos empezó á disiparse un tanto la niebla, y vióse que el «San Martín» y la «Chacabuco» habían quedado á retaguardia, fuera de tiro, por falta de viento. El desigual combate se prolongó así por espacio de una hora, interrumpido por las intermitencias de la niebla que separaba de tiempo en tiempo de la vista á los combatientes. La situación de los buques independientes llegó á ser muy crítica bajo los fuegos de 500 piezas de artillería de grueso calibre (declaración española), de las cuales, 250 por lo menos, funcionaban activamente. El capitán Guise, de la «Lautaro», se hallaba gravemente herido, y su teniente maniobró tan mal, que se separó al principio del combate y no volvió á entrar en línea. La «O'Higgins» tenía el botalón tronchado y la jarcia despedazada. Pero Cochrane no era hombre de retroceder ante ningún peligro. Quería dominar moralmente al enemigo con su golpe de audacia, establecer su ascendiente sobre sus subordinados, y notando la mala puntería de los españoles,

sostuvo solo el combate una hora más; pero, al aproximarse la noche y habiendo caído el viento, retiróse al fin lentamente con muy pocas pérdidas de muertos y heridos. Al día siguiente, reparadas las averías, volvía á entrar á la rada interior con la «O'Higgins» y la «Lautaro», rompiendo el fuego sobre la línea de lanchas cañoneras que las obligó á refugiarse, maltratadas, bajo sus baterías. Los realistas, asombrados, decían que el mismo diablo debía haber tomado el mando de la escuadra chilena: luego supieron que era el lord Cochrane, y su solo nombre bastó para mantenerlos al ancla y á la defensiva dentro de sus puertos al amparo de sus baterías de tierra y aun allí mismo no seguros.

Malogrado el proyecto de un ataque por sorpresa, pensó renovar en el Callao la hazaña de Aix. Al efecto, se posesionó de la isla de San Lorenzo, y estableció allí un laboratorio de mixtos para armar dos brulotes, á fin de incendiar la escuadra española en su fondeadero. El 22 de marzo estaba todo listo para la nueva empresa que meditaba. En la noche se hizo á la vela con los cuatro buques, y se dirigió con ellos sobre los fuertes, para ocultar la marcha de uno de los brulotes, que se había dejado ir á la deriva á merced de las olas que lo llevaban á la costa. La «O'Higgins» penetró hasta la proximidad del muelle, desafiando los fuegos combinados de los fuertes y de las embarcaciones. Cuando el brulote se hallaba como á tiro de fusil, encalló, y una bala de cañón de las baterías de tierra le abrió un rumbo. El viento había caído en ese momento y hallándose muy distantes de la capitana los demás buques que debían sostenerla, el almirante hubo de renunciar á su ataque y dejar que el brulote se fuese á pique.

Dos días después (24 de marzo), intentó Cochrane

un nuevo ataque parcial, en que fué más feliz, consiguiendo apresar la goleta «Motezuma» y algunos buques mercantes, apoderándose de algunas lanchas cañoneras. Los marinos españoles, despechados al ver que una sola nave había quedado de centinela en el puerto, hicieron una salida con las fuerzas sutiles, con el objeto de abordar á la «O'Higgins». A favor de una espesa niebla y de una calma, acercáronse á ella á remo como á tiro de pistola; pero, recibidos por algunas andanadas bien dirigidas y habiéndose levantado una ventolina que permitió á la fragata dar la vela, los asaltantes volvieron á refugiarse bajo sus baterías, escapando con dificultad.

«No habiendo producido más que demostraciones inútiles las tentativas hechas»—dice el mismo Cochrane en sus Memorias,—y hallándose su escuadra falta de agua y de provisiones, dirigióse con ella al puerto inmediato de Huacho, dejando á la «Chacabuco» en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. El 1.° de abril se incorporó en este punto el vicealmirante Blanco Encalada con el «Galvarino» de 22 cañones y el «Pueyrredón» de 16. El almirante resolvió dividir sus fuerzas y ordenó á Blanco Encalada que con el «San Martín», la «Lautaro», la «Chacabuco» y el «Pueyrredón», mantuviese el bloque del Callao, mientras él con el resto de los buques se dirigía á los puertos del norte.

El almirante extendió su crucero hasta el último puerto del Perú al norte, donde hizo un desembarco y apoderóse á viva fuerza de la plaza y de la artillería de bronce de sus fuertes, haciendo varias presas y esparciendo en las costas las proclamas de O'Higgins y San Martín, que anunciaban una próxima expedición libertadora (cap. XXI, párrafo III), que acompañó con una suya en que decía á los peruanos: «Los repetidos »ecos de la libertad que resonaron en la América del

»Sur, fueron oídos de la Gran Bretaña, en donde, no »pudiendo resistir al deseo de unirme á su causa, de»terminé tomar parte en ella. La república de Chile »me ha confiado el mando de sus fuerzas navales. A »ella compete cimentar la soberanía del Pacífico. Con »su cooperación serán rotas vuestras cadenas.» A su regreso al Callao encontró abandonado el bloqueo de este puerto. El vicealmirante Blanco Enclada, dando por razón hallarse escaso de víveres, lo había levantado y regresado con sus cuatro buques á las costas de Chile. Cochrane resolvió entonces dar por terminada su primera campaña marítima, que consideró como un simple reconocimiento, habiendo conseguido uno de sus principales objetos, que era encerrar á la marina española en el Callao y reducirla á la impotencia, dominada moralmente.

III

El 17 de junio de 1819 entraba Cochrane con sus dos buques á Valparaíso, decidido á tentar nuevamente la destrucción de la escuadra enemiga, poniendo en práctica un plan que tenía meditado. Desde Inglaterra traía en su cabeza dos ideas: introducir en la guerra marítima la novísima invención de buques á vapor, aun no generalizada en la navegación, y emplear como principal agente de destrucción los cohetes á la Congrève, ensayados con tanto éxito por Nelson en Copenhague y usados por él mismo en el ataque de Aix pocos años antes. No dudaba que con este nuevo proyectil incendiaría la flota española del Callao, y dióle preferente atención durante tres meses, encomendando su elaboración al ingeniero Goldsack, que había trabajado en el arsenal de Woolwich con el mismo inventor, y al efecto lo acompañara desde Inglaterra. En presencia del almirante se hizo un ensayo de

los cohetes en la bahía de Valparaíso, y quedó plenamente satisfecho de su buena dirección, alcance y terribles efectos. Uno de los morteros de nueve pulgadas remitidos por el gobierno de Buenos Aires con tal objeto, fué agregado al material de la escuadra. Esta se aumentó con la fragata «Curacio» de 28 cañones de que antes se dió noticia, la que tomó el nombre de «Independencia»; organizóse para su servicio militar una brigada de marina de 400 plazas, cuyo comando se dió á un distinguido oficial inglés Jagrae Charles, que había hecho la guerra en toda la Europa, y por segundo al mayor Miller. Listo todo, el «Pueyrredón», comandante Prunier, el «Intrépido», (argentino) comandante Carter, y la «Motezuma», capitán Casey, fueron despachados á los puertos del sur para vigilar el paso de la expedición naval de la Península que se esperaba. La escuadra expedicionaria zarpó de Valparaíso dos días después (12 de septiembre), organizada del modo siguiente: la fragata «O'Higgins», almiranta; navío «San Martín», con el vicealmirante Blanco Encalada y capitán Wilkinson; fragata «Independencia» y «Lautaro», comandantes Forsters y Guise; bergantines «Galvarino» y «Araucano», capitanes Spry y Tomás Crosbie, y dos de las fragatas apresadas al convoy español, la «Victoria» y la «Jerezana» destinadas para brulotes. La confianza del almirante en el éxito de su empresa era tal, que en víspera de dar la vela escribía al director O'Higgins: que el 24 de septiembre á las ocho y minutos de la noche estaría ardiendo la escuadra española surta en el Callao, y que recibiría el parte de su destrucción el 15 de octubre sin falta.

El 28 de septiembre llegó la escuadra chilena al fondeadero de San Lorenzo, y el 30 envió un parlamentario á tierra retando á la escuadra realista á salir

fuera del puerto con los buques que quisiera y ofreciéndose á atacarlos buque á buque y cañón á cañón. «Esta propuesta de dudosa regularidad en los usos de »la guerra, dice Miller, recibió una lacónica negativa; »y la medida también inútil, de enviar un cohete á »tierra en el bote de parlamento para enseñarlo á los »realistas, produjo una impresión diferente de la que »se esperaba.» Los españoles estaban bien preparados á la resistencia: habían aumentado sus defensas con una estacada de maderos flotantes que cubría sus embarcaciones, y perfeccionado á sus artilleros en el tiro preparando hornillos de bala roja.

El plan del almirante era penetrar al puerto, hasta ponerse á tiro de los buques españoles, con cuatro balsas de maderos de fuertes explanadas, dos de ellas con coheteras, una con el mortero y otra con el depósito de bombas y municiones, las que avanzarían á remolque, permaneciendo el grueso de su escuadra al ancla, á la espera del incendio que ya veía arder en el horizonte. Después de dos reconocimientos previos, situóse Miller en la noche del 2 de octubre á vanguardia del ala izquierda de la línea de ataque, hacia Bocanegra, con una balsa remolcada por el «Galvarino» llevando el mortero, y el «Pueyrredón» con el depósito. Seguían á la derecha las dos balsas con cohetes á remolque del «Araucano» y de la «Independencia», mandadas por el capitán Hind y el comandante Charles. Los tripulantes de las balsas iban provistos de salvavidas. Roto el fuego por el mortero á distancia como de setecientos metros, vióse que las bombas llegaban hasta los fuertes, y una de ellas echó á pique una de las lanchas cañoneras del enemigo; pero, inutilizado su afuste y fallando las trincaduras de la balsa, quedó fuera de combate. Los cohetes no surtieron ningún efecto, así por la mala construcción de estos proyectiles, como

porque no era posible que las balsas se aproximasen lo bastante á tierra sin ser echadas á pique, y á la distancia á que funcionaron, poco daño podían causar, aun con mejores elementos.

Los españoles tiraban á bala roja y con bastante acierto. Uno de sus proyectiles, ó acaso un accidente, produjo una explosión en la balsa del capitán Hind, resultando éste y doce de sus tripulantes con graves quemaduras. El «Galvarino» recibió algunas averías y tuvo varios muertos, entre ellos su teniente Tomás Baylie, que fué dividido por una bala de cañón. Convencido el almirante de la ineficacia del ataque, mandó retirar las balsas al amanecer. La pérdida total de los independientes fué de veinte hombres, entre muertos y heridos. Empeñado el almirante en la destrucción de los buques enemigos, resolvió llevar un nuevo ataque combinado de las balsas con uno de los brulotes para hacer volar la valla de maderos flotantes que los protegía. El resultado fué el mismo de los cohetes. El brulote, conducido valientemente por el teniente Morgall, no pudo avanzar por falta de viento, y acribillado á balazos desde las baterías de tierra, con rumbos de agua, hubo de dar fuego á la mecha antes de tiempo, estallando lejos de la estacada. El almirante tuvo al fin que desistir de su intento; pero sin desanimarse por estos fracasos.

Al día siguiente del último malogrado ataque, avistóse mar afuera una vela extraña, que luego se reconoció ser una fragata. La escuadra salió á darle caza; pero distanciada, y tomándola por un ballenero norteamericano, volvió á su anclaje. El buque avistado era la fragata «Prueba» de 50 cañones, que formaba parte del refuerzo que de la Península debía recibir la escuadra del Pacífico. Más adelante se verá cuál fué su suerte. De los dos navíos que la acompañaban, uno

de ellos, el «Alejandro», retrocedió desde la línea á causa de su mal estado, y el otro, el «San Telmo», fuése á pique al doblar el Cabo de Hornos. Como uno de los objetos del crucero chileno era interceptar esta expedición, que unida á la escuadra del Callao habría dado la preponderancia marítima á los españoles, el almirante, que ignoraba lo sucedido, y suponiendo hubiese recalado á Arica, se dirigió á este puerto con toda la escuadra. De regreso de esta inútil excursión, volvió á presentarse por dos veces en el horizonte la «Prueba» á la manera del buque-fantasma; pero después de inútiles tentativas para penetrar al Callao, desprendió un bote con oficios para el virrey, en que anunciaban su retirada á Guayaquil, para ponerse en salvo. Cochrane decidió ir en su busca. Al efecto, despachó á Valparaíso, con el vicealmirante Blanco Encalada, el «San Martín» y la «Independencia», conduciendo los enfermos, que eran numerosos por efecto de las calenturas malignas de aquella región que se habían propagado en las tripulaciones. Dispuso que, mientras él se dirigía á las costas del norte, el capitán Guise con el «Lautaro», el «Galvarino» y el transporte «La Jerezana», llevando un destacamento de 350 hombres de infantería de marina, verificase un desembarco en Pisco con el objeto de proveerse, á costa de los realistas, de víveres frescos y de los renombrados aguardientes de aquella comarca. Llegado á la boca de la ría de Guayaquil (27 de octubre), con los tres buques restantes, encontróse allí con dos fragatas, que atacó y rindió después de un vivo cañoneo de veinte minutos: eran el «Aguila» y la «Bogoña», dos de los transportes salvados del convoy de la «María Isabel», armados de 20 cañones cada uno, con un rico cargamento de maderas. Por los prisioneros supo que la fragata que buscaba, aligerada de su artillería, había

remontado el Guayas, y se hallaba en bajo fondo, fuera de su alcance, al amparo de las fortalezas de tierra. Dejando al «Pueyrredón» y al «Galvarino» posesionados de la isla Puná, que domina todo el golfo de Guayaquil, en observación de los movimientos de la «Prueba» y despachando la «Lautaro» á Valparaíso con las presas, puso proa al sur con la almiranta.

Mientras tanto, Guise con su expedición había practicado la operación que se le encomendara. Pisco, según los españoles, hallábase guarnecido por 400 infantes, 80 caballos y 4 piezas de campaña, y contaba con un fuerte artillado para la defensa del puerto, y, á estar al testimonio de los oficiales patriotas, la fuerza pasaba de 800 hombres. A pesar de la superioridad numérica, Charles y Miller con sus infantes, apoyados por un destacamento de marineros con coheteras, desembarcaron y atacaron gallardamente á la bayoneta sin disparar un tiro, arrollando la fuerza enemiga, que se refugió en el pueblo, de donde fué desalojado á vivo fuego. En este encuentro fué mortalmente herido el comandante Charles, que terminó allí una carrera llena de esperanzas, quedando atravesado Miller por tres heridas. Por cuatro días permanecieron los independientes dueños de Pisco. Reunida poco después toda la escuadra en el puerto de Santa, al norte del Callao, formó Cochrane allí su resolución. El no volvería á Valparaíso sino triunfante, y triunfaría solo. Con este propósito se desprendió de todos los buques de la escuadra, que enderezó como los demás á Valparaíso, y quedó solo con la «O'Higgins». Una nueva y fabulosa hazaña, digna de las que habían ilustrado su nombre, iba á inmortalizar este crucero comenzado bajo tan desfavorables auspicios.

IV

Oigamos al mismo Cochrane en este momento que iba á decidir de su destino americano. Al dispersar el crucero, había escrito al gobierno de Chile: «Me hallo »cansado de estas operaciones, y enfermo de disgustos »y de sentimiento, siendo imposible inventar medio »alguno de hacer daño al enemigo.» Reconcentrándose en sí mismo, se decía: «Me hallaba contrariado por »no haber conseguido mi intento en el Callao. El pue»blo de Chile esperaba imposibles, y á fin de sa»tisfacer mi amor propio herido, trabajé por encontrar »un hecho que ejecutar y que correspondiese á tales »esperanzas. No tenía más que un buque, y por con»siguiente no había que consultar á nadie. Tenía el »designio de capturar con la almiranta y de un solo »golpe de mano, los numerosos fuertes y la guarnición »de Valdivia, punto que se había creído hasta enton»ces inexpugnable. Estaba resuelto á no emprenderlo »antes de haberme asegurado de su practicabilidad. »La temeridad, bien que se me haya imputado muchas »veces como una cualidad, no es inherente á mi ca»rácter. Hay temeridad en aquellas empresas en que »no se calculan las consecuencias; pero cuando éstas »son previstas, la temeridad desaparece.»

Pasada la latitud de Valparaíso, paseábase taciturno sobre el puente de la «O'Higgins» sumergido en profunda meditación. De improviso, acercóse al mayor Miller que, no bien repuesto de sus recientes heridas, mandaba la guarnición de la almiranta y le dijo en inglés: «¿Qué dirían si yo con este solo buque me hiciese dueño de Valdivia?» Como lo observa un historiador, estas preguntas que indican una resolución tomada, no se contestan por los subalternos, y Miller se limitó á inclinar la cabeza en señal de obediencia. El

se contestó á sí mismo agregando: «Dirían que soy un loco.» Y en seguida, con acento reposado y con una lógica en que las probabilidades militares y morales se combinaban, empezó á desenvolver su teoría de la prudencia en la temeridad, como condición de éxito seguro. «Calculando fríamente, díjole, aparece á pri»mera vista una locura la toma de Valdivia; pero esto »mismo es una razón para intentarla, puesto que los »españoles consideran imposible que lo intentemos si»quiera. Las operaciones que no espera el enemigo, »son casi seguras cuando se ejecutan bien, cualquiera »que sea la resistencia, y la victoria justifica siempre »la empresa de la imputación de temeraria.»

La posición que Cochrane se proponía atacar, era reputada como el Gibraltar de América, por sus fortificaciones y por sus defensas naturales. Su bahía es un estuario, con dos pequeñas ensenadas en su fondo. El río Valdivia, al derramar sus aguas en ella, se abre en dos canales á manera de dársenas, tomando el del sur el nombre de Tornagaleones, rodeando ambos una isla en forma de delta que se denomina del Rey. Su extensión longitudinal es como de 12 kilómetros; en su entrada mide un ancho de poco más de cinco kilómetros, y va gradualmente estrechándose hasta 1.700 metros, dilatándose luego en en una expansión, que es lo que propiamente constituye la bahía. En el centro de ésta, hállase la pequeña isla de Mancera, de un kilómetro de largo y 600 metros de ancho, fronteriza á la punta occidental de la del Rey, de mucha mayor dimensión. Dentro de este seno sólo hay un puerto (el del Corral), y varias caletas de difícil acceso, siendo sus costas muy fragosas, acantiladas y pobladas de selvas. Por esta descripción se ve que la bahía de Valdivia tiene dos costas, una al sur y otra al norte que sólo pueden comunicarse por

agua, hallándose interceptadas, además de las dificultades del terreno, por los dos brazos del río de Valdivia y la isla intermedia del Rey. La parte exterior del norte es inaccesible por los arrecifes que se prolongan en el mar y la rompiente que continuamente la bate: la del sur sólo tiene un desembarcadero en su extremidad oeste, denominado Aguada del Inglés, por ser el punto donde los buques hacían su aguada fuera del puerto. Este era el punto débil de la posición, y el que Cochrane con su penetrante golpe de vista descubrió luego.

Valdivia, como el primer puerto de costa firme en el mar del sur, después de doblar el Cabo de Hornos, llamó la atención de los primeros navegantes que lo frecuentaban, especialmente de los holandeses, que intentaron fundar allí una colonia á mediados del siglo XVII, proyecto que se abandonó. A consecuencia de esto, los virreyes del Perú ordenaron que la posición fuese convenientemente fortificada y se constituyó en plaza militar. En la época á que hemos llegado, Valdivia estaba defendida por nueve fortalezas y baterías situadas sobre ambas costas artilladas por 128 piezas de calibre de 8 á 24 que cruzaban sus fuegos sobre la bahía. Dos de estas fortalezas estaban situadas en la isla del Rey y de Mancera, enfilando con sus fuegos las naves que penetrasen en éstas y defendían las bocas de los canales del río Valdivia. Por la parte del norte la entrada estaba defendida por un castillo inexpugnable, llamado de La Niebla, tallado en la roca viva y una batería llamada Fuerte Piojo, que cruzaba sus fuegos con las islas de Mancera y del Rey. Por la parte del sur estaban el fuerte del Inglés, que dominaba la caleta del mismo nombre; el de San Carlos, situado en una pequeña península, y el Amargos, que cruzaban sus fuegos con el Niebla de la ban-

da opuesta ; y por último, el reducto Chorocamayo y el castillo del Corral—único cerrado por la gola,—que defendía el puerto del mismo nombre, combinando sus fuegos en la bahía central con la batería Piojo y los fuertes de Mancera y del Rey. El bosque, que cubre ambas costas hasta la orilla del agua, y que enmascaraba estas fortificaciones, era tan impenetrable y el terreno tan fragoso, especialmente del lado del sur, que los fuertes no podían comunicarse entre sí por tierra sino por un camino estrechísimo y escarpado, que sólo permitía pasar á un hombre de frente. Este sendero, que ondulaba entre las rocas de la costa y el bosque virgen de la montaña adyacente, estaba interceptado por un hondo barranco, que enfilaban tres cañones de los reductos del Chorocamayo y del Corral.

Valdivia estaba guarnecida como por ochocientos hombres de línea y otros tantos milicianos que á la sazón se hallaban en el interior del país. Tales eran las posiciones, las fortalezas y las fuerzas, que Cochrane se proponía atacar y rendir.

V

El 18 de enero de 1820 la O'Higgins, enarbolando bandera española, descubría la punta de la Galera, promontorio meridional del litoral de Valdivia, y poco después penetraba al puerto. Los españoles la tomaron por la fragata Prueba, tanto tiempo por ellos esperada. Hizo señales de pedir piloto, que inmediatamente le fué mandado de tierra con una escolta de honor. Por este medio obtuvo el almirante todos los informes que necesitaba, y supo que el bergantín Potrillo estaba próximo á llegar conduciendo desde Lima el dinero para el pago de la guarnición. Cochrane, montando su falúa, se ocupó en reconocer los canales bajo los fuegos de los fuertes, apercibidos de que el buque

que tenían era enemigo. Dos días después fué apresado el Potrillo en la boca del puerto con 20.000 pesos que conducía. Pero Cochrane se convenció de que no tenía las tropas suficientes para emprender con éxito el ataque, y resolvió irlas á buscar á Talcahuano.

El día 22 llegó la O'Higgins á Talcahuano, donde se encontró felizmente con el bergantín argentino el Intrépido y la goleta chilena Motezuma, que inmediatamente se pusieron á órdenes del almirante. Mandaba allí el coronel Freyre, quien entró de lleno en el plan de Cochrane, y le proporcionó 250 hombres de los batallones 1.° y 3.° de Chile, al mando del mayor Beauchef, el mismo que con tanto denuedo había subido al asalto de Talcahuano, recibiendo una herida. (Cap. XV, párrafo XI). Con este refuerzo puso otra vez la proa á Valdivia. Al salir del puerto de Talcahuano, la O'Higgins tocó en una roca y gruesos trozos del forro y fragmentos de la falsa quilla empezaron á flotar alrededor de la fragata. El almirante, sin perder su serenidad, la puso á flote, echando una espía por la popa; pero el carpintero dió parte que el buque tenía tres pies de agua en la sentina. Media hora después la sonda acusaba cinco pies de agua. Esto sucedía á treinta kilómetros de la costa. Las bombas estaban fuera de servicio. El agua inundó la santabárbara. La opinión general era abandonar el buque. Cochrane, que entendía su oficio, se quitó la casaca, habilitó las bombas y después de repetidos sondajes, preguntó al carpintero: «¿Aumenta el agua?»—«No, mylord,» le contestó.—«¡Adelante! ¡flotaremos hasta Valdivia! »¡Es preciso tomar á Valdivia! Mejor sería que nos »ahogásemos todos que volver atrás.» Y proclamando enérgicamente á su tripulación y explicándole su plan, le infundió su heroica resolución.

Antes de tomar tierra al sur de Punta-Galera, el almirante hizo transbordar la tropa de là O'Higgins, que dejó fuera de la vista del puerto, y con la Motezuma y el Intrépido con banderas españolas, púsose al habla del fuerte Inglés, y pidió práctico, declarando pertenecer al convoy de San Telmo naufragado en el Cabo de Hornos (febrero 3). Descubierta la estratagema por un accidente, el fuerte Inglés rompió el fuego, y una de sus balas atravesó los costados del Intrépido, matándoles dos hombres. Entonces resolvió el desembarco á viva fuerza, á pesar del mar de leva que lo dificultaba, no contando para efectuarlo sino con dos lanchas y un esquife de seis remos que montó personalmente el almirante para dirigir la operación.

Todos los fuertes estaban protegidos por una muralla sólida y un foso profundo á excepción del Inglés, que por lo escarpado del terreno sólo tenía una muralla cubierta por una estacada con seis piezas de menor calibre, que dominaba el desembarcadero á la distancia de quinientos metros. A los primeros cañonazos de alarma, el grueso de las guarniciones de los fuertes del sur de la bahía se reconcentraron en el Inglés, en número de 360 hombres. Un destacamento de 65 hombres descendió á defender la caleta.

Al ponerse el sol, Miller con 50 artilleros de la O'Higgins y 25 soldados marineros del Intrépido mandados por el capitán Francisco Erézcano y el teniente Daniel Cazón (ambos de Buenos Aires), y el subteniente Fancisco Vidal (chileno) efectuó su desembarco, y á pesar del fuego de la infantería enemiga abrigada por las rocas de la costa, saltó en tierra, la desalojó y se hizo firme en el puerto.

Apoyada inmediatamente por Beauchef con sus 250 infantes, quien tomó el mando superior, la vanguar-

dia de Miller trepó en desfilada el estrecho sendero batido por las olas del mar, orillando el bosque, que conducía al fuerte, en momentos en que el destacamento derrotado se refugiaba á su interior y subía por una escala que retiró en el acto. La artillería y la fusilería de la muralla empezaron á jugar en medio de la obscuridad, pero mientras que sus tiros se dirigían á un punto donde la gritería de los asaltantes se hacía oir, el subteniente Vidal con un piquete de soldados se deslizaba silenciosamente por debajo del ángulo entrante del fuerte, descubría una entrada tapada con ramas y emboscada por los árboles que tocaban su flanco, hizo una descarga repentina, que seguida por un ataque vigoroso dirigido por Beauchef, derramó el espanto en la guarnición, que huyó en desbande abandonando la posición. Los 300 hombres de los demás fuertes, que formados en una plaza de armas á espaldas de la muralla, servían de reserva, huyeron también contaminados por el pánico, siguiendo una senda tan estrecha y escabrosa como la del desembarcadero, perseguidos de fuerte en fuerte por los patriotas. Un resto de 200 hombres de los fugitivos se refugió en el «Corral», sin alcanzar á hacer jugar las tres piezas que enfilaban el barranco intermedio entre el castillo y el fuerte Chorocamayo, siendo arrebatada la posición á la bayoneta á la una de la noche, á favor de un lienzo desmoronado de su muralla. Allí terminó la resistencia, porque allí terminaba la comunicación por tierra con la banda del norte: como cien hombres se salvaron en las embarcaciones del puerto del Corral; otros tantos fueron muertos en el combate, y el resto quedó prisionero ó huyó a los bosques. Al amanecer del día 4, los patriotas eran dueños de los cinco fuertes: el Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocamayo y

Corral, con la sola pérdida de 9 muertos y 34 heridos.

En la mañana del 4 penetraron á la bahía el Intrépido y la Motezuma recibiendo los fuegos de los fuertes del norte en que aún se sostenían los españoles. Para desalojarlos de estas últimas posiciones, embarcáronse 200 hombres en el bergantín y la goleta. pero el Intrépido al atravesar el canal, varó en un banco fronterizo á la isla Mancera, y se fué á pique. Así terminó su carrera el único buque de guerra que con bandera argentina figuró en la memorable escuadra chilena del Pacífico. Poco después apareció la O'Higgins, y los españoles, alarmados, abandonaron todos los fuertes del norte y de las islas, retirándose por el río á la ciudad de Valdivia, mientras la almiranta, casi llena de agua, tenía que bararse en fondo cenagoso para no irse á pique como el Intrépido. La ciudad de Valdivia fué ocupada al día siguiente, sin que los enemigos intentasen hacer resistencia. Así perdieron los realistas su base de operaciones en el sur de Chile, y Chile conquistó todo su territorio poblado, con excepción del archipiélago de Chiloé.

Cochrane pensó coronar su glorioso crucero apoderándose de Chiloé, como se había apoderado de Valdivia. Al efecto, hizo que el capitán Carter con la marinería y tropa argentina del Intrépido tripulase un transporte capturado denominado Dolores, embarcando en él y la Motezuma 200 hombres y se dirigiese á Chiloé. Gobernaba allí el coronel Quintanilla, destinado como Rodil, á hacerse memorable, prolongando su resistencia aún después que toda bandera española hubiese caído rendida en todo el continente americano, y á mantenerla en alto en esta ocasión. Cuando el 17 de febrero se presentó Cochrane frente á la bahía de San Carlos, en cuyo fondo se asienta la

capital del archipiélago, el gobernador español estaba mejor apercibido para la defensa que el de Valdivia. Miller, con 170 hombres de desembarco, tomó tierra en una pequeña ensenada inmediata, se apoderó de una pieza de campaña situada en su playa protegida por 1.000 infantes, y en seguida del fuerte Corona y de una batería, que defendían el puerto principal; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la principal fortificación, que era el fuerte Agui, artillado con 12 piezas de á 18. Llevado osadamente el ataque, fué rechazado, cayendo herido Miller con 38 de sus soldados, de los cuales 20 quedaron muertos bajo los fuegos de la metralla y de la fusilería. El capitán Erézcano, que con la guarnición argentina de el Intrépido formaba parte de la columna de asalto, sucedió en el mando á Miller, dispuso la retirada con arreglo á las órdenes del almirante, y la sostuvo con valentía, salvando todos sus heridos, después de clavar los cañones de las baterías tomadas; acompañándole en ella el subteniente Vidal que, junto con él, tanto se había distinguido en la toma de Valdivia. Así terminó este memorable crucero, en que Cochrane agregó un lauro más á su corona naval.

El territorio de Chile estaba cuadrado, garantizado de toda agresión seria. El mar Pacífico estaba dominado. Cochrane recibía en recompensa los merecidos honores del triunfador. Al llegar á Santiago se encontraba allí con San Martín, que en los primeros días de enero de 1820, precisamente en los momentos en que él atacaba á Valdivia, había salido de Mendoza y atravesado los Andes, buscando el camino de la expedición al Perú franqueado por el heroico almirante.

CAPITULO XXIII

La desobediencia de San Martín

1819-1820

Momento psicológico.—Los tres grandes deberes de San Martín.—Coincidencias históricas.—Proyecto de una gran expedición española contra el Río de la Plata.—Agentes secretos del gobierno argentino en España.—Dificultades de la expedición.—Se desorganiza por sí misma.—Actitud de San Martín ante el anuncio de la expedición.—Su plan para atacar la expedición en el mar.—Otro plan de resistencia terrestre.—Alternativas de la expedición española.—El fantasma de la guerra civil.—Actitud expectante de San Martín.—Situación y fuerza de la división de los Andes en Cuyo.—Plan de reconcentración de todos los ejércitos de la República en Buenos Aires y crítica de él.—Fines siniestros á que responde.—Planes de monarquía.—Momento psicológico en la vida de San Martín.—Situación de las Provincias Unidas á fines de 1819.—Indecisiones de San Martín.—Se decide por la desobediencia.—Situación política perdida.—Impotencia del gobierno central.—Ultima renuncia de San Martín.—Regresa enfermo á Chile.—Juicio acerca de la desobediencia de San Martín.

I

Llegamos al momento verdaderamente psicológico de la vida de San Martín, en que los deberes que se impusiera, y eran su norma, se encontrarían en conflicto con sus tendencias, y por un acto extraordinario de voluntad deliberada, decidirá definitivamente de su destino y variará el curso de los acontecimientos ordinarios.

Tres grandes deberes habíase impuesto el general San Martín en la difícil posición en que se colocara al iniciar la idea del repaso de los Andes y dar principio parcial á su ejecución. El primero, para con la América, perseverando en sus planes libertadores: el segundo, como soldado ante la guerra civil y sostene-

dor del orden legal: el tercero, como argentino, ante el amago de una inminente expedición española al Río de la Plata. Respecto de lo primero, su fórmula era ésta: «Si no se realiza la expedición al Perú, todo »se lo lleva el diablo,» América y patria inclusas. Respecto de lo segundo, sentía invencible repugnancia á tomar parte en la cuestión intestinal. Sin pasiones locales, divorciado de los partidos, sin ambición política, y lastimado en el fondo de su alma por el alejamiento de la opinión hacia él—que era una consecuencia del suyo,—experimentaba cierta indiferencia fatalista respecto de las mutaciones intestinas, con tal que se asegurase la independencia del país, y su temperamento de libertador lo impulsaba á la acción en el dilatado espacio de la emancipación sudamericana. En cuanto á la España, sea que se tratase de vencer su último ejército en el Pacífico ó repeler su última expedición en el Plata, en ambos casos se encontraba frente á frente de su objetivo y de su pasión, y por último, no vacilaba desde que sus deberes de americano se combinasen con los que tenía como general argentino, aun saltando por encima de ellos en prosecución de su gran objetivo. Estas tres tendencias, opuestas unas y armónicas otras, que se deducen de sus confidencias secretas confrontadas con sus actos públicos, explicarán las alternativas por que pasó su espíritu, así como las encontradas acciones y reacciones en el curso de la difícil aventura del paso de los Andes, desde que concibió la idea, la empezó á poner en práctica, retrocedió después, para volver en seguida al propósito primitivo, hasta decidirse al fin por el partido á que lo llamaban sus inclinaciones y su destino.

Ya se ha hecho notar que por una rara coincidencia, cuando San Martín indicaba al gobierno argen-

tino la conveniencia de que diese por causal ostensible al repaso del ejército de los Andes el amago de una expedición española al Río de la Plata, el pretexto imaginado se convertía en realidad—al menos por el momento,—de manera que, la retirada de Chile parecía obedecer á una exigencia positiva que hubiese tenido su origen en el gobierno, cuando en realidad éste era simplemente parte pasiva, y á veces violenta. Así, cuando por medio de la Logia de Chile, hubo obtenido de parte del gobierno de ultracordillera lo que anhelaba en prosecución de sus planes continentales, y empezó á dudarse de la expedición española, escribió al director Pueyrredón haciéndole observaciones tanto sobre la inconveniencia de que el ejército de los Andes tomase parte en la guerra civil, cuanto sobre la traslación de parte de éste á la frontera del norte, y presentóle entonces un nuevo plan de campaña. El general predicaba á un convertido, y las contestaciones oficiales y confidenciales no se hicieron esperar en el sentido de sus planes. Pero el peligro de la expedición española aún no había pasado, y su sólo anuncio perturbaría por algún tiempo todas las combinaciones políticas y militares, á la vez que su preparación en España desarmaría por siempre á la metrópoli en su lucha con las colonias insurreccionadas.

Como se dijo antes (cap. XIX, párrafo VII), la España envió desde 1811 á 1818, para sostener la guerra en sus colonias, diez y seis expediciones con más de 42.000 soldados veteranos, con un costo de 75 millones de pesos, que habían capitulado en Montevideo, sido vencidos en Chile, y cuyos restos estrechados luchaban aún en Venezuela, Quito, el Alto y Bajo Perú, convergiendo todos sus ejércitos derrotados hacia el Perú, donde debía librarse el combate final. La gran expedición de 10.000 hombres de Morillo, en 1815

sobre Costa Firme, que en un principio era destinada á Buenos Aires, fué su último esfuerzo. Al intentar renovarlo en doble escala con el primitivo objeto, la España se proponía herir en el corazón la revolución sudamericana, pensando que, subyugadas las Provincias Unidas del Río de la Plata, todas las colonias insurreccionadas recibirían su ley. Pero las circunstancias habían variado. En 1815 la revolución de las Provincias Unidas estaba aislada. Los realistas se encontraban en posesión de Chile, con un ejército sobre las fronteras del oeste; sus armas, triunfantes en el Alto Perú, amagaban la frontera del norte; el Bajo Perú irradiaba su acción al sur y al norte del continente, y la guera se sostenía con fortuna varia en Venezuela, Nueva Granada y Quito, dominando la España todas las costas americanas. En 1819 la España había perdido la preponderancia marítima en América; el ejército realista del Alto Perú era impotente para invadir la frontera norte argentina; Chile estaba en poder de los independientes y el Perú se mantenía á la defensiva á la espera de una invasión de los vencedores de Chacabuco y Maipú; y Venezuela y la Nueva Granada, formando la nueva república de Colombia, iban á dar el último golpe al poder español en el norte. Esto, por lo que respecta á la América del Sur en general. Con relación al Río de la Plata en particular, las condiciones estaban fundamentalmente alteradas. En 1815 la España contaba para emprender su expedición, con un aliado natural en el Brasil y un punto de apoyo en Montevideo, bases que en 1819 habían desaparecido. El Portugal habíase desligado de la política colonial española á consecuencia de sus desavenencias en Europa, y garantido por la Gran Bretaña de una invasión en la Península Ibérica, habíase apoderado de la plaza de Montevideo, y pactado una alianza tá-

cita con los intereses argentinos respecto de la metrópoli, en el hecho de precaver que no se permitiera desembarcar á ninguna fuerza española que llegase á sus playas, permaneciendo por lo demás neutral en el caso de una agresión al Río de la Plata. Fallando estas dos bases, la expedición era, si no imposible, por lo menos muy contingente.

No se ocultaban á la España estas dificultades, pues estaban á la vista. El jefe nombrado para mandar la expedición consultó al gobierno cómo debía mirar la plaza de Montevideo, llave del Río de la Plata, á la sazón ocupada por los portugueses. La respuesta del gobierno fué que considerase á Montevideo como si no existiera. Replicó el general que esto era imposible, por cuanto Montevideo existía en realidad, y no podía por lo tanto dejar de considerarlo como plaza amiga ó enemiga, y que en uno ú otro caso, debía estar provisto de instrucciones para expugnarla ó recibir de ella los auxilios necesarios, previendo también la neutralidad; pues de no desembarcar en Montevideo, sólo podría verificarlo en la Ensenada de Barragán ó en la playa de Quilmes—como los ingleses en 1806 y 1807,—puertos que no permitían el acceso de buques mayores, y que los buques menores que pudiesen acercarse á ellos, no resistirían á una batería de tierra, sostenida por numerosa caballería, cuando los expedicionarios no contarían con un solo caballo. Agregaba juiciosamente el general que, aun superados estos obstáculos, la expedición, no contando con un punto de apoyo en la banda oriental del Río de la Plata y retirándole el enemigo los recursos, carecería absolutamente de provisiones de boca, y lo que era más, de un ancladero seguro y de un lugar de descanso para las tropas después de una larga navegación, en que los temporales podían dispersar el convoy. La última con-

testación del gobierno español á tan sólidas razones fué repetir: «que se mirase á Montevideo como si no existiera.» Así resolvió la dificultad que dejaba subsistente.

II

La España quería hacer su último esfuerzo antes de darse por vencida, luchando contra la resistencia armada de sus adversarios y contra la opinión propia que le era adversa. El contraste del convoy de la María Isabel, seguido por el dominio marítimo del Pacífico por los independientes, causando profunda impresión en la Península, había hecho más impopular en el ejército y en el pueblo la guerra contra las colonias. Estos síntomas se hicieron notar desde la expedición de Morillo en 1815, en que fué necesario embarcar desarmadas algunas divisiones para prevenir que se sublevasen, y sus desastrosos reveses en Costa Firme á la par de la noticia de los triunfos de los independientes al sur del Ecuador, hacían esa guerra cada vez más odiosa y repugnante á los españoles en la Península. Agréguese á esto el espíritu liberal que fermentaba en la nación, y principalmente en el ejército, que contaminaba las tropas que hacían la guerra en América, como queda dicho, y se tendrá una idea de las resistencias con que tenía que luchar el gobierno español para realizar su propósito. A pesar de esto, empeñado en dominar la insurrección americana por las armas, aprestó una expedición de seis navíos y seis fragatas, con 6.000 hombres de desembarco, que sucesivamente fué elevada hasta 6 navíos, 13 fragatas, 3 corbetas, 10 bergantines, 3 goletas, 29 lanchas cañoneras y 40 transportes, con 18 á 20.000 hombres de tropa de las tres armas. Confióse el mando al conde

de La Bisbal, más conocido en la historia con el nombre de José O'Donnell, y señalóse por centro de ella el puerto de Cádiz. Fué en tal ocasión cuando, seriamente alarmado por esta amenaza, el gobierno argentino ordenó que todo el ejército de los Andes repasase la cordillera, á fin de hacerle frente, en circunstancias que el repaso se iniciaba por indicaciones de San Martín, quien aconsejaba se cubriese con el anuncio de una expedición española, teniendo en vista forzar la mano del gobierno de Chile para decidirlo á la expedición del Perú.

El gobierno argentino tenía sus agentes secretos en Cádiz, que le instruían con puntualidad de todo lo relativo á la expedición y además se ocupaban en transmitir otras noticias importantes, obrando sobre el espíritu de los oficiales expedicionarios, según se ha visto (cap. XXI, párrafo VIII). Tres eran los principales agentes secretos, los tres argentinos: don Juan Lagosta, de quien hemos hecho antes mención; don Andrés Arguibel, establecido en Cádiz, que fué quien comunicó oportunamente la salida de la expedición de la «María Isabel», y el más caracterizado de ellos, don Tomás Antonio Lezica, comerciante que gozaba de gran crédito en aquella plaza, y que, de acuerdo con Arguibel, se ocupaba en sondear las disposiciones del ejército expedicionario. Los tres se comunicaban directamente con el director Pueyrredón. Autorizados por el gobierno argentino (agosto 1819), para librar contra el tesoro por el importe de los gastos que hiciesen en su comisión, pudieron cerciorarse de lo impopular que era la guerra de América en las fuerzas acantonadas en la isla de León, el descontento de que estaba animado el pueblo contra el gobierno absoluto del rey, tomando conocimiento de los proyectos de insurrección de sus principales jefes con el objeto de

proclamar la constitución del año XII. Los agentes penetraron en las juntas secretas donde se elaboraba la gran revolución liberal española, que debía cambiar la faz de la madre patria, siguiendo el ejemplo dado por las colonias insurreccionadas, que reaccionaba á su vez sobre ella. Comunicadas estas noticias al gobierno argentino, fueron sus agentes autorizados para adelantar sus trabajos en el sentido de iniciar relaciones con los jefes de la revolución, ofrecerles recursos en nombre de la nación, y promover por todos los medios el espíritu de insurrección que ya cundía por toda la Península. Sin que se pueda decir que á esto se deba el alzamiento que sobrevino, es indudable que la República Argentina tuvo una parte, aunque mínima, en ese gran acontecimiento.

La aglomeración del ejército expedicionario en la isla de León, Cádiz y sus inmediaciones, fué la ocasión de que los liberales españoles se comunicasen sus ideas y se pusieran de acuerdo para producir un movimiento, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar en la guerra contra las colonias. Desde 1814 hasta 1818 cinco revoluciones con las mismas tendencias habían estallado en la Península, y algunos de los que tomaron parte en ellas se refugiaron en Buenos Aires, tomando servicio en sus ejércitos. Los jefes militares de la conspiración se organizaron en sociedades secretas, y Cádiz se hizo el centro de los trabajos revolucionarios. El general O'Donnell fué iniciado en estos planes, y pareció en un principio dispuesto á ponerse á la cabeza del ejército para hacerlos triunfar. Próximo á estallar el movimiento, O'Donnell, después de conferenciar con el ministro de Marina, que lo era el ex virrey de Buenos Aires, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, decidióse á sofocarlo, ayudado eficazmente por el general Sárs-

field, de origen irlandés, que se había interiorizado en los planes de los conjurados, afectando aprobarlos. El general en jefe proclamó una parte de las tropas, ofreciéndoles en premio de su fidelidad lo que más podía halagarlas, que era quedar exentas de marchar á América, y á la cabeza de ellas rindió sin resistencias los cuerpos complotados, arrestó á sus jefes y desbarató la conjuración, desbaratando al mismo tiempo la expedición. Poco después, introdújose en Cádiz la fiebre amarilla importada de la Habana, y se propagó en el ejército expedicionario (julio 1819). El primer peligro estaba conjurado: la expedición se hacía por el momento imposible, ó por lo menos no se realizaría con el poder suficiente para asegurar el éxito; pero esto no se sabía en Buenos Aires al tiempo de iniciarse el repaso de los Andes, que coincidió con el primer aviso con que ostensiblemente se cubrió. El rey estaba sin embargo resuelto á llevar á cabo á todo trance la expedición. Al efecto, fué nombrado general en jefe don Félix Callejas, antiguo virrey de Méjico, conocido con el título de conde de Calderón. Fué éste el general que hizo presente al gobierno español las dificultades que tocaría no contando con un punto de apoyo en las costas del Río de la Plata y la contigencia de encontrar allí dos enemigos en vez de uno, según queda relatado (párrafo I), á las que se agregaban otras de mayor gravedad, por cuanto afectaban la existencia misma de las tropas expedicionarias. Diseminados los cuerpos con motivo de la propagación de la fiebre amarilla, el batallón denominado «Asturias», mandado por el coronel Rafael del Riego, se acantonó en el pueblo de las Cabezas de San Juan, que debía ser teatro de uno de los hechos más memorables de la España moderna. El gobierno español, empeñado, á pesar de todo, en su plan de expedición al Río de la Plata con

los elementos á la sazón disponibles, dispuso que el ministro de Marina, Cisneros, activase el embarco. Tal era el estado de cosas en España en septiembre de 1819.

III

El anuncio formal de una gran expedición española con destino al Río de la Plata fué el fantasma alrededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Unidas durante el año de 1819. Su primer aviso determinó la confirmación del repaso de los Andes, y las noticias sucesivas, según eran alarmantes ó tranquilizadoras, motivaron las órdenes y contraórdenes expedidas en consonancia, determinando en la diplomacia combinaciones trascendentales. La primera noticia de que una expedición se formalizaba en Cádiz recibióse en Buenos Aires cuando ya el general Rondeau se hallaba al frente del gobierno en reemplazo del director Pueyrredón (julio 1819). Exaltado al mando supremo por los votos de la Logia lautarina, la situación política no se había alterado: la misma oligarquía—aunque muy disminuída en su influencia eficiente,—con los mismos hombres y las mismas ideas, seguía al frente de los negocios públicos, y San Martín era siempre el hombre de guerra de la época. Así, su primera providencia fué llamarlo como á un salvador. «Entre las angustias que afligen al director supremo—»decíale el ministro de la Guerra,—en las apuradas »circunstancias de hallarse el tesoro exhausto y repe»tirse las noticias anunciadas de una fuerte expedición »española contra estas provincias, no es la menor di»ficultad la salud de V. E. cuyas virtudes y conoci»mientos militares reputa el gobierno como un ante»mural de la libertad de la patria. La nación está per-

»suadida de que, cualquiera que sea su estado, consa»grará toda su sangre en defensa del país y es de nece»sidad se pongan todos los medios para que no sean »estériles tan nobles sacrificios. Por esto es que, con»tando el gobierno, como contará siempre, con su he»roico esfuerzo, desearía y quiere, cuando su salud se »lo permita, se traslade á la brevedad posible á esta »capital con sólo el único, urgente é importantísimo »fin, de consultar con el gobierno y demás jefes mili»tares de la nación el plan de defensa y demás provi»dencias que deban y puedan adoptarse en el alto em»peño á que tales ocurrencias nos obligan.» El general contestó que «por muchos que fuesen los servicios »que hubiese prestado á su patria, quedaban más que »recompensados por los conceptos con que era hon»rado, y que, pronto á hacer el sacrificio de su vida en »bien de la causa, se pondría en marcha á recibir las »órdenes de su gobierno.» Su salud era en aquellos momentos deplorable: su afección al pecho y sus dolores reumáticos y neurálgicos habían vuelto á atacarle con intensidad, al punto de verse obligado á delegar el mando militar en Alvarado, y sólo encontraba alivio á sus males en el abuso del opio, pasando largas noches de insomnio.

Desde las primeras noticias, San Martín no dudó de que la expedición era un hecho, y meditando en una de sus noches de vigilia sobre los medios de contrarrestarla, tuvo la inspiración de un plan atrevido, que si bien no pasó de conato, da la medida de la amplitud de sus concepciones. Doblar el Cabo de Hornos con la escuadra chilena al mando de Cochrane y atacar la expedición española en el Atlántico, tal fué el plan que San Martín propuso reservadamente al gobierno de Chile sobre la base de correr de cuenta de las Provincias los gastos de la escuadra chilena y

ofreciendo adelantar á la vista 50.000 pesos para su apresto, bajo el compromiso de que la división de los Andes que se hallaba en territorio chileno, sería atendida por el gobierno argentino y permanecería en Mendoza una fuerza de 2.500 veteranos para resguardo de Chile. Las consideraciones militares en que fundaba la excelencia de su plan, además de las políticas, son dignas de las historia: «Siendo indudable—decía,—»la salida de Cádiz de tres navíos y dos fragatas con »destino al Pacífico, quiero suponer que la fortuna »de la marina de Chile apresase uno de los navíos por »la separación consiguiente que deben experimentar »al paso del Cabo; de toda suerte la escuadra de Li»ma quedaría muy superior á la chilena, y en tal caso »ésta se vería en la necesidad de encerrarse en uno de »sus puertos, con la gran dificultad de poderla soste»ner. El virrey de Lima podría entonces expedicionar »contra Chile, donde encontraría fuerzas escasas, pues, »si los españoles atacan á Buenos Aires, necesaria»mente deben repasar la cordillera las fuerzas del »ejército de los Andes que se hallan en Curimón, de lo »que resultaría quedar débiles en todas partes. En »las críticas circunstancias en que se presenta la Amé»rica, yo no encuentro más arbitrio que el que la es»cuadra de Chile salga sin pérdida de momento á des»truir la expedición española que debe salir de Cádiz »en todo agosto, escoltada á lo más, por dos fragatas, »pues nada tiene que temer de las fuerzas marítimas »de las Provincias Unidas, debiendo suponer á las de »Chile ocupadas en el Pacífico.» Al mismo tiempo escribía á O'Higgins: «El destino de la América del Sur »está pendiente de Chile. Si, convencido de mis ra»zones, hace usted partir la escuadra para batir la »expedición, San Mrtín ofrece bajo su palabra de ho»nor y como amigo los artículos que oficialmente le

»propongo. Es la ocasión de que sea usted el liberta»dor de la América.» Al enviado argentino en Santiago, Guido, le decía: «Entre mis reflexiones de esta »noche se me ha ocurrido lo único capaz de salvar al »país. Por no perder un tiempo precioso, no se las »copio, pero véalas en el oficio que dirijo á O'Higgins. »El amor de la patria me hace echar sobre mí esta »inmensa responsabilidad: si contribuyo á salvarla, »aunque después me ahorquen. Como verá por el oficio, está usted facultado por mí para esta negocia»ción. Los 50.000 pesos ofrecidos los tengo prontos, »y por el poder que le incluyo puede tamarlos de los »amigos. Del sigilo pende el buen éxito: O'Higgins, »usted y Cochrane, son los únicos que están en el »arcano. Cuando la escuadra salga, sería conveniente »echar la voz de que marchamos á destruir á Lima.»

Esta empresa era para tentar un genio audaz y aventurero como el de Cochrane; pero, cuando las comunicaciones de San Martín llegaron á Chile (agosto 6), su cabeza estaba ocupada con el plan de destruir la escuadra española en el Callao. Así, aun cuando la idea era aceptada por O'Higgins y Guido la apoyó colurosamente, el almirante se opuso abiertamente á ella, declaró que antes de todo era necesario incendiar la escuadra española del Callao, de lo que «respondía con su cabeza» con el auxilio de los cohetes á la Congrève que había hecho construir (véase capítulo XXII, párrafo III), llegando á decir: «Con mi »escuadra y mis cohetes, no temo ni á toda la escuadra »inglesa.» Por último, expuso: «que destruída la es»cuadra del Perú, la destrucción de las naves espa»ñolas era segura, aunque fuesen seis en vez de tres, »y se presentasen unidas», y consignó su opinión por escrito en estos términos: «Estando ya casi prontos »los cohetes, es necesario quemar primero la escuadra

»y transportes del Callao. Todo esto puede hacerse, »y la escuadra de Chile tocando en Valparaíso á su »vuelta, puede estar en el Río de la Plata ó en Río »de Janeiro en tiempo para frustrar los planes de los »españoles; pues, repito por escrito, que con sólo los »cohetes podemos destruir una fuerza naval superior, »y que debe construirse sin pérdida de tiempo, ade»más de la cantidad ordenada, toda la que sea po»sible, para destruir la expedición que se espera de Es»paña, restándome sólo agregar que creo infalible la »aniquilación de los buques del Callao, desde que la »emprendamos.» A San Martín le decía confidencialmente que «le era agradable cooperar á su grande »obra, pudiendo asegurarle que en un mes más, la »escuadra y transportes del enemigo en el Callao ha»brían dejado de existir.» El plan no tuvo ulterioridad y quedó sepultado en el secreto de los tres personajes que tuvieron conocimiento de él.

El director Rondeau, seriamente alarmado por nuevo aviso transmitido por los agentes de Cádiz, redobló sus instancias á fines de agosto, asegurándole: «que la »expedición era indubitable, y que á principios de »septiembre debía darse á la vela, pues así lo hacían »saber los enviados argentinos de París y Río de Ja»neiro, aconsejando poner el país en estado de defensa »sin pérdida de momento; y que por consecuencia, la »presencia del general se hacía cada vez más necesa»ria en Buenos Aires, para concertar el plan de resis»tencia, por ser el indicado para mandar en jefe el »ejército que debía formarse.» El general, que tenía las mismas noticias por su agente en Londres, Alvarez Condarco, comprendió que «todo se lo llevaba el diablo», según su expresión proverbial, si los españoles se posesionaban del Río de la Plata, aun cuando se conquistase el Perú, pues perdía la América su

base de operaciones; y renunciando por el momento á esta empresa, contrajo toda su atención á la defensa del territorio argentino, punto de apoyo de la resistencia continental. La contestación al director Rondeau sobre este tópico, tiene el timbre del clarín del vencedor de San Lorenzo, que en más vasta escala y con iguales bríos se preparaba á renovar en las márgenes del Plata la hazaña con que se ensayó en el Paraná, echando al agua á los españoles. Le ofrece por contingente un ejército de 4.000 hombres, de los cuales cerca de 3.000 de caballería, que estaría pronto en el mes de octubre, aconsejándole se armase de resolución para exigir del pueblo los sacrificios que eran indispensables. «Si somos libres, le decía, todo nos »sobra y por consiguiente los ciudadanos serán re»compensados de sus esfuerzos. Yo estoy firmemente »persuadido de que si el pueblo de Buenos Aires y »el resto de las provincias hacen un corto sacrificio, »y ponemos 10.000 veteranos, como podemos hacerlo »en cuatro meses, batimos al enemigo, y no son los »españoles los que nos bajan la cerviz. Diez y seis »escuadrones con 30 piezas volantes nos aseguran la »victoria.» La combinación de la caballería ligera contra un enemigo invasor desprovisto de medios de movilidad en un país llano, he ahí la idea nueva, que aun no se había acreditado en el mundo militar como principio de táctica combinada. Por eso daba tanta atención á la caballería, alterando su proporción con las demás armas, á la inversa de lo que practicara en la organización de sus ejércitos durante la campaña de Chile. Pero estos planes, como los anteriores, debía llevárselos el viento, y quedar simplemente bosquejados como una muestra del genio militar de su autor, á la vez que de las diversas alternativas por que pasó su espíritu en medio de las peripecias de la

época. La cronología de los hechos explicará estas peripecias y estas alternativas.

A fines de octubre recibióse en Buenos Aires la falsa noticia de que O'Donnell, á la cabeza del ejército de Cádiz, se había sublevado y marchaba sobre Madrid. El director supremo dispuso en consecuencia, que el ejército del norte acantonado en las inmediaciones de Córdoba regresase á Tucumán, y escribió á San Martín: «Por ahora fué á tierra el proyecto de invadirnos.» A principios de octubre vuelve á renacer la alarma, al saberse que O'Donnell ha sofocado el levantamiento militar próximo á estallar; pero antes de finalizar el mes, el gobierno tenía le evidencia de que la expedición estaba desbaratada en gran parte, y que era, cuando más, un peligro remoto. Así lo demostraba el periódico oficial y lo ratificaba confidencialmente el mismo director: «Remito copia de la última comunicación que he recibido de Gibraltar sobre »movimiento de la Península y estado de la expedición »hacia esta parte. Por ella se deja conocer que, si »insisten en su proyecto, no será tan pronto realiza»ble, y así tendremos siempre tiempo suficiente para »prepararnos.» En los primeros días de noviembre súpose positivamente que la peste se había propagado en el ejército expedicionario, diseminándose en sus cuerpos, aun cuando más tarde se anunció—por la última vez,—que el gobierno español persistía en su propósito á pesar de todo. Desde entonces se tuvo la evidencia de que la expedición era imposible ó por lo menos muy problemática. En efecto, la España estaba agotada, y la última conmoción abortada de su ejército, la había quebrado militarmente, aumentando su malestar político. La metrópoli ya no enviaría á América un solo soldado. Su último ejército expedicionario se convertía en ejército revolucionario. El úl-

timo de sus ejércitos que á la sazón levantaba el estandarte del rey en sus colonias independizadas, estaba circunscripto á las montañas del Perú. Allí lo iría á buscar San Martín, obedeciendo al impulso inicial de la revolución argentina, y en remotas playas continuaría defendiendo el suelo nativo, que ya nadie atacaría.

IV

Si la expedición española fué en casi todo el curso del año de 1819 el fantasma alrededor del cual giró la política exterior del Río de la Plata, la guerra civil fué el espectro pavoroso que dominó toda la política interna. Esta guerra era obstáculo para el desarrollo de los planes de San Martín, y por eso, antes de repasar los Andes y después de poner el pie en tierra argentina, todos sus conatos tienden á suprimirla, de cualquier modo que sea, primeramente, al promover por medio de la misteriosa Logia la mediación del gobierno de Chile—en que tan falsa posición asumió,—y posteriormente, al incitar á los caudillos disidentes de Santa Fe, Entre Ríos y Banda Oriental, á la paz y á la unión, en nombre y en el interés primordial de la causa americana de que era el hombre representativo. El armisticio doméstico entre el gobernador López de Santa Fe y las tropas del gobierno nacional en el Rosario, provocado indirectamente por él, y por la marcha del ejército de Belgrano sobre las montoneras, lo halagó por algún tiempo, haciéndole creer que, pacificado el país, obtendría nuevos recursos para proseguir las empresas lejanas, que consideraba salvadoras. Autorizado por el gobierno para abrir negociaciones pacíficas con los disidentes á su tránsito por el territorio de Santa Fe, «estipulando y

»concluyendo los pactos más conformes al interés ge»neral y particular de los pueblos», abrió nueva correspondencia con los caudillos del litoral, recabó de los caudillos de Cuyo el nombramiento de diputados que lo representasen ante aquéllos. Bajo esta confianza, y cuando consideraba disipada la amenaza inminente de la expedición española, recibe la noticia de que se habían roto de nuevo las hostilidades entre Santa Fe y Buenos Aires sobre la frontera de ambos territorios, entrando en liga de los caudillos anárquicos los de Entre Ríos y Banda Oriental. En tal conflicto, el gobierno lo llama urgentemente por la tercera vez, confirmándole la autorización anteriormente dada para arreglar pacíficamente las desavenencias domésticas y le reitera la orden de marchar á Buenos Aires con toda la división de los Andes acantonada en Mendoza, teniendo en vista el doble objetivo de la expedición española, caso de que se realizase, y la guerra civil que de cerca lo afligía. Estas ocurrencias llegaban simultáneamente con la seguridad de que todo estaba pronto en Chile para emprender la expedición del Perú, en prosecución de lo acordado por la Logia, y de conformidad con lo anteriormente convenido con el gobierno argentino. Contestó oficialmente á los de Chile que aceptaba gustoso la dirección de una empresa de que pendía la suerte decisiva de la América, y se pondría inmediatamente en marcha, si la renovación de la guerra civil no se lo impedía. En su correspondencia confidencial con O'Higgins se expresaba en el mismo sentido; pero anunciábale que en vista de estas novedades suspendía su proyectado viaje al litoral.

En medio de esta situación confusa vaciló nuevamente el ánimo resuelto del general de los Andes, entre sus obligaciones para con la patria, sus deberes

estrictos de la disciplina y su visión clara de que la suerte de la revolución americana estaba en Lima, y de que, antes de que la España pudiese poner un soldado en el Río de la Plata, él habría conquistado el Perú. Sea que la inminencia del peligro de la expedición, según las últimas noticias, lo decidiese; sea que, aprovechándose de la nueva alarma, procurase aumentar los elementos de que necesitaba para su gran empresa, ó lo que es más probable, que asumiera por el momento una actitud expectante, el hecho es que contestó al gobierno que se ponía en marcha desde San Luis con seis escuadrones de caballería, que formaban un total de 2.000 hombres, dejando en Cuyo su infantería por falta de cabalgaduras, según decía. A la vez pedía al gobernador de Córdoba le preparase 4.000 caballos para su pronta marcha á Buenos Aires. Todo estaba preparado para responder á la alternativa atención de acudir al litoral ó tomar definitivamente el camino de Chile. Había levantado en masa la provincia de San Luis, alistándola en escuadrones de caballería para concurrir á su segundo plan contra la invasión española, en número de 2.000 hombres. La fuerza de la división veterana de 1.200 hombres que había repasado los Andes en marzo y abril, elevábase á la sazón á 2.200. Los granaderos estaban estacionados en San Luis, donde se remontaban por alistamientos voluntarios y reclutamientos. El número 1.° de infantería hallábase acantonado en San Juan, y recibía una nueva organización calculada para la expedición al Perú. La artillería y los cazadores á caballo permanecían en Mendoza donde se hallaba el cuartel general. En esta actitud le sorprendieron el anuncio de estar todo listo en Chile para la expedición del Perú, la noticia de haberse roto las hostilidades entre Buenos Aires y Santa Fe y la orden triplicada de acudir

presurosamente á la capital con todas las fuerzas disponibles en Cuyo.

El plan del gobierno era reconcentrar todos los ejércitos de la república en la provincia de Buenos Aires, y formar una masa de ocho á diez mil hombres, teniendo en vista el peligro ya remoto de la expedición española, y por objetivo inmediato la guerra civil. Considerado este plan desde el punto de vista moral, militar y político, era una cobardía en presencia de poco más de 1.500 montoneros mal armados que lo amenazaban; una imprevisión, entregar todo el resto del país al enemigo, y circunscribirse á un solo punto, que por sí mismo estaba garantido; era una abdicación del poder abandonar á la anarquía todo el territorio, donde su acción se dilataría naturalmente y sin resistencia, y una verdadera deserción de la causa de la revolución, desguarnecer la frontera del norte que hacía frente al ejército realista del Alto Perú, renunciar á la alianza con Chile y á la expedición del Alto Perú, y lo era mucho más, si se toman en cuenta las tenebrosas maniobras á que respondía, como luego se verá más claro. A haberse realizado tal reconcentración—como lo hemos observado en otro libro histórico,—y aun suponiendo preservada á la provincia de Buenos Aires de los males de la anarquía, este resultado negativo habría importado la disolución nacional de hecho, el aislamiento del poder general, y el divorcio con los intereses de las demás provincias. Aun triunfando en una batalla, la cuestión no se decidía. Había que emprender una nueva guerra de conquista contra todo el país insurreccionado, en que los ejércitos se gastarían estérilmente, si es que no concurrían al desorden. Todas estas consecuencias, si bien no rigurosamente lógicas y necesarias, eran fatales, dados los antecedentes de la situación general y

el estado de los espíritus. La guerra civil era un fenómeno espontáneo, una enfermedad del tiempo que no podía curarse con amputaciones parciales operadas por el sable. Concurrían á encenderla, no sólo los instintos selváticos de las multitudes y de sus caudillos semibárbaros, sino también el descontento de las clases ilustradas de la sociedad, en presencia de una situación política perdida que reaccionaba contra las tendencias de la revolución, y esta influencia deletérea se extendía hasta las filas de los mismos ejércitos. Todo presagiaba una catástrofe inmediata, que la fuerza militar era impotente para prevenir.

V

El director supremo, Rondeau, perseverando en su plan, habíase puesto en campaña al frente del ejército de Buenos Aires, superior en número aunque no en bríos al de los montoneros, y marchaba á la frontera para hacerles frente allí, donde debía verificar su unión con el del norte, que desde Córdoba se dirigía con tal objeto á la espera del de Cuyo. Por lo tanto, el llamamiento de las fuerzas de Cuyo no respondía á una exigencia militar imperiosa. ¿Cuál era el verdadero objeto de la reconcentración de todos los ejércitos de la nación? Una comunicación enigmática dirigida á San Martín y firmada por el director Rondeau en su cuartel en campaña (10 de noviembre), responde á esta interrogación. Decía así: «Reservadísimo. Todos los motivos que hacían urgente su aproximación »con el ejército de su mando, son un átomo respecto »de los que han ocurrido estos últimos días. Ellos son »de un orden superior á todo lo que se pueda imaginar, y ponen en el más grande de los conflictos, no »ya á la presente administración, sino directamente

»toda la existencia de todas las provincias. Las comu»nicaciones de Europa novísimamente recibidas, nos »anuncian próximamente y de un modo indudable un »mal mayor que el de la expedición española; pero »no pudiendo aventurarse al papel en ninguna for»ma, es preciso que acelere sus marchas para impo»nerse y prepararnos extraordinariamente y con ur»gencia, para que el Estado pueda ser salvado. Es »un negocio de la última importancia; es inútil decir »más.»

¿Cuál era este negocio magno, que se calificaba de conflicto, no siendo ni la expedición española, ni la guerra civil como se decía, y que afectando la existencia del Estado, debía salvarlo? Era el establecimiento de una monarquía, sigilosamente complotada entre los poderes públicos del estado, que se procuraba imponer al país por sorpresa y con el auxilio de la fuerza armada. Nada había sucedido en Europa que importase un conflicto para las Provincias Unidas, y por el contrario, las últimas comunicaciones de sus agentes diplomáticos anunciaban que la expedición española, no sólo era irrealizable, sino que, en todo caso, quedaría neutralizada. Era que el Dr. Valentín Gómez de cuya misión hemos dado cuenta antes, (véase cap. XIX, párrafo VI). había concertado en París un informal convenio «ad referéndum» con el gobierno francés para la coronación de un príncipe de la casa de Borbón—el duque de Luque, — como soberano del Río de la Plata bajo la protección de la Francia, con la condición de allanar sus dificultades con la España dando «otra dirección» á su expedición, y de interesar al Portugal en el plan por medio del enlace de una princesa del Brasil con el presunto candidato al trono argentino, á fin de facilitar la evacuación de la Banda Oriental ocupada por

los portugueses. El congreso, pasando por encima de la constitución republicana jurada, traicionaba el programa de la revolución, contrariaba la voluntad nacional, inconsulta la opinión, al sancionar en secreto como una conjuración, lo que calificaba de «gran proyecto» (3 de noviembre), cuatro días antes de firmar el director supremo la enigmática comunicación antes transcripta. Cuatro días después (12 de noviembre), autorizaba al enviado argentino en París para proseguir la negociación iniciada, sin más restricción, que pactar la absoluta independencia y proponer la reintegración de la Banda Oriental como límite del territorio nacional. Las fechas son acusadoras y proyectan su luz siniestra sobre ese obscuro documento, cargándolo con una sombra negra. No sólo se aceptaba la monarquía para lo ulterior, y se renegaba del credo republicano de la América, sino que, como fin inmediato, al desviar del Río de la Plata y Chile la amenaza de la expedición española, dejábase á la España en libertad de dirigirla para reforzar al Perú ó para sofocar las insurrecciones de Méjico, Venezuela y Nueva Granada, de cuyos agentes en Europa se había prescindido estudiosamente, y esto era, más que una deserción de la causa de la América independiente, una verdadera hostilidad indirecta á su revolución.

San Martín, que era, como se ha visto, monarquista de oportunismo, aunque republicano por temperamento y por convicción, y que había aprobado la misión de Gómez y aun propiciádola ante el gobierno de Chile, decidiéndolo á concurrir diplomáticamente á ella (véase cap. XIX, párrafo VI), no tuvo conocimiento por entonces de este resultado, y su resolución estaba ya tomada de antemano. Desobedecería.

Había llegado para San Martín el momento psicológico que modificaría el curso de los aconteci-

mientos por un acto deliberado de su voluntad, acto que lo divorciaba de su patria decidiendo de su destino y también de los de la revolución sudamericana.

Hasta entonces su proceder había sido lógico consigo mismo con un plan, con un objetivo fijo y con medios de acción apropiados para mover hombres y cosas como máquinas en el sentido de sus designios. Desde este momento, su conducta es doble, como lo fué al iniciar el repaso de los Andes; pero vacilante, cediendo á fuerzas latentes que lo atraían al exterior y á poderosos impulsos que lo empujaban hacia el interior. El americanismo y el patriotismo combinado con el americanismo, pugnaban en su alma, y de aquí las alternativas de su espíritu y las variadas combinaciones que respondían á las diversas situaciones en que se encontraba sucesivamente envuelto por los acontecimientos supervenientes, por el acaso y por la misma complicación de sus misteriosos manejos. Al ponerse en pugna con el gobierno de Chile, que era su obra, hasta el extremo de pretender anonadarlo retirándole su apoyo, con el objeto de obligarlo á realizar la expedición al Perú, que lo atraía irresistiblemente, su conducta es consecuente con sus propósitos, y sus medios, aunque ambiguos, eran adecuados á sus fines. Al asumir ante el gobierno argentino el doble papel de acusador del gobierno de Chile por su falta de cumplimiento á los compromisos internacionales, y hacerlo servir de instrumento de sus secretos manejos, era también consecuente con los objetos que perseguía á la luz del día. Al deshacer su laboriosa trama, haciendo servir á uno y otro gobierno á encaminar las cosas en el sentido de sus planes, y obtener de Chile todo lo que buscaba con la terrible presión por él ejercida sobre ambos, no hacía sino colocarse

en la situación que de antemano previó. Pero al encontrarse envuelto en las dificultades que surgieron del amago de la expedición española al Río de la Plata, su marcha empieza á ser vacilante, y se le ve oscilar entre dos corrientes encontradas. Ora se resigna á permanecer á la expectativa de los sucesos ó se decide por la inmediata marcha al Perú, cuando la expedición anunciada parece disiparse; ora renuncia francamente á la empresa del Perú, le pide su escuadra á Chile para contrarrestar la invasión peninsular y combina nuevos planes para rechazarla en las márgenes del Plata, cuando considera amenazada la base de operaciones de su campaña continental; y cuando parece que va á tomar un rumbo, duda y se detiene, y luego que se penetra de que la expedición española no es un peligro serio, ó que puede conjurarse atacándolo como Scipión en Cartago para salvar á Roma, retrocede y permanece á la expectativa. Por último, cuando comprende que la guerra civil que le repugna, y que juzga con criterio de fatalista, va á arrastrarlo á su vorágine, á disolver su ejército, esterilizándose sus fuerzas para su patria y para la América, vuelve, como la aguja imantada á tomar su dirección y se lanza resueltamente á cumplir su destino americano. Desde este instante, guardando su impenetrable secreto, su papel vuelve á ser doble en lo ostensible, y, como el símbolo de dos caras y sin pies de los antiguos, marca el doble término en los Andes, presenta al mundo la cara iluminada por la gloria, y á la patria de que se divorcia, la cara obscura, llevándose él su programa revolucionario, sus armas y su bandera emancipadora. Tal es el gran momento psicológico famoso en la vida de San Martín, el momento que presagia su desobediencia, la determina y marca el punto culminante de su carrera de libertador americano.

VI

Al finalizar el año XIX, las Provincias Unidas se hallaban en plena descomposición política. Sin un gobierno eficiente que dominase la situación, y con un gobierno sin ideas ni punto de apoyo en el país sublevado en el litoral y pronto á levantar sus armas contra él todo el interior; enervado el espíritu público de la capital, centro del poder; minados los ejércitos: extraviados los poderes públicos en planes insensatos de monarquismo, que asumían el carácter de una tenebrosa conjuración, para corregir la anarquía que fomentaban por tales medios; rebelada moralmente la opinión de todas las clases del pueblo contra el gobierno general; era una situación perdida, que el director Pueyrredón entregara sin fuerzas, después de agotarlas en la tarea del gobierno, y que debía perderse fatalmente en manos del director Rondeau, último representante enfermizo del vigoroso centralismo gubernamental que había dado su impulso á la revolución. La revolución argentina, obedeciendo á su impulsión inicial y á los instintos populares, ejecutaba en ese momento su doble y peligrosa evolución, diseñándose sus dos tendencias características: la propaganda emancipadora en el exterior por las armas y los principios americanos por ella formulados:—la descomposición del mundo colonial en el interior, por la guerra social y el choque de las masas agitadas, impregnadas del espíritu disolvente de disgregación, que envolvía en el fondo un principio de transformación.

El ejército de los Andes era en aquel momento el último y único representante de la propaganda americana, que conservaba, en medio de esta dispersión de las fuerzas morales y materiales, la bandera y la espada redentora de la revolución argentina, con que

los primeros ejércitos llegaron hasta el Desaguadero en marcha hacia Lima, y libertaron á Chile teniendo por objetivo lejano el Perú al través del mar Pacífico. Máquina de guerra y organismo calculado para realizar los objetos de esa vasta propaganda, el ejército de los Andes estaba dotado por su creador de las armas adecuadas á tal propósito y penetrado de la pasión de su empresa. Su permanencia en tierra extraña lo había preservado del contagio de las pasiones deletéreas que trabajaban á los ejércitos argentinos en su territorio, y que ya habían contaminado, por la acción del medio, las tropas que repasaran los Andes. El ejército de los Andes era, pues, una fuerza en el exterior y un peligro en el interior, y tenía que ser, ó pretoriano ó revolucionario en la patria, ó libertador en América, y fué libertador obedeciendo á la impulsión inicial de la revolución argentina, cuya evolución completó en tal sentido.

En aquella situación confusa, San Martín, lo mismo que su ejército, no tenía sino dos papeles: ó montonero ó régulo en la patria, ó libertador en América; á menos de desertar de su puesto de combate, arriando su bandera y abandonando á sus soldados al frente del enemigo tradicional. Optó por lo segundo, y tuvo la inspiración salvadora de la revolución americana, y así salvó la gloria de su patria, realizándose en él lo que el poeta dijera de otro gran hombre, de fama europea:

> **Faltar pudo su patria al grande Osuna**
> **Pero no á su defensa sus hazañas.**

A la expectativa del desarrollo de los sucesos ó vacilando aún respecto del partido que definitivamente debía adoptar en esta coyuntura, había anunciado al general del ejército del norte que el 10 de diciembre

se pondría en marcha con dirección á Buenos Aires, y que, en obediencia á las instrucciones del gobierno, era su ánimo tomar el camino de la frontera que conducía directamente al Pergamino. Tres días después (el 25 de noviembre), anunciada por la orden general la marcha de la división con destino á la capital, recibía la noticia de haber estallado una revolución en Tucumán, apoyada por las tropas del ejército auxiliar acantonadas allí, con deposición de sus autoridades civiles, proclamación de su independencia provincial y prisión del general Belgrano. Comunicaciones que simultáneamente recibía de Córdoba, le confirmaban haberse descubierto la existencia de un plan de conspiración tramando por varios oficiales del ejército situado en Córdoba, de acuerdo con el movimiento de Tucumán, el que tenía ramificaciones en todas las provincias del interior, incluso la de Cuyo. Este hecho lo alarmó seriamente, y confirmólo en su propósito de alejarse del teatro de la guerra civil, á la que no encontraba remedio. En consecuencia, después de tomar sus precauciones á fin de que su provincia no fuese invadida por la anarquía general, ofició al gobierno: «La sublevación de las tropas que guarnecían »el Tucumán, unida á los avisos que he recibido por »la vía de Córdoba, de que el movimiento de aquella »provincia estaba de acuerdo con el que debía ejecutar»se en ésta (Cuyo) luego que se verificase la salida del »Ejército, me han hecho suspender la marcha que »debía emprender el 11 por la mañana con dirección á »la capital. Pesadas estas circunstancias, espero se »sirva comunicarme las órdenes que tenga por conve»niente sobre el movimiento de esta División.» Agregaba que un nuevo ataque que había sufrido, lo obligaba á ir á tomar los baños de Cauquenes en Chile por disposición de los facultativos, y que tenía la espe-

ranza de hallarse mejorado y de regreso antes de recibir contestación á su oficio, participando á la vez quedar encargado del mando de las fuerzas de Cuyo el coronel Alvarado.

Cuando esto escribía el general de los Andes, su resolución estaba tomada de antemano, aun cuando todavía dudase ante la inmensa responsabilidad que iba á echarse sobre sus hombros. El 9 de noviembre, así que viera que empezaba á disiparse la tempestad señalada en el horizonte lejano, por el desbarate de la expedición española, escribía á O'Higgins, por mano de su secretario: «Tengo la orden de marchar á la »capital con toda la caballería é infantería que pue»da montar; pero me parece imposible poderlo reali»zar, tanto por la flacura de los animales, como por »la falta de numerario.» Y á renglón seguido borroneaba, de su puño y letra, en gruesos caracteres y profusión de mayúsculas, estos renglones: «Reserva»do para usted solo. No pierda tiempo un solo mo»mento en avisarme el resultado de Cochrane, para »sin perder un solo momento marchar con toda la Di»visión á esa, excepto un Escuadrón de Granaderos »que dejaré en San Luis para resguardo de la Provin»cia. Se va á desecargar sobre mí una responsabilidad »terrible; pero, si no se emprende la Expedición al »Perú, todo se lo lleva el Diablo. Dígame cómo está »de artillería de Batalla y Montaña para la expedi»ción, pues si falta, podemos llevar la que tenemos en »ésta. Los montoneros se reunían el 14 en el Rosario, »y su plan era invadir la campaña de Buenos Aires. »Tengo reunidos 2.000 caballos sobresalientes, los que »marcharán á esa con la División. Si vienen noticias »favorables de la Escuadra, haga estar prontas todas »las Mulas de Silla y Carga del Valle (de Aconcagua),

»para que transporten los Cuerpos del Pío de la Cor»dillera á esa Capital.» Pero aun después de adoptar esta resolución, todavía daba espera á su ejecución.

VII

El oficio de San Martín participando su contramarcha (del 7 de diciembre), llegó á manos del director Rondeau en momentos en que éste, al frente del ejército de Buenos Aires y próximo á dar la batalla final, recibía de todas partes avisos de que la república estaba en estado de disolución.

El general Cruz, jefe interino del ejército del norte, hombre recto, de juicio frío y decidido sostenedor del orden, escribía al director: «Córdoba se halla, en »su mayor parte, dispuesta á romper los débiles la»zos que la unen al gobierno supremo: sus habitantes »proclaman con desvergüenza la federación, y como »son los más audaces y muy poco contrarrestados, lo»gran extender más y más su opinión. Si esta pro«vincia se mantiene en una aparente dependencia, es »por temor al ejército que mando; pero tengo por »evidente que, poniéndome á una distancia en que no »corran riesgo, harán un movimiento estrepitoso. La »revolución sucedida en Tucumán ha puesto á los per»turbadores en la mayor animosidad; ya cuentan con »este apoyo más, y sería en vano alejar algunos de »sus principales corifeos, porque la enfermedad es ge»neral, y cada día se extiende el contagio. Veo una »conspiración de todas las Provincias contra el Gobier»no; ninguna se acuerda de que existen españoles con »quienes pelear: su primera y única atención es subs»traerse á la autoridad central, y pensar cómo han de »sostenerse contra cualquiera fuerza que se destine á »hacerlas entrar en su deber, aunque para ello sea

»preciso que el país se desole. Agotado el remedio de »la prudencia, juzgo que no hay bastante fuerza con»tra tanto conspirador, y aun cuando la hubiese, todo »es arruinar estos desgraciados territorios. Ellas pro»claman una federación que no entienden y que con»funden con la anarquía, y siendo uno de los mayores »males el concederla, por razones que están á la vis»ta, parece mejor negarla cuando no se puede soste»ner lo contrario.»

El gobernador de Córdoba, D. Manuel Antonio Castro, inteligencia penetrante y jurisconsulto profundo, animado de sano patriotismo, que observaba el desorden más de cerca, escribía á su vez: «Los anarquis»tas con el nombre de federales habían tomado antes »un carácter de animosidad muy notable, sin que la »inmediación del Ejército Auxiliar haya sido bastante »para imponerles respeto. Después del acontecimien»to de Tucumán ponen en juego todo arbitrio para mi»nar el gobierno, y sólo esperan el momento de reali»zar sus designios. No es la fuerza la que puede conte»ner este torrente, sino mientras ella está encima, y »la necesidad de mantener la fuerza en esta provin»cia aumenta el descontento y la disposición á abra»zar una mudanza, que siempre creen favorable por »huir de las exacciones presentes. Y aun cuando la »fuerza fuera un medio de evitar el sacudimiento que »necesariamente debe esperarse, yo me voy á quedar »sin ella, pues el Ejército Auxiliar se pondrá en mar»cha dentro de pocos días, y no lo tengo para ase»gurar el orden. El gobierno sabe el estado de la pro»vincia de Salta; está impuesto del de Tucumán; é »informado ahora desde Córdoba, debe persuadirse de »que la separación se acerca tan pronto como se reti»re el ejército. Todo el que observe de cerca á estos »pueblos, conocerá con exactitud el estado de la opi-

»nión: han olvidado el primer objeto de nuestra re»volución: desconocen los peligros que todavía corre »la existencia de la nación con respecto al enemigo co»mún, y han declarado á la actual forma de gobierno »un odio inextinguible cuyo contagio se propaga de »día en día, y en razón directa que disminuye la fuer»za moral, pierde su eficacia la física. Ahora comba»timos dos clases de enemigos.»

Jamás la pluma de ningún historiador argentino trazó con rasgos más acentuados, y puede decirse elocuentes, á la par que con sano é imparcial criterio, el estado de disgregación de las Provincias Unidas en aquellos días angustiosos, diagnosticando la enfermedad moral de los pueblos y la impotencia del gobierno para curarla, en presencia de la fatalidad de las cosas y de los tiempos que se sobreponía á las voluntades que daban razón de ser á la anarquía, explicada por la lógica brutal de los hechos invencibles, reconociéndose la ineficacia de la fuerza armada para contener «el torrente de la opinión,» que se desbordaba del cauce revolucionario. Y cuando se piensa en que los personajes expectables que hacían esta palpitante pintura, eran testigos conscientes que tenían por delante el original; que uno era el general de un ejército—última esperanza del recurso de la fuerza,—cuyas tropas estaban complotadas con la anarquía con sus principales jefes á la cabeza; y el otro, un partidario de buena fe del sistema monárquico — última áncora de esperanza de los políticos sin rumbo, extraviados en la tempestad,—vese que el mal no tenía remedio por las armas, y que razón tenía San Martín cuando lo buscaba por otro camino y por otros medios, y preveía que la intervención de los ejércitos en la lucha social no haría sino agravar el mal interno, aumentando los peligros exteriores. Esto, que veían

claramente los hombres de acción y los pensadores de la época, no lo alcanzaban los poderes públicos de aquel tiempo, pues habían llegado á ese estado de cristalización en que, sin la noción de las cosas, carecían hasta de las ideas que ellas sugieren ó de la habilidad rutinaria de los expedientes que las suplen. Así es que el director supremo, en víspera de la batalla inmediata que iba á decidir del destino de la situación, y de la catástrofe que estas revelaciones sombrías anunciaban, encontróse atribulado, y buscó sus inspiraciones en el Congreso, representante legal de la sabiduría nacional.

El Congreso Nacional, tomaba en consideración la consulta del director en campaña, con presencia de las exposiciones del gobernador de Córdoba y del general del ejército del norte, dió en su contestación la medida de su altura. Sin darse cuenta del estado del país, ni encontrar dentro de sí una sola inspiración, aconsejó que todo se entregase al acaso, sin acertar siquiera á trazar un rumbo ni á indicar por lo menos una medida acertada. Para evitar los riesgos que se temían, «parecíale (son sus palabras) que bastaba de»jar una guarnición en la ciudad de Córdoba y exone»rar al gobernador de su cargo político, substituyéndo»lo por un gobernador militar,» cuando precisamente el peligro que se señalaba, era la impotencia de la fuerza, y cuando el gobernador que se eliminaba era, por su autoridad moral, la única garantía de orden pacífico. Como complemento de esta gran medida político-militar, indicaba al gobierno tomase contra los principales promotores del desorden las medidas que considerase oportunas, usando de los medios á su alcance, mientras se aproximaban las tropas que debían sostenerlo, cuando el gobierno lo que pedía eran los medios que le faltaban para dominar la situación, y

cuando el concurso de la fuerza militar era el problema que se trataba de resolver, para aplicar su potencia allí donde fuese más eficiente. Jamás congreso alguno en el mundo demostró menos conciencia de su situación, más carencia de ideas ni mayor ineptitud política, administrativa y militar. Era, en realidad, una situación perdida por el agotamiento de fuerzas intelectuales, morales y materiales, á lo que se agregaba el germen de disolución que los poderes públicos llevaban en su seno por la confabulación del plan monarquista, á cuyo triunfo pretendían hacer concurrir los ejércitos de la república, violentando la opinión, justamente irritada contra este plan, producto del cansancio y de la cobardía republicana.

El director Rondeau, más atribulado que antes con las soluciones del congreso á su complicada consulta, no encontró tampoco en sí inspiraciones nuevas, y entregó á su vez las cosas á la corriente de los acontecimientos, sin dirigirlos ni preverlos. En consecuencia, al contestar á San Martín, repitió la lección insipiente del congreso, y aplicando á Cuyo lo recetado para Córdoba como remedio para prevenir los males que amenazaban al país, le ordenó dejase una guarnición á su espalda, y marchase á Buenos Aires con todo el resto del ejército de los Andes sin pérdida de tiempo, encomendando su mando á alguno de sus jefes en el caso que él personalmente no pudiese por el estado de su salud ponerse á su frente. La medida de la incapacidad gubernativa estaba colmada, y en verdad era una situación perdida, no sólo por la fatalidad de los hechos, sino también por la lógica de las cosas, tal como desgraciadamente se combinaban.

Mientras tanto, O'Higgins atraía á San Martín con seguridades halagadoras. «La fortuna propicia—le de»cía,—nos está convidando á dar la última mano á la

»libertad de América; y le proporciona una ocasión y »un motivo justo para resistir la orden de su gobier-»no. Sin la libertad del Perú, está usted convencido »de que no podremos salvarnos, y ahora es el momen-»to de venir á Chile con las tropas de Cuyo, en la se-»guridad de que á los dos meses estamos en camino »para lograr el objeto tan deseado. Véngase, amigo, vue-»le, y se coronará la obra.» Guido por su parte, la Logia de Lautaro en Chile, sus compañeros de armas, todos, le escribían en el mismo sentido, y él, obedeciendo á sus aspiraciones geniales, estaba en su conciencia definitivamente decidido á la gran desobediencia, que consideraba, á la vez que un sacrificio, un deber con toda su tremenda responsabilidad ante la historia.

Aún no se resolvió San Martín á romper el freno saludable de la disciplina que lo sujetaba. Limitóse á disponer de su persona con arreglo al aviso que había dado al ministerio de la Guerra al desistir de su proyecto de marcha á Buenos Aires, en virtud de la revolución de Tucumán y de los avisos transmitidos desde Córdoba, que le anunciaban otra revolución así que él se moviese con su ejército, lo que luego se verá era exacto. Su estado físico, bien que pretexto ostensible para cubrir su retirada, era en verdad cada vez más deplorable. Imposibilitado físicamente de atender al mando militar, lo había delegado en Alvarado, y éste le ocultaba las comunicaciones que podían agravar su excitación nerviosa. Empero, en una ausencia de Alvarado, llegaron á sus manos los oficios que lo instruyeron de la sublevación de Tucumán, y la impresión que esto le produjo, agravó de tal modo sus males, que se llegó á desesperar de su vida. Sus fieles subalternos, previendo los inconvenientes de la travesía de la cordillera, hicieron preparar una camilla que, con-

ducida en hombros de sus soldados, llevara al general al occidente de los Andes. Fué entonces cuando San Martín escribió con mano temblorosa su última renuncia. «He reclamado en vano, dice en ella, por el »espacio de tres años mi separación del mando del »Ejército. Ya no es necesaria nueva reclamación: mi »postración absoluta me hace separar de este encargo.» El gobierno le contestó que había dejado siempre á su arbitrio la elección del clima que más conviniese al restablecimiento de su salud, sin aceptar su dimisión del mando de un ejército cuya organización y triunfos le eran debidos, y que por las mismas razones al concederle licencia para pasar á Chile á los baños de Cauquenes, era con la investidura de capitán general del ejército de los Andes, sea que estuviese reunido ó seccionado, en la inteligencia de que, en cualquier punto que se hallase debía proveer á su fomento y disciplina, por exigirlo el buen servicio del Estado y el honor debido á sus relevantes servicios. Este oficio debía llegar á manos de San Martín cuando el gobierno que lo expedía, ya no existiera, y sí sólo la sombra de las Provincias Unidas envueltas en la más desastrosa anarquía, de cuyo seno debía surgir la vida nueva, después de tormentosas pruebas que casi aniquilaron los principios morales de la vida social. En los primeros días de enero de 1820 el general de los Andes atraviesa por penúltima vez la cordillera, tendido en una camilla llevada en hombros de sus soldados, como Mauricio de Sajonia cuando marchaba inválido por pies ajenos para ir á vencer en Fontenoy. Los baños de Cauquenes estaban en Lima, y allí debía ir á buscar la salud de la América.

VIII

Antes que exhibiésemos parte de los documentos que hoy completamos respecto de la famosa desobediencia de San Martín, su conducta ha sido juzgada con criterio diverso, así desde el punto de vista del estricto deber militar como del patriotismo previsor; pero este criterio sin base respondía más al instinto que al conocimiento perfecto de los hechos y á la conciencia de la situación en aquel solemne momento histórico. Hemos formulado nuestro juicio al respecto antes de ahora, y como ha tenido sanción americana y ha sido generalmente aceptado como fórmula por casi todos los escritores americanos que de este punto se han ocupado, lo consignaremos con las mismas palabras en las páginas de la historia del hombre objeto de él.

Si bien sean difíciles de determinar las variadísimas combinaciones á que un hecho modificado puede dar lugar, por cuanto las causas son más complejas en el orden moral que en el físico, empero, cuando se toman en cuenta las causas visibles y tangibles, desentrañándolas de los hechos comprobados, y se comparan con los resultados, puede llegarse á conclusiones positivas, que habilitan á formar juicio correcto con conocimiento de causa, de manera de poder apreciar las que son del dominio de la historia real y no de la historia hipotética. Y admitiendo como elemento de juicio que el instinto conservador de toda nacionalidad—especialmente en sus grandes conflictos internos,—debe consultar ante todo sus conveniencias y sus facultades, y que nadie tiene el derecho—menos que todos el depositario de su fuerza pública,—de imponer sacrificios á un pueblo, aun tratándose de designios generosos, en que la gloria puede ser mayor que

el provecho, aun así, el juicio equitativo de la posteridad ha sido favorable á la desobediencia de San Martín. El último fallo—que sin duda confirmará la posteridad,—es que la resolución del general San Martín al no dar pábulo á la guerra civil y emprender la expedición á Lima, no sólo consultó las previsiones políticas y militares, sino también los instintos conservadores de un patriotismo elevado, que se hermanaba con la propaganda guerrera de la revolución argentina de que fué el último campeón, llevando su bandera redentora hasta la línea ecuatorial de la América del Sur, con gloria para su país y beneficio para la América.

Es punto que tiene el consenso universal, que San Martín salvó la revolución sudamericana con su atrevida resolución de expedicionar al Perú, después de haber reconquistado y asegurado su independencia en el sur, dominando el mar Pacífico. Sobre esto no hay dos opiniones.

El Perú era el último baluarte del poder español en Sud América, como las Provincias Unidas constituían la base y el nervio de la insurrección continental. La campaña de San Martín á Chile tuvo por objetivo á Lima; y las jornadas de Chacabuco y Maipú no fueron sino dos grandes etapas en su itinerario sudamericano. Dominado el Pacífico por la marina independiente, con arreglo á este plan, la expedición del Perú era una consecuencia necesaria y una condición de triunfo. Realizarla, era herir al poder español en el corazón, de conformidad al programa inicial de la revolución argentina. Una nueva república se incorporaba al movimiento revolucionario, y encerrados los últimos ejércitos republicanos y realistas en el recinto montañoso del territorio del Perú, ese territorio se convertía en el palenque cerrado, dentro del cual

debía decidirse por un supremo y definitivo esfuerzo la causa de la emancipación del Nuevo Mundo. Esto, por lo que respecta á los deberes para con la América.

La prosecución de esta gran concepción preparada en el curso de cuatro años continuos de trabajo, y ejecutada bajo la responsabilidad de su autor, daba gloria á su patria y la salvaba del oprobio en momentos en que se hallaba en completa desorganización, sin un gobierno que pudiese dominar ó siquiera moderar su anarquía interna, y de este modo salvaba sus últimas armas de perderse estérilmente en la guerra civil, en que todos quedarían derrotados. Mostraba así que la República Argentina, representada por un puñado de sus hijos fieles á su tradición revolucionaria, aún tenía alientos para irradiar su acción y su espíritu al resto de la América del Sur—incluso á Colombia,—en unión con las armas chilenas. Esta era la corona americana de la revolución argentina.

Considerado San Martín en esta emergencia como ciudadano y como soldado, que debía ante todo sus servicios y la obediencia á su gobierno, es posible que, ahora como antes, y quizá después, las opiniones se dividan aún en presencia de los hechos supervenientes, que ahora empiezan á caer bajo la pluma del historiador. Sería empero muy pobre criterio histórico el que atribuyese el resultado definitivo de la guerra social en que las provincias argentinas estaban empeñadas entonces, á la ausencia de 2.000 soldados argentinos (gran parte de ellos chilenos con su uniforme), que con San Martín á su cabeza y en unión de otros 2.000 chilenos, iban á combatir contra 23.000 españoles, que amenazaban á la república por su frontera norte.

Sin el concurso del contingente argentino, y sobre

todo de su general, la expedición á Lima era irrealizable y la guerra sudamericana se paralizaba. Sin necesidad de él podía el gobierno salvarse, si es que no estaba irremisiblemente perdido, desde que contaba con 10.000 guardias cívicos en la capital de Buenos Aires y más de 5.000 hombres de las tres armas en campaña, contra 1.500 montoneros escasos y mal armados. Con el duplo y triple de estas fuerzas el gobierno no había podido ejecutar una sola campaña feliz contra las provincias disidentes, que proclamaban la federación de hecho ó sea la independencia de su autoridad. Derrotado en el empeño de avasallarlas, una vez en el Paraguay, otra en la Banda Oriental, tres en Entre Ríos y cuatro consecutivas en Santa Fe, no había podido ni siquiera dominar militarmente á la última, aun contando con el concurso de 3.000 veteranos que dirigió contra ella.

El ejército del norte, al mando del general Belgrano, obedeció á la primera orden del gobierno para combatir la guerra civil, como obedeció en esta ocasión, y el resultado fué perderse miserablemente en ella sin combatir, como se verá después, haciéndose más desastrosa la derrota del gobierno central al proporcionar á la anarquía fuerzas militares organizadas con que antes no contaba. Lo mismo se habría perdido el ejército de los Andes, como á su tiempo se verá también, salvándose parte de él, al menos, merced á la desobediencia de San Martín. Estos dos ejemplos son dignos de la admiración de la posteridad, no obstante sus opuestos resultados, pero no pueden medirse por el cartabón ordinario.

Y si se tiene en cuenta que el llamamiento hecho á los ejércitos de la República, respondía—como se ha visto,—no sólo á la guerra civil, sino á un plan siniestro de los poderes públicos complotados contra la

opinión democrática del país, desviando la revolución de su curso, veráse que la intervención de las bayonetas, al complicar la lucha, provocaba otra lucha entre la anarquía y la oligarquía, en pugna las masas populares contra el pretorianismo, aun en el caso de que los ejércitos permaneciesen fieles al poder central. Dado que la presencia del ejército de los Andes, al intervenir en la guerra civil, hubiese podido influir en el éxito de las batallas, es seguro que se habría gastado, aun triunfando, en una contienda cuyo resultado debía ser la ruina del país y el aniquilamiento de sus fuerzas militares, políticas y sociales. Ni una ni dos batallas ganadas podían inocular nueva fuerza al gobierno nacional, enervado como la opinión, y que en esos mismos momentos buscaba su punto de apoyo fuera del país contra el país, apelando á una combinación tenebrosa, que importaba, á la vez que una intervención extraña inspirada por el desaliento ó la impotencia, una reacción contra la revolución democrática de la América. Ni las armas podían extirpar las raíces que alimentaban la lucha, ni privar á las fuerzas explosivas de la democracia semibárbara de la ventaja del número, del espacio y del tiempo, que estaban de su parte, además de la razón que la asistía como hecho vivaz y la que le daban los deplorables errores políticos de los mandatarios legales. Por otra parte, la simple lucha interna, encerrada en el círculo vicioso de las acciones militares y de las reacciones populares, habría sido tal vez más larga, sin duda más dolorosa, pero no habría normalizado la cuestión política y social, que sólo el tiempo y la gravitación de las grandes masas, impulsadas por la concurrencia de las voluntades, debía y podía resolver. Aun, para obtener tal resultado incoherente, había que romper desde luego la alianza americana con Chi-

le, en el hecho de separar sus fuerzas unidas al renunciar á la expedición del Perú. Entonces la República Argentina quedaba sola, con sus fronteras abiertas por la parte del norte (Salta) y el desorden en su seno.

Los realistas, que contaban á la sazón con más de 23.000 hombres de buenas tropas en el Alto Perú, y Bajo Perú, libres del cuidado de una invasión por el Pacífico, habrían concentrado la mayor parte de sus fuerzas en el Alto Perú (Bolivia), habrían podido dirigir un ejército de 10.000 hombres sobre las provincias argentinas, que en el estado de desorganización en que se encontraban, no hubieran podido oponer una resistencia eficiente. Las provincias del interior de la República, sublevadas en masa contra el gobierno general, á imitación de Tucumán y Córdoba, y los ejércitos en la capital luchando brazo á brazo con el litoral, tal es la situación que habrían encontrado los españoles al invadir nuevamente la frontera del norte.

Los sucesos que se produjeron en aquella época de desorganización espontánea y trasformación radical, y los fenómenos políticos y sociales que se desenvolvieron obedeciendo á la lógica del bien y del mal, reconocen causas más complejas que la ausencia de 2.000 veteranos con sables afilados en los campos de la guerra civil. Dos mil soldados más ó menos no podían modificar de un sablazo la naturaleza del pueblo argentino tal como era, ni alterar las eternas leyes del tiempo y del espacio á que obedece el desenvolvimiento gradual de las naciones, sea que obren guiadas por sus instintos brutales ó busquen su equilibrio en sus propios elementos orgánicos. La revolución argentina, que en obediencia á su impulsión inicial, había gastado casi todas sus fuerzas en la propaganda ameri-

cana, al utilizar las últimas que le quedaban á fin de realizar la expedición al Bajo Perú, aseguraba el triunfo de la causa continental y su propia independencia de la España, quedando en pugna dentro de sus fronteras con sus arduos problemas de organización interna, que hacía tres años la trabajaban. Ejecutada esta peligrosa y decisiva evolución en el transcurso de diez años, la nueva nación, dueña de sus propios destinos, tenía que crear nuevas fuerzas reparadoras y conservadoras con que hacer frente á la revolución interna, que al echar por tierra el orden viejo, amenazaba atacar el gobierno de la sociedad en su esencia, barbarizándola y aniquilando los principios vitales del organismo nacional.

Así, pues, las Provincias Unidas del Río de la Plata, al cumplir para con la América la misión redentora que ellas únicamente podían llenar, y coronarla enviando al Perú su último ejército con el más grande de sus generales, completaban históricamente el programa de la revolución argentina, preservándose á sí misma de un peligro inminente. Las armas libertadoras de Chile y del Río de la Plata se darían la mano con las armas de Colombia, traídas desde el norte del continente por Bolívar, y en la línea del Ecuador la emancipación del Sur quedaría por siempre asegurada. Tal fué la misión que San Martín se impuso en bien de la América y del pueblo argentino, al echar la «terrible responsabilidad» de su desobediencia ante la historia. Toca á la posteridad, ante la cual él apeló del juicio de sus contemporáneos, pronunciar el último fallo.

———

CAPITULO XXIV

El acta de Rancagua

1820

Carácter universal de la revolución sudamericana.—Acciones y reacciones continentales.—Estado de la revolución sudamericana en 1820.—El alzamiento liberal de España y su faz sudamericana.—Planes de San Martín sobre el Perú.—Sublevación del ejército del norte argentino.—Sublevación de una parte de la división de Mendoza.—Nuevos planes.—Caída del gobierno general de las Provincias Unidas.—San Martín renuncia el mando en jefe del ejército de los Andes.—Noble actitud de su ejército al confirmarlo en el mando.—El *Acta de Rancagua*.—Reflexiones sobre este acontecimiento.—San Martín urge por la realización de la expedición al Perú.—Queda ésta definitivamente arreglada. —Contraproyecto de Cochrane.—Cochrane aspira á mandar la expedición al Perú.—Rivalidad entre Cochrane y San Martín.— San Martín es nombrado generalísimo de la expedición al Perú. Razones políticas de la expedición.

I

La desobediencia indirecta de San Martín de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, y que asumirá su carácter decidido en el presente, no era simplemente un acto aislado de la voluntad individual en obediencia á la impulsión inicial de la revolución argentina, lo que le imprimía su movimiento y dirección: era un síntoma de los tiempos. En 1820 la revolución sudamericana empezó á mostrar su carácter universal, y de aquí esas acciones y reacciones lejanas de las fuerzas de la época en actividad y esas atracciones de las grandes masas que se buscaban al través del continente americano. Hemos explicado antes cómo se había operado la revolución moral en las almas

de los colonos hispano-americanos, predispuestos á la independencia, aun antes de estallar la insurrección general de 1810; cómo el estado de la metrópoli obró en doble sentido sobre las colonias, primero por la desaparición ocasional del monarca que era el vínculo que las ataba, después por el ejemplo de los principios proclamados por la España liberal; y queda explicado también cómo, al cumplirse la primera década revolucionaria, la América del Sur empieza á su vez á reaccionar sobre la Europa, á hacer sentir su influencia oculta, como un astro hasta entonces invisible para el telescopio de los diplomáticos, que interviene de una manera decisiva en la dinámica del mundo político (véase cap. I, Int. párrafos II y XIII). Según se ha hecho notar, en 1820 la llama revolucionaria de libertad estaba extinguida en toda la tierra, con excepción de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, donde ardía hacía diez años, alimentada por un soplo revolucionario, mientras el despotismo triunfaba en Europa bajo las banderas de los reyes absolutos coaligados contra la libertad de los pueblos. Este es el momento solemne de la expectativa histórica señalado antes, al ocuparnos en términos generales de la época á que hemos llegado. (Véase cap. I, párrafo XIII).

La ofensiva tomada por San Martín en 1817 al atravesar los Andes meridionales y poner en jaque al Perú, determinó la primera acción revolucionaria de la América sobre sí misma y sobre la Europa. La ofensiva tomada á su vez por Bolívar al atravesar los Andes ecuatoriales en 1819, dió mayor consistencia á esta doble acción. En 1820 todo el sur del continente estaba emancipado de hecho y de derecho, y dos repúblicas aliadas—Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata,—convergían hacia el centro del poder

colonial. En esa misma época se constituía al norte la república de Colombia, que iba á dar cuenta de los últimos restos de la gran expedición de Morillo, expulsada de la Nueva Granada y reducida á la impotencia en el territorio de Venezuela. La España absolutista, vencida por todas partes en sus colonias, en la tierra y en los mares, sólo se mantenía á la defensiva en Quito y Venezuela al norte, y en el Alto y Bajo Perú al centro. Desde entonces la política de los Estados Unidos de la América del norte empezó á mostrarse simpática á la revolución sudamericana, hasta hacer causa común con ella, considerando su independencia y su republicanización como cuestión continental y de vida nueva para el Nuevo Mundo. El gobierno de la Inglaterra, en obediencia á esta impulsión y acompañando su opinión pública, hubo de mirar la insurrección de las colonias hispanoamericanas como un hecho de influencia universal, destinado á establecer el equilibrio perdido de mundo moderno, y empezó á separar su causa de la de los reyes absolutos, hasta que llegase el día de consagrar el hecho desde lo alto de la libre tribuna británica. (Véase cap. I, párrafo II).

La España liberal, bien que observara una conducta contraria á los principios que proclamaba para la Península, había reconocido desde 1811 por el órgano de sus primeros hombres de estado, que la revolución de la independencia sudamericana era un hecho inevitable, y que la separación entre la madre patria y sus colonias sería un beneficio para ambas, por cuanto la unidad despótica era incompatible con el régimen representativo y con la igualdad de los ciudadanos en la vida política (véase cap. I, Int. párrafo XIII). La España absolutista, por el contrario, perseveraba en su empeño de subyugar de nuevo á viva fuerza sus colonias insurreccionadas, y desde el regreso de Fer-

nando VII el gobierno español despachó con tal propósito varias expediciones, que sumaban más de 42.000 hombres, y casi otros tantos combatientes mantenían la bandera realista en Méjico y en las tres partes indicadas: Perú, Quito y Venezuela (véase cap. XIX, párrafo VII). Perseverando en este empeño, la España había organizado la gran expedición de 18.000 hombres contra el Río de la Plata, de que hemos dado cuenta antes, y que fué, durante todo el año 1819, el fantasma alrededor del cual giró toda la política exterior del continente austral.

Estos esfuerzos habían agotado á la España, y esparcido el descontento en toda la nación. El horror de las poblaciones y del ejército contra la guerra en las colonias rebeladas, era general, á lo que se agregaba el fermento liberal que la trabajaba y que había hecho ya varias explosiones parciales, precursoras de un gran sacudimiento. La reunión de un poderoso ejército en Cádiz, cuna del liberalismo español, fué la ocasión de que los liberales se pusiesen de acuerdo y combinasen sus planes para producir un movimiento revolucionario, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar ultramarino, según se explicó antes. Ya se ha visto cuál fué el resultado de esta primer tentativa. (Véase cap. XXIII, párrafo II). Dispersado el ejército expedicionario por la conjuración abortada y por la invasión de la fiebre amarilla, difundióse en sus filas la noticia de que Bolívar había atravesado los Andes, como San Martín lo había verificado un año antes al reconquistar á Chile; que la Nueva Granada estaba reconquistada á despecho de la gran expedición de Morillo, que á la sazón se consumía en Venezuela; que las Provincias Unidas del Río de la Plata, en alianza con Chile y dominadoras del mar Pacífico, iban á conquistar el Perú.

Estas noticias, aumentando el descontento producido por la epidemia y la resistencia contra la marcha, decidieron el movimiento.

En el cápitulo anterior dejamos al coronel don Rafael del Riego acantonado en el pueblo de las Cabezas de San Juan con el batallón de Asturias que mandaba. El 1.º de enero de 1820 dió allí Riego el grito que lo ha inmortalizado, al proclamar al frente de las banderas la constitución española del año XII, abriendo así la era de la libertad para su patria, á la vez que cerraba el período de la guerra de la América con su antigua metrópoli. El coronel Antonio Quiroga, nombrado jefe superior del ejército revolucionario, al proclamarlo por la primera vez, pronunció la palabra que la condenaba por siempre: «¡Soldados! Nuestra España iba »á destruirse: con vuestra ruina iba á completarse la »de la patria. Vosotros estabais destinados á la muer»te, no para realizar «la conquista ya imposible de »la América», sino para libertar al gobierno del terror »que de vuestro valor ha concebido.» La revolución liberal triunfante, obligó al rey absoluto á jurar la constitución de 1812, y por común acuerdo del pueblo y del gobierno, esperóse que la metrópoli inauguraría una nueva política respecto de sus colonias insurreccionadas buscando por la paz la solución del problema que las armas no habían hecho sino complicar.

Tal fué el momento en que San Martín, con su desobediencia deliberada, salvó de perder miserablemente en la guerra civil el único y último ejército emancipador que podía decidir la contienda americana, lanzándose á ella bajo su responsabilidad, en obediencia, como lo indicamos antes, no sólo á su voluntad movida por el impulso de la revolución argentina, sino también al movimiento general de la época.

II

Trasladado el general San Martín á Chile en los primeros días de enero de 1820, ocupóse inmediatamente en concertar, de acuerdo con O'Higgins, los medios de realizar la grande empresa que lo llevaba de nuevo al occidente de la cordillera. «Sería inútil, »le decía, probar la necesidad de la expedición sobre »el Perú, y que de no hacerla, la suerte de la Améri»ca está expuesta, si no á sucumbir, por lo menos á »que se forme en su seno una horrenda anarquía.» Partiendo de esta base, proponía una expedición de 6.000 hombres, inclusos los 2.000 hombres de Cuyo, que declaraba estar prontos á pasar los Andes, así como diez piezas de artillería existentes en Mendoza. En medio de estos trabajos preparatorios le llegaron dos terribles noticias que dificultaban sus planes: el ejército auxiliar del Perú se había sublevado en masa contra el gobierno general de las Provincias Unidas, y hecho la paz con los montoneros que estaba encargado de combatir: el batallón número 1.° de cazadores acantonado en San Juan, se había sublevado también con dos días de diferencia. Las mismas causas producían los mismos efectos: era la repercusión del motín de Tucumán y el principio de descomposición que estaba en la atmósfera y que obraba sobre las pasiones de los hombres, como inherente á la naturaleza de las cosas. San Martín, que, al desobedecer indirectamente la orden del gobierno de acudir á la capital, temeroso de que á su espalda estallase la revolución, como lo decía, creyó haber garantido á la provincia de Cuyo de la invasión de la anarquía, al mantener una actitud expectante sobre la base de la disciplina de sus tropas y distribuir sus fuerzas en las tres jurisdicciones, vió que todo estaba minado en el territorio ar-

gentino, y que la división de los Andes corría el riesgo de perderse en su totalidad, si no se salvaba en tiempo. Faltaba el nervio del gobierno, no había espíritu público ó militar que le diera tono, y hombres y cosas, trabajados por la acción disolvente de la anarquía reinante, concurrían á la descomposición política, abandonando al poder central. Era una situación irremisiblemente perdida, como lo había previsto. Y en efecto, cuando se ven ejércitos tan virtuosos como el de Belgrano, probado por ocho años de duros trabajos, y fuerzas tan sólidas como las de San Martín, enrolarse en el desorden, figurando á la cabeza de las sublevaciones militares hombres ilustrados de responsabilidad moral que se daban la mano con los caudillos semibárbaros, es necesario reconocer, sin aceptar por esto el fatalismo de los hechos brutales, que aquello era una verdadera disolución que reconocía causas profundas que las armas eran impotentes para contener.

El ejército auxiliar, en obediencia á la orden del gobierno, habíase puesto en marcha desde Córdoba en dirección á la capital bajo el mando del general Cruz. Era esta agrupación un cuerpo sin alma en ausencia de su general Belgrano, agitado por los estremecimientos de la época, trabajado por una larga serie de desgracias militares, compuesto de la misma masa de las poblaciones conmovidas que la anarquía había penetrado profundamente. Una parte de sus jefes principales y la mayoría de sus oficiales eran desafectos al gobierno central, que miraban con repugnancia la guerra civil y resistían la marcha del ejército á Buenos Aires. De aquí nació la idea de una conspiración, cuyo único programa era «no tomar parte en la guerra civil.» Con este lema negativo en su bandera, se sublevó el ejército del norte en la posta de Arequito, sobre la margen del Carcarañá (juris-

dicción de Santa Fe); en la noche del 8 al 9 de enero, celebró una tregua con los montoneros, se replegó á Córdoba y fundó allí un nuevo sistema de caudillaje militar, substrayéndose desde entonces, no sólo á la guerra civil, sino también á la lucha por la independencia.

El 9 de enero de 1820, casi el mismo día y á la misma hora en que la nefasta revolución de Arequito se consumaba en la margen del Carcarañá, se sublevaba en San Juan el batallón núm. 1.° de cazadores del ejército de los Andes, sin que mediase acuerdo entre ambos movimientos. Era que el principio disolvente flotaba en todas partes, y que todas las fuerzas que se ponían en movimiento, concurrían por gravitación á la catástrofe política y social, que no estaba en la mano del gobierno central prevenir ya. Los mismos medios de que se valía para apuntalar su autoridad bamboleante, se volvían contra ella, como sucedía con la guarnición veterana de Tucumán dejada allí para guardar el orden; con el ejército auxiliar llamado para salvarlo; y ahora con la división del ejército de los Andes acantonado en Mendoza, con la cual se habría creído contar para contrarrestar la guerra civil; como se habría vuelto en contra el ejército de los Andes, á no haberlo salvado San Martín con su previsión, lanzándolo á la expedición del Perú.

El batallón de cazadores había pasado á San Juan para remontarse, según se explicó antes. Constaba á la sazón de más de 900 plazas. Recibió allí una nueva organización calculada para la expedición del Perú, en cuya composición entraban las tres armas, bien ejercitado en la táctica de dragones. Mandábalo en ausencia de su jefe nato, el coronel Alvarado, el teniente coronel Severo García Sequeira (salteño) oficial de mérito y de grandes esperanzas, pero implacable-

mente duro con la tropa, á la par que tolerante con las faltas de los oficiales. Este sistema, al dar demasiada tensión á los resortes de la disciplina, los había roto, y la anarquía, que todo lo penetraba en la atmósfera argentina, le inoculó su mal espíritu. Existía agregado al batallón un capitán llamado Mariano Mendizábal, natural de Buenos Aires, que por su mala conducta se hallaba separado de sus filas. Valiente, corrompido, bnllanguero, había asistido á la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y hecho casi todas las campañas de la revolución. Complotado con los tenientes Morillo (porteño) y Francisco del Corro (salteño), en confabulación con algunos federalistas de San Juan y enemigos de la autoridad local, se propusieron sublevar el batallón, sin más plan por el momento que apoderarse del mando de las armas y de los dineros del tesoro municipal. Explotando el disgusto de la tropa, las pasiones locales, la idea de que el general San Martín se hallaba en desacuerdo con el gobierno general y ausente en país extranjero, y de que sublevándose no irían á Chile, los oficiales complotados adelantaron sus trabajos, y á principios de enero de 1820—precisamente cuando San Martín transponía los Andes al occidente,—todo estaba pronto para dar el golpe. Un sordo rumor presagiaba la conmoción, pero el comandante Sequeira, fiado en su coraje y el ascendiente que creía poseer sobre su tropa, despreció los avisos que en tal sentido le dió el teniente gobernador La Roca.

El batallón, encabezado por sus sargentos, se amotinó silenciosamente en la madrugada del 9 de enero, como sucede cuando una masa está poseída de una pasión ó de un propósito instintivo, que no necesita los estímulos de la palabra ajena. Dirigióse en seguida á la plaza en número de 800 hombres, dejando en

el cuartel una compañía de custodia. Un grupo de amotinados se destacó con el objeto de atacar la guardia de prevención de uno de los cuarteles cívicos de la guarnición mandada por el teniente Bernardo Navarro, quien resistió á la intimación de rendirse. Trabóse un combate á la bayoneta, en que Navarro cayó traspasado de heridas. Cuando los fusilazos que produjo este choque despertaron á la población alarmada, ya la sublevación estaba triunfante en todas partes y preso el teniente gobernador. Mendizábal, Corro y Morillo, al frente de la tropa amotinada, ocupaban la plaza principal, dando «vivas á la federación y mueras al tirano», Mendizábal, en medio del tumulto y rodeado de algunos vecinos mal afamados, que asumían la responsabilidad civil del movimiento, impartía sus órdenes á caballo. La mayoría de la población, amedrentada ante el aspecto de la soldadesca ebria, habíase concentrado en sus hogares. El comandante Sequeira y los oficiales presos en el cuartel, hacían mientras tanto esfuerzos por organizar una contrarrevolución, ganándose la guardia que los custodiaba y algunos soldados dispersos. Descubierta su tentativa, la misma tropa que parecía apoyarlos, corrió á las armas al primer grito dado por Corro, maltratando á los jefes y oficiales, cuya vida llegó á estar en peligro. Esto mostró que el motín no era efecto de una sorpresa, sino un movimiento espontáneo que tenía su origen en las pasiones de los soldados.

El motín, aunque decididamente hostil á la autoridad de San Martín y federalista en sus tendencias, no entrañaba ningún pensamiento militar ni político, y entre sus promotores no había uno solo capaz de darle dirección. Movidos por sus instintos y aspirando los esporos mórbidos que estaban en la atmósfera, dieron al motín el carácter de revolución federal, en

obediencia á la impulsión descentralizadora de la época. La soldadesca se entregó á la más desenfrenada licencia. Los caudillos, sin autoridad real sobre ella, se enemistaron entre sí. Mendizábal procuró deshacerse de Corro, como de un estorbo. La tropa se pronunció por Corro. Mendizábal, alarmado, ofreció al coronel Alvarado hacerle entrega del batallón, y temeroso de una reacción, soltó al comandante Sequeira, al mayor Lucio Salvadores (de Buenos Aires), al capitán Camilo Benavente (de Chile) y al de la misma clase Juan Bautista Bosso, italiano, que había militado con Napoleón, disponiendo fuesen remitidos á la cordillera por el camino de Uspallata, para que se incorporaran al ejército de los Andes. Estos desgraciados oficiales fueron alcanzados por una partida despachada por Corro en su persecución, al mando de un sargento español llamado Catalino Biendicho, perteneciente á los sublevados de la fragata «Trinidad», quien los ultimó con sus manos bárbaramente á sablazos en cumplimiento de las órdenes de Corro. Los cadáveres fueron arrojados á una acequia que entre unas peñas corría á inmediación del sitio del sacrificio.

El coronel Alvarado había intentado sofocar el motín, y al efecto adelantóse hasta San Juan al frente de dos escuadrones de cazadores á caballo con dos piezas de artillería, contando que á su aproximación la tropa reaccionaría. A poco más de quince kilómetros antes de llegar á la ciudad, le fué intimado que, si daba un paso adelante, los oficiales presos serían degollados, y pudo convencerse á la vez de que la tropa estaba dispuesta á resistirle á todo trance, por lo cual se decidió á retrogradar, como cediendo á las instancias del cabildo que le suplicó no avanzase, para evitar un conflicto al vecindario y una muerte segura

á los rehenes. Creyendo notar que su misma tropa estaba poseída de un mal espíritu, se apresuró á reconcentrar en Mendoza el regimiento de granaderos á caballo destacado en San Luis. El general San Martín, por su parte, procuró salvar de este naufragio los restos del número 1.° y envió un comisionado para reducirlos á la obediencia, con oferta de indulto, pero escolló en la tentativa.

III

La anarquía de Tucumán, Córdoba y San Juan, extendióse á Mendoza y San Luis, que, á ejemplo de los demás pueblos, siguieron el movimiento disolvente, y se convirtieron de hecho en provincias autónomas. El gobernador intendente de Cuyo, Luzuriaga, se vió obligado á resignar su autoridad, en medio de la odiosidad acumulada por las exacciones necesarias de que fué instrumento en manos de San Martín. El teniente gobernador Dupuy fué depuesto. Corro procuró ponerse de acuerdo con los caudillos del litoral, y marchó sobre Mendoza, pero sus vecinos armados, á las órdenes del general Cruz que después de la sublevación de Arequito se refugiara allí, lo obligaron á retrogradar, y su horda se disolvió en el bandolerismo, dejando á San Juan libre de su brutal tiranía, que aprovechó esta ocasión para declararse independiente.

No quedaban á San Martín sino dos partidos: ó lanzarse á la lucha intestina espada en mano, ó substraer sus elementos militares de ella, salvándolos de una disolución segura. Con su acostumbrado golpe de vista, comprendió lo que hoy se ve claramente, que permanecer á la espectativa ó tomar parte en la guerra civil, era dar mayores combustibles al incendio. Ante aquella situación habría flaqueado un ánimo menos resuelto que el del general de los Andes; pero en ese

momento de prueba no le abandonaron su fortaleza ni su serenidad, y en vez de deplorar estérilmente el mal, ocupóse activamente en remediarlo. Decidióse definitivamente por retirar á Chile los últimos restos de la división de Cuyo, ordenando que repasasen inmediatamente los Andes, sin comprometer hostilidades inútiles contra los sublevados de San Juan, una vez fracasada la negociación de indulto. En consecuencia, Alvarado, con los regimientos de granaderos y cazadores á caballo y algunos dragones del núm. 1.° con dos piezas de artillería y el parque, repasó inmediatamente al occidente de los Andes, llevando un contingente como de 1.000 hombres, más importante que por su número, por ser la única caballería con que contaba para la expedición al Perú. Al mismo tiempo, San Martín escribía á su amigo Godoy Cruz, nombrado gobernador de Mendoza: «El incidente ocurrido en »la provincia y su actual situación me han llenado de »desconsuelo. Ya no hay otro arbitrio que el de reme»diarlo por los medios que sean posibles. ¡Qué males »á la causa general del país! Todos los elementos de »la gran expedición se hallaban en el mejor estado; »pero veo mal semblante á las cosas. En fin, mi amigo, »mi partido está tomado. Voy á hacer el último es»fuerzo en beneficio de la América. Si esto no puede »realizarse por la continuación de los desórdenes y »anarquía, abandonaré el país, pues mi alma no tiene »temple suficiente para presenciar su ruina.»

Mientras tanto, el director Rondeau, afligido por la guerra que los caudillos le llevaban de Entre Ríos y Santa Fe con un ejército que no pasaba de 1.500 hombres, reiteraba sus órdenes á los ejércitos del norte y de los Andes para operar una reconcentración de fuerzas en Buenos Aires. Era el síntoma seguro de la derrota, que los ejércitos pudieran haber retardado,

pero no impedir en definitiva. En efecto, antes de cumplirse los dos meses de la disolución del ejército del norte y de la sublevación de Cuyo, el ejército de Buenos Aires, mandado por el director en persona, era derrotado en los campos de Cepeda (1.° de febrero de 1820), el congreso se disolvía en seguida, y el orden nacional se derrumbaba. Cada provincia era una republiqueta ó un cacicazgo independiente; la nación no tenía gobierno, y la nacionalidad era una abstracción. De este caos debía, empero, seguir la vida nueva con sus límites territoriales, su fisonomía propia y un espíritu de cohesión general; pero por el momento, el ejército de los Andes quedaba huérfano de toda autoridad, sin más punto de apoyo que el territorio de Chile, bien que con la bandera redentora que la nación argentina le confiara y el genio del general que le inoculó su pasión americana.

En tal situación, el general San Martín dirigióse oficialmente al director O'Higgins (28 de enero), interrogándole si después de los sucesos de Cuyo podría aún expedicionarse al Perú con 6.000 hombres, que eran los que siempre había considerado necesarios, ó al menos con 4.000 hombres que eran los estrictamente suficientes, y propuso á la vez varias medidas para remontar el Ejército Unido. O'Higgins se mostró á la altura de la situación, y contestó decididamente que podía contarse con 4.000 hombres y con los recursos necesarios al efecto. Al ser interrogado San Martín bajo qué bandera se llevaría la invasión, contestó decididamente que bajo la chilena; puesto que ella la cubría con su responsabilidad nacional, además que representaba los mayores elementos navales y pecuniarios; pero conservando el ejército de los Andes su nacionalidad y su pabellón en representación de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Bien que la expedición al Perú hubiese sido el objetivo constante de la alianza argentinochilena, que su realización fuera un compromiso internacional, los sucesos la habían aplazado de hecho, y en realidad estaba suspendida en virtud de las últimas órdenes transmitidas por el gobierno á San Martín para marchar con todas sus fuerzas á la capital. Así, al resolverla por sí, dejando á su patria envuelta en la guerra civil, el general de los Andes consumaba su desobediencia, aun cuando todavía no lo hubiese declarado públicamente. Pactaba con el gobierno de Chile, disponía sin autorización expresa de su gobierno, de su persona, de las tropas y de los elementos militares que le estaban confiados á título de general argentino, y comprometía su bandera en una empresa lejana y arriesgada, asumiendo el carácter de árbitro internacional. El, que no había retrocedido ante «la terri»ble responsabilidad que se echaba sobre sus hom»bros,» según sus mismas palabras, comprendía lo anómalo de su posición, y procuró regularizarse, coronando su desobediencia con un acto original, que marca el momento supremo de su carrera de libertador americano.

IV

La posición del ejército de los Andes y la de San Martín era doblemente anómala. El ejército, con la bandera nacional, no tenía gobierno á quien obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general, bien que confirmado en su mando en el concepto de una nueva licencia, se atribuía facultades supremas, y al realizar sus designios, se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar, y sin gobierno ante quien justificarse ó que diera sanción á sus actos. Para regula-

rizar esta situación, como él lo entendía, ó para habilitarse con nuevos poderes, entregó á la deliberación de sus subordinados su autoridad militar y la prosecución de sus designios.

El 26 de marzo, de regreso en Santiago de los baños de Cauquenes, donde había encontrado un ligero alivio á sus dolencias, escribió secretamente una nota, aconsejándose sólo de sí, y la selló con tres sellos. Su sobre llevaba este rótulo: «Al señor coronel D. Juan »Gregorio de Las Heras, jefe del estado mayor del »ejército expedicionario. Este pliego no se abrirá has»ta que se hallen reunidos todos los S. S. oficiales »del ejército de los Andes, y sólo á su presencia se »verificará.—San Martín.» Sin confiarle su contenido, la puso en manos de Las Heras en presencia del coronel Alvarado, recomendándole el puntual cumplimiento de lo ordenado en el sobre, y se encerró en el mutismo.

Hallábase á la sazón acantonado en Rancagua el ejército de los Andes, y allí fué abierta públicamente, el día 2 de abril con las formalidades prescriptas, la nota de San Martín, en presencia de todos los jefes y oficiales expresamente congregados por la orden general. Dentro se encontró un pliego autógrafo que contenía su renuncia fundada del cargo de general en jefe del ejército en forma de manifiesto y una instrucción sobre el modo de proceder para elegir al que debiera mandarlo. «El congreso y director supremo de las Provincias Unidas—decía en ella,—no exis»ten. De estas autoridades emanaba la mía de general »en jefe del ejército de los Andes, y de consiguiente, »creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuer»po de oficiales para que ellos, por sí y bajo su espon»tánea voluntad, nombren un general en jefe que de»ba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este modo los

»riesgos que amenazan á la libertad de la América. »Me atrevo á afirmar que ésta se consolidará, no obs»tante las críticas circunstancias en que nos halla»mos, si conservan, como no dudo, las virtudes que »hasta aquí los han distinguido.» La instrucción prevenía que el jefe más antiguo convocara al cuerpo de oficiales, y en su presencia se procediese á la lectura del pliego. En seguida, bajo la regla de prohibirse toda discusión que pudiese predisponer los ánimos en favor de un candidato, se procedería á la votación secreta para general en jefe, verificándose el escrutinio en presencia del jefe principal y del oficial más antiguo de cada cuerpo. El acta sería firmada por todos los jefes y el oficial más antiguo de cada clase, proclamándose inmediatamente por bando solemne en todo el ejército al general que resultase electo con un saludo de quince cañonazos. Después de estas prevenciones, agregaba: «Estoy bien cerciorado del honor »y patriotismo que adorna á todo oficial del ejército »de los Andes; sin embargo, como jefe que he sido de »él, y como compañero, me tomo la libertad de reco»mendarles que de la íntima unión de nuestros senti»mientos pende le libertad de la América del Sur. A »todos es conocido el estado deplorable de mi salud, »que me imposibilita entregarme con la contracción »que es indispensable á los trabajos que demanda el »empleo, pero no de ayudar con mis cortas luces y mi »persona en cualquiera situación en que me halle, á »mi patria y á mis compañeros.»

No había general posible del ejército de los Andes después de San Martín. Era su cabeza, su alma y su brazo; sólo él era capaz de uniformar en tan anómala situación todas las voluntades y llevar á término la grande empresa que le estaba encomendada; el único que, á la par de un renombre americano, poseía

la confianza del pueblo y del gobierno de Chile. Pero del modo como su autoridad fuera confirmada, dependía que el acto asumiese un carácter personal, pretoriano ó revolucionario, que la desvirtuase en vez de robustecerla. El congreso de oficiales, árbitros del destino de la América, de el de su general y del suyo, aunque sorprendidos por aquella inesperada renuncia, encontraron dentro de sí la inspiración del momento, y dieron al solemne acto su fórmula correcta, patriótica y americana, sin alterar la base de la disciplina obligatoria, sin romper los vínculos para con la patria, y aceptaron como una obligación impuesta por sus antecedentes históricos sus deberes para con la emancipación de la América del Sur, en cuyo nombre y en cuyo interés eran consultados.

A pesar de estar prohibida toda discusión respecto del candidato, el coronel Enrique Martínez, tomó la palabra y expuso: que no debía procederse á la votación, por cuanto era nulo el fundamento que se aducía de haber caducado los poderes del general en jefe. Apoyado en esta objeción por los coroneles Mariano Necochea, Conde y Alvarado, se procedió á votar la cuestión previa; conviniendo todos unánimemente en esta fórmula: «Queda sentado como base »y principio, que la autoridad que recibió el general »de los Andes para hacer la guerra á los españoles y »adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni »puede caducar, pues que su origen, que es la salud »del pueblo, es inmudable,» y que bajo esta base y principio, debía seguirse la sucesión del mando en jefe del ejército de los Andes en prosecución de la gran tarea redentora que le fuera encomendada. Labróse en consecuencia el acta en estos términos, que firmaron todos los jefes y oficiales. Este es el documento conocido en la historia con la denominación de «Acta

de Rancagua», que por más de medio siglo ha permanecido secreta, y que sólo en estos últimos tiempos ha sido publicada.

Las Heras, al comunicar á San Martín la decisión tomada, le reprochó respetuosamente la falta de confianza que parecía haber abrigado el general respecto de la fidelidad de sus subordinados á sus deberes: «al »asegurar á V. E. el orden que se observó en el acto »por la oficialidad del ejército, debo agregar la sor»presa que causó el contenido de la nota, dejándose »ver bien el justo sentimiento que le causaba la idea »de que su general pudiera desconfiar de su subordi»nación y respeto ú olvidar alguna vez sus sacrificios »en honor de la causa común del país.» Y explayándose con más franqueza, en carta confidencial, le decía: «A la verdad, mi general, que yo nunca hubiera creí»do que V. me hubiese puesto en tanto y tamaño »aprieto. En fin, ya está hecho, y por el resultado se »acabará de convencer qué clase de hombres son sus »amigos; pero, si he de hablarle la verdad, ellos es»tán tan resentidos, que les he oído hablar de un »modo decidido y fuerte, y se creen agraviados, pues »con el paso dado por V. ellos estarían en la necesidad »de hacer otro tanto cada uno por su parte.» La conclusión era lógica, pues si había caducado el mando del general en jefe, caducaba de hecho la jerarquía militar en sus diversos grados, y hasta la existencia del ejército mismo como colectividad orgánica; pero felizmente la fórmula adoptada por el congreso de oficiales salvó este punto fundamental, salvando ilesa la autoridad, la disciplina y el deber reconocido, no como una convención, sino como una obligación inalterable y absoluta. Sin duda preveía este resultado San Martín, al hacer la prueba que sólo un general dueño de una situación y de las voluntades de todos

podía arriesgar, teniendo en mira por el momento al dar esta muestra de su poder, ejercer presión sobre el gobierno chileno que volvía á mostrarse poco activo en los preparativos de guerra convenidos. Así, al aceptar nuevamente el mando, declaró que era con la condición expresa de realizar inmediatamente la expedición al Perú.

No obstante la fórmula adoptada, que daba á la ratificación del mando el carácter de una obediencia obligatoria, que no había caducado ni podía caducar, según las palabras del Acta de Rancagua, era un acto revolucionario, que sancionaba por el voto de un congreso militar una desobediencia declarada, ligando un ejército á la persona y á los designios de su general, levantado sobre el escudo de sus soldados como un «imperator» romano. El ejército se hacía solidario de su desobediencia y de la gloria del general, por una adhesión entusiasta y llena de confianza hacia él, y el general á su vez reconoció en principio que su autoridad emanaba del voto de sus soldados.

Era un acto de doble insubordinación, que comprometía á la vez la disciplina y la autoridad, y que fué causa que desde ese momento, el general no mandase á sus sobordinados sino á título del consentimiento y del compañerismo, teniendo que consultar las voluntades de todos y cada uno. Empero, la autoridad moral del gran capitán americano se sobrepuso á todo, y pudo conciliar la dirección del mando absoluto y supremo con la confianza que era condición de obediencia. Fragmento de la patria, animado de la velocidad de la masa en movimiento, el ejército de los Andes prolongaba la acción de la revolución argentina, llevando su bandera y su programa fiel al genio

que le diera vida al inocularle su pasión americana, y á esto debía su cohesión.

El ejército de los Andes, al firmar el acta de Rancagua, agregó á su título el significativo de «Ejército expedicionario.» La expedición al Perú era la misión que se imponía. Al celebrar el segundo aniversario de Maipú, el director O'Higgins la anunciaba en una proclama á sus soldados: «Acordaos que en este día »hicisteis esconder en el polvo a los tiranos y disteis »la libertad á Chile. El que os condujo á la victoria »aún vive, y vive vuestro coraje para que con él deis »libertad á la América.» A pesar de esto, los preparativos no adelantaban: ni se habían reunido los fondos necesarios al efecto, ni hecho efectivos los contingentes para completar el ejército. El general se resolvió á despejar la situación, emplazando al gobierno de Chile á poner decididamente manos á la obra ó renunciar á su cooperación: «Decidido á hacer cuantos »sacrificios caben en lo humano en favor de la libertad »de la América del Sur, me puse en marcha desde »Mendoza en el estado de salud que es notorio, sin »más objeto que verificar la expedición al Perú. A mi »arribo, quedé convencido de que en todo abril, y á »más tardar en mayo, podría realizarse; pero, bien »sea por las inmensas atenciones que gravitan sobre »el estado, ó bien por la falta de numerario, los apres»tos para dicha expedición muy poco han adelantado. »La recluta pedida para el ejército á razón de 900 pla»zas cada batallón, no llegan á 250 hombres lo que se »ha recibido. En estas circunstancias, ruego que, si »el numerario para los gastos de la anunciada expe»dición no se halla reunido en el término de quince »días de la fecha, se nombre otro general que se en»cargue de ella.» Era una conminación como la que había precedido al repaso, que produjo el mismo efec-

to. El ministro Zenteno se apresuró á contestarle al día siguiente: «Dentro de quince días, como lo solicita V. E., ha protestado el señor director supremo »que se hallará colectada la partida que del empréstito de trescientos mil pesos, mandado exigir para »realizar la expedición, corresponde á los vecinos de »esta capital. Las providencias á este respecto se agitan del modo más eficaz y ejecutivo, pero, si ellas no »son bastantes, S. E. ofrece por sí mismo hacer en »persona la recolección. En la seguridad de que estas »medidas satisfagan los justos deseos de V. E. y sus »altos compromisos acerca de la más pronta realización de la empresa, espera el gobierno que no será »por nuevas demoras ó entorpecimientos, no siendo »posible subrogarse su persona por otro en la dirección de este arduo y delicado empeño.»

V

La exigencia de San Martín tenía otro objeto á que el oficio del ministro de guerra respondía, al declarar que su persona no podía ser subrogada por nadie en la proyectada empresa. Era que el almirante Cochrane, ensoberbecido con su reciente triunfo sobre Valdivia, soñaba con los tradicionales tesoros del Perú, y mirando en menos los hombres y las cosas americanas, aspiraba á mandar en jefe la expedición, con el propósito de suplantar al vencedor de Chacabuco y Maipú. Si alguna prueba se necesitase de la falta de juicio y aspiraciones codiciosas de este genio desequilibrado, bastaría ésta para juzgarlo. Héroe de aventuras, con las inspiraciones súbitas del relámpago que herían como el rayo, pero sin plan de conjunto ni largos propósitos, su golpe de vista era de corto alcance, aun en el círculo de su acción propia. Además de que no poseía todas las cualidades militares que reque-

ría una campaña tan complicada como la del Perú, y estaba totalmente desprovisto de los talentos políticos como es de notoriedad, le faltaba el reposo para madurar sus planes y la paciencia para ejecutarlos, arrastrándolo su temperamento á buscar el triunfo pronto más que el éxito seguro. Habría jugado todo al azar de una batalla, que habría ganado ó perdido, pero nunca hubiera fundado nada, además de que no estaba animado de la intensa pasión que lo identificaba con los hombres y las cosas de la revolución americana, de la que sólo era un heroico auxiliar. San Martín era el hombre americano y el hombre necesario, el señalado por todo el continente para libertar al Perú; era el árbitro de Chile que tenía á sus órdenes un ejército suyo, que constituía el nervio de la empresa, sin cuyo concurso nada podía ejecutarse. Así, la pretensión de suplantarlo sería simplemente un rasgo de insensatez ó de necia infatuación, si no se explicara por otros móviles de interés personal, para convertir la expedición libertadora en una aventura lucrativa en favor del héroe que la dirigiese, como se demuestra por la desatinada conducta del almirante en este conflicto creado por él.

El sueño dorado de Cochrane, como lo atestiguan sus Memorias y lo prueban los documentos que citaremos, fué siempre tener á su bordo una división de desembarco para poner á contribución todas las costas del Pacífico, viviendo á costa del enemigo, y enriquecerse, enriqueciendo á sus marinos. Sus planes de campaña eran la repetición de las irrupciones de los antiguos filibusteros, y se inspiraban en el ejemplo de sus compatriotas Drake y Anson, que combinaron gloriosas hazañas con provecho propio. Desde su segunda campaña marítima pretendió que se pusiese á su bordo una fuerza de 600 hombres de tropa, además

de los 1.200 tripulantes de su escuadra y de un cuerpo de 400 plazas de infantería que formaba parte de ella, cuando las operaciones que debía ejecutar eran puramente navales, pensando que con esas fuerzas podría asaltar y tomar los castillos del Callao. En julio de 1819 el director O'Higgins se dirigía al senado urgiendo por el despacho de la autorización competente para emprender «la prometida y deseada expedi»ción al Perú, retardada por una fatalidad inexpli»cable,» en cumplimiento de las decisiones de la Logia y de sus compromisos con San Martín, consignando en su mensaje estas palabras: «Lentamente nos »vamos consumiendo hasta que reciba su muerte el »cuerpo político en el momento que se le acabe su »sangre, que es el dinero. El senado no debe ocuparse »de otra cosa que de proporcionar recursos para sos»tener la nueva actitud que vamos á tomar para efec»tuar la expedición al Perú, que yo miro como el eje »sobre que gira la libertad de América, y la felicidad »de las generaciones presentes y futuras. Si no lleva»mos la guerra al Perú, es imposible sostenernos, es »preciso que sucumbamos.» Un año después, el almirante presentaba al gobierno de Chile un contraproyecto de expedición, que el director pasó igualmente al senado, á fin de que este cuerpo «meditase sobre »las razones de conveniencia ó de oposición que en»volvía.» El proyecto, formulado por escrito en un solo artículo de veinte renglones, se reducía á dotar á la escuadra con 800 hombres escogidos de las tres armas, y una plana mayor de oficiales para organizar otros tantos, con víveres para cuatro meses y las armas y municiones necesarias para hacer la guerra de corso en el Pacífico y «exigir contribuciones de los »enemigos en el Perú, con el triple objeto de benefi»ciar al gobierno de Chile, pagar á los individuos em-

»pleados en su servicio marítimo y rehabilitar la es»cuadra para otros destinos.» Era un plan sin alcance político ni militar, contrario al honor de Chile y á los intereses de la América, que convertía la bandera libertadora en bandera de corsario, y, como lo dice enérgicamente el escritor chileno que exhibe este documento, «era fiar el crédito de la naciente república »á una flotilla aventurera, sin otra misión que des»trozar las propiedades particulares para poder vivir.» El proyecto fué rechazado.

Resuelta la expedición después del terminante emplazamiento de San Martín, todavía persistió el almirante en su propósito de embarazarla ó apropiársela, aun cuando fuera en punto menor, procurando persuadir al gobierno de Chile de que, más conveniente que enviar un ejército de línea al corazón del Perú, era hacer una excursión marítima sobre sus costas, para cuyo efecto pedía 2.000 hombres «fuerza más que »suficiente, decía, para asegurar la independencia de »Guayaquil, y logrado esto, si Chile tiene los me»dios «que algunos suponen (aludiendo á San Martín) »para formalizar una gran expedición al Perú, nun»ca sería excusado tener los recursos en los extremos »para asegurar el éxito en el centro.» Extendíase sobre el proyecto de dirigir «un ejército pesado sobre »Lima,» y lo comparaba «con las ventajas que resul»tarían de una fuerza «transportada de un punto á »otro,» cuyas intenciones y destino ignoraría el ene»migo.» Esto equivalía á inmovilizar la guerra de la emancipación americana, y reducirla á lo sumo á la ocupación pasajera de un punto; era subordinar las operaciones militares al lucro personal, burlando las esperanzas del Perú y aun las del mismo Chile. Como lo observa un historiador chileno, las dos campañas marítimas del almirante habían demostrado que, para

destruir el poder español en el Perú, no eran suficientes las solas fuerzas navales de la república. Las naves enemigas habían abandonado su natural elemento y entregado á la discreción de la escuadra de Chile el comercio español y las costas peruanas. Mas, en el interior del país, un ejército poderoso y disciplinado ahogaba el patriotismo de los habitantes y mantenía dominadas las extensas y ricas comarcas donde España había asentado la base de su imperio secular. La protección que la escuadra podía ofrecer á los patriotas peruanos era débil, comparada con la obra inmensa que se tenía que derribar, y si bien ella habría alarmado los ánimos, hostilizado las costas, destruído el comercio y ajado el prestigio de los dominadores, no podía ofrecer un centro de acción en cuyo torno se reuniesen los esfuerzos del pueblo peruano. Era preciso que el gobierno pensase seriamente en una expedición terrestre. Por consecuencia, el nuevo proyecto del almirante fué igualmente desechado, y el 6 de mayo de 1820 era nombrado San Martín generalísimo de la expedición al Perú, por el voto del pueblo y del senado chilenos.

Aun después de resuelta definitivamente la expedición terrestre y nombrado San Martín generalísimo de ella, continuó el almirante oponiéndole obstáculos. El ministro de guerra y marina, Zenteno, refutando las especiosas observaciones del almirante, le decía oficialmente: «Sería largo demostrar las poderosas é »imprescindibles causas que han decidido al gobierno, »al senado y á todo el pueblo por el proyecto de reali»zar la expedición al Perú con la fuerza de 4.000 hom»bres ó más si se pudiese. El voto general la tiene san»cionada, la autoridad suprema la ha decretado, y es »deber de los agentes y funcionarios públicos el coope»rar activamente á la ejecución de esa unánime y ex-

»presa voluntad del pueblo. No pudiéndose revocar »este acuerdo, tampoco es obstáculo la dificultad que »apunta V. S. que entre los buques de guerra y trans»portes sólo hay capacidad para 2.500 hombres de des»embarco, porque para el completo de las toneladas, »no sólo son obligados los empresarios á tomar á flete »todos los buques de nuestra bandera, sino los de »cualquiera otra.» Entonces el almirante pretendió que se le confiara el mando en jefe de la expedición, que antes había declarado inconveniente ó imposible, y con tono altanero exigió «que se entregase á sus »solas manos la escuadra y el ejército de Chile y la »suerte del Perú.» La nota del almirante no fué contestada, pero se le hizo entender que su pretensión era inadmisible; y como insistiera nuevamente en sus pretensiones, haciendo presión con sus multiplicadas renuncias, se le significó cortésmente que, si se obstinaba en llevar adelante sus propósitos, no sería difícil encontrar quién pudiera sucederle en el mando de la escuadra. El candidato para remplazarlo era Guise, quien, apoyado por Spry y una parte de la oficialidad inglesa, le hacía oposición y de aquí el rencor que él abrigó siempre contra estos dos marinos. El gobierno de Chile estuvo por un momento decidido á destituir á Cochrane, pero la interposición de San Martín, que se empeñara porque se le conservase en el mando, lo salvó de este ultraje. El altivo marino hubo de resignarse á obedecer, aunque de mala voluntad.

Esta rivalidad caprichosa del almirante Cochrane puso en conflicto al gobierno de Chile, que lo consideraba necesario para asegurar el éxito de la empresa; pero San Martín era indispensable, y no podía vacilar en la elección. «Razones de justicia, dice un es»critor chileno, de gratitud, y sobre todo de alta polí»tica, inducían á confiar la dirección de la empresa al

»general San Martín, al vencedor de Chacabuco y Mai»pú, al jefe poderoso y lleno de prestigio que estaba co»locado por sus victorias y su talento al frente de mi»les de soldados admiradores de su gloria, al genera»lísimo de un ejército que como un volcán habría es»tallado al menor desaire, envolviendo á la nación en »los horrores de la guerra civil, en los momentos mis»mos en que la concordia y la paz interior de Chile »eran indispensables para coronar la independencia »continental. Sólo un extranjero, extraño á la situa»ción, podía soñar que hubiese otro general para la »expedición libertadora, que no fuese San Martín.»

Frustrado en sus aspiraciones, el almirante intentó despertar el espíritu nacional, buscando un candidato chileno que oponer á San Martín. «El ejército »chileno, según confesión de un historiador del país, »no contaba con ningún jefe de bastante prestigio que »pudiera colocarse á su cabeza, ni sobre el ejército ar»gentino podía soplarse la desunión, tan insubordina»do como era, sin exponerse á un cataclismo.» Otro escritor chileno es más explícito aún: «Es preciso ha»blar con franqueza, y sobre todo, desprendernos del »espíritu estrecho de nacionalismo, confesando que »en el año 20 no había entre nosotros ningún gene»ral que arrastrase consigo la gloria, el prestigio y la »merecida reputación de hombre de genio que acom»pañaban á San Martín. La empresa de libertar al »Perú requería indispensablemente mandar un hom»bre hábil, sagaz, y que ya hubiese dado pruebas de »ello. San Martín había reducido á cenizas el poder »español en Chile, y bien podía hacerlo en el Perú.» A pesar de esto, Cochrane trabajó por que se diese el mando en jefe de la expedición á Freyre, que si bien era la primera espada del ejército de Chile, era también una completa nulidad militar y política que habría

sido un instrumento en manos del almirante. Así terminaron por el momento los trabajos de Cochrane para embarazar la expedición al Perú y suplantar á San Martín, lo que presagiaba una desinteligencia futura entre los dos principales jefes de la expedición, desinteligencia que más adelante veremos estallar, y que estos antecedentes explicarán en parte. Por el momento, conseguido su objeto de definir la situación, comprometiendo á Chile en su empresa, y dueño de su dirección, quiso remover con prudencia los obstáculos que el almirante oponía á ella. Comprendiendo la importancia de la cooperación del ilustre marino, que por su parte era el dueño de la escuadra, se dirigió á Valparaíso con el objeto de activar los preparativos de marcha y tener una conferencia amistosa con él. «Mylord, le dijo, nuestro destino es común, y yo le pro»testo que su suerte será igual á la mía.» En seguida trató de persuadirlo de que una formal expedición terrestre era exigida por las circunstancias y los intereses generales de la América, y sobre todo, una resolución firme del pueblo, del gobierno y del senado, que debía emprenderse de cualquier manera.

Otras razones políticas aconsejaban á Chile la expedición al Perú, siendo la principal que ya San Martín y su ejército no cabían en Chile, y que, de no realizarla, su situación interna experimentaría un trastorno. «Aunque San Martín, (dice Zenteno) hubiese re»husado el mando de la expedición, estaba en nues»tros intereses no dispensar medio alguno «para ha»cerle salir al frente del ejército,» según las palabras »de una nota del senado (de mayo de 1820). San Mar»tín y sus soldados no eran sólo una carga material»mente gravosa para el erario agotado, que mal podía »soportar el pago de más de 8.000 hombres de línea, »eran además un elemento de desconfianza y de com-

»promisos. San Martín era el Cochrane de tierra, con »la diferencia de que no pedía dinero, sino poder é »influencia. La ambición de mando, este pecado de los »grandes hombres, dominaba también al libertador á »quien tanto debemos, y á quien casi no podríamos »pagar por más que fuese nuestra disposición hacia »él. El proyecto de expedición al Perú lo allanaba to- »do: poder y gloria, grandes hazañas, un nuevo tea- »tro de nobles servicios en favor de la libertad opri- »mida, todo lo ofrecía el Perú, al ejército y á la es- »cuadra. Al concebir, pues, el plan del ejército expe- »dicionario á las órdenes de San Martín, el gobierno »de Chile, no acometió sólo una hazaña heroica y dig- »na de la gratitud de la América: dió también un pa- »so profundamente político para salvar la situación. »Si no hubiera estado el Perú en poder de los españo- »les el año 20, no se sabe lo que hubiera sido de Chile, »y es difícil calcular los resultados del descontento ó »de la ambición.»

De este modo fué como el «Acta de Rancagua», al sostener la autoridad moral de San Martín, le dió su punto de apoyo fuera de la patria, lo acreditó ante la América, lo habilitó para emplazar al gobierno de Chile en término perentorio, á fin de realizar sin más demora la expedición al Perú, y lo constituyó en árbitro de la situación, que de hecho estaba en sus manos, permitiéndole realizar la gran aspiración de su vida, por que batallaba hacía años y que era el coronamiento de su gran plan de campaña continental, que debía decidir y decidió de los destinos de la América del Sur. Pero el acta de Rancagua debía dar con el tiempo otros resultados contrarios, que estaban en la lógica de las cosas, como se verá á su tiempo.

CAPITULO XXV

El Perú

1820

La conjunción revolucionaria.—Antecedentes históricos y políticos del Perú.—La Corte de Lima.—Climatología peruana.—El Perú en la lucha de la Independencia.—Sociabilidad peruana.—Reacción del Perú contra la revolución emancipadora.—Preponderancia militar del Perú bajo la bandera realista.—El virrey Abascal y su obra.—Los ejércitos peruanos.—Impotencia del Perú para redimirse por sí y sus causas.—Los primeros mártires de la independencia del Perú, Aguilar y Ubalde.—Los primeros conatos revolucionarios del Perú.—Riva Agüero.—Mateo Silva.—Tendencias de la opinión del Perú en los primeros años de la revolución americana.—El partido constitucionalista de Baquijano.—Esfuerzo de los peruanos para promover su independencia.—Abascal, Pezuela y La Serna.—Primera insurrección de Tacna.—Levantamiento de Huanuco.—Segunda insurrección de Tacna.—La rebelión de Pumacahua.—El cura Muñecas.—El poeta Melgar.—La conjuración de Castro.—La expedición del general español Ramírez.—Ultimos conatos revolucionarios de los peruanos.—Trabajos preliminares de San Martín para preparar la expedición al Perú.—Agentes secretos de San Martín en el Perú.—Influencia del liberalismo español en el Perú.—Estado político y militar del Perú al tiempo de la expedición de San Martín en 1820.

I

Al tiempo de emprender San Martín su expedición al Perú, la revolución sudamericana iba á condensarse, operando su conjunción militar y política en el punto céntrico del continente. Las dos grandes masas batalladoras del sur y del norte, al seguir opuesto itinerario, se aproximan persiguiendo un mismo objetivo, estrechan el círculo de los realistas y se preparan á dar un golpe de muerte al poder colonial en su último baluarte. Cómo se operó este movimiento concéntrico, cuál es el teatro á que van á trasladarse las operaciones militares y políticas, cuáles los antecedentes históricos y sociológicos del país que va á ser

el nuevo teatro de la guerra, qué papeles desempeñó el Perú en la lucha de la emancipación americana, por qué medios y modos públicos y secretos se preparó esta grande empresa, tal es el objeto de este capítulo, fundado principalmente en documentos peruanos y testimonios imparciales y auténticos. Es una página complementaria de la historia de la emancipación sudamericana, que constituye el nudo de las acciones y reacciones de su complicado drama y explica su desenlace lógico.

El Perú fué en la época de la conquista la primera colonia americana donde se despertó el espíritu de insurrección contra la metrópoli, según se relató antes, quemando los mismos conquistadores españoles el estandarte real, al enarbolar en el nuevo mundo la primera bandera rebelde y dar batalla en nombre de un nuevo derecho territorial americano. (Véase capítulo I, Int., párrafo VIII). Durante la época colonial se hicieron sentir allí fuertes sacudimientos de las razas mixtas, movidas por sus instintos antagónicos contra la raza dominadora. Al finalizar el siglo XVIII, estalló en su seno la gran insurrección indígena de Tupac-Amaru que pretendió restaurar el imperio precolombiano de los Incas. Estos movimientos eran meros resabios del revuelto espíritu castellano, de la conquista y agitaciones dentro de los elementos incoherentes del sistema colonial, ó el estremecimiento de agonía de la antigua raza conquistada y reducida á servidumbre. No tenía raíces vivaces en el suelo, y si bien presagiasen la índole de la futura insurrección criolla, no diseñaban el carácter de la verdadera revolución emancipadora con nuevas tendencias políticas y sociales. Sofocadas estas insurrecciones bastardas, la tierra entró en su quietismo. Así permaneció por largos años como esas grandes masas de agua del

Océano que yacen estagnadas en medio de las corrientes vivas que las circunscriben. El Perú quedó de este modo aislado del movimiento general de la época. En 1809 y 1810, cuando las colonias se insurreccionaron casi simultáneamente por impulso propio, según se explicó antes (véase cap. I, Int., párrafo II), los estremecimientos de la gestación de una nueva vida apenas se hicieron sentir en su seno. No era que le faltaran el germen de la independencia ni el instinto de la nacionalidad: faltábale la coherencia de sus fuerzas, que por razón de su misma inercia debían volverse contra la revolución americana, contrarrestar sus progresos, retardar su triunfo y obligarla á mayores esfuerzos para emancipar todo el continente, emancipando al fin al mismo Perú.

Fué el Perú en los primeros tiempos de la conquista un verdadero imperio colonial, que comprendía casi todo el territorio de la América meridional, sujeto á la corona de España, desde el Cabo de Hornos hasta el Ecuador. Su nombre se hizo sinónimo de riqueza. Erigido el virreinato de Nueva Granada, bajo cuya jurisdicción quedó Quito; creado en el Río de la Plata que separó las provincias del Alto Perú, é independiente en la forma que antes se explicó, la capitanía general de Chile, el virreinato del Perú, ocupaba todavía, al tiempo de estallar la guerra de la independencia, un vastísimo espacio en el promedio del continente, que se extendía 25 grados al sur del Ecuador, con el Pacífico por límite al occidente y al oriente los Andes, hasta tocar con las fronteras del Brasil. En contacto marítimo con Chile y limítrofe con Quito y las provincias del Río de la Plata, su posición central le permitía mantener en jaque los territorios circunvecinos é irradiar su acción al sur y al norte de la América.

Lima era el foco de este imperio colonial. Fundada al pie de la cordillera occidental y á inmediación del mar, en un ameno valle donde no llueve jamás y sólo truena ó brilla el relámpago una vez cada siglo, su aire vital carece de resorte, y su sociabilidad participa del carácter de su naturaleza. Un toldo transparente de nieblas, que templa los ardores del sol, y las brisas húmedas del sur que refrescan la atmósfera, mantiene constantemente una temperatura suave que convida á la molicie. No es una exageración de un clásico poeta gongórico cuando dijo del clima de Lima:

En su horizonte el sol todo es aurora,
El tiempo es todo eterna primavera.

El Callao es su puerto y antemural marítimo, y dueño de las llaves de la navegación y del comercio de monopolio por siglos, podía considerarse por su prestigio como la capital de Sud América. Rivalizaba en opulencia con Méjico y en importancia con las principales ciudades de España, sin excluir la coronada villa de Madrid. Tenía todos los atributos de una corte, con sus privilegios, su pompa, sus vicios y sus deleites enervantes. Circundada de murallas con su acrópolis ó bastilla, tenía allí su asiento el más alto representante del monarca español, rodeado de una aristocracia indígena, una plutocracia de españoles europeos y una numerosa burocracia jerárquica. En lo temporal, tenía su ejército y su escuadra al amparo de las fortalezas inexpugnables erizadas de cañones. En lo espiritual tenía una iglesia oficial, un clero corrompido y un tribunal de la inquisición, que fué el único que en América encendió hogueras para quemar herejes. Tres quintas partes de su población, que formaban su plebe, eran como en la antigua Roma, esclavos libertos ó indígenas tributarios sin más

pasión popular que las corridas del circo de toros, regalo munificiente de la metrópoli, ó la chicha, regalo hereditario de los Incas. Su corona mundana eran sus mujeres, tipos de belleza y de gracia original, que constituían por su naturaleza eléctrica el nervio social, según la expresión de un profundo observador limeño. Su corona mística era la aureola de rosas siempre frescas de una santa nativa, patrona de las Américas, entre cuyas reliquias se conserva un juego de dados con que echaba suertes con su divino esposo, y que parecía simbolizar otra pasión de la aristocracia limeña importada de España con los primeros conquistadores, que según el histórico proverbio, jugaron el sol (de oro de Cuzco) antes de amanecer.

Situado dentro del trópico de Capricornio, el Perú poseía todos los climas de la tierra por sus diferentes altitudes desde el nivel del mar hasta el límite de las nieves perpetuas. Estaba habitado por diversas razas sin cohesión entre sí, con un antagonismo latente hasta en la misma raza blanca, según fuese su procedencia europea ó americana. La influencia étnica del medio prevalecía en las costas, en los valles andinos y las montañas, imprimiendo á los seres un sello nativo. Un sabio peruano, al estudiar científicamente la climatología con relación á la naturaleza del hombre, ha dicho: «que un país situado dentro de la »zona ardiente, pero reducido su clima á un temple »benigno por la superabundancia de la humedad de »la atmósfera, deben, los que viven en él, tener un »cuerpo débil; la animalización sea imperfecta, y »que la sangre no se bata ni anime bien en los pulmo»nes, y sus glóbulos carezcan de la rubicundez encen»dida que tiñe las mejillas. Así, la sangre no tiene en »arterias y venas el curso igual que extiende la fuerza »y la vida por todos los miembros del cuerpo, y el

»vigor muscular se abate y debilita. De aquí es ser »la pereza inherente á los moradores de estos climas. »El cuerpo enervado sólo desea el reposo y los place»res. Son precisos estímulos muy fuertes para sacarlo »de su apatía, y aunque la juventud fogosa y agitada »supere esta fatal inclinación al ocio, pasados los pri»meros ímpetus de los años florecientes, se adelanta »por lo común la edad que llaman de la prudencia, »que es la de no hacer nada.»

Las fuerzas intelectuales del país eran, empero, vigorosas, animadas por la imaginación, en razón misma de la debilidad nerviosa predominante por la influencia del clima. Los peruanos eran por naturaleza ingeniosos; cultivaban las ciencias y las artes; tenían una literatura propia y contaban con hombres inteligentes é ilustrados que habían llamado la atención del mundo. Su universidad era tan famosa como la de Salamanca en España. Las ciencias naturales y matemáticas se cultivaban en ella. Tenía su escuela de medicina, y sus médicos eran tan acreditados en América como los Montpellier en Europa.

Esta región así poblada y esta sociabilidad así constituída bajo sus dobles influencias enervantes, fué empero, el centro y el nervio de la reacción realista, á punto de llegar á casi dominar la revolución sudamericana por algún tiempo, y prolongar la lucha por el espacio de quince años. Por eso el Perú era el «delenda Cartago» de San Martín, y por eso hacia él convergían los ejércitos americanos del sur y del norte en 1820.

II

Si el Perú se hubiese insurreccionado en 1810, como lo hicieron todas las colonias hispanoamericanas casi simultáneamente, la causa de su independencia habría triunfado en su primer campaña, al menos en

el sur, y al acelerar la emancipación del norte, ahorrádole inmensos esfuerzos y tiempo. Fué por el contrario el centro de la reacción, y esto bastó para paralizarla en un principio, contrarrestarla después, y prolongar últimamente la lucha por el espacio de quince años, haciendo de su territorio el último baluarte del poder colonial en Sud América. Varias causas contribuyeron á imponerle fatalmente este papel, en que intervinieron las influencias políticas y naturales, y que explican las circunstancias combinadas con las tendencias de su sociabilidad.

No es que el Perú estuviese menos predispuesto á la revolución que las demás secciones sudamericanas, pues existían allí las mismas causas que debían producir los mismos efectos. Un viajero inglés, testigo presencial de la revolución de Quito en 1809, el que recorría por aquel tiempo el Perú, (1811-1812), dice: «A mi llegada á Lima encontré el mismo espí»ritu revolucionario diseminado en los criollos de to»das las clases, con excepción de un corto número de »empleados lucradores del gobierno. Los habitantes »deseaban, con no menos ardor tal vez que las demás »secciones de América, un cambio en la forma de go»bierno; y por no haberlo establecido, se les ha con»siderado por muchos culpables de indolencia y pusi»lanimidad, cargando con esta falta sin haberla me»recido. Cuando un pueblo se halla bajo la influencia »de la fuerza, tanto los habitantes como los soldados »deben someterse á la voluntad del que manda. Tal »era el estado de Lima.»

Al tiempo de estallar la revolución, el Perú contaba con una población de más de un millón y medio de habitantes, mucho mayor que la de las Provincias Unidas y de Chile, juntas, y si se agrega el Alto Perú, dominado por sus armas desde 1815, puede compu-

tarse en cerca de dos millones. Pero era una población heterogénea, de la que los indígenas formaban más de la mitad; los mestizos de indios y africanos, como un quinto; los esclavos negros, como cincuenta mil; y los españoles, apenas un séptimo. No tenía por lo tanto la cohesión de las dos repúblicas aliadas que en 1820 iban á llevarle la independencia, que los peruanos no podían alcanzar por sí solos, como lo reconoce un historiador nacional. El norte y el sur del Perú eran dos países completamente extraños el uno al otro, y que por la misma similitud de producciones no tenían intercambio, existiendo entre ambos un antagonismo que ha costado neutralizar, aun muchos años después de fundar su nacionalidad. Agréguese á esto, que la sierra ó sea la parte montañosa del país y la zona de la costa, eran también dos regiones completamente diversas, sin vínculo que las uniese fuera del territorial, y que contrastaban en el orden físico y moral. El clima de la costa es enfermizo y árido, salvo en los valles regados por los ríos que descienden de la cordillera. El clima de la sierra es salubre y rico en recursos de todo género. Los hombres del litoral eran poco aptos para los trabajos de la guerra. Por el contrario, los serranos mestizos, producto del consorcio del indio y del europeo, constituían el nervio militar del país, pues, aunque en apariencia endebles y con poca energía individual, estaban dotados de una musculatura elástica, eran infatigables en las marchas á pie, con una tendencia á mantenerse agrupados en los peligros comunes, y por lo tanto, un buen elemento para formar una excelente infantería, subordinada en el campamento, sobria en los trabajos de la guerra y compacta en el fuego.

La raza europea y criolla estaba afincada en las ciudades de la costa y en los fértiles valles andinos.

La raza indígena, conquistada primero y domada después, estaba reducida á la condición de servidumbre, ocupaba casi exclusivamente el territorio de la sierra. La raza mezclada—mulatos, mestizos y negros criollos libertos,—constituía la plebe de las ciudades, que trabajaban para los privilegiados como jornaleros ó artesanos. El resto de la población la formaban negros de Africa esclavizados, que cultivaban las haciendas de sus amos.

Un peruano, que en el año de 1820 á que hemos llegado, explicaba las causas que supeditaban la expansión del patriotismo de sus ciudadanos, decía: «La »abundancia de castas índica y etiópica; la dificul»tad que hay de reunir los sentimientos que pueden »ser uniformes entre los americanos blancos y los »indios, por lo menos para combinar un plan seguro »y un sacudimiento general; la ignorancia misma á »que han sido reducidos los pueblos; y últimamen»te, las fuerzas del terrorismo de que se han preva»lido los españoles para subyugarnos; no se extraña»rá, pues, que el Perú en medio de su abundante po»blación y facilidad de recursos, no haya podido ni »pueda cooperar á la obra de la redención americana, »sin una fuerza (extraña) que apoyase sus movimien»tos.» Era, pues, una sociabilidad inorgánica, sin coherencia en sus partes componentes, cuyos movimientos revolucionarios tenían necesariamente que ser aislados, y por lo tanto débiles é inconsistentes, como se verá por la reseña que de ellos haremos más adelante. Pero estos elementos, por lo mismo que estaban disgregados y no tenían unidad para la ofensiva, se hallaban dispuestos á ser pasivamente dominados bajo la disciplina de un poderoso centralismo militar y político como el que imperaba en la colonia. Esto explica cómo la reacción peruana contra la revolución

americana en sus comienzos pudo operarse con tanta eficacia, por su propia inercia como colectividad, y pudo prolongar la lucha en condiciones relativamente ventajosas, concurriendo á ello otras circunstancias que dieron por algún tiempo la preponderancia militar á los realistas.

Al tiempo de estallar en 1810 la revolución sudamericana, ocupaba el virreinato del Perú el general José de Abascal, hombre de edad provecta pero con notables talentos políticos y militares, dotado de un temple de alma en quien la prudencia se unía á la decisión y á la perseverancia. Aislado en medio del continente insurreccionado, hizo frente á la tempestad, y convirtió al Perú en la ciudadela del poder colonial y centro de la reacción realista. Si la revolución hubiese podido ser vencida, él la habría vencido, pero hizo lo posible para retardar su triunfo. Reunió tesoros, organizó el virreinato para la resistencia y para la ofensiva, levantó ejércitos numerosos, sofocó al norte el levantamiento de Quito, ocupó militarmente las provincias del Alto Perú conteniendo el empuje de la revolución argentina; reconquistó á Chile, dominó el mar Pacífico, sofocó los conatos revolucionarios en su territorio apenas se hicieron sentir; mantuvo al país en obediencia, y al cabo de seis años de lucha y de trabajos sojuzgó todo el continente alzado, con excepción de las Provincias Unidas y una parte de Venezuela. Si en 1817 San Martín no hubiese reconquistado á Chile, Abascal habría invadido las provincias argentinas por el norte y por el oeste con unos doce ó quince mil hombres; habría sostenido á Nueva Granada dándose la mano con Morillo, y contenido los progresos de Bolívar. La insurrección sudamericana, aun no siendo vencida en sus dos últimos focos lejanos, habría quedado aislada en ellos con peligro de

consumirse por inanición, ó al menos sin esperanzas de vencer. Cuando la revolución atravesó los Andes y tomó á su vez la ofensiva, el Perú colonial empezó á retroceder y á encerrarse dentro de sus montañas, pero manteniendo siempre en alto los pendones del rey de España.

A la eficaz acción del virrey Abascal debióse la preponderancia militar del Perú, y los triunfos que coronaron las armas realistas desde 1810 á 1816. Pero hizo más que eso, y fué crear un partido de acción realista americano, que radicó la lucha en el territorio de las colonias insurreccionadas convirtiéndola en guerra civil, y alimentarla con los hombres y recursos del país, creando así en él un espíritu de propaganda de los ejércitos de la insurrección. Sobre la base de las pocas tropas españolas con que contaba, organizó un ejército colonial de nueva creación, reclutado entre los habitantes de la sierra, cuyas singulares cualidades para la guerra supo aprovechar con suma habilidad, infundiéndoles el entusiasmo de su causa y la fidelidad á su bandera. Así comprometió al país en la resistencia, lo dominó, venció á sus enemigos, manteniendo la guerra por el espacio de cuatro años con elementos puramente americanos. Reforzados más tarde estos ejércitos con tropas peninsulares, las armas realistas adquirieron mayor consistencia, pero los soldados indígenas constituyeron su núcleo por espacio de quince años, y llenaron constantemente sus claros. Mandados por generales peruanos en los primeros tiempos, dirigidos después por hábiles generales españoles probados en la guerra de la Península, esos ejércitos, bien que quebrantados en Chacabuco, Maipú y las fronteras argentinas del norte, eran en su terreno una verdadera fuerza nacional que sostenía una guerra política y de raza, y sólo podía destruirse ata-

cándola en el suelo á que estaba adherida. Mientras tanto, era el Perú armado una esperanza para los realistas y una amenaza constante pra toda la América, que obstaba al triunfo de la revolución dividiendo sus fuerzas continentales. Esto es lo que San Martín comprendió desde el principio, al decir que, mientras no se conquistase á Lima, la guerra no finalizaría, y lo que le hizo insistir en la idea de llevarla al Perú con tanta convicción como perseverancia.

Al emprender San Martín su campaña por tantos años soñada, iba á encontrarse frente á frente de dos nuevos contendores, de los cuales uno sería eliminado por su acción indirecta, y el otro, vencido por efectos ulteriores de su expedición. Abascal había abandonado la escena americana, cargado de años y de gloria, dejando ocupado el Alto Perú, reconquistado á Chile, triunfante la causa de su rey en Quito y dominado el Bajo Perú, sólidamente militarizado. Reemplazado en el mando por el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe, su sucesor continuaba la política que había practicado en la escuela del maestro, aunque no con su inteligencia y su éxito. Menos afortunado en sus empresas lejanas, había perdido á Chile y el dominio del mar Pacífico, y se hallaba amagado en su propio territorio por la revolución triunfante al sur y al norte, especialmente por el sur. Empero, mantenía en el Perú el poder militar creado por su antecesor, aunque debilitado por sus reveses y destemplado por otras causas que se explicarán á su tiempo. Este era el primer contendor con quien iba á medirse San Martín. El otro era el teniente general José de La Serna, que en 1816 había llegado de España con un refuerzo de tropas, nombrado por el rey general en jefe del ejército del Alto Perú. Militar de buena escuela con ideas teóricas y larga experiencia

de la guerra en Africa y Europa, dotado de un carácter moderado que lo hacía irresoluto en el mando, y profesando en política principios liberales, era La Serna un elemento nuevo introducido en el ejército realista del Perú, sobre el cual adquirió más tarde gran ascendiente, y que estaba destinado á inocularle un nuevo espíritu.

III

Ya se ha visto cómo el Perú llegó á ser fatalmente el centro y el nervio político y militar de la reacción realista, y cómo su resistencia era el único y último obstáculo al triunfo definitivo de la causa de la revolución en la época á que hemos llegado. Falta presentar el reverso de esta medalla, para mostrar cómo el Perú estaba subordinado á la misma ley histórica que lo llamaba a nuevos destinos. Aun cuando el virrey Abascal lo hubiese mantenido en obediencia, alejando la guerra de su territorio y dominándolo por los mismos medios con que lo hacía fuera de sus fronteras, no por eso dejó de luchar con resistencia en el interior. El sentimiento americano de emancipación existía latente en el Perú y dió pruebas señaladas de ello no obstante sus desfavorables condiciones y las causas antes apuntadas que comprimían su expansión. Es un hecho que la historia debe consignar, que, si el Perú no concurrió desde el principio á la lucha, no es porque faltasen á todos sus hijos el anhelo de la independencia y fortaleza del sacrificio, ni porque dejasen de poner los medios á su alcance para sacudir el yugo que los oprimía. El Perú tuvo también sus insurrecciones, que respondieron á la insurrección general; pero fueron sofocadas como casi todas las que estallaron durante los primeros cuatro años, muriendo sus autores en los calabozos,

en los cadalsos ó en los campos de batalla. Esto quebrantó sus fuerzas revolucionarias, harto débiles por su falta de cohesión y por el poder relativamente incontrastable que las anulaba, y de aquí que el Perú sólo pudiese ser libertado por el auxilio extraño, como lo reconoce el historiador nacional que hemos citado antes. Todas las naciones han pasado por estos períodos de impotencia para labrarse su propio destino. Pueblos considerados más viriles, como por ejemplo Chile y la Nueva Granada, en condiciones más ventajosas, quedaron reducidos á la misma impotencia, y no se habrían redimido por sí solos sin la intervención argentina y colombiana, que los incorporó á la revolución retemplando sus fuerzas nativas. La historia de los esfuerzos hechos por los peruanos para concurrir al movimiento emancipador de la América, es por eso una página que entra naturalmente en nuestro cuadro y que se liga directamente con los trabajos que ejecutaron ó á que cooperaron para preparar la expedición que debía libertarlos, allanarle el camino, prepararle su éxito y propiciarla después con su opinión eficiente, para concurrir con sus sacrificios al triunfo final.

Cuando á fines del siglo XVIII empezaron á alborear las primeras ideas de independencia y libertad en las mentes obscuras de los colonos hispanoamericanos, indicando que una nueva luz acababa de encenderse, en el Perú empezaron á hacerse sentir los primeros síntomas de una elaboración moral en el mismo sentido, aunque con formas veladas. En 1791 un escritor anónimo publicaba un apólogo sobre la corrupción de las colonias, que decía haber traducido de un pergamino antiguo, encabezándolo con un epígrafe de Horacio: «Mutato nomine, de te fabula narratur», en que pintaba á «los romanos enriquecidos con los teso-

»ros de otros reyes subyugados, que empezaron á mi»rar con tedio la rigidez de las costumbres y las vir»tudes, que poco á poco se relajaron, legitimando su »tiranía, las leyes marciales y el derecho de con»quista», y acababa diciendo que por fortuna estaba raspado el resto del pergamino, evitándole el riesgo de que el público mirase su traducción como una sátira metafórica. Un año después (1892), con motivo de inaugurarse en Lima un anfiteatro anatómico, un sabio peruano llamado José Hipólito Unanué, que tenía nociones claras de los derechos del hombre, y aunque de temperamento tímido, estaba destinado á representar un papel en la revolución; al disertar elocuentemente sobre la «decadencia y restauración del Perú», decía invocando como Montesquieu á las musas, al numen de la política que le dictaba sus palabras: «Los imperios dilatados y sin moradores son »cuerpos fantásticos. ¿De qué sirven los pueblos arrui»nados? ¿De qué los países fértiles sin agricultores? »Faltando los brazos que abran las entrañas de la »tierra, la miseria hará gemir al país donde la liberal »naturaleza ha derramado los tesoros de su inagota»ble fecundidad. Tal es hoy la suerte del Perú. »Consumidos sus moradores, sólo presenta cúmu»los de ruinas. ¿Dónde están aquellos pueblos de »tan numeroso vecindario que sostenían su liber»tad, oponiendo huestes que equilibraban todo el »poder de los Incas? ¿Dónde la multitud de ciudades »con que los héroes españoles quisieron perpetuar su »nombre y sus proezas? Parece que, cansada la tierra »de la insaciable ambición con que la agitaban los »humanos, abismó de improviso con las vidas sus te»soros. Parece que al ruido de las cadenas del despo»tismo y la tiranía que arrastraba el hambre del »oro, huyeron los naturales á las cavernas, á las sel-

»vas inhabilitables, y desamparadas las provincias, »quedaron sacrificadas á la voracidad del tiempo.»

Estas ideas fugaces, envueltas en formas literarias, que revelaban empero una conciencia autonómica que despertaba, cayeron en la cabeza de un visionario, y como la semilla que se modifica según la tierra que la recibe, se convirtieron en un vago plan de independencia monárquica, entroncado en la antigua dinastía de los Incas, que comprendía sus antiguos dominios del Alto y Bajo Perú. Naturalmente, este pensamiento debía surgir del seno de la Roma incásica, donde se conservaban las tradiciones indígenas á la par de las revelaciones de una vida nueva que los instintos sugerían y que la imaginación exaltaba. En 1805 un obscuro minero del Cuzco, llamado José Gabriel Aguilar, concibió la idea de emancipar la tierra con el propósito de fundar un gobierno soberano, y confió su proyecto al doctor J. Manuel Ubalde, á la sazón asesor del gobierno local, asegurándole que contaba con el apoyo de la Inglaterra para insurreccionar la América. Estos dos conjurados solidarios comprometieron en sus planes á varios miembros del gobierno y del clero, entablando relaciones con los caudillos indígenas que podían apoyarlos con sus fuerzas populares. Un día Aguilar comunicó á los iniciados, que había tenido un sueño apocalíptico y visto una águila sola que venía del Pacífico hacia el Cuzco, y otra que le salía al encuentro del seno de las montañas, llevando sobre sus alas cuatro hombres con espadas flamígeras —que eran los cuatro principales conjurados,—y que al embestirse ambas, se despeñaban en el espacio, surgiendo bajos sus pies legiones de guerreros que aclamaban á sus nuevos caudillos. Denunciados por uno de los iniciados, Aguilar y Ubalde fueron sentenciados á muerte y ahorcados en la plaza del Cuzco, don-

de pocos años antes había sido ejecutado el caudillo de la sublevación indígena Tupac-Amaru. Aguilar y Ubalde fueron los primeros mártires de la independencia peruana. Diez y ocho años después, el congreso del Perú independiente los declaró beneméritos de la patria, ordenando que sus nombres se grabaran á la par de los precursores y fundadores de la nacionalidad.

La sangre de Aguilar y de Ubalde debía hacer retoñar en el Cuzco la semilla revolucionaria por ellos sembrada, casi con las mismas formas y medios, pero con objetivos más claros y propósitos más deliberados, respondiendo á la insurrección general de la América.

IV

Los primeros estremecimientos revolucionarios del Perú no asumieron el carácter franco y decidido de las demás secciones sudamericanas. Las conmociones de Chuquisaca, de La Paz y Quito, en el año 1809, tuvieron un eco sordo en Lima. Al mismo tiempo que el virrey Abascal lanzaba sus expediciones interventoras al sur y al norte del continente para apagar estas primeras chispas precursoras del grande incendio americano, un grupo de patriotas peruanos, movido por un español llamado Antonio María Pardo, fraguaba una conspiración con el intento de establecer una junta de gobierno autonómico á imitación de las de España. Algo adelantados sus trabajos secretos, fueron denunciados, sometidos á juicio sus promotores, y condenados á duras penas. El más ardoroso de los conspiradores, el joven abogado peruano Mateo Silva, fué sentenciado á diez años de presidio y murió en las casamatas del Callao después de seis años de cautiverio.

A esto debe que su nombre haya sido inscripto en el martirologio político del Perú.

La segunda tentativa revolucionaria fué igualmente un aborto, que no pasó de la tentación; pero tuvo un carácter más definido por sus tendencias patrióticas. La insurrección de 1810, que sin acuerdo previo entre las partes estalló simultáneamente en todas las colonias hispanoamericanas, con excepción del Perú, cual si obedeciese á un impulso ingénito, movió á los patriotas peruanos á reunirse en secreto, comunicarse sus anhelos y preparar los medios de trabajar por su regeneración. Fué entonces cuando empezó á perfilarse en la penumbra política la figura del único peruano que llegó á concentrar en sí el espíritu nacional, exaltándolo y burlándolo. Era este D. José de Riva Agüero, que contaba á la sazón treinta años de edad. Ambicioso, astuto, inteligente y más audaz que valiente, estaba penetrado de un fuerte sentimiento americano y patriótico; tenía las cualidades del agitador y del conspirador, pero no las del caudillo ni las del político revolucionario. Había viajado por Europa y recibido una educación esmerada. A su regreso de España, pasó por Buenos Aires en 1808 donde contrajo relaciones con los que en aquella época se ocupaban de la suerte futura de la América, y se dirigió por tierra á su patria con el objeto de trabajar por su emancipación. Así que se hicieron sentir las primeras conmociones, empezáronse á formar bajo su inspiración clubs secretos, que se reclutaban en todas las clases sociales. El centro lo formaba una tertulia que se reunía en la habitación del presbítero Ramón Eduardo Anchoris, natural de Buenos Aires y mayordomo del arzobispo de Lima. Sentidos en sus trabajos subterráneos por una denuncia anónima, fueron presos en una noche con Anchoris, el cura de

Chongos, Cecilio Tagle, su hermano Mariano, el abogado Mariano Saravia, un joven José Antonio Miralla, argentinos todos residentes en Lima, y juntamente con ellos, un italiano llamado José Boqui, personaje misterioso que había aparecido en Buenos Aires exhibiendo una rica custodia al tiempo de las invasiones inglesas y acababa de llegar á Lima, y un flamenco, Guillermo Ríos, á la sazón editor de la «Minerva Peruana». Anchoris fué enviado preso á España y los demás extrañados ó sometidos á vigilancia por falta de pruebas. En cuanto á Riva Agüero, supo ocultar su juego con maña, y fué confinado más tarde por sospechoso á una provincia del interior.

La tercera faz de la agitación embrionaria del Perú fué más compleja. La libertad de imprenta declarada por las cortes españolas en 1810 é inaugurada en el Perú en 1811, vino á dar animación á la vida pública á la vez que imprimir nueva dirección á las corrientes inciertas de la opinión. El primer periódico libre que se publicó en Lima con el título de «El Peruano», exclamaba al ensayar la pluma del publicista: «Rotas las cadenas de la arbitrariedad, podemos desenvolver libremente el genio de nuestras ideas y dar un curso franco á la estagnación de nuestros pensamientos.» Y desenvolviendo su doctrina política, establecía: «Los gobernantes no son el origen de la autoridad. La autoridad debe estar limitada según la intención de sus súbditos. Los gobernantes son responsables ante los pueblos. Los pueblos no responden sino á Dios porque ellos mismos son la causa de su miseria, si acaso siguen algún sistema falso de política. En los pueblos reside originariamente la majestad.» Era la primera pulsación normal de la vida nueva. Por la primera vez se oía hablar públicamente en el Perú de los derechos originarios de los

pueblos, en contraposición á los derechos derivados de los gobiernos absolutos, que hasta entonces se consideraban anteriores y superiores á la libertad humana. Pero estas ideas platónicas que flotaban en la atmósfera, no tenían objetivo determinado. La prensa que las difundía, era más bien una cátedra de derecho teórico que una tribuna política. De aquí que, cuando tomando cuerpo, intentóse darle una aplicación práctica, contribuyera á variar el curso de la opinión neutralizándola, en vez de servir directamente á la idea revolucionaria.

El primer impulso en este sentido, de una comisión hispanoamericana, fué dado por la incorporación de los diputados peruanos á las cortes españolas, uno de los cuales, el elocuente orador y jurisconsulto limeño, Vicente Morales y Duares, había contribuído á hacer triunfar con su voz y voto la ley de la libertad de imprenta. De aquí surgió la formación de un partido mixto, que puede calificarse de conservador hispanoamericano. Fué el producto de la doble influencia de las ideas liberales triunfantes en la metrópoli y de su repercusión debilitada en América. El segundo impulso fué dado por el establecimiento de los cabildos constitucionales decretados por la regencia española en 1812, en que por la primera vez los peruanos hicieron uso del derecho electoral, al despertarse en ellos el espíritu cívico y señalarles un objetivo inmediato.

Amalgama de españolismo y americanismo, buscaba la solución del problema identificando los destinos de la madre patria con los de sus colonias, bajo los auspicios del constitucionalismo, que era su fórmula, acercándose á la causa de los realistas en el fondo, cuanto se alejaba del radicalismo de los americanistas, que buscaban su regeneración den-

tro de sus propios elementos por medio de su emancipación.

Era el jefe de este partido un peruano eminente; hombre de letras y hombre de mundo, fastuoso, de principios liberales y de saber enciclopédico, cuya fama había atravesado los mares. Llamábase José Baquijano y Carrillo, y llevaba el título de conde de Vista-Florida en la aristocracia limeña. Según unos, estaba por la revolución de hecho, á la que propendió como miembro de una sociedad secreta, cuyo órgano era el «Satélite del Peruano», redactado por patriotas peruanos, que sucedió á «El Peruano». Con más franqueza que su antecesor proclamaba la autonomía y señalaba un ideal relativo aunque en lenguaje anfibológico. «Por patria tendremos la vasta extensión de ambas Américas. Cuantos habitan en el Nuevo Mundo somos hermanos, somos una misma familia, tenemos los mismos intereses. Unámonos con lazos indisolubles y seremos invencibles y dignos de componer una nación. No debemos tener por hermanos á los que se oponen á la felicidad de la América y desean que se continúe el antiguo gobierno colonial y el cetro de hierro que ha regido por tres siglos España y las Indias.» Según otros, aunque se inclinaba á la independencia en teoría, pensaba que no había hombres capaces para consumar la obra. El hecho es que su nombramiento de consejero de estado de la regencia española fué ocasión de que el entusiasmo popular estallase en el sentido de las tendencias de su partido. La ciudad de Lima le votó espontáneamente tres días de festejos en su honor, manteniéndose iluminadas las calles por tres noches consecutivas. En las provincias más remotas su nombre fué aclamado como el representante genuino del patriotismo peruano. Simultáneamente se denunció la existen-

cia de una conspiración atribuída á los partidarios de Baquijano, que fueron encarcelados por el virrey con gran aparato de fuerza armada en las calles. Baquijano partió para España á ocupar su puesto, y con él acabó el partido hispanoamericano constitucionalista del Perú. Los ecos del liberalismo continuaron repitiéndose en la prensa hasta 1814, época en que la libertad de la palabra fué suprimida junto con la constitución española, y la opinión quedó otra vez estagnada y sin rumbo en la capital peruana.

V

En las provincias, el movimiento revolucionario de los patriotas peruanos fué más heroico y más trágico, aunque inconsistente y no menos desgraciado.

Hemos dicho antes (cap. V, párrafo III), que al llegar triunfante el primer ejército argentino hasta la margen sur del Desaguadero en 1811, el representante de la junta revolucionaria, el Dr. Castelli, en observancia de instrucciones, despachó emisarios secretos al interior del Bajo Perú, que llegaron hasta Lima, á fin de preparar la insurrección, y que encontró al país bien dispuesto. En efecto, los patriotas respondierón con decisión á este llamamiento. El pueblo de Tacna fué el primero en dar el grito de insurrección á espaldas del ejército de Goyeneche situado al norte del Desaguadero.

Es Tacna un oasis, situado en una planicie al pie del Tacora, que tiene por puerto á Arica, y que en comunicación con los valles circunvecinos de la costa y la inmediata región andina, constituye el centro comercial de la sierra del sur del Bajo Perú y del norte del Alto Perú. La mayoría de su población se compone de arrieros de distintas procedencias, que introducían las mercaderías á La Paz, Puno y Arequi-

pa, importaban los azúcares del Cuzco, los aguardientes de Moquegua, las quinas de Calisaya, y eran el vehículo de un activo tráfico de mulas que se efectuaba entre las provincias argentinas del norte y el Alto y Bajo Perú. Por su fisonomía especial y por sus viajes lejanos, su activo contacto con el mundo exterior, y por su fortaleza en las fatigas, los arrieros tacneños formaban una especie de raza nómada dotada de energía moral y con nociones más amplias de las cosas que los que viven aislados en los valles agrícolas y en las asperezas de la sierra. Estos fueron los primeros revolucionarios en acción del Perú.

Un joven limeño, llamado Francisco Antonio Zela, púsose al frente de un grupo animoso de patriotas, y proclamó la revolución. Por una coincidencia nefasta, en el mismo día en que Tacna se levantaba (el 20 de junio de 1811), las armas argentinas eran derrotadas en el campo de Huaqui. Sofocado el movimiento en su cuna, Zela fué sentenciado á muerte, y conmutada su sentencia, murió, como Mateo Silva, en un calabozo, al cabo de cuatro años de cautiverio.

Apenas sosegado el tumulto costeño de Tacna, estalló espontáneamente en un rincón de la sierra un levantamiento más considerable. El importante pueblo de Huánuco y los distritos circunvecinos se alzaron en armas al grito de guerra de «¡Mata-Chapetón!», acaudillados por su regidor Juan José Castillo (13 de febrero de 1813). Los insurgentes levantaron un ejército allegadizo de 1.500 hombres, pusiéronse en campaña y se situaron sobre el río Huaco, cubriendo el puente de Ambo fronterizo á la villa del mismo nombre. Atacados en esta posición por fuerzas organizadas y mejor armadas, á órdenes del intendente de Tacna, José González Prada, fueron completamente deshechos, dejando 250 cadáveres en el campo. El vencedor

castigó á los pueblos rebeldes de Huánuco, Hyancocha y Ambo, con el degüello de cien personas de ambos sexos y todas edades. Castillo y sus dos coadjutores, José Rodríguez y Juan de Haro, fueron fusilados.

Los contrastes de las armas realistas en Tucumán y Salta (1812 y 1813) y la nueva invasión del ejército argentino al Alto Perú bajo el mando del general Belgrano, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos. Los capitulados de Salta especialmente, naturales en su mayor parte de las populosas ciudades del Cuzco y Arequipa, al regresar á sus hogares, propalaron por toda la sierra la noticia de la catástrofe del ejército español anunciando el próximo avance del ejército argentino. Según los mismos historiadores españoles, ellos fueron los más activos agentes de la revolución «pregonando el brillo y entusiasmo de »las tropas de Buenos Aires y la justicia de la causa »que sostenían, á la vez que difundían ideas nuevas »é ideas subversivas, promoviendo reuniones clandes»tinas, que predisponían á las poblaciones á la sedi»ción.» Un plan de insurrección se proyectó entre varios patriotas del Cuzco, Arequipa, Moquegua y Tacna. Al efecto, salió del Cuzco un Julián de Peñaranda, que se decía descendiente de los Incas, con el objeto de concertar los medios ccn los habitantes de la costa sur. En Tacna púsose de acuerdo Peñaranda con el gobernador del distrito, Manuel Calderón, el coronel Carlos García Rivero y el comandante José Gómez, entrando en el plan las autoridades y los principales vecinos de Moquegua. La mayoría era de opinión de que se esperase el resultado de la próxima batalla que iba á dar el ejército argentino en el Alto Perú, recordando el ejemplo de Huaqui; pero cuadró la circunstancia de hallarse allí una partida con 200

caballos de excelente calidad con destino al ejército realista, y, tanto por privar de este auxilio al enemigo, cuanto por utilizar este elemento de guerra, decidióse dar el golpe inmediatamente. Ejecutada sin resistencia la revolución, confióse el mando de las armas al capitán Enrique Paillardelle, hijo de madre limeña y de padre francés, nacido por acaso en Buenos Aires, en cuyo ejército se alistara y que en calidad de emisario general de Belgrano había pasado secretamente á Tacna y Moquegua con el objeto de promover la insurrección de la costa del Perú. Paillardelle, á la cabeza de 200 hombres de caballería—arrieros en su mayor parte,—y 170 de fusil, marchó sobre Moquegua para apoyar su pronunciamiento. Salióle al encuentro la guarnición de Arequipa, y lo deshizo casi sin pelear. Por otra coincidencia no menos nefasta que la anterior, el 1.° de octubre era derrotado el ejército argentino en la pampa de Vilcapugio, y dos días después, el 3 de octubre de 1813, estallaba el movimiento de Tacna, terminando en esta segunda tentativa por una doble derrota como la primera.

VI

La insurrección peruana, sofocada en Lima en 1810, vencida en Huánuco en 1812, y malograda dos veces en Tacna en 1811 y 1813, reventó como un volcán en el Cuzco en 1814. Vencidas las armas argentinas en las jornadas de Vilcapugio y Ayohuma (1813) y expulsadas por segunda vez del Alto Perú, el ejército realista invadió por segunda vez también la frontera norte de las Provincias Unidas y fué rechazado en 1814, según se relató antes, por los partidarios de Salta y las hábiles combinaciones de San Martín. (Véase capítulo V, párrafo VI, y cap. VI, párrafo VII). Las Provincias Unidas, triunfantes en Montevideo y domina-

doras de las aguas del Plata, sin enemigos que combatir dentro de su territorio, se disponían á fines de 1814 á invadir por la tercera vez el Alto Perú, en prosecución del plan militar de ir á Lima por el camino mediterráneo, con el intento de sublevar todas las poblaciones á su paso. Fué entonces cuando estalló en el Cuzco el gran movimiento popular conocido en la historia con la denominación de «Rebelión de Pumacahua», y cuando el ejército realista, en retirada de la frontera argentina, desprendió á su retaguardia al general Ramírez al frente de una fuerte división con el objeto de combatirla. (Véase cap. VI, párrafo VII). Si Lima era la capital del Perú colonial, el Cuzco era la capital tradicional donde se había anidado la primera idea de independencia y era natural que allí hiciese su estallido la revolución americana, levantándose en alianza las dos razas oprimidas: los criollos y los indígenas. La sublevación de Tupac-Amaru había sido puramente indígena: la tentativa de Aguilar y Ubalde fué un sueño de tradiciones antiguas y aspiraciones nuevas: la rebelión de Pumacahua fué criollo-indígena.

El primer síntoma revolucionario se hizo sentir en el Cuzco con motivo de la instalación del cabildo constitucional por elección popular, otorgada por la regencia española á las colonias americanas, de que antes se hizo mención. Tres hermanos, llamados José Vicente y Mariano Angulo, que abrigaban proyectos de independencia y tenían ascendiente sobre la plebe, se pusieron al frente del movimiento electoral criollo. Con los capitulados en Salta, de que se habló antes (párrafo IV de este cap.) formaron un núcleo de gentes de acción, y en el día de la elección reuniéronse más de mil hombres, atropellaron el cuartel é hicieron triunfar sus candidatos, quedando es-

tablecido un gobierno municipal esencialmente criollo (7 de febrero de 1813). Presos dos de los Angulo con otros conspiradores por nuevas tentativas de sublevación, en que murieron algunos hombres del pueblo que asaltaron el cuartel á pedradas, el Cabildo reclamó su libertad, calificando á las víctimas de la poblada de «mártires de la patria.» Los presos sedujeron á los soldados que los custodiaban, y en la noche del 2 al 3 de agosto de 1814 se sublevaron con la guarnición de la ciudad, deponiendo las autoridades y aprisionaron á los ministros de la Audiencia. Bajo los auspicios de los cabildos secular y eclesiástico, se eligió una junta de gobierno, señalándose como candidato nominal de la revolución por su prestigio entre los indios, al brigadier Mateo Pumacahua, de raza indígena pura, que desempeñaba interinamente el puesto de presidente del departamento, y que había sido elevado á este rango por los distinguidos servicios que prestara contra la gran sublevación de Tupac-Amaru, treinta y cinco años antes. José Angulo, que era el verdadero jefe del movimiento, fué aclamado capitán general. El nuevo gobierno levantó dos horcas en la plaza principal en señal de autoridad soberana, inventó un estandarte, levantó un ejército y fundió piezas de artillería que llamó «viborones» en contraposición de las «culebrinas» españolas, preparándose á la pelea. El pueblo respondió con entusiasmo al pronunciamiento, y la cooperación de parte de los más notables criollos y de los mestizos imprimió á la revolución un carácter verdaderamente americano, que se acentuó por sus declaraciones, en que se invocaba «una nueva patria» y propósitos de independencia bajo formas convencionales. Una de sus primeras medidas fué despachar emisarios cerca de las provincias argentinas, buscando su alianza en defensa de

la causa común de la América. El obispo José Pérez y Armendaris (cuzqueño) bendijo las armas de los rebeldes en sus caudillos. Los curas y los frailes predicaron la rebelión en las provincias circunvecinas, distinguiéndose entre ellos por su ardor el cura del Sagrario del Cuzco, Ildefonso Muñecas, argentino (de Tucumán), que había sido uno de los principales promotores de la revolución, y como su tribuno y su procónsul, debía representar en ella un señalado papel. Tuvo también un poeta de alma intrépida, que sería uno de sus mártires, y que á la edad de veintitrés años tenía ya un renombre nacional por sus cantos populares, en los que presentía su temprana muerte, y que ha sido llamado «el Moore del Perú». Era natural de Arequipa, llamábase Mariano Melgar, había hecho buenos estudios, y como jurisconsulto fué nombrado auditor del ejército revolucionario.

Los revolucionarios desprendieron tres poderosas columnas—más por su número que por su composición y armamento,—en las tres proyecciones militares de la revolución: al norte, una columna sobre Huamanga (hoy Ayacucho) haciendo frente á Lima: al sudoeste otra sobre Arequipa para apoyar las insurrecciones de la costa sur; al sur y al norte otra, para ocupar la base de operaciones del ejército realista que maniobraba sobre la frontera argentina, y cortar sus comunicaciones del Desaguadero introduciendo la insurrección al Alto Perú. La columna de Huamanga, á cargo de un Gabriel Bejar, Mariano Angulo y un Manuel Hurtado de Mendoza, natural de Santa Fe (República Argentina), se posesionó sin resistencia de la provincia, asegurando la retaguardia. La del sudoeste, al mando de Pumacahua y Vicente Angulo, compuesta de 5.000 hombres con 600 fusileros, batallones y escuadrones de piqueros y lanceros, y guerrillas de honderos y

gente armada de macanas con sus baterías de «viborones», marchó sobre Arequipa. El intendente José Gabriel Moscoso y el general Francisco Picoaga, uno de los héroes de Vilcapugio bajo la bandera del rey, pretendieron hacer resistencia con la guarnición de la ciudad. Atacados en la Apacheta, á inmediaciones del pueblo de Cangallo, fueron vencidos y prisioneros, siendo poco después ejecutados en el Cuzco en señal de guerra á muerte y por vía de represalia. Los indígenas de la provincia se sublevaron en masa. Los vencedores entraron á la capital de Arequipa tres días después, y sus autoridades y habitantes los acogieron con aparente simpatía, tomando partido por ellos muchos criollos y mestizos. El caudillo de la revolución, al presentarse ante el cabildo abierto convocado en su honor, sólo pudo pronunciar estas palabras, que dan la medida de sus alcances: «¡No poder hablar... me »palpita mucho la colazón!» La columna del este y del norte, dirigida por el coronel José Pinelo, llevando por capellán y secretario al cura Muñecas, que era el verdadero jefe de ella, ocupó á Puno y rindió su guarnición (20 de agosto de 1814); cruzó el Desaguadero (11 de septiembre) tomando allí 13 cañones; se apoderó por asalto de La Paz (24 de septiembre) cuya guarnición fué exterminada por el populacho sublevado, que se entregó á todo género de excesos después de rendida la ciudad. La revolución parecía triunfante y, según confesión de un historiador español, «los realis»tas creían con harto fundamento decaída definiti»vamente en su contra la suerte del Perú, y el edi»ficio del estado parecía desplomado sobre sus ca»bezas.»

Simultáneamente con estos ruidosos acontecimientos, el coronel Saturnino Castro (salteño), la primera espada de caballería del ejército realista, que había

decidido la batalla de Vilcapugio, y á quien hemos visto figurar en la invasión de Salta (cap. VI, párrafo VI), sabedor de la rebelión del Cuzco, se propuso secundarla. La desaparición de los generales americanos que bajo la bandera del rey dirigieron los ejércitos americanos en las primeras campañas, y su reemplazo por generales europeos, había introducido un elemento de discordia entre europeos y americanos. Castro, apasionado de una belleza salteña, cuya ausencia lloraba, y deseando abrirse el camino de la tierra natal ó por el triunfo del rey ó por la defección á sus banderas, intentó sublevar el ejército de que formaba parte, compuesto casi en su totalidad de soldados del Alto Perú, confiado en el ascendiente que tenía sobre el escuadrón que mandaba, en la confianza de que sería apoyado inmediatamente por un batallón de naturales del Cuzco, que constituía el nervio del ejército, acantonado á la sazón en Suipacha. Al efecto solicitó el apoyo armado del general argentino de Tucumán (agosto de 1814), comunicándole su atrevido plan, por medio de un emisario secreto. Descubierto en sus trabajos, antes de tiempo precipitó el movimiento seguido de muy pocos, é intimó rendición al general en jefe español, expidiendo una proclama en el sentido de la revolución. Preso por sus mismos soldados, juzgado y sentenciado por un consejo de guerra, fué fusilado en Moraya (octubre de 1814), reclamando el batallón cuzqueño con que creía contar, ser el ejecutor de la sentencia para dar prueba de fidelidad.

Fué entonces cuando el ejército realista, en retirada de Salta, machucado por los partidarios de Güemes y con casi todo el Alto Perú sublevado á su espalda, desprendió una división de dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, que compo-

nían un total de 1.200 hombres al mando del entendido general Juan Ramírez, con el objeto de domar la rebelión del Cuzco. Los soldados naturales del Bajo Perú se disputaron el honor de formar parte de esta expedición. Ramírez, con no menos actividad y resolución que los insurgentes, marchó sobre La Paz, y en el cerro de Chacaltaya, á inmediaciones del pueblo de Achocalla (2 de noviembre de 1814), destrozó la columna de Pinelo, tomándole su artillería. Atravesó en seguida el Desguadero por el puente del Inca y rescató á Puno, recuperando su base de operaciones perdida. Aprovechando su victoria, abrió su campaña sobre Arequipa y Cuzco. Mientras tanto, la columna expedicionaria de Huamanga, que pusiera en conmoción la inmediata provincia de Huancavelica, había sido rechazada y hecha pedazos con gran mortandad en las sangrientas batallas de Huanta y Matará (3 de octubre de 1814 y 4 de febrero de 1815) por tropas veteranas despachadas de Lima y milicias del país, amagando á los insurrectos por su retaguardia. A la aproximación de Ramírez, Pumacahua evacuó á Arequipa (30 de noviembre), y se situó en Apo, punto donde se separan los caminos del Cuzco y de Puno, desde donde dirigió una intimación al general realista para que «rindiese sus armas al poder irresistible de la patria.» El general Ramírez continuó impertérrito su avance, y se posesionó de Arequipa, donde fué recibido en triunfo, pues la revolución había empezado á desacreditarse por sus excesos y por la falta de buena dirección política y militar. Después de dar dos meses de descanso á sus tropas, marchó resueltamente sobre el Cuzco. El general insurgente, asistido por Vicente Angulo, reunió sobre el río de Huamachín, á inmediaciones del pueblo de Pucara, más de 20.000 hombres, de ellos 600 fusileros con 37 piezas de artillería,

y el resto, gente regimentada de á pie y á caballo armada de lanzas, picas, hondas y macanas, en su totalidad indios. Atacado en esta posición, fué completamente derrotado (11 de marzo de 1815). La ciudad del Cuzco se pronunció por el rey. Pumacahua fué ajusticiado en el pueblo de Sicuani y su cabeza clavada en la plaza del Cuzco. Mariano Angulo murió peleando en Huamanga. Bejar, José y Vicente Angulo fueron fusilados. Tocó igual suerte al poeta Melgar, que había combatido en Humachiri en la artillería, y recibió la muerte con entereza varonil.

Así terminó la gran rebelión del Cuzco, que fué el más grande esfuerzo hecho por los indígenas y patriotas peruanos para alcanzar la independencia por sí solos. Desde entonces el Perú quedó completamente sojuzgado y en absoluta impotencia para intentar nuevas insurrecciones. Las sucesivas y repetidas derrotas en el espacio de cinco años habían quebrantado, no sólo las fuerzas revolucionarias, sino también demostrado en la prueba la inconsistencia de sus movimientos por la falta de cohesión de los elementos nacionales, su debilidad orgánica por la preponderancia del elemento indígena puro, á la par que la solidez de los ejércitos realistas reclutados en el país, que se adhirieron más á su causa. Así lo comprendieron los mismos peruanos, según la confesión de sus historiadores. No quedaba más esperanza que el auxilio extraño, y eso mismo era una esperanza remota en 1815. En el año anterior de 1814 había sido reconquistado Chile por la expedición de Osorio salida del mismo Perú. En el mismo año de 1815 caía vencida la revolución de Venezuela y Nueva Granada por la gran expedición de Morillo, y el ejército argentino, que había invadido por tercera vez el Alto Perú, era completamente derrotado en Sipe-Sipe. Pero precisamente en

esos momentos aparecía San Martín en Mendoza, á fines de 1816. Cuando los planes del general de los Andes sobre Chile y el Pacífico empezaron á ser conocidos, las esperanzas de los patriotas peruanos renacieron.

VII

Derrotados los patriotas peruanos en el terreno de la acción, no desmayaron. Volvieron á ensayar su táctica de propaganda y conspiraciones subterráneas. Lima volvió á ser el centro de esta agitacion sorda. Organizáronse al efecto sociedades secretas, á fin de mantener el fuego revolucionario tapado por cenizas. A su cabeza se pusieron Riva Agüero, á quien ya conocemos, y los Dres. Francisco de Paula Quirós y Fernando López Aldana, conspiradores del mismo temple, á quienes seguía una gran clientela. Al anuncio de la próxima invasión de Chile por San Martín, Riva y Agüero escribió un libro que condensaba las quejas y las aspiraciones de sus compatriotas, que, remitido por él á Buenos Aires, se publicó con este epígrafe: «Obra escrita en Lima en el centro de la »opresión y del despotismo en el año de 1816.» Este escrito, que hoy sólo tiene el valor de un documento curioso, produjo entonces profunda sensación en América, como manifiesto revolucionario. El autor, que en su introducción dice que, «cansado de sufrir la tira»nía, tomaba la pluma, temiendo á cada momento ser »conducido al cadalso,» expone las causas y los motivos de la insurrección sudamericana, y la justifica con razones históricas, filosóficas, económicas y morales, que condensa y comenta en 28 cargos contra la metrópoli. Su conclusión es esta: «El bien no puede »repartirse entre España y América. Los intereses es»tán en oposición. Así, no le queda á la América para

»su existencia física y política sino exponerse á los »riesgos de la revolución. Un esfuerzo extraordinario »la salvará en un solo día. Conozcan los americanos sus »recursos, su fuerza y su bien. A tantos millones de »almas oprimidas no les queda otro recurso que la »venganza. Para cada español puede poner la Améri»ca cien ó más enemigos. Cuando el amor á la patria »ha encendido el entusiasmo, no hay que esperar que »las crueldades apaguen este fuego sagrado. Estrecha»dos á elegir entre la victoria y la muerte, prefieren »la suerte de las armas al ignominioso fin que les »aguarda si se entregasen á sus tiranos. No hay com»posición.»

A la noticia de la reconquista de Chile, las sociedades secretas de Lima se pusieron en activo movimiento, y la logia matriz, que dirigía los trabajos de zapa, movida por los antiguos agentes de Castelli y de Belgrano, que tenían la clave secreta de las correspondencias, se puso inmediatamente en comunicación con San Martín. Uno de sus miembros caracterizados, bajo el nombre simbólico y significativo de «Franklin», fué enviado á Chile con una carta autógrafa firmada con el pseudónimo de «Caupolicán», autorizada con la cifra del secretario, y fechada en Salamina (Lima). «Hemos creído conveniente y confor»me á nuestras miras (decían los patriotas peruanos), »daros una idea del estado de aquellas cosas que más »deben influir en vuestras operaciones, que son por lo »menos tres, á saber: el estado del orden... en este »hemisferio ó en España, el de los independientes en »toda su extensión política, y el del Perú. Al efecto, »iniciamos en nuestros misterios... al h... Franklin, »que es un hijo del país, con representación para po»nerse en relación con vos con los signos de nuestra »regeneración, por lo que pueda facilitar nuestros pla-

»nes en la coadyuvación á la libertad del Nuevo Mun»do, ya que el antiguo está condenado al fatalismo de »la esclavitud por ahora. Nosotros martillamos bajo »la borrasca; propagamos la L... («Libertad») y hace»mos prosélitos, capaces por su decisión de llenar al»gún día los altos designios de los hombres de bien. »Estos resultados serán lentos, tanto por la liga de »los tiranos en Europa, como por la contradicción de »principios que sabéis se encuentran en el (.) de Sa»lamina; pero Nemea (el Perú), firme en sus princi»pios, trabaja conforme á ellos, y ya tiene la satisfac»ción de ver el fruto por medio de algunos de sus hi»jos destinados al país de la independencia. Este he»misferio, como campo de los buenos principios, espe»ra de vos, que unáis á los hombres virtuosos de am»bas partes, y que todos marchen bajo las mismas ban»deras á combatir el despotismo. ¡Todo es Asia! Só»lo América mantiene la esperanza de los hombres li»bres. Todos están obligados á fomentar la obra para »bien de la humanidad, que en caso contrario queda»ría sentenciada á una esclavitud absoluta.»

La experiencia y la desgracia habían aleccionado á los patriotas peruanos, dando amplitud á sus vistas y consistencia á sus trabajos por la elaboración paciente de sus elementos cívicos. Vese así por el escrito de Riva Agüero como por la carta simbólica de su logia, el gran progreso que habían hecho las ideas políticas y la transformación operada en las conciencias. Están convencidos de que la salvación debe venirles de fuera, después de los infructuosos esfuerzos hechos para redimirse por sí; aspiran decididamente á la independencia; consideran solidaria la causa del Perú y la América bajo principios uniformes de buen gobierno; comprenden que la lucha es de vida ó muerte, y declarando que no hay composición po-

sible entre la metrópoli y sus colonias ni más solución al problema que la emancipación absoluta por las armas, alcanzan en medio de su aislamiento con rara penetración, que el mundo todo está esclavizado por los poderes absolutos, que «todo es Asia», y que el triunfo de la América es la última esperanza de la libertad. Por ese tiempo, estas mismas ideas se generalizan en los Estados Unidos y penetraban en Inglaterra, considerando la cuestión sudamericana desde el mismo punto de vista, cuando los mismos revolucionarios apenas empezaban á tener la conciencia del gran papel que desempeñaban en los destinos humanos. Era un partido nacional que se formaba con tendencias americanas, que respondían al plan político de San Martín, que buscaba en el Perú un punto de apoyo para terminar allí la obra de la emancipación de todo el continente, como en efecto terminó.

La comunicación de la logia limeña sugirió á San Martín la idea de preparar su expedición al Perú iniciando una guerra de zapa, como lo había hecho antes de invadir á Chile, sublevando moralmente el país, por la organización de centros de conspiración permanente y llenando de agentes secretos para preparar así el éxito de la invasión, creándose de antemano una base de opinión que predispusiese á los peruanos á la revolución á que debían cooperar juntamente con las armas libertadoras que fuesen en su auxilio. Desde entonces no dejó de trabajar el general un solo momento persiguiendo este plan preliminar, como lo comprueba la correspondencia secreta con sus agentes, conservada entre sus papeles. Así, inmediatamente después de Chacabuco, uno de los primeros actos del vencedor, en su calidad de generalísimo de las dos repúblicas aliadas, fué dirigirse al virrey del Perú, para proponerle un canje de prisioneros y la regulariza-

ción política y externa ante la América como beligerante y libertador. Bajo esta misión ostensible, se ocultaba otra, que era ponerse en comunicación inmediata con los patriotas peruanos, utilizando sus buenas disposiciones, á fin de organizar un servicio metódico de espionaje, y buscar sus agentes en las mismas oficinas del virrey, para penetrar sus planes, como lo había hecho antes con Marcó (véase cap. XVI, párrafo VIII). Como se dijo antes (cap. XVII, párrafo II), fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino, Domingo Torres, oficial obscuro que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

Las instrucciones ostensibles de Torres le detallaban la manera cómo debía negociar el canje de prisioneros y distribuir entre ellos y los confinados patriotas en Lima la cantidad de diez mil pesos de que era portador. Las instrucciones «reservadísimas» le prevenían que el objeto principal de su comisión era examinar el estado político y militar de Lima y demás gobiernos del continente meridional; tomar cautelosamente razón de las fuerzas marítimas y terrestres que guarnecían el Perú, así como del número y calidad de sus buques de guerra y armamento, indagando las opiniones de sus jefes y oficiales; á cuyo efecto se pondría en relación con los patriotas más señalados, para fomentar sus aspiraciones á la independencia y ofrecerles el apoyo de las armas de las Provincias Unidas, cuyo poder imponente le encarecía hacer conocer, secretamente, de palabra ó por la difusión de los escritos y proclamas de que era conductor.

El comisionado fué cortésmente recibido por el virrey, pero secuestrado en una fortaleza y sujeto á una

rigurosa vigilancia dentro de un círculo de centinelas para impedirle todo contacto con la población. Los patriotas peruanos se dieron maña para burlar estas precauciones y ponerse en comunicación directa, suministrándole datos recogidos en la misma secretaría del virrey, y noticias detalladas de la expedición que á la sazón preparaba sobre Chile, así como de su plan de campaña, lo que permitió á San Martín apercibirse con tiempo para recibirla y anonadarla en Maipú, según en su lugar queda relatado (cap. XVII, párrafo II).

Por intermedio de una entusiasta patriota limeña que tenía un hijo empleado en la fortaleza, la señora Brígida Silva—que en ocasión de la conspiración de Anchoris y Tagle había prestado análogo servicio,—pudo Torres entablar correspondencia con López Aldana, Riva Agüero y Quirós, transmitirle las instrucciones y la palabra de orden convenida, concertando señales que le imponían de todas las novedades de la ciudad. Relajada algún tanto la vigilancia de que era objeto, el emisario pudo entrar en comunicación directa con otros patriotas que le proporcionaron datos preciosos recogidos en la misma secretaría del virrey, uno de cuyos empleados supieron ganarse jugando su cabeza. Por este medio, obtuvo planos, estados exactos de las fuerzas que guarnecían el Perú y situación de ellas, de sus buques de guerra, de las existencias de sus parques y arsenales y hasta de los más secretos planes del enemigo. Arregláronse los corresponsales que debían comunicarse directamente con San Martín, por medio de claves combinadas; se determinaron los puertos y caletas de las costas peruanas por donde se dirigían los despachos con un plan de señales convenido, estableciendo estaciones y vi-

gías á lo largo de ellas, y se propagó secretamente la voz por todo el país de que una expedición chileno-argentina iría en el término de un año á libertar al Perú. La misión secreta de Torres, con el pretexto de canjear prisioneros, produjo el efecto de una revolución latente, que puso en ebullición el patriotismo peruano, especialmente en Lima.

Al anuncio de la llegada de un emisario de San Martín á Lima, transmitida la palabra de orden á los afiliados en las sociedades secretas, acudieron de varios puntos del país numerosos patriotas buscando entenderse con él. Entre ellos merece especial mención Remigio Silva, hermano del precursor y mártir Mateo, que había sido secretario de la primera conspiración peruana con tendencias autonómicas organizada en 1809. Hallábanse en Huacho por este tiempo, en compañía del teniente coronel argentino José Bernáldez Polledo, de origen español (asturiano), que había asistido á las jornadas contra las invasiones inglesas en Buenos Aires, y decidido por la causa americana concurrió á las batallas de Tucumán y Salta, cayendo prisionero en Vicalpugio. Era un hombre cargado de años, pero de corazón y cabeza. De acuerdo con sus compañeros de infortunio, los prisioneros argentinos, peruanos y chilenos, encerrados en las casasmatas del Callao, había organizado dos conjuraciones con el objeto de alcanzar su libertad y apoderarse de uno de los buques de guerra surtos en el puerto. Fugado por dos veces de su prisión, refugióse en la casa de Silva, en Huacho, quien lo ocultó á riesgo de su vida. Torres comprendió el valor de estos dos agentes, los comisionó para que permanecieran en la desierta costa de Huarmey, á 310 kilómetros al norte de Lima, con el objeto de recibir las comunicaciones que con-

dujesen los buques que se harían conocer por señales convenidas, y transmitirlas á los patriotas de la capital.

VIII

Después de la batalla de Maipú, y asegurado el dominio marítimo del Pacífico por los independientes del sur, San Martín y O'Higgins levantaron resueltamente la bandera redentora del Perú, anunciándole que las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile marcharían en su auxilio, con promesa en su nombre de darle la libertad y la independencia como nación soberana é independiente. (Véase cap. XXI, párrafo III). La aparición de la escuadra chilena en las costas del Perú y las proclamas de O'Higgins, San Martín y Cochrane, esparcidas en todo el país, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos, quienes respondieron á ellas transmitiendo casi diariamente avisos oportunos, que fueron muy útiles al almirante para sus operaciones navales.

Acompañaba á Cochrane en calidad de secretario, á la vez que como agente secreto de San Martín cerca de los partidarios de Lima, el doctor Alvarez Jonte, con el encargo especial de preparar el terreno de la expedición por medio de trabajos secretos. «Estoy en correspondencia con los principales patrio»tas—escribía Alvarez Jonte desde Callao,—y me he »comprometido con ellos sobre la venida del ejército. »Si no se verifica esto pronto, no sólo perderemos una »bella oportunidad, sino que no tendremos derecho »á ser creídos en otra. No hay que temer expedición »de España. Demos el golpe al Perú y deje que se des»cuelgue la Europa. Aquí, aquí es donde está el cen»tro del poder, y éste está expirante. Todo lo tengo »conmovido y preparado. ¡El ejército! ¡El ejército!

»aunque sea con cuatro mil hombres y ocho mil fusi»les de repuesto. Cerrar los ojos y vamos á completar »la obra.» Desde entonces empezáronse á sistemar los trabajos preparatorios para asegurar el éxito de la invasión libertadora. Concertáronse puntos de desembarco, se nombraron comisionados en ellos para preparar el ánimo de los habitantes, reunir cabalgaduras y otros trabajos para propagar por todo el país el espíritu revolucionario. Esta correspondencia, reservadísima por su naturaleza y que sólo se refería á ulteriores operaciones terrestres que en nada se relacionaban con la escuadra, despertó las sospechas de Cochrane, que creyó ver en Alvarez Jonte un espía cerca de su persona. Depositada por el secretario en su camarote, bajo el sello del almirante, éste se consideró autorizado á romperla é imponerse de su contenido, en ausencia de aquél, reprochándole recibir cartas de San Martín, de cuyo contenido no tuviese él conocimiento. Este incidente revela que los celos de Cochrane contra el general de los Andes fermentaban desde entonces en su alma.

Por este tiempo llegaron á Chile varios emigrados peruanos, y algunos de los agentes secretos, á dar cuenta del resultado de sus respectivas comisiones, entre ellos Bernáldez Polledo, que con Silva había permanecido dos años en la costa de Huarmey desempeñando con grandes riesgos el encargo que se les confiara. Cada uno de ellos era portador de planes de campaña remitidos desde Lima, presentándole otros sus ideas por escrito. Estos planes, que revelan más patriotismo que inteligencia militar y juicio, contenían algunos datos interesantes, y son curiosos como documentos históricos; pero de poca ó ninguna utilidad podían servir al general expedicionario para completar sus ideas, pues no pasaban de divagaciones escritas

por doctores sin nociones de la guerra. Los más racionales fueron los de Bernáldez Polledo y Silva, con Lima por objetivo. El del primero se reducía á desembarcar en Pisco con cuatro á seis mil hombres, sublevar los negros esclavos de los valles inmediatos, inundar el país de guerrillas irregulares y marchar en masa sobre Lima; establecerse en Lurín, y cortarle sus recursos, con lo cual la ciudad se rendiría. El de Silva era más complicado: consistía en efectuar un doble desembarco al sur y al norte de Lima con dos divisiones de 2.500 á 3.000 hombres cada una y converger sobre ella, mientras la escuadra amagaba un desembarco por el Callao. Merece especial mención uno de estos planes, aunque sea un desatinado metódico, redactado por persona inteligente, conocedora del país, que tiene de singular ser la antítesis del plan de San Martín, renovando por el interior del país todas las dificultades que éste evitaba por la vía marítima. Según su autor, el Perú debía ser atacado por un ejército de 3.500 hombres que partiese de la frontera argentina del norte (Jujuy) y otro de 5.200 hombres que zarpase el mismo día de Valparaíso. Los puntos de desembarco de éste serían Arica é Ilo, á fin de apoderarse de Tacna y Arequipa. Realizado este primer objetivo, y dejando convenientemente fortificadas ambas ciudades conquistadas, el ejército se dirigiría al Alto Perú y se situaría en Venta y Media para dominar La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí. Mientras tanto, el ejército de Jujuy picaría la retaguardía del realista situado en la frontera argentina, el cual, tomado entre dos fuegos, sucumbiría. Reunidos ambos ejércitos en Venta y Media, marcharían sobre el Bajo Perú, procurando atraer al enemigo á Tacna y batirlo. Si no se conseguía, avanzarían por tierra sobre Lima, siguiendo el uno el camino de la sierra por el Cuzco,

y el otro por Arequipa, para converger á Cañete, al norte de Lima. Allí, procurarían sacar al enemigo á campo raso fuera de sus murallas, y si no se conseguía esto, incendiar con cohetes la capital del Perú, á efecto «de debilitar la defensa», por cuanto agrega el autor, «es operación sencilla, por ser sus edificios de »madera, y que causaría la mayor impresión, y tal »vez de pavor en un pueblo no acostumbrado á la »guerra.» Por aquí se ve que, si los patriotas peruanos dieron un valioso contingente de opinión á la expedición destinada á libertarlos, no sugirieron ninguna idea militar al general que debía mandarla, como se ha pretendido por algunos.

Entre los peruanos residentes por este tiempo en Chile, había dos jóvenes oficiales, llamados Francisco Fernández Paredes y José García. Ambos presentaron á San Martín un plan para la creación de un batallón de naturales del país, formado de soldados de los mismos batallones realistas que los oprimían, que con la bandera nacional se incorporaría al ejército expedicionario, á cuyo efecto aseguraban tener trabajos adelantados. Paredes había formado parte de la segunda expedición de Osorio, y, prisionero en Maipú, tomó partido por la independencia. García había desertado de las filas españolas en el Alto Perú y formaba parte del ejército de los Andes. Ambos eran limeños, y se mostraban dispuestos á sacrificar su vida en servicio de su patria. El general, descontando de su plan lo que tenía de novelesco, quiso utilizar su buena voluntad, y les confió una comisión peligrosa. En un extenso pliego de instrucciones les previno que su misión tenía por objeto reunir todos los datos que les suministrasen los patriotas peruanos, tomando por sí mismos los conocimientos necesarios respecto de los recursos de los puntos de desembarco al sur y al norte, especialmente

en punto á caballadas y provisiones. «Toda conmoción »popular—les decía en ellas,—tiene tres momentos di»fíciles: el de la preparación en que se suele pecar »por imprudencia; el acto de la ejecución, en que se »peca por debilidad, y el posterior, por necia confian»za. Por consiguiente, jamás deben dirigir un plan de »revolución sino las personas más precisas y decididas, »obrando en secreto.» Para moderar su ardoroso celo, les prevenía: «Como puede ser difícil y aun peligrosí»simo. que se ejecute una conmoción general antes de »la llegada de mi ejército que la proteja, sería más »útil y eficiente el que se preparasen conmociones par»ciales distintas unas de otras, para que reventasen »en el momento de mi desembarco, pues sería impru»dencia excitar un movimiento intempestivo, que por su »aislamiento y falta de recursos, no sirviese, en último »resultado, sino para hacer más fuerte al enemigo.» Seguro de que su solo nombre bastaba para abrirles crédito en todas partes, como había sucedido antes de emprender la reconquista de Chile, los autorizaba á hacer uso franco de su firma, á fin de proporcionarse el dinero necesario para el cumplimiento de su comisión, recomendándoles la economía. Pero, cauto y desconfiado siempre, dió instrucciones verbales á cada uno de los comisionados, de manera que cada uno fuese espía del otro, y se contraloreasen mutuamente. Luego se verá que esta precaución era previsora.

Los dos comisionados, con los nombres de «Cario» y «Mario» que debían usar en su correspondencia, embarcáronse en la goleta «Motezuma», el buque más velero de la escuadra, pedido al efecto por San Martín con todo sigilo. Ambos desembarcaron en la playa de Ancón, donde se encontraron con Silva, enterrando en la playa su correspondencia, que llevaban acondicionada en tarros de lata soldados. De allí se dirigieron

á pie á Lima, burlando la vigilancia de las partidas que celaban la costa. En Lima se pusieron en comunicación con Riva Agüero. A la exhibición de la firma de San Martín, todas las bolsas se abrieron generosamente, poniendo en sus manos una cantidad de más de diez mil pesos, sin más caución que un recibo firmado por «Cario» y «Mario». Paredes pasó al interior de la provincia de Huaylas, de donde regresó después de desempeñar su comisión. García siguió costa abajo hasta Trujillo, donde, detenido por una guardia realista, traicionó á sus amigos por el interés de quedarse con el dinero obtenido con la firma del general. En consecuencia de esta delación fueron presos en Lima, Riva Agüero, el cura argentino Tagle y varios patriotas peruanos á quienes se encerró en los calabozos de la inquisición.

Al mismo tiempo que García y Paredes, fué despachado otro agente secreto llamado Rafael Garfias, con el nombre de guerra de Rafael Zelayeta. Desembarcó ocultamente en una caleta inmediata á Arica donde fué recibido por los guardacostas patriotas allí establecidos. Llevaba comunicaciones para uno de los gobernadores de Arequipa, Mariano Portocarrero, que espontáneamente había ofrecido sus servicios á la causa americana, y confirmó su compromiso de propagar el espíritu revolucionario en el sur del Perú. Arequipa era el punto elegido por el virrey para situar el ejército de reserva contra la invasión, y cómo su núcleo debía ser formado con tropas del Alto Perú, la misión de Garfias tenía por objeto predisponerlas á la rebelión ó á la deserción, obrando sobre el espíritu de sus jefes. Por este tiempo descubrióse allí una conjuración tramada por el coronel José Melchor Lavín, argentino (de Entre Ríos), quien después de la batalla de Huapi, hallándose en el Alto Perú, se alistara bajo la ban-

dera del rey, distinguiéndose por su valor, que como el salteño Castro, se proponía reaccionar en favor de su patria, y que como él murió trágicamente. Casi simultáneamente, descubrióse otra conjuración en el ejército del Alto Perú, que se retiraba á la sazón de la frontera argentina, para sostener el ejército de reserva de Arequipa. Estaba á su cabeza el coronel Agustín Gamarra, peruano, que había prestado importantes servicios á la causa realista. Aunque del proceso que se le formó, resultase que estaba en combinación con Belgrano por intermedio de Güemes, mandóse sobreseer en él, «porque—según un historiador español,— »el contagio había cundido de una manera tan seria, »que no era posible vengar el agravio sin incurrir en »males mayores.»

Así, á fines del año 1819 y principios de 1820, el Perú estaba moralmente revolucionado, en cuanto podía serlo, por los agentes secretos de San Martín y las sociedades patriotas que cooperaban á los trabajos preliminares de zapa de la expedición libertadora que se preparaba en Chile. El virrey, que sentía minado el suelo que pisaba, escribía confidencialmente por este tiempo al embajador español en Río de Janeiro: «Como los enemigos me han dado tiempo y he procurado »no perderlo, logro hallarme hoy en estado bastante »respetable, y no dudaría de un buen éxito en cual»quier terreno que aquéllos me buscasen, si los mu»chos que hay entre nosotros no minaran y se empe»ñaran tanto en favor de ellos con continuas maquina»ciones que alteran la voluntad de no pocos, atrayén»dose partido tanto en esta capital como en algunas »de las provincias interiores. No obstante, mucho los »ha de favorecer su suerte para conseguir su intento, »ejecútenlo por donde quieran, y si lo retardan, me

»entenderé con ellos de manera que no está en sus »libros.»

Un historiador español confirma la existencia de esta sublevación latente del Perú en 1820. «El horizon»te estaba cargado de nubes y amenazaba tempestad. »Habían desembarcado varios emisarios de San Mar»tín con el objeto de pervertir el espíritu público y »conmover las provincias, y aunque algunos habían »sido aprehendidos, los más seguían ejerciendo su pes»tífero influjo. El país quedó estremecido con el fuego »de la seducción de estas infernales maquinaciones, y »se aumentó con el desasosiego del jefe español (el »virrey) que tenía que luchar, más bien con intrigas, »que con la fuerza, pues temía fundadamente que, »cuando el enemigo presentara la cara, había de con»tar con el apoyo de la opinión.»

IX

El fracaso de la expedición de Osorio en 1818 y las agitaciones sordas de la opinión que empezaron á hacerse sentir desde entonces, habían reducido al virrey Pezuela á una estricta defensiva, según antes se explicó (véase cap. XVIII, párrafo VI), sin contar en su ánimo amilanado ideas salvadoras. «La salvación, decía, »de estos reales dominios no depende de los esfuerzos »que se hicieren de este virreinato, aun cuando le ven»ga de la Península un refuerzo mucho mayor de los »que está recibiendo de tarde en tarde y por pequeñas »partidas; y no es poco hacer el contener por acá los »progresos del osado y activo enemigo que en todas »partes, por la adhesión de la pluralidad, encuentra »prontamente los auxilios que necesita al paso que por »la opuesta razón todo lo oculta para los ejércitos del »rey. La redención debe venir por el Río de la Plata »mismo si es que no se logra más pronto por la inter-

»vención de los demás soberanos de Europa.» Y sirviéndose de la clave secreta comunicaba atribulado á su gobierno: «He descubierto una horrorosa conjura»ción próxima á estallar en el Callao y Lima. Los cóm»plices son muchos. Es casi infalible la próxima ve»nida de la expedición de Chile á atacar este virrei»nato por mar y por tierra. Yo no reuno cinco mil »hombres para la defensa de esta inmensa costa. Estos »datos y la conocida disposición de los ánimos, pintan »bastante mi cruel situación y el riesgo de estos países. »Mi esperanza finca únicamente en la oportuna llegada »de los 2.000 hombres que debían salir en marzo de »Cádiz; y si no llegan á tiempo, tocaremos en los ex»tremos de la desesperación.»

En este sobresalto vivió el virrey Pezuela por el espacio de dos años, desde 1818 á 1820, esperando por momentos la invasión anunciada. Hombre testarudo, absolutista convencido en política, con cualidades de general que había acreditado en sus campañas del Alto Perú, en el gobierno del virreinato mostró no tener talentos administrativos ni militares como director de la guerra, ni serenidad siquiera para conjurar los peligros de su situación. Vencedor en Sipe-Sipe, había juzgado que era empresa arriesgada invadir las provincias argentinas; pero cuando hubo entregado el mando del ejército del Alto Perú á su sucesor el general La Serna, instó á éste para que la tentase. El vergonzoso rechazo de La Serna por los gauchos de Salta había comprometido el crédito militar de éste en 1818; pero en esta campaña aprendió una cosa, fué saber apreciar las raras cualidades de las tropas nativas que hacía seis años sostenían la guerra en pro del rey. Persuadido de que el nervio del ejército realista lo constituían los famosos batallones vencedores en la guerra de la Península que le acompañaron, no supo apre-

ciar en un principio el temple del arma que se ponía en sus manos, y pretendió disolver los cuerpos del país interpolando sus soldados con los europeos. Esto le enajenó la buena voluntad de los naturales y produjo dos resultados fenomenales. El primero fué quitar á la lucha el carácter de guerra civil que hasta entonces tenía por la identidad de los combatientes, y darle el de una guerra nacional contra soldados extranjeros. El segundo fué dividir el ejército en dos bandos; pues como los jefes americanos eran francamente absolutistas, y por eso peleaban contra la independencia, y los europeos eran en su mayor parte decididamente liberales, incluso el general en jefe, de aquí provino una rivalidad, que alteró profundamente la constitución moral del ejército realista. Este grave error le ha sido reprochado á La Serna por todos los historiadores españoles y hasta por sus mismos partidarios, y á su deletérea influencia atribuyen el lamentable desenlace de la guerra para las armas españolas.

Ante el amago de la expedición de San Martín, todo el conato del virrey fué reforzarse en el Bajo Perú, trayendo á sí parte del ejército del Alto Perú á fin de tomar un cuerpo de reserva en Arequipa. De aquí provino una grave desinteligencia entre el virrey y La Serna, que empezó por destemplar los resortes de la disciplina, y debía ser más tarde el origen de una doble descomposición, que al despojar al gobierno supremo de la colonia de su autoridad legal, destruiría la unidad de acción de los ejércitos realistas del Alto y Bajo Perú, según se verá después. El general, en virtud de su nombramiento real directo, sostenía que, como responsable ante el soberano, debía tener su libertad de acción en lo relativo á operaciones militares de su ejército. El virrey pretendía que, como autoridad suprema y director de la guerra, debía ser obede-

cido sin restricciones. Una agria correspondencia oficial sobre estos tópicos y otras accidentales disidencias, se entabló entre ambos, que dió por resultado la renuncia del general. Próximo á regresar La Serna á España, los anuncios de la expedición libertadora de Chile y las instancias de sus compañeros de armas, juntamente con las del mismo virrey, le hicieron desistir de su resolución, y en la época á que hemos llegado hallábase inactivo en Lima. De este modo, el mando del ejército del Alto Perú pasó más tarde al general José Antonio Olañeta, absolutista acérrimo y enemigo declarado de los constitucionalistas, que como discípulo de la escuela de los generales americanos que habían encabezado la reacción realista en el país, y sostenido por un círculo de jefes criollos decididos por la causa del rey, era rival de la preponderancia de los militares europeos y contrario á las opiniones políticas que en su mayoría profesaban. Así se preparaba la doble descomposición que hemos señalado antes condensándose en dos masas armadas: el liberalismo y el absolutismo español, trasplantado á los ejércitos coloniales.

La influencia del liberalismo español en el desarrollo gradual de la revolución hispanoamericana es un hecho que ha sido señalado como mera coincidencia por unos y como causa eficiente por otros. Algunos historiadores, dominando el conjunto y guiados en el aparente caos de los acontecimientos por las coincidencias cronológicas, han tomado como hilo conductor las estrechas relaciones políticas entre la metrópoli y sus colonias, para deducir leyes ciertas y explicar su doble acción. En efecto, desde 1808 hasta 1820, los mismos hechos se repiten ó se reflejan con variantes de forma ó de tendencias en Europa y en América, obrando primero la España sobre la América desde 1808, ya

por la acción del liberalismo, ya por la del absolutismo, hasta que en 1817, al atravesar San Martín los Andes, la idea de la independencia toma forma propia en las colonias y éstas reaccionan á su vez sobre la madre patria.

En el Perú fué donde con más intensidad se hizo sentir en el orden militar la doble acción del liberalismo, por efecto de la composición heterogénea y la distribución territorial de los ejércitos que lo defendían. Mientras en el Alto Perú se reconcentraban los cuerpos realistas compuestos de naturales del país, con jefes de opiniones absolutistas á su cabeza, en el Bajo Perú se reunían todos los cuerpos europeos, con generales peninsulares prestigiosos señalados por sus ideas liberales, en abierta oposición con las que profesaba el virrey. De estos generales—que pronto veremos entrar en acción,—conocemos ya á La Serna, en cuyas manos debía mantenerse alzado y abatirse al fin el último pendón real en América. Desempeñaba el puesto de jefe de estado mayor el general José Canterac, francés de origen, carácter espontáneo y generoso, que por sus conocimientos especiales era considerado como el maestro de la caballería realista. Seguían otros de menor importancia por entonces, entre los que se contaban los jefes superiores, Mariano Ricafort, Baldomero Espartero, José Carratalá, José Santos La Hera, Juan Loriga y Andrés García Camba, el futuro historiador militar éste de los trabajos de sus compañeros de armas. Dominaba este grupo, por su carácter y su inteligencia, el coronel Jerónimo Valdés, asturiano, que á la sazón contaba treinta años de edad. Era el Bayardo del ejército español que, según la expresión de un adversario suyo, hacía recordar los heroicos militares de Carlos XII. Tipo original por su carácter austero, tan desinteresado como humano, y tan

activo como resuelto, poseía, á la par de un espíritu bastante cultivado, una alma intrépida y serena. Era, en suma, un hombre de guerra con verdadero genio militar en su esfera, que, á la inversa de La Serna, estimaba en alto grado las tropas indígenas, cuyas raras cualidades para la guerra de montaña supo utilizar, haciéndose amar de ellas, y que ha dejado en América la reputación del más temible y del más noble de sus adversarios.

Los ejércitos que por entonces defendían el Perú bajo la bandera del rey de España, alcanzaban á veintitrés mil hombres, según declaración de los mismos españoles fundada en documentos oficiales. Sus dos grandes núcleos, sin contar las guarniciones de las fortalezas y tres divisiones volantes, los constituían el ejército del Bajo Perú que defendía á Lima, fuerte de más de ocho mil hombres, y el del Alto Perú que pasaba de siete mil. En su totalidad estas fuerzas representaban cinco tantos y cada uno de sus núcleos aisladamente, el doble del ejército invasor con que iban á combatir. Según documentos auténticos, confrontados con los hechos, el ejército expedicionario de San Martín apenas pasaba de cuatro mil hombres—dos mil argentinos y dos mil chilenos.

Tal era la situación política y militar del Perú al tiempo de emprender San Martín la expedición libertadora en 1820, y tales las fuerzas de los beligerantes que iban á medirse en el último campo de batalla de la independencia americana.

CAPITULO XXVI

La expedición libertadora del Perú.—(Pisco.—Negociaciones de Miraflores)

1820

San Martín en marcha al Perú.—La lógica del destino y la prosecución de una idea.—Ultima despedida de San Martín de la patria.—Fuerza y composición del ejército chileno-argentino y de la escuadra chilena de la expedición libertadora.—O'Higgins y la expedición del Perú.—Objetos declarados de la expedición.—Instrucciones de San Martín y de Cochrane.—Plan de invasión de San Martín.—Desembarco en Pisco.—San Martín define militar y políticamente el carácter de la expedición.—Efecto que causa en Lima la invasión.—Medidas para contrarrestarla.—El virrey abre proposiciones de paz.—Motivos públicos y secretos que lo impulsan á esta apertura.—Negociaciones de Miraflores y su ruptura.—Iniciativa monarquista.—Correspondencia secreta sobre las conferencias de Miraflores.—Manifiesto de San Martín sobre las negociaciones.—Arenales penetra sigilosamente con una columna á la sierra.—Maniobras de San Martín para cubrir este movimiento.—Decreta la bandera y el escudo del Perú.—Se reembarca en Pisco y se dirige al Norte.—Examen crítico sobre el desembarco y permanencia en Pisco.

I

«Se acerca el momento en que yo voy á seguir al »destino que me llama. Voy á emprender la grande »obra de dar la libertad al Perú. Voy á abrir la »campaña más memorable de nuestra revolución, y »cuyo resultado aguarda el mundo, para declararnos »rebeldes, si somos vencidos, ó reconocer nuestros de»rechos, si triunfamos. De ellos penden la consolida»ción de nuestros destinos, las esperanzas de este vas»to continente, la suerte de nuestras familias, la for-

»tuna de nuestros amigos, en fin, lo más sagrado, que »es nuestro honor. Fiado en la justicia de nuestra cau- »sa y en la protección del Ser Supremo, os prometo la »victoria. El día más grande de nuestra revolución está »próximo á amanecer.» Así hablaba San Martín, dirigiéndose á los chilenos y argentinos, que le habían confiado sus armas redentoras, al emprender la expedición del Perú.

En 1814 el general del Ejército del Norte, al señalar el nuevo itinerario militar de la revolución sudamericana por él descubierto, había dicho: «Mientras no estemos en Lima la guerra no acabará.» En 1820 el general de los Andes, al dilatar su campo de acción en las costas del mar Pacífico y trasladar la guerra ofensiva á otro teatro, «seguía, según sus pro- »pias palabras, al destino que lo llamaba, para res- »ponder á las esperanzas de un continente, consoli- »dando los destinos de la revolución sudamericana.» Tales eran los propósitos á que respondió su campaña final, persiguiendo la realización de una idea, incubada y desenvuelta prácticamente en el espacio de seis años de no interrumpido trabajo. Era la lógica de un destino que se cumplía.

En la vida de los hombres de acción consciente y de pensamiento deliberado una idea constituye la trama de su vida. La vida de Colón está encerrada en una idea: buscar el oriente por el occidente, dada la redondez de la tierra, lo que debía conducirle al descubrimiento de un nuevo mundo. La vida de San Martín está encerrada en otra idea análoga: buscar el camino militar de la revolución sudamericana por el camino opuesto al hasta entonces seguido, lo que debía conducirle á fijar el punto estratégico de la victoria final de un nuevo mundo republicano. Y lo que tiene *de más admirable* esta concepción concreta dentro de

sus líneas precisas, es que, allí donde previó su genio que la guerra continental se circunscribiría y terminaría, allí se circunscribió, se condensó y se terminó, como Colón encontró la tierra buscada en el punto matemático calculado. Con razón se ha dicho, que á esta idea por él concebida y ejecutada, debe su inmortalidad.

Antes de lanzarse á la atrevida empresa á que lo llamaba su destino, el libertador exhaló la primera y última queja que haya brotado de sus labios silenciosos al descubrir la llaga secreta que lo atormentaba. «Voy á manifestaros mis quejas, decía en su proclama »á los argentinos, no porque el silencio sea una prue»ba difícil para mis sentimientos, sino porque yo no »debo dejar en perplejidad á los hombres de bien ni »puedo abandonar enteramente á la posteridad el juicio »de mi conducta, calumniada por hombres en quienes »la gratitud algún día recobrará sus derechos.» Y contemplando con dolor la confusa situación política de las Provincias del Río de la Plata, les dirigía sus consejos: «Antes de mi partida quiero deciros algunas »verdades que sentiría las acabarais de conocer por »experiencia. Tengo motivos para conocer vuestra si»tuación, porque en los ejércitos que he mandado, me »ha sido preciso averiguar el estado político de las »provincias que dependían de mí. Vuestra situación »no admite duda: diez años de constantes sacrificios »sirven hoy de trofeo á la anarquía: la gloria de ha»berlos hecho es un pesar actual, cuando se considera »su poco fruto. Habéis trabajado un precipicio con »vuestras propias manos, y acostumbrados á su vista, »ninguna sensación de horror es capaz de deteneros.» Al referirse á la forma institutiva de gobierno que de hecho había prevalecido por las tendencias disolventes de las multitudes y por caudillos locales, en me-

dio de la desorganización nacional, agregaba: «Él genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación: esta palabra está llena de muerte, y no significa sino ruina y devastación. Pensar establecer el gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y de antipatías locales, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente á los gastos del gobierno general, fuera de los que demanda la lista civil de cada estado, es un plan cuyos peligros no permiten infatuarse, ni aun con el placer efímero que causan siempre las ilusiones de la novedad.» Anticipándose al tiempo, señalaba los fatales resultados de la anarquía: «Compatriotas: yo os hablo con la franqueza de un soldado: si, dóciles á la experiencia de diez años de conflictos, no dais á vuestros deseos una dirección más prudente, temo que, cansados de la anarquía, superéis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien, lejos de fijar vuestro destino, no hará más que prolongar vuestra incertidumbre.»

En este documento solemne, en que al dirigirse por la última vez á sus compatriotas, se despedía para siempre de la patria, no podía dejar de explicar y justificar el acto de desobediencia que había decidido su destino y del de la revolución: «Hasta el mes de enero próximo pasado el general San Martín merecía el concepto público en las provincias que formaban la Unión. Sólo después de haber triunfado la anarquía, ha entrado en el cálculo de mis enemigos calumniarme sin disfraz. Yo tengo derecho de preguntarles ¿qué misterio de iniquidad ha habido en esperar la época del desorden para denigrar mi opinión? Vosotros «me habéis acriminado aún en no haber contribuído *á aumentar* vuestras desgracias,» porque «es-

»te habría sido el resultado, si yo hubiese tomado una »parte activa en la guerra contra los federalistas.» »Mi ejército era el único que conservaba su moral, y »lo exponía á perderla, abriendo una campaña en »que el ejemplo de la licencia armase mis tropas con- »tra el orden. En tal caso, era preciso renunciar á »la idea de libertar al Perú, y suponiendo que la »suerte de las armas me hubiese sido favorable en la »guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria »con los mismos vencidos.» Y terminaba su manifiesto con estas melancólicas palabras: «Provincias del »Río de la Plata: voy á dar la última respuesta á mis »calumniadores: yo no puedo hacer más que compro- »meter mi existencia y mi honor por la causa de mi »país. Sea cual fuere mi suerte en la campaña del »Perú, probaré que desde que volví á mi patria, su in- »dependencia ha sido el único pensamiento que me ha »ocupado, y que no he tenido más ambición que la »de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de »los hombres virtuosos.»

II

El ejército expedicionario tomó la denominación de Ejército libertador del Perú. Componíase de dos batallones de artillería, con 413 plazas de tropa, 6 batallones infantería con 3.053 bayonetas y 2 regimientos de caballería con 652 jinetes, ó sean 4.118 hombres de tropa que, unidos á los jefes y oficiales desde general á tambor, sumaban un total de 4.430 hombres. De éstos, 2.313 hombres de tropa pertenecían al ejército argentino de los Andes, y 1805 al ejército de Chile. Con excepción de 3 batallones chilenos, todos los demás cuerpos eran mandados por jefes argentinos. El material de guerra constaba de 31 piezas de batalla

y montaña, 2 obuses y 2 morteros, y un repuesto de armamento, equipos y vestuario para 15.000 hombres. El jefe de estado mayor era el general Juan Gregorio Las Heras, formando parte de él los generales divisionarios Juan Antonio Alvarez de Arenales, célebre ya por sus hazañas, y el ex gobernador de Cuyo, Luzuriaga. El representante de las Provincias Unidas en Chile, D. Tomás Guido, acompañaba al generalísimo y al amigo, en calidad de primer edecán con el título de coronel, pero en realidad como confidente y diplomático bélico. Alvarez Jonte, moribundo, hacía su última campaña en la vida como auditor de guerra en la expedición á que tan eficazmente había cooperado. El Dr. Bernardo Monteagudo, reconciliado con su antiguo amigo, y Juan García del Río, natural de Cartagena de Indias, notable hombre de letras y patriota decidido, que había conocido á San Martín en Europa, y ligádose después á su fortuna, dirigían la secretaría de guerra. Estos dos personajes, que de republicanos ardientes habíanse convertido en monarquistas convencidos, debían ejercer como consejeros una funesta influencia en los destinos políticos del futuro libertador del Perú. La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional, según lo convenido con San Martín (véase cap. XXIV, párrafo III), concurriendo Chile á ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército Unido chileno-argentino.

La escuadra se componía de ocho buques de guerra con 247 cañones y víveres para seis meses, tripulados por 1.600 soldados y marineros, de los cuales seiscientos eran extranjeros (ingleses en su mayor *parte), y el resto* chilenos; de diez y seis transportes,

que medían más de siete mil toneladas, con provisiones para cuatro meses del ejército de desembarco, y once lanchas cañoneras. Estos elementos bélicos se hallaban reunidos en el puerto de Valparaíso á mediados de agosto (1820). Simultáneamente acudían de todos los puntos del territorio las tropas expedicionarias, animadas de gran entusiasmo. Cada soldado puesto en el Perú, costaba la cantidad de 160 $, obligándose los contratistas á preparar los transportes, pagar el mantenimiento de hombres y caballos por el espacio de cinco meses y suministrar cuatro mil vestuarios. El hospital, perfectamente arreglado, iba á cargo de los cirujanos de los Andes, Paroissien y Zapata. La comisaría y el parque con dotación completa de equipos y municiones. La caja militar contaba con un fondo de reserva de 180.392 $ en dinero efectivo y documentos de crédito.

Desde los primeros días de la revolución sudamericana y después de la empresa de la reconquista de Chile por las Provincias Unidas, que dió la gran señal de la guerra ofensiva, jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo relativamente tan gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado con el concurso eficiente del Ejército de los Andes á costa de inmensos sacrificios. El director O'Higgins, que en 1819 había pactado con el gobierno argentino llevar en común la libertad al Perú, costeando ambos estados los gastos, hizo honor á las armas aliadas y al solemne compromiso internacional contraído ante el mundo, al tomar la ardua empresa á su cargo, é impulsarla vigorosamente con fe. Al recordar más tarde las angustias que le costó, exclamaba: «Yo debí encanecer á cada instante. Sólo la futu»ra suerte de Chile (y de la América) podía sostener

»mi corazón y mi espíritu. El que no se ha visto en »estas circunstancias, no sabe lo que es mandar. Es el »mayor y el más digno sacrificio que podía ofrecer á »mi patria.»

III

El objeto declarado de la expedición era concurrir á fundar una nueva república independiente, con arreglo á la política emancipadora inaugurada por las Provincias Unidas del Río de la Plata al emprender la reconquista de Chile, sellada por la alianza argentino-chilena, de que San Martín se había constituído en campeón, bajo la garantía de las dos naciones redentoras. (Véase cap. XXI, párrafo III). Así lo confirmó el director O'Higgins en su proclama á los peruanos: «Inmediatamente un respetable ejército de los »valientes de Maipú y Chacabuco (argentinos y chile»nos) ocupará vuestro suelo. He aquí los pactos y »condiciones con que Chile delante del Ser Supremo y »poniendo á todas las naciones por testigos y vengado»ras de su violación, arrostra la muerte y las fatigas »para salvaros. Seréis libres é independientes, cons»tituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes por la úni»ca y espontánea voluntad de vuestros representan»tes: ninguna influencia militar ó civil, directa ó in»directa, tendrán estos hermanos en vuestras dispo»siciones sociales: despediréis la fuerza armada que »marcha á protegeros en el momento que dispongáis: »jamás alguna división militar ocupará un pueblo li»bre, si no es llamada por sus legítimos magistrados: »y prontas á destrozar la fuerza armada que resista »vuestros derechos, os rogaremos que olvidéis todo »agravio anterior al día de vuestra gloria. Ha llegado »*el día* de la libertad de América, y desde el Missisipí

»hasta el Cabo de Hornos, en una zona que ocupa la »mitad de la tierra, se proclama la independencia del »Nuevo Mundo.»

El 20 de agosto de 1820, por la tarde, zarpó del puerto de Valparaíso la expedición bajo la protección de la bandera de Chile que la cubría, en medio de las salvas de la artillería de mar y tierra y de las aclamaciones del pueblo, presente el director O'Higgins. El almirante Cochrane, montando la «O'Higgins», llevaba la vanguardia para enseñar el camino abierto por sus proas en las aguas del Pacífico. «La Lautaro» y el «Galvarino» acompañaban la capitana. Seguían las tropas de desembarco en doce transportes formados en columna. En segunda línea iban seis transportes que conducían el material de guerra, flanqueados por la «Motezuma» y el «Araucano». La retaguardia formábanla las once lanchas cañoneras en línea. Cerraba la marcha el «San Martín», que conducía el estado mayor donde el generalísimo había enarbolado su enseña, navegando en conserva con la «Independencia».

En alta mar abrió el almirante el pliego de sus instrucciones y leyó con despecho: «El objeto de la expe»dición es rescatar al Perú de la servidumbre de »España, elevarlo al rango de una potencia libre y »soberana, y concluir por ese medio la grandiosa obra »de la independencia continental de Sud América. El »capitán general D. José de San Martín, es el jefe á »quien el gobierno de la república ha confiado la ex»clusiva dirección de las operaciones de esta grande »empresa, á fin de que las fuerzas expedicionarias de »mar y tierra, para obrar combinadas simultáneamen»te, reciban un solo impulso comunicado por el con»sejo y dirección del general en jefe. En este concep»to, desde que zarparen de Valparaíso la escuadra y

»transportes expedicionarios, obrará precisamente en »consecuencia del plan que le suministre el general »en jefe, tanto sobre el punto de desembarco como »respecto del movimiento y operaciones sucesivas; de »suerte que, no podrá V. S. por sí mismo obrar con »el todo ó parte de buques de guerra de su dependen»cia, sino que observará absolutamente la línea de »conducta que respecto de las operaciones de la es»cuadra le trazase y fuera trazando el general, según »él lo creyese conveniente. Se recomienda la más exac»ta observancia de esta mi resolución bajo toda espe»cie de responsabilidad.»

En cuanto al generalísimo, se ha dicho que fué provisto de instrucciones expedidas por el senado de Chile, y su texto ha sido considerado por todos los historiadores como la pauta que debía reglar su conducta política y militar. San Martín ha negado categóricamente el hecho. Bien que esas instrucciones estuviesen concebidas en el espíritu de las que dirigieron al general de los Andes al reconquistar á Chile y fuesen armónicas con los pactos internacionales y promesas que precedieron á la expedición del Perú, en su letra eran meramente políticas y administrativas, trazando en suma un minucioso plan de organización constitucional, inconciliable tal vez con las imperiosas exigencias de un invasor, que tenía que luchar con quíntuples fuerzas en una vasta extensión de territorio ocupado por tres ó más ejércitos beligerantes. Sin duda por esto, el director O'Higgins, que había depositado toda su confianza en el general expedicionario, retuvo las instrucciones sin darles curso, y se limitó á la proclama antes citada, cuyos conceptos son más explícitos, aunque en términos generales, y á las instrucciones dadas al almirante Cochrane para que se subordinase en un todo á sus planes. Así, cuan-

do ellas fueron publicadas más tarde en un diario del Perú, el general San Martín pudo decir y dijo: «Protesto no haber recibido instrucciones de ningún género de los gobiernos de Chile y Provincias Unidas, á menos de no tenerse por tales la orden de marchar con 3.800 hombres de ambos estados á libertar á sus hermanos del Perú.»

No teniendo el general de los Andes en su patria autoridad á quien dar cuenta ni de quien recibir instrucciones, dirigióse al cabildo de Buenos Aires, iniciador de la revolución sudamericana, como al representante histórico del pueblo argentino. «El día de mañana se da á la vela «la expedición libertadora del Perú.» Como su general, tengo el honor de informar á V. E. que representa al pueblo heroico, al virtuoso pueblo, más digno de la historia de Sud América y de la gratitud de sus hijos; protestando, que mis deseos más ardientes son por su felicidad; y que, desde el momento en que se erija la autoridad central de las Provincias, estará el ejército de los Andes subordinado á sus órdenes superiores con la más llana y respetuosa obediencia.»

IV

Como de costumbre, el general reservó de todos su plan de campaña, obrando silenciosamente según sus propias inspiraciones. Sólo confió una parte de él á Cochrane, quien defraudado en su aspiración de mandar en jefe la expedición, aceptaba de mal grado la subordinación absoluta al director de la guerra á que lo reataban sus instrucciones. Según el almirante, el generalísimo le manifestó que su objeto era dirigirse con el cuerpo principal de su ejército á Trujillo, ó sea al norte de Lima. El plan que en cambio le sugi-

rió, era una improvisación propia de su genio impetuoso, que iba derecho al objetivo cercano, sin medir los obstáculos ni prever las consecuencias lejanas. Consistía en desembarcar en Chilca, el puerto más inmediato al Callao, y apoderarse sobre la marcha de Lima, «empresa—son sus palabras,—nada difícil y de éxito seguro.» Era una operación sin base ni prospecto, cuyo resultado habría sido gastarse estérilmente las cortas fuerzas invasoras por su propio roce, como la experiencia lo demostró muy luego.

San Martín había abandonado su antigua idea de expedición al sur del Perú, dirigiéndose á Arequipa ó al Cuzco, con el objeto de obrar en combinación con el ejército de Belgrano, que, según el plan primitivo, debía invadir por el alto Perú. Faltábale ese apoyo indispensable, y además este teatro de guerra nada prometía por sí. Para emprender operaciones decisivas en el interior del país, tenía que abandonar su base natural de operaciones y las comunicaciones inmediatas con la escuadra, que le aseguraba el dominio de todo el litoral peruano desde Arica á Payta: una vez comprometido en la región montañosa del sur, se encontraría con 4.000 hombres escasos, flanqueado por dos ejércitos, que en un momento dado podían concentrar sobre él triple número de fuerzas. Una batalla parcial ganada, nada decidía; y perdida, fracasaba la expedición. Su objetivo era Lima, pero con vistas más largas y más precisión que Cochrane.

El general invasor tenía que subordinar sus planes á tres exigencias capitales, que se imponían: evitar ponerse en inmediato contacto con el enemigo al desembarcar, por la desproporción de las fuerzas; llamar la atención del enemigo por distintos puntos, á fin de evitar su reconcentracion; y por último, revolucionar el país para robustecer su acción y poder-

se mantener en el. Estos resultados se obtenían, operando parcialmente por la sierra del sur, con una base de operaciones al norte sin perder el dominio de las costas, para estrechar gradualmente á Lima y ocuparla en su oportunidad, y apoderarse á la vez de la mitad del país, sin comprometer nada y conservando íntegro su poder militar. Otra consideración que se ligaba con su vasta idea de campaña continental, le aconsejaba la adopción de tan juicioso plan, por otra parte el único posible en las condiciones en que se encontraba. El gobierno de Chile, al decidir la expedición del Perú, habíase dirigido á Bolívar, dueño á la sazón de Nueva Granada, con el objeto de combinar las operaciones estratégicas de la revolución sudamericana, condensando todo su poder militar en un punto. De este modo se vinculaba por las armas la revolución continental consolidada políticamente en sus dos extremidades ; circunscribíase el campo de la lucha, acelerando su éxito final ; los enemigos quedarían aislados en la parte mediterránea del continente, sin comunicaciones con la metrópoli ; y así se cumplirían el pronóstico de San Martín y la promesa de Bolívar, de que la guerra de la independencia sudamericana terminaría en el Perú, como terminó.

El desarrollo metódico de este complicado plan requería paciencia y astucia, tiempo y espacio dilatado. El general, en prosecución de él, con el objeto de hacer creer al adversario que su ataque sería por el sur, resolvió tomar tierra en Pisco, á los diez y ocho días de una navegación feliz de mil quinientas millas. El almirante, siempre despechado y con la vista fija en Lima, se manifestó disconforme con esta resolución, pero hubo de ceder de buen grado ante una voluntad inquebrantable, que sabía lo que hacía y lo que quería, apuntando más tarde en sus memorias, al difa-

mar á su compañero de armas: «Por qué motivo obraba así, no pude saberlo entonces.» Súpolo, empero, cuando el éxito puso de relieve los lineamientos del plan, haciendo justicia él mismo á la habilidad y la prudencia con que, con tan escasos medios y en medio de tantas dificultades, fueron conducidas las operaciones de la invasión, según se verá más adelante.

V

La playa de Pisco es un arenal que se extiende al pie occidental del gran macizo de la cordillera, que bañan las aguas del Pacífico, entre los 14° y 15° de latitud, á 260 kilómetros al sur de Lima, y forma parte de la región conocida en la geografía del Perú con la denominación de «la costa», que hemos bosquejado ya. (Véase cap. XXV, párrafo II). Su puerto principal es la bahía de Paracas, célebre desde esta época en la historia, que toma su nombre de los vientos y fuertes marejadas del cuadrante del NO. que azotan su entrada. La villa de Pisco hállase situada como diez kilómetros al norte, y comunica con los inmediatos valles de Ica, Chincha y Nasca, al pie de la sierra, famosos por su fertilidad desde el tiempo de los Incas, y por sus ricas haciendas cultivadas entonces por los esclavos de raza africana. En la bahía de Paracas desembarcó en la mañana del 8 de septiembre de 1820 la primera división del ejército libertador del Perú, mandada por Las Heras. A las 7 de la noche fué ocupado el pueblo sin resistencia. El 13 estaba en tierra todo el ejército, y acampado en el valle de Chincha, extendía sus reconocimientos al interior del país, estableciendo el cuartel general en Pisco.

El virrey, en la incertidumbre de las intenciones del general invasor, había desparramado sus fuerzas

á lo largo de la costa desde Guayaquil hasta Arica, manteniéndose á la expectativa, con los ejércitos de Lima y del Alto Perú en sus posiciones y sus reservas en la sierra. De esta manera se presentaba débil en todos los puntos vulnerables é inerte en los centros de su poder. En Pisco, y cubriendo sus valles inmediatos, había situado una división de 500 infantes, y 100 jinetes con dos piezas de artillería al mando del coronel Manuel Quimper. Al solo amago del desembarco, esta fuerza se puso en fuga, sin intentar dificultar la marcha y ni siquiera ver de cerca al enemigo ó mantenerse en observación, no obstante lo ventajoso del terreno para las hostilidades de guerrillas. Luego se verá cuál fué la desastrosa suerte de esta fuerza.

Por su parte, el generalísimo, al poner el pie en tierra, establecía las reglas disciplinarias de su ejército, dirigiéndose especialmente á los argentinos reconquistadores de Chile: «Ya hemos llegado al lugar »de nuestro destino, y sólo falta que el valor consu»me la obra de la constancia. Acordaos que vuestro »gran deber es consolar á la América, y que no venís »á hacer conquistas sino á libertar pueblos. Los pe»ruanos son nuestros hermanos: abrazadlos, y respe»tad sus derechos como respetasteis los de los chile»nos después de Chacabuco.» El que robase ó tomase por valor de dos reales para arriba, sería pasado por las armas, previo consejo de guerra verbal sobre el tambor. El que derramase una gota de sangre fuera del campo de batalla, sería castigado con la pena del talión. Todo insulto contra los habitantes del país, fuesen americanos ó europeos, ó exceso contra la moral pública y sus costumbres, sería castigado hasta con la pérdida de la vida. «Acordaos, decía á sus sol»dados al terminar su severo bando, que toda la Amé-

»rica os contempla, y que sus grandes esperanzas pen»den de que acreditéis la humanidad, el coraje y el »honor que os han distinguido siempre, donde quie»ra que los oprimidos han implorado vuestro auxilio.»

Como la invasión coincidiese con la proclamación de la constitución liberal de España y su jura en el Perú, el libertador aprovechaba la ocasión para definir netamente el carácter político de la lucha; proclamando la abolición definitiva del sistema colonial. «La na»ción española decía á los peruanos, ha recibido al fin el »impulso irresistible de las luces del siglo, ha conocido »que sus leyes eran insuficientes para hacerla feliz. Los »españoles han apelado al último argumento para de»mostrar sus derechos. La revolución de España es de »la misma natúraleza que la nuestra: ambas tienen la »libertad por objeto, y la opresión por causa. Pero la »América no puede contemplar la constitución espa»ñola sino como un medio fraudulento de mantener »en ella el sistema colonial, que es imposible conser»var por más tiempo por la fuerza. Ningún beneficio »podemos esperar de un código formado á dos mil le»guas de distancia sin la intervención de nuestros re»presentantes. «El último virrey del Perú» hace es»fuerzos para prolongar su decrépita autoridad. El »tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo »vengo á poner término á esa época de dolor y humi»llación. Este es el voto del Ejército Libertador, an»sioso de sellar con su sangre la libertad del Nuevo »Mundo.»

Mientras tanto, el ejército invasor se establecía sólidamente en el territorio ocupado; se proveía abundantemente con los recursos de la comarca; montaba su caballería; remontaba su infantería con 600 esclavos de las haciendas declarando libres á los que to*masen las armas*, y preparaba una expedición que fue-

se á llevar la insurrección al interior del país, haciendo una poderosa diversión á la vez que contorneaba las provincias limítrofes de Lima, para darse la mano con el grueso de las fuerzas invasoras que atacarían por el norte, con el litoral por base de operaciones.

VI

Cuéntase por tradición que, al saber Pezuela el desembarco de Pisco, exclamó jocosamente: «A cada puerco le llega su San Martín.» Según un testigo presencial que llevaba un diario de las novedades de Lima, muy distinta fué la impresión que experimentó en medio de los cuidados que lo asediaban. No era el menor de ellos el restablecimiento de la constitución de 1812, que, contrariando sus opiniones, fomentaba en su ejército una fuerte oposición liberal que le era hostil, según se explicó antes. (Véase cap. XXV, párrafo VIII). Preparábase, empero, á hacerla jurar en la capital, aunque de mala gana, en obediencia á las órdenes de su gobierno, cuando, en medio de músicas y festejos, recibió el primer anuncio de la invasión (11 de septiembre). «El enemigo se halla al frente, »dijo arengando al pueblo desde su balcón, y así, me»jor será estar atento para derrotarlo, y después ale»grarse.» Los patriotas al oir estas palabras, experimentaron grande alegría, mientras que los realistas se retiraron desalentados y llenos de tristeza.

Atribulado el virrey, sin acertar á combinar un plan de ataque ni defensa, limitóse á reforzar á Quimper con un escuadrón de milicias, y á situar en Cañete y Lurní, entre Lima y Pisco, una vanguardia de caballería al mando del teniente coronel Andrés García Camba. Estas fuerzas, que reunidas alcanzaban al nú-

mero de 2.000 hombres, permanecieron en inacción, sin recibir ningún impulso. Su ánimo era combatir la invasión por medio de la diplomacia, en la impotencia reconocida por todos sus subordinados, de rechazarla militarmente, dada la superioridad marítima de los independientes y el estado de desmoralización del ejército y de la opinión general. Sus instrucciones reservadas le prevenían: «invitar á los disidentes á una transacción »racional sobre la base de la jura de la constitución »de la monarquía española y sometimiento á su go»bierno supremo, y caso de no avenirse, procurar una »suspensión de armas, mientras los diputados ameri»canos se dirigiesen á España á exponer sus quejas »ante el soberano, ó bien á la espera de los que éste »enviase á América para arreglar las diferencias pen»dientes.» Preparábase en consecuencia á enviar una comisión á Chile con estas proposiciones, cuando recibió el aviso de que su territorio había sido invadido por los disidentes. Variando entonces de plan, se dirigió directamente á San Martín, brindando la paz, á la vez que á las provincias del Río de la Plata, por intermedio del general del Alto Perú.

En las instrucciones del general del Alto Perú para tratar con las Provincias del Río de la Plata, se prevenía: «1.° Convidarlas á adoptar la constitución »española, enviando sus diputados á las cortes, para »elevar el nuevo sistema político en ambos mundos »al mayor grado de felicidad y gloria. 2.° Proponer, »ante todo, un armisticio durante las negociaciones, »señalando límites militares, con la condición de pre»via y recíproca notificación para volver á romper las »hostilidades. 3.° Caso de no entenderse sobre estas »bases, ofrecer dejarlas en posesión del mando políti»co que retenían, aunque fuese por tiempo indetermi»nado, con promesa de reconocer la legitimidad de las

»deudas que hubiesen contraído como disidentes, á »pagar con sus rentas sobrantes. 4.° De no convenirse »en estos términos, se prometería enviar comisiona»dos especiales cerca de ellas, á fin de oir sus quejas »en todas las ramas de la administración y formar un »arreglo provisional de comercio, bajo el subentendi»do de una suspensión de hostilidades »entre ambos »gobiernos (sic)». 5.° Llegado el caso de ajustar un »convenio con las «Provincias Unidas (sic)» bajo cual»quiera de las bases indicadas, y si opusiesen algún »estorbo los muchos extranjeros enlazados y avecin»dados en ellas, se les aseguraría el goce de sus pro»piedades, ofreciéndoles indemnizaciones según las cir»cunstancias. Esto importaba reconocer no sólo beli»gerantes á los disidentes, sino también la legitimidad »de la revolución de las colonias, aceptando indefini»damente su independencia de hecho, aunque sin de»clararla de derecho, punto capital sobre que versaba »la cuestión que las armas no habían resuelto aún.»

En este mismo sentido estaban concebidas las instrucciones dadas á los comisionados que debían tratar con San Martín, quien, en su carácter de general de las tropas argentinas y chilenas, ofrecía la ventaja de poder entenderse con ambos países beligerantes. En su oficio de apertura decíale el virrey: «Esta lar»ga guerra hasta el día no ha producido otros frutos »que muertes, miserias y ruina; y el estado actual de »las cosas tampoco los ofrece menos amargos ni más »sazonados. Las condiciones y planes llenarán los de»seos de V. E., por lo que me persuado labren en su »espíritu aquella noble impresión que sienten las al»mas grandes cuando la suerte las destina á ser ins»trumentos de la felicidad general.» El generalísimo contestó: «Deseoso de prestarme á todo lo que con»duzca á la conclusión de la guerra, convengo en es-

»cuchar las proposiciones de V. E., siempre que no »contradigan á los principios que los gobiernos libres »de América se han propuesto por regla invariable.» Esto era establecer la condición «sine qua non» de la independencia, que el gobierno de España procuraba eludir por aplazamiento indefinido.

San Martín nombró por su parte, para tratar, á Guido y á García del Río, y el virrey al conde Villar de Fuente y al teniente de navío Dionisio Capaz, que tan desgraciado papel había representado en la pérdida de la «María Isabel». Reunidos los comisionados en el pueblecito de Miraflores, á once kilómetros de Lima, procedieron á ajustar un armisticio de hecho, y abrieron con franqueza sus conferencias.

Los comisionados del virrey propusieron como base de arreglo la aceptación de la constitución española y el envío de diputados americanos á las cortes. Esta proposición estaba rechazada de antemano por la proclama de San Martín al definir el carácter político de la lucha por la emancipación sudamericana, y por la restricción de no oir ni pactar nada contrario á los principios que servían de regla á los pueblos independientes de América. Ante la negativa, los diputados del virrey indicaron: que el ejército invasor se reembarcase y se restituyera á Chile, bajo la garantía de suspensión de toda empresa marítima y devolución de presas, con la restricción recíproca de no aumentar las respectivas fuerzas navales y terrestres, y condición de reponer al estado anterior á la guerra el comercio entre Chile y Lima, siguiendo Chile en el «estado político» en que se hallaba, toda vez que se prestase á enviar diputados á España para pedir lo que creyera conveniente.

Los emisarios de San Martín aceptaron la fórmula, modificándola fundamentalmente, y presentaron una

verdadera contraproposición. Con el compromiso de nombrarse amigablemente una comisión conciliadora y enviar diputados á España, el ejército chileno-argentino evacuaría el Perú y se trasladaría á la margen izquierda del Desaguadero, ocupando las provincias de Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y La Paz: el ejército real del Alto Perú se replegaría de la mencionada línea divisoria durante el armisticio: las tropas españolas que mantenían la guerra en el sur de Chile, lo verificarían á la isla Chiloé, de manera de establecer los límites jurisdiccionales de 1810: el virrey del Perú; no podría auxiliar á las trópas reales que ocupaban á Quito, si Bolívar hubiese abierto en Colombia iguales transacciones con Morillo. De este modo quedaban comprendidas y garantidas todas las repúblicas americanas que habían declarado su independencia y se restablecerían los límites jurisdiccionales de 1810. No pudiendo entenderse sobre estas bases contradictorias los comisionados cerraron sus conferencias de común acuerdo (octubre 1.°).

VII

En el curso de las negociaciones, los comisionados de San Martín, al sostener que la independencia americana era lo único que podía conciliar los intereses de ambos hemisferios, insinuaron: «Acaso no sería »difícil hallar un medio de avenimiento amistoso, »en que pudieran detenerse ambas partes y que los »uniese, consolidando la paz y felicidad de to»dos.» En una entrevista privada que tuvieron con el virrey, ampliaron este concepto enigmático: el medio, era el establecimiento de una monarquía hispano-americana, que, sea como ardid diplomático ó como la iniciación de un plan premeditado, esta iniciativa que-

dó desde entonces flotando en el misterio, como fórmula de la indefinida política libertadora. Más adelante, la veremos reaparecer públicamente.

El virrey Pezuela, al dar cuenta de los incidentes de la negociación de Miraflores, decía en nota reservada: «Traté de ponerme en comunicación con el general »San Martín para arribar á una transacción final ó »al menos á una suspensión de hostilidades. No ha »sido posible conseguirlo, porque, no queriendo ad»mitirse por la parte contraria otra base que la inde»pendencia política del Perú, ni mi honor ni mis fa»cultades me autorizaban para entrar en un convenio »que la supusiese. El medio que los diputados de San »Martín indicaron diciendo que «no sería difícil en»contrar, en los principios de equidad y justicia, la »coronación en América de un príncipe de la casa rei»nante de España, también me fué preciso desecharlo »por lo que á mí toca, y reservar su examen al go»bierno supremo de la nación. Mis propuestas para »llegar á una conciliación, fueron las más liberales, »y llegué á hacer reservadamente la de reconocer á »San Martín en su rango de general y á todos los jefes »y oficiales en sus respectivas clases, así como desar»mar mi ejército, si él hacía lo mismo con el suyo.» Y en un memorándum secreto adjunto á su nota, decía respecto de la doble evacuación de los territorios del Alto y Bajo Perú por los beligerantes: «El arbitrio »de ceder al general San Martín las provincias del »Alto Perú correspondientes al virreinato de Buenos »Aires, con tal de que retire sus fuerzas de mar y »tierra del territorio de Pisco, ofrece tal cúmulo de »dificultades y su ejecución produciría infaliblemente »tan funestas consecuencias, que sería lo mismo que »poner á disposición de los independientes el resulta»do. La experiencia y la observación de la marcha

»constante de los disidentes deben hacernos sentar »como un axioma, que, colocados en una posición ven»tajosa, jamás dejarán las armas de la mano hasta »que no logren generalizar su sistema en toda la Ameri»ca, y nunca firmarán una paz duradera mientras »exista en ella una autoridad dependiente de la monar»quía española.»

Rotas las negociaciones, el armisticio fué denunciado en términos caballerescos, propios de la raza española. El general americano dijo: «Si se ha de hacer »la guerra, y cabe en esto alguna satisfacción, será »ciertamente con usted cuya opinión me inspira la »confianza de que disminuirá por su parte las desgra»cias de esa fatalidad, asegurándole que por la mía »nada excusaré al mismo fin.» El general español contestó: «Haré la guerra con todos los lenitivos que de»manda la humanidad, porque así lo quiere mi ca»rácter, y así lo manda también el monarca cuyas pa»ternales aspiraciones se han desatendido.»

Los comisionados españoles y el virrey en sus manifestaciones públicas, pretendieron cargar sobre San Martín la responsabilidad del malogro de la negociación, atribuyéndolo á injusta «pertinacia.» El general contestó con elevación en un documento clásico, que puso de su parte la razón aumentando su prestigio como libertador, fenómeno singular después de una iniciativa de transacción, en que se había renunciado hasta la lucha en homenaje de la paz. «He dado á mi »ejército, dijo, las órdenes que está acostumbrado á »cumplir y he abierto la campaña sin temor, aunque »con grande sentimiento. Los males de la guerra han »afligido siempre mi corazón, porque no busco la victo»ria para satisfacer miras privadas, sino para estable»cer la independencia de mi patria y cumplir los de»beres que el destino y la naturaleza me han impues-

»to. Es llegado el momento en que yo despliegue todos »los recursos que penden de mi arbitrio; he pagado »el tributo que debo como hombre público á la opinión »de los demás: he hecho ver cuál es mi objeto y mi »misión cerca de vosotros: vengo á llenar las esperan- »zas de todos los que desean pertenecer á la tierra en »que nacieron, y ser gobernados por sus propias leyes. »El día que el Perú pronuncie libremente su volun- »tad sobre la forma de las instituciones que deben re- »girlo, cualesquiera que ellas sean, cesarán de hecho »mis funciones, y yo tendré la gloria de anunciar al »gobierno de Chile, de que dependo, que sus heroicos »esfuerzos al fin han recibido por recompensa el pla- »cer de dar la libertad al Perú y la seguridad á los »estados vecinos. Mi ejército saludará entonces á una »gran parte del continente americano, cuyos derechos »ha restablecido al precio de su sangre, y á mí me »quedará la satisfacción de haber participado de sus »fatigas, y sus ardientes votos por la independencia »del Nuevo Mundo.»

El mismo día en que se denunciaba el armisticio (5 de octubre), penetraba sigilosamente á la sierra una división de las tres armas, al mando del general Arenales. Su objeto queda ya indicado. A su tiempo la seguiremos en su atrevida y bien combinada marcha. El generalísimo, con las tres cuartas partes restantes del ejército—como 3.500 hombres,—hizo alarde de invadir el valle de Cañate, maniobrando de modo de paralizar la vanguardia que cubría á Lima, á fin de cubrir el movimiento de Arenales, de que el enemigo no tuvo conocimiento sino muy tarde. A los cuarenta y cinco días de haber tomado tierra en Pisco, comenzó el reembarco, dirigiéndose el convoy al norte, para llamar la atención en rumbo opuesto al que seguía Arenales, pero en realidad buscando en su punto es-

tratégico la reunión de las fuerzas terrestres y marítimas. En la víspera del embarque (24 de octubre) el libertador, como símbolo de independencia y garantía de que no dejaría las armas de la mano hasta alcanzarla, decretó la bandera de la nueva nación del Perú y su escudo nacional disponiendo que la primera fuese blanca y encarnada, y el segundo, un sol naciente por encima de montañas escarpadas con un mar tranquilo á su pie.

Cochrane, en sus memorias, critica el desembarco y la permanencia de cuarenta y cinco días en Pisco, que, según él, fueron estériles ó perjudiciales. Los escasos y apenas indispensables elementos de que disponía San Martín para hacer frente á doble número de fuerzas por cualquier punto que atacase, y el desarrollo metódico de un plan complicado, en que intervenía más que la fuerza, la estrategia, en líneas prolongadas, y la astucia que obraba secretamente, requerían, como se ha dicho, paciencia, tiempo y espacio dilatado. Si á esto se agregan las exigencias políticas que le aconsejaron oir las proposiciones de paz, para acreditar moderación y poner la razón y la opinión del país invadido de su parte, y las hábiles maniobras con que cubrió el movimiento de la columna de Arenales al interior de la sierra, haciéndole ganar á ésta quince días que decidieron del éxito de esta arriesgada operación, no puede decirse que esos cuarenta y cinco dís fuesen mal empleados. El enemigo, juez más competente de los efectos del desembarco y de la permanencia en Pisco, ha reconocido que allí comenzó el desmoronamiento del poder militar del Perú, según testimonio de sus más caracterizados representantes. El jefe de estado mayor de la vanguardia realista, que permanecía en observación de los movimientos del ejército invasor, ha dicho: «San Martín ocupó

»sin oposición la villa de Pisco y los valles inmediatos »desde Chincha á la Nasca; se proveyó de cuanto pro»ducía el país; montó su caballería; aumentó sus filas »con los negros de las haciendas declarando libres á »los que tomaban las armas; sublevó con facilidad »los pueblos invadidos; destrozó al coronel Quimper; »é internó á la sierra á Arenales, menoscabando visi»blemente con tan rápidos progresos el crédito del »poder legítimo.» Respecto de los trabajos del general invasor durante las negociaciones de Miraflores, agrega el mismo: «San Martín utilizó todo el tiempo em»pleado en estas infructuosas negociaciones para ex»tender la seducción en el país y combinar el plan »de operaciones que diera á la revolución el impulso »que se proponía.» Por último, el mismo virrey del Perú, que veía preparar la invasión y sentía estremecerse el suelo que pisaba, sin acertar á contrarrestarla con dobles y triples fuerzas, ni á establecer las contraminas, reconocía que el plan de operaciones de San Martín lo anonadaba, destemplando su poder: «Son »muchos los peligros que me rodean. El tal San Mar»tín, sin comprometer una acción formal, ha adopta»do el plan más conveniente sin duda para sus fines. »La seducción se va prolongando rápidamente, y el »desfallecimiento de los pocos buenos deja reducida »la causa de la nación á un corto número de defenso»res. Para desenredarme de esta situación en que nada »se avanza y se consume mucho, necesito reunir más »fuerzas que las que cuento en el día á mi inmedia»ción.» Cuando esto escribía el virrey, tenía como 7.500 hombres en sólo Lima y dos tantos más en Guayaquil, la Sierra y el Alto Perú, mientras San Martín desprendía por su espalda una columna volante de 1.200 hombres, cubriendo su movimiento con *hábiles maniobras*, y se preparaba á atacarlo en el centro

de su poder con menos de 3.500. En presencia de estos testimonios y estos resultados, hay que reconocer que las operaciones preliminares de San Martín al abrir la campaña del Perú, fueron hábiles y acertadas, según confesión de los mismos enemigos á quienes con tan escasos medios reducía á la impotencia, por su actividad, su estrategia y su astucia.

Los primeros lineamientos del plan de campaña de San Martín empezaban á diseñarse. En el tablero del teatro de la guerra estaban dispuestas las piezas de modo de jugar metódicamente la gran partida, para dar el jaque mate al poder colonial en Lima.

INDICE DEL TOMO TERCERO

CAPITULO XVIII

Maipú

1818

CAPITULO XIX

San Martín después de Maipú

1818

CAPITULO XX

La escuadra chilena. — Primeras campañas navales del Pacífico.

1818

CAPITULO XXI

El repaso de los Andes

1818-1819

CAPITULO XXII

Cochrane.—El Callao. Valdivia

1819-1820

CAPITULO XXIII

La desobediencia de San Martín

1819-1820

CAPITULO XXIV

El acta de Rancagua

1820

CAPITULO XXV

El Perú

1820

CAPITULO XXVI

La expedición libertadora del Perú.—(Pisco.—Negociaciones de Miraflores)

1820